

New York Times  
Bestselling Author

# SUSAN WIGGS

SUEÑOS DE VERANO

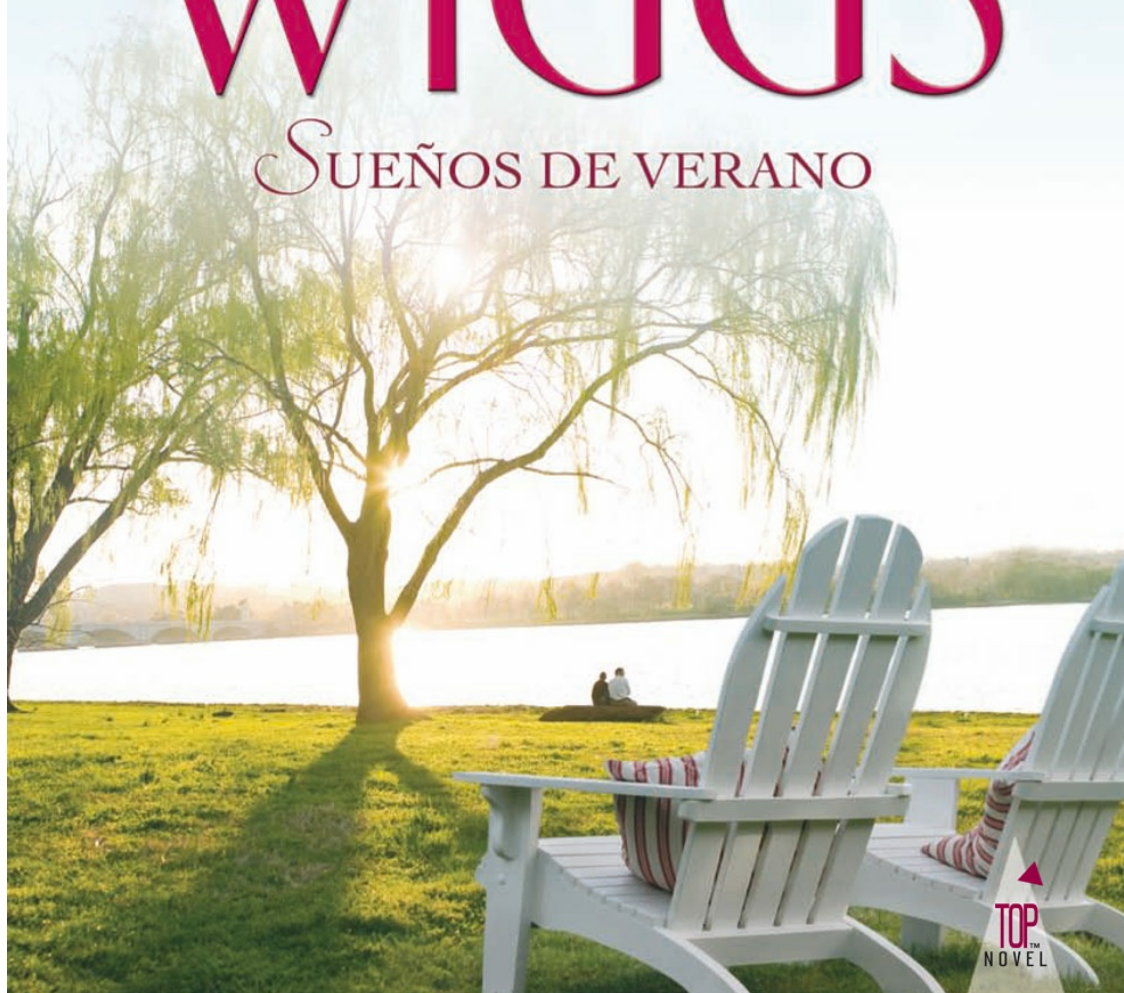


TOP  
NOVEL

New York Times  
Bestselling Author

# SUSAN WIGGS

SUEÑOS DE VERANO



SUSAN  
WIGGS  
SUEÑOS DE VERANO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2012 Susan Wiggs. Todos los derechos reservados.  
SUEÑOS DE VERANO, N.º 154 - mayo 2013  
Título original: Return to Willow Lake  
Publicada originalmente por Mira Books, ontario, Canadá.  
Traducido por María Perea Peña

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

™TOP NOVEL es marca registrada por Harlequin Enterprises Ltd.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-3086-8  
Editor responsable: Luis Pugini

Conversión ebook: MT Color & Diseño  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

A yohagopesto de laqueescribeenlaplaya

# **PRIMERA PARTE**

LISTA DE OBJETIVOS PARA ANTES DE LOS TREINTA AÑOS DE SONNET ROMANO:

- √ Licenciatura
- √ Beca en el extranjero
- √ Recuperar relación con mi padre
- √ Encontrar un apartamento mejor
- x Enamorarme

*Un Scout nunca se lleva una sorpresa; sabe exactamente lo que tiene que hacer cuando ocurre algo inesperado.*

ROBERT BADEN-POWELL, *Escultismo para muchachos*, 1908.

# C A P Í T U L O 1

Un momento antes de que empezara la boda, Sonnet Romano se estremeció de nerviosismo.

—Mamá —dijo mientras se acercaba a la ventana, que enmarcaba la vista del lago Willow—, ¿y si lo fastidio todo?

Su madre se volvió desde la ventana. La luz del atardecer envolvía la silueta esbelta de Nina Bellamy, y por un momento, pareció tan etérea y tan joven como Sonnet. Nina estaba maravillosa con su traje de seda dorada y con el pelo recogido en un moño bajo. Solo alguien que la conociera tan bien como Sonnet notaría las finas arrugas de fatiga que tenía alrededor de los ojos y de la boca, la vaga hinchazón de su piel. Justo antes de la boda había ido a Albany, al funeral de su tía favorita, que había muerto de cáncer hacía una semana. Aquel breve adiós todavía se le reflejaba en la cara.

—No vas a fastidiar nada —le dijo a Sonnet—. Vas a hacerlo muy bien. Estás muy guapa con ese vestido, te has aprendido de memoria lo que vas a hacer y lo que vas a decir, y va a resultar una noche fantástica.

—Sí, pero...

—Acuérdate de lo que te decía cuando eras pequeña: «Tu sonrisa es el sol para mí».

—Me acuerdo —dijo Sonnet. El recuerdo hizo su efecto, y le puso una sonrisa en los labios. Su madre había criado sola a Sonnet, pero esta solo se había dado cuenta de lo duro que había sido para Nina cuando se había hecho adulta—. Me has regalado un montón de recuerdos, mamá.

—Ven aquí, nena —le dijo Nina, y Sonnet se dejó abrazar por su madre.

—Esto es muy agradable. Ojalá pudiera venir por aquí más a menudo.

Sonnet volvió la cara hacia la brisa cálida que entraba por la ventana. La pura belleza del lago, que estaba situado entre las suaves colinas de Catskills, la conmovió. Aunque se había criado allí, en Avalon, el pueblo le resultaba ajeno en aquel momento. Era el mundo en el que había habitado una vez, pero estaba impaciente por marcharse.



Pese a que tenía muchos recuerdos de su infancia, jugando en el bosque con sus amigos, o tirándose en trineo por las laderas nevadas en invierno, nunca había admirado de verdad el paisaje hasta que se había ido a buscar una vida lejos de allí. Y ahora que vivía en Manhattan, en un diminuto apartamento en una calle ruidosa del East Side, comprendía por fin el atractivo de su ciudad natal.

—Sí, a mí también me gustaría mucho —dijo Nina—. Salvar el mundo es una tarea que lleva mucho tiempo, ¿verdad?

Sonnet se echó a reír.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Salvar el mundo?

—Pues sí. Cariño, yo me siento muy orgullosa cuando le digo a la gente que trabajas en la Unesco y que tu departamento salva la vida de muchos niños por todo el mundo.

—Gracias, mamá. Vas a conseguir que piense que hago algo más que escribir correos electrónicos y rellenar formularios —dijo Sonnet. A menudo, deseaba poder trabajar de verdad con niños en lugar de realizar tareas administrativas.

Abajo, en la pradera de césped, los invitados estaban empezando a ocupar sus sitios para la ceremonia. Muchos de los amigos del novio llevaban uniforme militar, y eso añadía una nota solemne al ambiente.

—Vaya —dijo Sonnet—. Va a suceder de verdad, mamá. Por fin.

—Sí —dijo Nina—. Por fin.

Se oyeron unos gritos en la sala contigua, donde se estaba preparando el resto del cortejo de la novia.

—Daisy va a ser la novia más guapa que haya habido nunca —dijo Sonnet con emoción.

La novia era la mejor amiga de Sonnet, además de su hermanastra, y estaba a punto de casarse con el amor de su vida. A Sonnet le parecía que aquello era un sueño hecho realidad... pero también, en parte, le provocaba una sensación de pérdida. A partir de aquel momento, sería otra persona la que conociera los secretos más íntimos de Daisy, la que le sirviera de apoyo en los momentos más difíciles, la que estuviera al otro lado de la línea de teléfono en mitad de la noche.

—Hasta que te toque a ti —dijo Nina—. Entonces, tú serás la novia más guapa que haya habido nunca.

Sonnet le apretó la mano a su madre.

—No te hagas demasiadas ilusiones. Yo estoy muy ocupada salvando el mundo, ¿no te acuerdas?

—Bueno, lo mejor será que no estés siempre tan ocupada como para que se te olvide enamorarte —le dijo Nina.

Sonnet volvió a reírse.

—Creo que vas a tener que bordarme eso en la almohada. ¿Qué te parece si...? Vaya...

De repente, se le quedó la mente en blanco. Había visto al amigo más alto del novio, que iba acompañando a la abuela de la novia hasta su asiento de la primera fila.

Llevaba un esmoquin de color gris oscuro, y se movía con elegancia, aunque lo más llamativo de todo era su pelo, largo y rubio, tan rubio y pálido que parecía una bandera de rendición, y que le confería el aspecto de una criatura mitológica. Sonnet no podía apartar los ojos de él.

—Caramba —dijo—. ¿Ese es...?

—Sí —respondió su madre—. Zach Alger.

—Vaya, vaya.

—Se ha convertido en un adulto muy atractivo, ¿verdad? —comentó Nina—. Se me había olvidado que llevabas mucho tiempo sin verlo. Antes estabais siempre juntos.

Zach Alger. No, no era posible, pensó Sonnet, que se asomó por la ventana para mirarlo. Aquel no podía ser el Zach Alger con el que ella había crecido, el niño pálido que vivía en su misma calle, que tenía las orejas muy grandes y llevaba aparato de ortodoncia. Su mejor amigo del instituto, y el chico delgaducho que trabajaba en la Pastelería Sky River. No podía ser el mismo estudiante obsesionado con la tecnología y las cámaras, y todo lo relacionado con las grabaciones de vídeo.

Zach Alger. Bueno, bueno. Desde el instituto, Zach y ella habían seguido caminos diferentes, y hacía mucho tiempo que no se veían, pero ahora no podía dejar de mirarlo.

Después de ayudar a la abuela de Daisy a que se sentara, él se sacó una petaca del bolsillo del esmoquin y le dio un trago. Exacto, pensó Sonnet. Aquel era el Zach a quien ella conocía, un tipo con más talento que ambición, un chico con un pasado lleno de dificultades del que parecía que no podía escapar, una persona que formaba parte de su pasado, pero que no tenía sitio en su futuro.

Oyó movimientos en la habitación contigua, y recordó que tenía un trabajo muy importante que hacer aquel día. Miró a Daisy a través del hueco de la puerta; su hermanastra estaba rodeada por la peluquera, la maquilladora, la planificadora de la boda, por su madre, Sophie, por el fotógrafo y por varias personas más a quienes ella no conocía.

—¿Qué te parece si vamos a ayudar a Daisy a casarse? —le preguntó a su madre.

Nina sonrió.

—Ella no se atrevería a dar ni un paso sin ti.

—Ni sin ti. De verdad, cuando te casaste con su padre, a Daisy le tocó el premio gordo en cuanto a madrastras se refiere.

La sonrisa de Nina se volvió más suave, y sus ojos oscuros adoptaron una expresión que hizo que Sonnet volviera muchos años atrás, cuando estaban las dos solas y tenían que abrirse camino en el mundo. Nina había afrontado con valentía su embarazo adolescente y había forjado una vida maravillosa para Sonnet y para ella misma. Después, se había casado, sí, inesperadamente, pero los días en que habían estado solas contra el mundo les pertenecían solo a ellas dos.

—No irás a ponerte sentimental, ¿no? —le preguntó Sonnet.

—Sí, nena, sí. Y espera a que tú seas la novia. Voy a necesitar un masaje cardíaco.

—No, mamá. Claro que no. Tú estarás a la altura, como siempre.

Nina la tomó nuevamente de la mano, y juntas, atravesaron la puerta.

## C A P Í T U L O 2

La boda transcurrió como un desfile ruidoso que se fue apagando poco a poco en la distancia. Al final, se convirtió en algo como el silencio tras el paso de una tormenta. Sonnet se quedó en la pradera de césped que había junto al pabellón de Camp Kioga, observando con satisfacción los pétalos de rosa del suelo.

Había sido la dama de honor de su hermana, y se había ocupado de todos los detalles de la boda, desde la fiesta de despedida de soltera hasta la elección del color de las mantelerías. Sin embargo, en aquel día lo importante no había sido la decoración de las mesas ni nada por el estilo, sino la familia y los amigos. La celebración había sido tan alegre que ella todavía sentía el eco de aquella alegría por dentro.

Sin embargo, en vez de haberse quedado exhausta después de un día tan emotivo y tan largo, estaba inquieta. Era raro volver al pueblo que una vez había sido su hogar, y ver a gente que la miraba y le decía: «Me acuerdo de cuando eras así de alta», o «¿Por qué no te ha atrapado ya algún chico?», como si tener veintiocho años y seguir soltera fuera un tabú en un pueblo como aquel.

Sonrió un poco, diciéndose que no sentía ni la más mínima impaciencia en cuanto a su vida personal. No, no estaba impaciente. Era difícil, en medio de la celebración de aquella boda, ignorar el hecho de que todo el mundo estaba emparejado.

Respiró profundamente y volvió a saborear el éxito del día. Los novios acababan de marcharse. Sus deberes como madrina de la novia habían terminado. Bajo las luces de colores, la banda de música estaba desmontando su escenario, y los encargados del catering habían empezado a limpiar y a recoger las mesas. Los últimos invitados desaparecían entre las sombras de aquella noche perfecta de otoño, perfumada con olor a hojas secas y a manzanas maduras. Habían hecho una gran hoguera a la orilla del lago, pero el fuego ya se había apagado, y solo quedaban las brasas. Algunos de los

invitados iban hacia el aparcamiento, mientras que otros, los que eran de fuera del pueblo, se dirigían hacia los preciosos bungalows de Camp Kioga, donde iban a alojarse. Con el paso de los años, Camp Kioga había dejado de ser un campamento familiar y se había convertido en un campamento de niños y luego en un lugar para celebrar eventos. Casi todos los invitados estaban, como Sonnet, un poco achispados.

La luna brillante se asomó por encima de las colinas oscuras que rodeaban el lago, y sus rayos iluminaron las aguas tranquilas y el césped de la pradera. Se oyeron unas risitas infantiles, y de repente, aparecieron tres niños que estaban persiguiéndose entre las mesas. Con tan poca luz, Sonnet no distinguía de quién eran aquellos niños, pero su alegría le animó el corazón. A ella siempre le habían encantado los niños. Sintió una punzada de anhelo en lo más profundo de su ser, pero sabía que era un anhelo que no iba a poder cumplir en mucho tiempo. Tal vez, nunca. Tenía muchos planes para el futuro, pero por el momento, aquellos planes no incluían el hecho de formar una familia con hijos.

En primer lugar, no tenía a nadie con quien formar aquella familia. Al contrario que Daisy, que había encontrado al amor de su vida, Sonnet no tenía ninguna pista de quién podría ser esa persona para ella, ese hombre que se convertiría en su mundo. No estaba muy segura de que existiera alguien así. En su existencia, no faltaba nada en absoluto; no necesitaba a nadie para completar el rompecabezas.

Greg Bellamy, el padrastro de Sonnet, se acercó por la pradera hacia los miembros de la banda de música y les dio una propina extra, sonriendo. Sonnet se acercó a él y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—Eh, ¿y dónde está la propina para la madrina de honor?

Greg se echó a reír. Estaba muy guapo, pero tenía cara de cansado. Se había desabotonado el cuello de la camisa y se había aflojado la pajarita.

—No te voy a dar una propina, sino un consejo: Tómate un par de aspirinas antes de acostarte. Contrarrestarán el efecto de los chupitos que te has tomado en la cena.

—¿Lo has visto? —preguntó ella con una sonrisa—. Ejem..

—No pasa nada. Te lo has ganado, hija. Has hecho un buen trabajo. Estabas guapísima, y el brindis que hiciste... fue hilarante. A todo el mundo le encantó. Eres una oradora nata.

—¿De veras? Vaya, gracias. Tú tampoco estás mal, para ser un malvado padrastro —dijo ella.

Sonnet adoraba al marido de su madre. Había sido su amigo y su mentor durante aquellos años. Sin embargo, no era su padre. El padre de Sonnet era el general Laurence Jeffries, aunque no había formado parte de su infancia. Se había labrado una carrera profesional en el Ejército, muy alejado de la belleza bucólica de Avalon. Sin embargo, cuando Sonnet se marchó a estudiar en la American University y después se graduó en Georgetown, Laurence y ella habían recuperado el contacto. Ella se había adentrado en el mundo de su padre, dedicado a la estrategia, la diplomacia y el servicio público, y se había empapado ávidamente de todos sus conocimientos y su maestría.

Era la primera en admitir que aquella adoración al héroe complicaba mucho la relación con su padre. Con Greg, todo era mucho menos difícil.

Nina se acercó a ellos con los zapatos de tacón colgando de una mano.

—¿Qué es eso de los chupitos que he oído? ¿Has bebido alcohol sin mí?

—Hazme caso —le dijo Greg—, los cócteles de champán han sido mucho mejores.

—Me fío de ti. Y has cumplido a la perfección con tu papel de padre de la novia. Has estado magnífico —respondió Nina con una sonrisa.

—He llorado de la emoción —dijo Greg, con cierta timidez.

—Todos hemos llorado de la emoción —le aseguró Sonnet—. Las bodas tienen ese efecto. Y la de Daisy, más, por todos los problemas que ha tenido.

—Hablando de problemas, tengo que asegurarme de que he saldado cuentas con todo el mundo —dijo Greg.

—Te acompaño —dijo Nina—. Puede que necesites apoyo al ver la cuenta definitiva.

Greg rodeó a su mujer con un brazo.

—En ese caso, ¿qué te parece si nos tomamos una última copa de champán juntos? Para hacer acopio de fuerzas.

—Buena idea —respondió Nina, y tomó un par de copas de una de las mesas—. ¿Vienes con nosotros a la orilla del lago? —le preguntó a Sonnet.

Sonnet encontró una botella medio vacía y se sirvió una copa.

—Creo que me voy a quedar por aquí... —murmuró, e hizo una pausa. Después de que todo hubiera terminado, la madrina de honor ya no tenía más deberes—. A beber sola.

—Ah, nena —dijo su madre, con una sonrisa—. Llegará tu momento, tal y como te he dicho antes de la boda. Nadie sabe cuándo, ni dónde, pero llegará.

—Bah, mamá —respondió Sonnet con una mueca—. No estoy quejándome

de mi vida sentimental. Es lo último que me preocupa.

—Si tú lo dices... —dijo Nina, y le hizo un brindis con una de las copas.

—Sí, yo lo digo. Vamos, vete —le ordenó Sonnet, haciendo un gesto con la mano para que se alejaran—. Ve a tomar champán con tu marido. Nos vemos mañana por la mañana, ¿de acuerdo? Tengo pensado tomar el tren de mediodía para volver a la ciudad —explicó.

Después, vio a su madre y a su padrastro descender por la suave pendiente de la pradera hasta la orilla del agua. Sus siluetas oscuras se recortaron contra la luz de la luna.

Se detuvieron ante el lago y se abrazaron para observar su belleza. Sonnet suspiró de satisfacción por su madre. Sin embargo, al mismo tiempo, el verlos de aquel modo le encogió el corazón. Intentó imaginarse en el papel de novia. ¿La acompañaría su padre hasta el altar, llorando de la emoción? No era probable. El general Laurence Jeffries, que actualmente era candidato al Senado de los Estados Unidos, era más una figura decorativa que un padre verdadero.

Y, cuando se vio a sí misma caminando por el pasillo central de la iglesia, no pudo formar una imagen mental del hombre que estaba esperándola al final. No tenía intención de hacerse ilusiones esperándolo.

—Odio las bodas —dijo Zach, que se acercó a ella y dejó sobre la mesa una botella de cerveza Utica Club—. Y en especial, las bodas en las que tengo que comportarme bien.

Sonnet se había pasado casi todo el día mirando de reojo a Zach, intentando acostumbrarse a aquella nueva versión de su viejo amigo. No habían tenido ocasión de hablar durante la fiesta, pero en aquel momento, relajada después de bailar y de beber, Sonnet lo miró con los ojos entornados. No conseguía hacerse a la idea de que él había formado parte de su vida desde preescolar. Tal vez aquel fuera el único motivo por el que ella no se había quedado embobada al verlo pasar, como la mayoría de las mujeres. Sin embargo, también era difícil habituarse a su aspecto único y llamativo. Tenía el pelo tan rubio que podía pasar por albino, y había adquirido el físico de un atleta griego, pero no se daba cuenta de cómo afectaba al sexo opuesto.

Sonnet alzó la barbilla con superioridad.

—¿Te refieres a que hay algún tipo de boda en el que no es necesario que te comportes como es debido? —le preguntó, y tomó una copa de champán de la mesa más cercana.

—Soy cámara de bodas. He visto más bodas que partidos de béisbol. Llevo cinco años sin tener una noche de sábado libre. ¿Y qué hago cuando, por fin, puedo librar? Ir a una boda.

—Es la boda de Daisy.

—Cualquier boda. Las odio todas.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Cómo puedes odiar la boda de Daisy Bellamy?

Tan solo con oír aquellas palabras de su propia boca, se quedó asombrada. Era un milagro que Daisy se hubiera casado. El divorcio de sus padres había sido muy duro para ella, y cuando su padre, Greg, y la madre de Sonnet, Nina, empezaron su relación, las dos chicas habían decidido que el matrimonio era una institución peligrosa y restrictiva, y habían hecho un pacto para evitarlo a toda costa.

Daisy había comenzado una vida conyugal llena de felicidad, pero Sonnet pensaba mantener su parte del trato. Debido a su trabajo de directora de un departamento de la Unesco, estaba tan ocupada que no podía tener citas, y mucho menos enamorarse. Sin embargo, soñaba con ello. ¿Quién no? ¿Quién no quería sentir la clase de amor que había encontrado Daisy, o su propia madre con Greg Bellamy? O el amor que se profesaban los padres de Greg, Jane y Charles, que llevaban casados más de cincuenta años.

Claro que Sonnet quería todo aquello, el amor, la seguridad, el proyecto vital de formar una familia con su media naranja. Le parecía algo mágico. E inalcanzable. Nunca había sabido cómo desenvolverse en una relación seria.

Últimamente, sin embargo, había un rayo de esperanza en el horizonte. Su padre, el general Jeffries, le había presentado a un joven llamado Orlando Rivera. Como su padre, Orlando había estudiado en West Point. Tenía treinta años, era guapísimo y provenía de una adinerada familia cubana. Era bilingüe en inglés y español, y pertenecía al estrecho círculo que giraba alrededor de su padre.

—Tengo derecho a odiar lo que yo quiera —dijo Zach. Le quitó la copa de champán de la mano y la apuró de un trago.

Entonces, de manera desafiante, ella tomó una botella medio vacía que había en un cubo de hielo, y le arrebató la copa.

—Ha sido el gran día de Daisy, y si fueras un caballero, te sentirías feliz por ella. Y por mí —refunfuñó—. He estado en el altar, junto a mi mejor amiga...



—¡Eh! —refunfuñó él también—. Creía que tu mejor amigo era yo.

—Nunca vienes a verme —respondió ella, con un suspiro exagerado—. No me llamas, no me envías mensajes... Además, puedo tener más de uno.

—«Mejor» es un término superlativo. Solo puede haber uno.

Ella se sirvió champán y se lo tomó de una vez. Disfrutó al sentir que se le subía a la cabeza.

—Tú y tus normas. Tanto Daisy como tú sois mis mejores amigos, y no puedes hacer nada por remediarlo, así que te aguantas.

—Ah, ¿sí? Ya se me ocurrirá algo —replicó él.

La tomó de la mano y se la llevó hacia la orilla del agua.

—¿Pero qué haces? —preguntó Sonnet, intentando zafarse.

—La fiesta se terminó, pero yo no me siento cansado. ¿Y tú?

—No, pero...

—Entonces, vamos a comprobarlo —respondió Zach, mientras la hacía descender por la suave pradera hasta el lago.

—¿A comprobar el qué? Se me van a estropear los zapatos.

Él se detuvo y se giró.

—Entonces quítatelos.

—Pero... yo...

—Apóyate en mí —le dijo él, y se puso de rodillas frente a ella. Le quitó una sandalia, y luego la otra. Sonnet notó un cosquilleo inesperado cuando él la tocó—. De todos modos, así es mejor.

Ella no respondió. No quiso admitir que era delicioso sentir la arena áspera de la orilla del lago en la planta de los pies.

—Muy bien, pero, ¿qué es lo que vamos a comprobar?

—He visto una cosa que... —dijo Zach. Entonces, hizo un gesto hacia la orilla.

Ella también lo vio. Era algo que brillaba a la luz de la luna.

—Una botella de champán —dijo—. Alguien la ha tirado al agua —la tomó y la elevó hacia la luz para ver lo que había en el interior—. Mira, Zach. Dentro hay un mensaje.

—¿Sí? Vamos a abrirla para saber qué dice.

—Ni hablar. Tal vez sea un asunto privado de alguien.

—Pero, ¿cómo vas a encontrarte una botella con un mensaje y no mirar lo que dice?

—Creo que cotillear así da malas vibraciones. No quiero entrometerme en

las emociones de otra persona —dijo ella, y lanzó la botella lo más lejos que pudo. Aterrizó en un lugar que no alcanzaban a ver.

—Y de todos modos, ¿qué bobo deja un mensaje en una botella en un lago? No va a ir a ninguna parte.

—Deberías haberlo mirado —replicó Zach malhumoradamente—. Tal vez fuera importante. Tal vez fuera una petición de ayuda, y tú acabas de ignorarla.

—Tal vez fuera la poesía de un adolescente angustiado, y le he hecho un favor al tirarla.

—Sí, claro —dijo Zach.

Entonces, la tomó de la mano y tiró de ella hacia el muelle del lago.

—Espera un minuto. ¿Qué haces ahora?

—Le he dicho a Wendela que iba a llevar la barca al cobertizo.

Wendela era la organizadora de bodas, y Zach trabajaba principalmente para ella. Sonnet supuso que, en un pueblo pequeño como aquel, era un buen modo de ganarse la vida. Zach tenía talento; durante la fiesta, Wendela le había contado que él había ganado varios premios prestigiosos por algunas de sus obras. Sin embargo, como todos los artistas, pasaba apuros. Los premios no se traducían en ingresos permanentes.

—Eres uno de los invitados de la boda —protestó ella—. Wendela no puede haberte pedido que trabajes esta noche.

—¿Qué pasa, que llevar un bote se ha convertido de repente en un trabajo? ¿Desde cuándo?

—Sí, bueno... ¿Qué es lo que os pasa a los hombres con los barcos?

—Hay algunas cosas a las que nadie puede resistirse.

Él se quitó la pajarita y se abrió el cuello de la camisa, y suspiró de alivio.

Dios Santo, ¿acaso había estado levantando pesas? Sonnet no se lo preguntó, porque todo el mundo sabía que aquello era lo mismo que decir «Me parece que estás buenísimo».

Y ella no pensaba tal cosa. ¿Cómo iba a pensarlo? Él era Zach, su amigo de toda la vida, una persona completamente familiar para ella, y sin embargo, de repente... alguien exótico.

—No debería haberme tomado esos chupitos —murmuró Sonnet.

Se quedó plantificada en el muelle, observando el reflejo de la luna en el agua. El lago siempre le traía muchos recuerdos. Había estado muchas veces allí.

Durante sus años de colegio e instituto, cuando Camp Kioga estaba cerrado,

Zach y ella se colaban en el recinto con sus amigos los días más calurosos del verano e iban a nadar al lago, reviviendo los días más gloriosos de aquel centro turístico, que se había abierto en mil novecientos veinte. Y, algunas veces, ellos dos se colaban en el cobertizo de los botes y jugaban a ser contrabandistas, o piratas, o acróbatas de circo. Se metían tanto en el juego que perdían la noción del tiempo. Sonnet recordó que hablaban durante horas, sobre nada en concreto, aunque se las arreglaran para tratar de todo lo que era importante. Cuando estaba con Zach, no le parecía extraño no tener padre, ni ser mulata, ni que su madre tuviera que trabajar a todas horas para llegar a fin de mes. Cuando estaba con Zach, se sentía como... se sentía ella misma. Tal vez su amistad fuera tan sólida por ese motivo, aunque no se vieran muy a menudo.

De repente, el canto de un búho sacó a Sonnet de su ensimismamiento.

—Se está haciendo muy tarde —dijo con suavidad—. Me voy.

Él la agarró con delicadeza por la muñeca.

—Ven conmigo.

Ella sintió un escalofrío, y no se resistió cuando él la atrajo hacia sí y le pasó el brazo por la cintura para llevarla hacia el bote, que estaba amarrado al final del embarcadero. Era una lancha de madera Chris-Craft, tan pulida que brillaba a la luz de la luna. Los novios se habían fotografiado en aquella vieja lancha, y después de la boda, habían viajado en ella hasta el hidroavión que iba a llevarlos de luna de miel a Mohonk Mountain House.

—Agárrate a mí —le susurró Zach—. No quiero que te caigas al agua.

—No te preocupes, no me voy a ca... ¡Ay!

Sonnet tuvo que agarrarse a Zach al sentir que el bote oscilaba bajo su peso. La cabina abierta olía al lago y a las flores que se habían usado para adornarla, y aquel perfume fresco acentuó su mareo. Estaba sintiendo la segunda oleada del champán.

—Toma mi chaqueta —le dijo él, y se la colocó sobre los hombros—. Hace frío.

Ella se sentó en la cabina, mientras sentía la intimidad peculiar del calor del cuerpo de Zach en el forro de la chaqueta, que olía ligeramente a colonia masculina y a sudor. «Oh, Dios mío», pensó.

Había una botella de champán abierta a sus pies, así que la tomó y le dio un trago. ¿Por qué no? Sus deberes oficiales con respecto a la boda habían terminado, y era momento de relajarse.

Zach soltó las amarras y emprendió el camino hacia el cobertizo. Manejaba la lancha con destreza. Siempre había sido bueno con las manos, ya fuera manejando una lancha antigua o una cámara de vídeo complicada. Mientras atravesaban el lago, Sonnet tuvo que admitir que, aunque le encantaba vivir en Nueva York, había cosas que echaba de menos de aquel pueblo remoto de Catskills donde se había criado. El reflejo de la luna en el lago, el viento frío en la cara, la quietud y la oscuridad del bosque, la familiaridad con un amigo que la conocía tan bien que no necesitaban hablarse el uno al otro.

Tomó otro sorbo de champán y le ofreció la botella a Zach.

—No, gracias —dijo él—. Hasta que no amarre la lancha prefiero no beber.

Ella se apoyó en el respaldo del asiento y disfrutó de aquel corto paseo. Al cabo de unos minutos, Zach le habló por encima del ruido del motor, señalándole el cielo.

—¿Vas aquel grupo de estrellas? Se llama la Cabellera de Berenice. Berenice era una reina egipcia que se cortó la melena a cambio de que una diosa protegiera a su marido en la batalla. A la diosa le gustaba tanto su pelo, que se lo llevó al cielo y lo convirtió en un montón de estrellas.

—Eso sí que es tener un buen pelo —dijo Sonnet, que a aquellas alturas estaba bastante achispada—. Yo nunca me cortaré la melena. Me ha costado años tenerla tan larga.

—¿Ni siquiera para conseguir que tu marido estuviera a salvo en una batalla?

—No tengo marido, así que prefiero conservar mi fabuloso aspecto, gracias. La Cabellera de Berenice. ¿Dónde has aprendido eso?

—En Internet. Sí, me gusta buscar información intrascendente en Internet, ¿y qué?

—No tengo objeción. Puedes hacer lo que te parezca...

—En Internet se puede encontrar cualquier cosa. ¿No has visto ese vídeo de las luces de Naga?

—No he tenido el placer.

—Has estado demasiado ocupada superándote a ti misma.

—¿Y desde cuándo es eso un crimen?

—Yo no he dicho que lo fuera —respondió Zach mientras guiaba el bote hacia el interior del cobertizo. Apagó el motor y dejó que la lancha se deslizara hacia el amarre, hasta que chocó suavemente contra las protecciones de goma—. Ya está —dijo entonces, y le quitó a Sonnet la botella de champán

—. Ya he realizado mi buena acción del día. Y ahora, un brindis: por poder mirarte.

—Está demasiado oscuro como para ver nada —replicó ella—. Ah, claro. Eso es una frase de película. Se me olvidaba que eres una enciclopedia de cine andante.

—Y tú eres una analfabeta cinematográfica.

—No es de extrañar que nos peleemos todo el rato. No tenemos nada en común.

Él le devolvió la botella y rebuscó algo en la consola de la cabina. Entonces, se vio el resplandor de una cerilla, y Zach encendió dos velas que se habían dejado allí después de la sesión fotográfica de los novios. Tomó de nuevo la botella y dijo:

—Ahora sí: por poder mirarte.

Ella lo miró también, con algo de inquietud. Estaba sintiendo cosas que no entendía y que no tenían nada que ver con el champán que había bebido. Igual que el lago, e igual que su pueblo, Avalon, Zach le estaba resultando muy familiar y muy extraño, todo a la vez. Aunque hubieran sido siempre tan amigos, después del instituto sus vidas se habían separado. Últimamente se veían muy poco, y cuando se veían, sus visitas eran cortas y apresuradas, o ambos estaban ocupados, o uno de ellos tenía que tomar el tren, o tenía que irse a trabajar...

Sin embargo, aquella noche no. Aquella noche, ninguno de los dos tenía que estar en ningún otro lugar, salvo allí mismo, en aquel mismo momento.

Ella se puso a jugar con el dial de la radio del salpicadero de la lancha.

—¿Funciona? —preguntó.

—Es un estéreo —respondió él. Se inclinó hacia delante y lo encendió. Sonnet reconoció un clásico de tiempos de sus abuelos, What a Wonderful World.

—¿Qué es esto? —preguntó Sonnet, refiriéndose a una pequeña pantalla.

—Una sonda de pesca. ¿Quieres que la encienda para ver dónde están los pececitos?

—No, déjalo. ¿Y esto? —preguntó de nuevo, señalando un objeto pequeño en forma de cubo que estaba insertado en el centro.

—Una GoPro. Una videocámara. Se usa sobre todo para los deportes —respondió él. Entonces, subió el volumen de la música y dijo—. No has bailado conmigo durante la fiesta.

—No me lo has pedido —replicó ella, y puso cara de ofendida.

—Baila ahora conmigo.

—Eso no es pedirlo.

Él suspiró exageradamente y le tendió la mano con la palma hacia arriba.

—Está bien. ¿Quieres bailar conmigo, por favor?

—Ya era hora —dijo ella. Cuando se levantó, la lancha se meció un poco.

—Ten cuidado. Y baja el ritmo con el champán.

Él la ayudó a que subiera a la cubierta y se situara a su lado. Era unos veinte centímetros más alto que ella, pero las cosas no siempre habían sido así. Sonnet recordaba el año en que Zach había pegado el estirón; habían pasado de mirarse al mismo nivel a que ella tuviera que alzar la cabeza para poder verlo. Estaba más delgado que una pértiga, y ella había empezado a llamarlo «Tallo de Judía».

Pero ya no era un tallo. Tal y como había comentado la madre de Sonnet, se había convertido en un hombre muy atractivo. A la luz de las velas, a Sonnet le parecía alguien mágico, un príncipe azul con una sonrisa encantadora. Sin embargo, intentó quitárselo de la cabeza. Por instinto sabía que no quería pensar eso.

Él la sujetó con suavidad por la cintura, y los dos se mecieron al ritmo de la música. Durante la boda, ella había bailado con unos cuantos chicos, pero no se había sentido así con ninguno.

—Querías hacer esto desde tus días de gloria en el séptimo curso —le dijo él en voz baja.

—Oh, por favor. Eras bajito y odioso, y yo tenía la boca llena de metal.

—Ya lo sé. Pero me acuerdo de que, varias veces, yo quise meter la lengua ahí.

Ella lo empujó.

—Me alegro de que no me lo dijeras nunca. Habría sido el final de una bonita amistad. Sigues siendo odioso. Y de todos modos, yo no te lo hubiera permitido. Seguro que besabas fatal.

—Pues no sabes lo que te perdiste, boca de metal. Besaba muy bien. Beso muy bien. Esperemos que tú hayas pulido tus habilidades.

—¡Yo tengo unas habilidades fantásticas! —le aseguró ella, y entonces se dio cuenta de que estaba flirteando, y de con quién estaba flirteando. Se liberó de sus brazos y dijo—: Quiero volver al pabellón. No he probado la tarta nupcial.

—Pues estás de suerte —respondió él. Se agachó y metió la mano bajo el tablero de mandos, y sacó una bandeja.

—Zachary Lee Alger. No lo habrás hecho...

—Eh, iban a tirarla a la basura. ¡Una tarta de la Pastelería Sky River, la mejor pastelería del mundo! Eso habría sido un pecado —dijo. Tomó un pedazo con los dedos y se lo metió a la boca—. Oh, Dios mío. Creo que he muerto un poco.

Entonces, le ofreció un trozo a Sonnet, y ella no pudo resistirse. El chocolate se le deslizó como la seda por la lengua. Cerró los ojos y lo saboreó.

—Oh, Dios mío, ¿estás seguro de que esto es legal?

—¿Y te importaría si no lo fuera?

—No —respondió Sonnet, y tomó un poco más—. Es fantástico que la tarta la hicieran en la pastelería Sky River.

Aquella pastelería familiar era toda una institución en el pueblo. También era el sitio donde había trabajado Zach durante todo el instituto, levantándose antes del amanecer para mezclar las masas y manejar las máquinas y los hornos.

—Tú me llevabas bollos por las mañanas —recordó ella.

—Te mimé demasiado.

Sonnet tomó un trago de champán junto al chocolate.

—Es raro que no me pusiera como una vaca.

—A mí no me sorprende. No podías estar sentada más de diez segundos. ¿Sigues siendo tan inquieta?

Sonnet lo pensó durante un momento.

—Supongo que estaba muy impaciente por hacer algo.

—Siempre esforzándote por encima del límite. Siempre luchando.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Sí lo es, cuando te aparta de lo que es importante.

Ella frunció el ceño.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, veamos... Como esto —dijo él.

Tiró suavemente de ella, la estrechó contra sí, y le dio un beso largo y fuerte en los labios. Sonnet se quedó asombrada. No sabía si le impresionaba más el beso en sí mismo, o el hecho de que fuera Zach Alger quien la estuviera besando. Y también le impresionó mucho que él no hubiera fanfarroneado en

absoluto en cuanto a sus habilidades. La abrazó con una sutil insistencia, suavizó la presión del beso y le acarició con la lengua un lugar sensible y secreto de un modo que le cortó la respiración. Sonnet pensó que era el mejor beso que le habían dado desde hacía siglos. Tal vez, en toda su vida.

La mayor sorpresa de todas fue que estuviera besándose con Zach Alger, el mismo Zach Alger al que le había robado una manzana de la bolsa de la comida en la escuela primaria. El niño que la había empujado al agua desde el embarcadero de Willow Lake en innumerables ocasiones, con quien había hecho los deberes y había merendado después del colegio, con quien había visto mil veces *Toy Story* y *Padre de familia*, y sobre cuyo hombro había llorado cuando le rompían el corazón. También era la primera persona a la que llamaba para darle las buenas noticias, cuando sucedían: «He conseguido plaza en la universidad. Mi madre se va a casar. Me han concedido la beca para Alemania. Por fin, mi padre biológico quiere tener relación conmigo. Me van a nombrar directiva en la Unesco...».

Habían compartido grandes momentos, alegrías y tristezas, cosas tontas y cosas serias. Zach había estado presente en todos los momentos de su vida, pero aquel momento, el presente, era algo completamente distinto, como si lo conociera por primera vez. Estaba con él de un modo que le parecía totalmente nuevo, y todo dio un giro desconocido.

Durante todos aquellos años, había llegado a conocerlo de todas las formas en que era posible conocer a una persona, y sin embargo... sin embargo... se encontraba con aquello. Era una emoción muy intensa, algo que había provocado el champán y otra cosa más... una necesidad, un anhelo al que no podía resistirse.

Intentó liberarse de aquella intensidad y se echó hacia atrás, aunque siguió agarrando con los puños la tela de la pechera de la camisa de Zach.

—No sabía que pudieras dar besos como este... —le susurró con la voz temblorosa.

—Puedo hacer más cosas —respondió él, y se inclinó para besarla de nuevo. Mientras sus labios buscaban y saboreaban, él la abrazaba como si fuera algo precioso.

Sonnet se perdió en aquellas sensaciones, y tuvo que rendirse. Se estaba derritiendo, y todo era muy confuso, porque aquel era Zach, y sin embargo, tenía que recordarse continuamente que era Zach, el chico de la casa de al lado, tan familiar para ella como su canción favorita. De repente, lo veía de



una manera insólita, sobre todo cuando empezó a hacer lo que estaba haciendo en aquel momento: sujetarle los brazos por encima de la cabeza y susurrar:

—Tienes un sabor delicioso. Besarte es como comer tarta de melocotón recién hecha.

Lo cual la hizo reír, y entonces empezaron a besarse nuevamente. En algún lugar de su mente, Sonnet tenía la certeza de que aquello era muy mala idea, y de que terminaría muy mal para ella. Sin embargo, todas aquellas objeciones permanecieron al fondo de su cabeza, sin llegar a la superficie de la conciencia.

—Estamos cometiendo un error muy grande —dijo—, pero estoy demasiado... No sé cómo pararlo.

—Entonces, deja de intentarlo —respondió él sencillamente.

—Zach, no creo que...

—Exactamente. No creas nada. No pienses.

Él hizo que fuera fácil olvidar cualquier pensamiento. Aquella noche perfecta, y el mullido banco de cuero de la lancha, y él, y el hecho de estar juntos después de tanto tiempo. Sus besos sabían a champán y a tarta de chocolate, y a recuerdos tan antiguos que Sonnet no sabía si eran recuerdos, o sueños.

Él se retiró y le abrió la chaqueta que le había puesto sobre los hombros, y dejó que se deslizara hacia el banco. Pasó las manos por su vestido de fiesta y susurró:

—Quiero quitarte esto.

Y, sin esperar a que ella respondiera, comenzó a bajarle la cremallera del traje de seda.

En algún lugar, flotando entre aquellos besos embriagadores, el champán y los cócteles, se formó un pequeño «no» en su cabeza y comenzó a mover los brazos como alguien que se estuviera ahogando. Después, aquel «no» se alejó y desapareció, y lo que quedó fue algo que ella nunca le hubiera dicho a Zach en aquella situación, aunque lo conociera de toda la vida.

—Sí.

## **SEGUNDA PARTE**

## LISTA DE DEBERES (REVISADA)

- √ Licenciatura
- √ Conseguir una beca
- √ Encontrar una excusa para librarme de la reunión de los diez años del instituto
- Enamorarme de verdad

*El logro conlleva su propia decepción.*  
MAYA ANGELOU (MARGUERITE ANN JOHNSON,  
NACIDA EL 4 DE ABRIL DE 1928).

## C A P Í T U L O 3

Si existía un día mejor que aquel, Sonnet Romano no podía concebir cómo sería. ¿Un sol más radiante? ¿Un aire más puro? ¿Música sonando mientras cruzaba Central Park hacia la estación de metro de la Calle 77? ¿Artistas callejeros lanzando pétalos de rosa a su paso?

Aquel día no necesitaba nada de eso. Sus noticias eran lo suficientemente buenas como para no necesitarlo. Aquel maravilloso tiempo primaveral no era más que la guinda del pastel. Nueva York estaba en su mejor momento, fresco, claro y precioso como un cuento de hadas. Y ella tenía grandes cosas en la cabeza.

Sacó su teléfono móvil, porque lo único que le faltaba en aquel momento era alguien con quien compartir sus buenas noticias.

La primera era que su padre iba a llevarlos a Orlando y a ella a cenar a Le Cirque. El poco tiempo que podía pasar con su padre, cuya campaña para el Senado estaba en pleno apogeo, era precioso, y ella estaba deseando verlo y compartir su noticia.

La segunda era Orlando. El novio ideal, un tipo que parecía demasiado bueno como para ser real. Todo el mundo le decía que Orlando y ella formaban una pareja estupenda, y además, las cosas iban a mejor. Aquella mañana, él le había dado la llave de su magnífico apartamento, que estaba en un edificio antiguo del East Side y que tenía armarios más grandes que todo el estudio en el que vivía ella. Orlando no era el tipo de hombre que le daba las llaves a cualquiera. Le había dicho que ella era la primera, y eso tenía que significar algo. Además, Orlando era la prueba de que ella había superado el asunto con Zach, aquella mala decisión que había tomado el día de la boda de Daisy, en el otoño anterior.

Entonces, ¿por qué tenía el dedo sobre su nombre en la pantalla del teléfono? ¿Por qué pensaba primero en él, incluso en aquel momento, cuando tenía buenísimas noticias que dar?

La tercera de aquellas noticias: la beca. De entre mil candidatos, ella,

Sonnet Romano, había sido seleccionada para la concesión de una beca Hartstone. Estaba deseando contárselo a alguien. Pasó rápidamente por encima del nombre de Zach, preguntándose por qué no lo había borrado todavía de su agenda, y eligió el nombre de su madre, Nina Bellamy. Como de costumbre, su madre estaba demasiado ocupada en el hotel como para contestar una llamada. Sonnet ni siquiera se molestó en dejar un mensaje porque, normalmente, su madre se olvidaba de comprobar el buzón de voz. Volvería a intentarlo más tarde.

Después llamó a Daisy, y su hermanastra respondió a la primera.

—Hola —dijo—. ¿Cómo está mi malvada hermanastra?

—Bien. Muy bien. De hecho, te llamaba para que impidas que haga el ridículo en mitad de Central Park. Tengo ganas de ponerme a cantar sobre lo maravilloso que es el día de hoy. Detenme, porque soy mucho más sofisticada que eso.

—Eres una neoyorquina. Claro que eres mucho más sofisticada. Sin embargo, parece que tienes un buen día.

—Pues sí. El mejor de los días.

—Me alegro, ¿y qué es lo que ha pasado?

—Pues... de todo. He conseguido la beca, Daze. La conseguí. De todas las personas a quienes podían haber elegido, me han elegido a mí.

—Eso es estupendo. ¿Y qué significa, aparte de más coronas de laurel? Te das cuenta de que estás dejando en mal lugar al resto de la familia, ¿no?

—Pues claro que no —respondió Sonnet.

Daisy tenía que estar de broma. Era una fotografía llena de talento, y su obra ya se había expuesto en el Museo de Arte Moderno. Había puesto el listón muy alto. Sonnet se alegraba mucho de que trabajaran en campos distintos.

—Lo que significa esa beca es que me van a poner a cargo de un programa para darles a los niños indigentes una oportunidad en la vida. Me resulta increíble pensar que por fin voy a poder cambiar las cosas. Todavía no sé si me van a asignar un programa en el territorio nacional o en el extranjero, aunque no me importa. Eso es necesario en todas partes.

—Vaya, eso es maravilloso, Sonnet —dijo Daisy—. De todos modos, me lo esperaba, porque eres increíble. Entonces... eh... ¿vas a irte muy lejos?

Pese al entusiasmo de sus palabras, Sonnet detectó algo en el tono de voz de Daisy.

—Estás un poco rara —le dijo—. ¿Qué te pasa? ¿Va mejor Charlie en el

colegio?

Daisy tenía un niño adorable, pero el niño estaba teniendo dificultades en la escuela aquel año.

—Es un proceso —dijo Daisy—. Es muy duro ver lo mucho que tiene que esforzarse, pero estamos trabajando en ello. Es solo que... Eh, ¿has hablado hoy con tu madre?

—La he llamado, pero no ha respondido. Nunca puede hacerlo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Ah. Bueno, deberías llamarla. Es que...

—¿Max se ha vuelto a meter en líos?

El hermano pequeño de Daisy, que ahora estaba en la universidad, siempre había sido un chico difícil.

—No, es que... Llámala, ¿de acuerdo?

—No seas tan misteriosa conmigo. Yo...

—Eh... Te oigo fatal...

—¡Mentirosa!

—Lo siento, no oigo nada. Y tengo que ir a ver a Charlie...

La línea se cortó. Al instante, Sonnet llamó de nuevo a su madre, pero le dijeron que había salido. Miró con frustración el teléfono. Al principio de su lista de contactos estaba el nombre de Zach Alger. Antes de la noche de la boda de Daisy, él habría sido una de las primeras personas a las que habría llamado, fueran buenas o malas noticias. Sin embargo, eso había cambiado. No iba a volver a llamarlo después de aquel error glorioso, dulce, increíble, que habían cometido en el cobertizo de los botes hacía seis meses.

«Basta ya», pensó. Rumiar sobre los asuntos lamentables del pasado era una costumbre poco saludable. Era mucho mejor aceptar lo que había ocurrido, olvidarlo y seguir adelante. Pensar en ello solo servía para mantener fresco aquel incidente en la cabeza, y revivir el dolor, la ira, la humillación y el arrepentimiento incluso después de que hubiera pasado el tiempo.

Sonnet sabía todo aquello. Había leído libros de autoayuda. Había asistido a cursos de Psicología en la universidad. Sabía lo que tenía que hacer para proteger su corazón. Por lo tanto, le resultaba desconcertante no haber podido dejar atrás el incidente Zach.

Tener relaciones sexuales con él había sido un momento de locura. El sexo había sido increíble, sí, pero no debía recordar eso, ni tampoco que, entre sus brazos, se había sentido protegida, adorada, especial... No, no debía pensar en

eso, porque pese a que hubieran encontrado una conexión tan asombrosa entre ellos aquella noche, no cabía la posibilidad de que mantuvieran una relación sentimental, y los dos lo sabían. Para ella, la beca y su carrera profesional eran lo más importante, y no podía poner en peligro todo lo que se había ganado con tanto trabajo solo por el hecho de que el delgaducho de Zach Alger se hubiera transformado en un dios del sexo.

Sobre todo, teniendo en cuenta lo que había ocurrido después. Todavía sentía una gran humillación. Después de hacer el amor, se habían quedado tendidos en el banco del bote, sin poder hablar, saturados de satisfacción sexual. Finalmente, Zach había intentado decir algo.

—Ha sido... ha sido... Oh, Dios, Sonnet.

Ella no lo había hecho mucho mejor.

—Creo que sería mejor que... yo... ¿Queda champán?

Él estiró el brazo para tomar la botella. Se detuvo, y ella vio que fruncía el ceño.

—Vaya, estaba encendida.

Sonnet todavía estaba sin fuerzas a causa del placer.

—¿El qué? ¿Te refieres a la cámara? No, no. No es posible. Oh, Dios mío. ¿Puedes arreglarlo?

Zach se echó a reír.

—Relájate, soy un profesional —dijo, y sacó la tarjeta de memoria SD de la cámara—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Tienes que borrar eso, Zach. No importa si ha grabado algo o no. Tienes que prometérmelo.

—Claro que voy a borrarlo —dijo él—. ¿Por quién me tomas? Mira, puedo hacer algo mejor que eso —añadió, y tiró la diminuta tarjeta al lago. Después se volvió hacia ella—. Bueno, ¿dónde estábamos?

Y aquellas relaciones sexuales alucinantes continuaron. Al amanecer, habían salido del cobertizo y se habían encontrado a Shane Gilmore, presidente del banco local y chismoso oficial del pueblo, que había salido a correr por la mañana. El ex de su madre, precisamente. La expresión de su cara lo dijo todo.

Sonnet volvió a encogerse de humillación justo cuando salía de Central Park a la Quinta Avenida y se dirigía hacia la boca del metro para ir al restaurante por la acera abarrotada de gente. Para cambiar la dirección de su pensamiento, se metió la mano en el bolsillo y agarró la llave. Nadie de

aquella corriente humana tenía la menor idea de lo que significaba aquella llave para ella. Pese a que era un día cálido, ella tuvo un escalofrío.

Era un escalofrío de emoción. De impaciencia. Aquella llave se la había dado Orlando, el novio ideal, con un origen impecable, educación, una carrera prometedora, buenos modales y buena apariencia física. Además, los había presentado su padre, así que contaba con su aprobación de antemano. Y Orlando decía que estaba enamorado de ella.

Era el primer hombre que lo decía, pero oír aquella declaración no le había provocado una catarata de emociones y euforia, como ella se había imaginado cuando era adolescente. Había sido algo mejor. Él era un hombre maduro que sabía lo que quería, y quería compartir su vida con ella.

Cuando la multitud de la acera se detuvo para esperar a que se abriera el semáforo, ella le dio un par de dólares a un tipo que tocaba *While My Guitar Gently Weeps* con un ukelele. Una manzana más adelante, jugó disimuladamente al escondite con un bebé que iba en brazos de su madre, con la cara apoyada en su hombro, mientras ella hablaba por teléfono. El bebé tenía las mejillas como manzanas maduras, y los ojos brillantes y muy abiertos, y un mechón pelirrojo sobre la frente, como la llama de una vela.

Se parecía a la mitad de las muñecas con las que había jugado cuando era pequeña. Las otras muñecas se parecían más a la niña negra que iba en un cochecito, unos metros por delante. Cuando Sonnet se hizo mayor, su madre le explicó que era muy difícil encontrar muñecas que se parecieran a ella. Seguramente, los pajes de Santa Claus no estaban al día. Había muchos bebés mestizos, pero no muchos muñecos que se parecieran a ellos.

Mientras seguía caminando, apretó la llave con tanta fuerza que se le quedó marcada en la palma de la mano. Se sentía muy confusa respecto a la maternidad. Por cómo estaba evolucionando su carrera profesional en la Unesco, apenas tenía tiempo para ir a ver a su madre, así que mucho menos iba a tenerlo para criar a un hijo.

Por otra parte, su cuerpo de veintiocho años estaba lleno de hormonas que procedían de un vacío que sentía por dentro, y le rogaban que procreara.

Se preguntó qué diría Orlando si ella le planteara aquel asunto. Seguramente saldría corriendo. Su relación era demasiado nueva, con llave o sin ella. Hacía tiempo, él le había dicho que quería posponer la paternidad, que ya tendría mucho tiempo para ser padre en el futuro.

Pero aquel día no había nada que pudiera desanimarla. Tenía una noticia



muy buena, e iba a dársela a dos personas que comprenderían perfectamente su importancia. Una beca Hartstone. Ella, Sonnet Romano, de un pequeño pueblo llamado Avalon, a orillas del Willow Lake, había sido elegida para recibir aquel honor. La gente que conseguía la beca Hartstone tenía tendencia a cambiar el mundo. Ella siempre había querido estar a la altura de las expectativas de su padre, y los logros personales eran muy importantes para él. Ella lo entendía; los logros le daban valor a uno, le decían al mundo que una persona hacía cosas valiosas.

Mientras bajaba las escaleras del metro apresuradamente, puesto que iba a llegar tarde, su teléfono emitió el pitido que indicaba que había recibido un mensaje. Al mismo tiempo, el tren entró en la estación con su habitual estruendo. Los faros del primer vagón tenían una capa de polvo, y los frenos chirriaron fatigadamente al detener la máquina en el andén. Las puertas se abrieron y dejaron salir a una horda de pasajeros. Con la misma prisa, quienes estaban esperando el metro embarcaron en él. Sonnet se detuvo y se inclinó para ayudar a una mujer a pasar el carrito de su niño por encima del hueco que había entre el andén y el vagón, mientras pensaba en el mensaje de texto que había recibido. Sin saber por qué, sacó el móvil en aquel momento; recibía mensajes todo el rato. Seguramente, por costumbre. O tal vez fuera a causa del misterioso comentario de Daisy, que había insistido en que llamara a su madre.

Cuando Sonnet pasaba por encima del hueco, alguien la empujó por la espalda, y tanto el teléfono como la llave se le resbalaron de la mano. Vio un brillo cobrizo mientras la llave desaparecía por el hueco, y se le cayó el alma a los pies. El teléfono permaneció encendido un instante, lo suficiente para que pudiera ver que quien le había enviado el mensaje era Zach Alger.

El resto de los pasajeros siguió empujando para entrar. Las puertas se cerraron, y el metro se puso en marcha.

Sonnet se agarró a una barra de seguridad y apretó los dientes. Tenía un nudo en el estómago. «Me has hecho perder la llave», pensó, echando humo por las orejas. «Prepárate a morir».

Al ver su nombre en la pantalla, había recordado que debería haberlo borrado de su lista de contactos hacía meses. Por desgracia, eso no significaba que pudiera borrarlo de su mente. Antes esperaba con placer sus mensajes, pero, ahora, con solo pensar en él, se echaba a temblar.

Teniendo en cuenta cómo avanzaba su relación con Orlando, Zach podía

echarlo todo a perder. La noche de la boda de Daisy habían cometido un error, y ella lo sabía bien. En cuanto bajó de la nube de champán y puso los pies en la tierra, había notado una punzada de angustia en el estómago. Con un solo acto de estupidez, habían cambiado su amistad de manera irrevocable, y no para mejor. Su padre le había presentado al hombre perfecto. Ella tenía que concentrarse en Orlando, no emborracharse con Zach Alger.

No había vuelto a hablar con él desde entonces. Él la había llamado mucho al principio, le había enviado muchos mensajes, pero, al final, ella le había enviado uno solo, diciéndole: *No me llames. No me mandes mensajes de texto. ¿No podemos dejarlo así?*

Entonces, sus llamadas habían cesado, y ella se había convencido a sí misma de que se sentía aliviada. No había nada que decir. ¿Qué iban a decir? «¿Siento haber destrozado una bonita amistad, que te vaya muy bien?».

Obstinadamente, se quitó de la cabeza el problema del teléfono y pensó en el problema más inmediato: la llave. Eso sí que era una estupidez por su parte. Su novio le daba la llave de su increíble apartamento en el East Side, y ella la perdía inmediatamente. Por supuesto, había sido un accidente, pero era difícil no pensar en el simbolismo de lo que había ocurrido.

Y, para rematar, iba a llegar tarde. Tanto su padre como Orlando eran tremendamente exigentes con la puntualidad, pero ella se había retrasado, y ni siquiera podía enviarle un mensaje a Orlando.

Con un nudo en el estómago, encontró un asiento vacío y se sentó. Estaba frente a una adolescente y su madre. Sonnet observó su reflejo en el cristal del vagón. Madre e hija se parecían, salvo por el hecho de que la madre era nórdica y tenía el pelo rubio y la piel muy blanca, y su color contrastaba con el del pelo rizado de la niña, y el de su piel café con leche. La adolescente llevaba su mezcla racial como un traje que le quedara mal. Sonnet conocía aquel tipo de incomodidad porque, una vez, no hacía tanto tiempo, ella había sido aquella chica mulata que se preguntaba dónde estaba su sitio.

La chica tenía la música del iPhone a todo volumen, y a través de los auriculares, Sonnet reconoció la voz enfadada de Jezebel, la última sensación del hip-hop. Aquella canción estaba la primera en las listas de éxitos. Aunque el rap no era el género favorito de Sonnet, conocía a Jezebel por las revistas y los blogs de chismorreos. Era una de muchas, que había estado en la cárcel por hacer alguna cosa u otra.

Parecía que la chica que escuchaba aquella música también estaba

enfadada. Tal vez tuviera un mal día. Tal vez estuviera enfadada con su madre. Tal vez se preguntara por qué su padre solo la llamaba en Navidad y en su cumpleaños, y la mitad de las veces se le olvidara su cumpleaños. Tal vez estuviera intentando dar con la forma de conseguir su atención.

En el cristal de la ventana, su mirada se cruzó con la de la chica. Ambas apartaron los ojos rápidamente; tal vez se reconocieran como almas gemelas.

Sonnet tuvo ganas de asegurarle a la chica que todo iba a salir bien, que iba a estar bien, como ella. Bien.

A medida que el tren se acercaba a su parada, Sonnet trató de encontrar alguna explicación plausible para la pérdida de la llave. No quería decirle a Orlando que la había perdido en el metro, porque le parecía algo muy... descuidado. Y a ella le importaba. Tener acceso a su apartamento, a su espacio privado, era un gran paso para ellos como pareja. Significaba algo importante.

Con solo pensarlo, se le aceleró el corazón. Para Sonnet, aquella no fue una sensación agradable.

Zach Alger miró la pantalla de su iPhone. No debería haberle mandado aquel mensaje a Sonnet. ¿En qué estaba pensando? No estaba pensando.

Tal vez el hecho de estar en una iglesia le estuviera afectando negativamente el juicio. Aunque en realidad, no estaba en una iglesia para asistir a misa, sino preparando un trabajo de vídeo en la Iglesia del Corazón de las Montañas. Así que, en aquel momento, eso no contaba.

Anotó un par de medidas; iban a meter a demasiada gente en el santuario, pero se las arreglaría. Después hizo una pausa para mirar de nuevo su iPhone. No tenía respuesta. Entró en su cuenta de correo electrónico. Una lista interminable de correos de trabajo, y entre ellos, unos cuantos de mujeres. Sí, estaba saliendo con mujeres. En un pueblo como aquel, con una población que ni siquiera llenaría el estadio de un instituto, eso solo significaba que se mantenía abierto a cualquier posibilidad. Aquel día podía ir al rocódromo con Lannie, y desde luego, había cosas peores que mirar su precioso trasero mientras sujetaba la cuerda desde abajo. También podía ir a casa de Viv a cenar. Ella era chef en la Apple Tree Inn, y había estudiado en la escuela Cordon Bleu. Tenía una tercera opción: una clara invitación de Shakti, que practicaba una forma del yoga que ella llamaba Yoga Sutra.

Sus amigos del equipo de bicicleta de montaña le envidaban toda aquella

atención de las mujeres. Y sí, demonios, a él le encantaban las mujeres. Adoraba su pelo suave y sus cuerpos curvilíneos, y su olor a flores, y su risa. Las adoraba a todas, pero para su consternación, solo deseaba a una. Y se trataba de lady Locura en persona, Sonnet Romano.

No. Corrección. Ella no era la mujer a la que deseaba. Era la mujer a la que deseaba evitar.

Ponerse en contacto con ella había sido un fallo. No había vuelto a hablar con Sonnet desde aquella noche. Sí, aquella noche. Sin embargo, aquel día se había visto obligado a enviarle un mensaje porque estaba ocurriendo algo extraño. Él pensaba que su noche épica de sexo era un secreto entre los dos.

Ahora ya no estaba tan seguro.

Su amiga Daphne, una experta en Internet, le había dicho aquella mañana que ocurría algo. Una página web de chismorreos había publicado una noticia en la que hablaba de que la hija de cierto candidato al Senado de los Estados Unidos se dedicaba a... ejem... pasarlo bien después de las bodas.

La política era un asunto sucio. En aquella carrera por un puesto público no había límites, ni siquiera con respecto a la familia de los candidatos. Al tratar de conseguir un puesto en el Senado, Laurence Jeffries estaba poniendo a todo el mundo bajo la luz de los focos. Zach se preguntó si aquel tipo lo había pensado al tomar la decisión de presentarse a las elecciones.

El padre de Zach, que todavía estaba cumpliendo condena por defraudar al pueblo de Avalon, no había tenido en cuenta a su hijo, desde luego. Algunas veces, Zach pensaba que eso era lo que le ataba a Avalon, cuando hacía mucho tiempo que debería haberse marchado. Tenía que demostrar algo; tenía que demostrarle a la gente que él no era como su padre.

Después de ver el link a la historia de la aventura de la hija del candidato después de la boda, Zach, impulsivamente, le había enviado un mensaje a Sonnet para avisarla. Era lo menos que podía hacer. No se preocupaba mucho por sí mismo; gracias a su padre, Zach ya había sentido toda la vergüenza posible. Sin embargo, Sonnet siempre había sido muy sensible con respecto a su reputación.

Sin embargo, en cuando había activado el botón de Enviar, había empezado a preguntarse si aquella página web de chismorreos había acertado por casualidad con aquella historia, o si realmente sabían algo. O si se trataba de una boda diferente... de un tipo diferente.

Espantó a una mosca que estaba revoloteando alrededor de su cabeza y

volvió al trabajo.

Seguramente, Sonnet no respondería. Llevaba escondiéndose desde la boda. Para ser sincero, Zach estaba contento con lo que había ocurrido. En realidad, le había encantado. Sin embargo, Sonnet estaba empeñada en que ellos no podían formar una pareja de ninguna manera, y afirmaba que los dos eran lo suficientemente adultos como para darse cuenta. Ella quería que volvieran a ser amigos, como lo habían sido desde el colegio.

Él quería más, pero ella no iba a permitirle que la convenciera. Le había dejado bien claro que estar con él sería un lastre para sus planes de futuro. Pues muy bien. Él también tenía planes.

Pero la echaba de menos de verdad. Echaba de menos su amistad, y la sensación de estar con alguien con quien se sentía cómodo de verdad. La mayoría de la gente tenía una familia en la que apoyarse, pero Zach no. Era hijo de un delincuente que estaba entre rejas. Su madre lo había abandonado cuando era niño, había vuelto a casarse y después había muerto de cáncer. Así pues, él no era precisamente un miembro de la perfecta familia estadounidense, y por ese motivo, Sonnet se había convertido en la persona a la que acudir, alguien a quien podía llamar a todas horas, alguien que conocía su historia y no lo juzgaba por ella, alguien que siempre se alegraba de oír sus buenas noticias. O por lo menos, solía alegrarse en el pasado. En el presente ni siquiera respondía al teléfono.

Dentro del templo, se encontró con el pastor, un hombre sobrio y barrigón que disfrutaba casando a parejas enamoradas en aquella pequeña iglesia de cuento.

—Hola, reverendo Munson —dijo—. Me quitaré de en medio dentro de unos minutos. Solo necesitaba hacer un plan para la ceremonia del sábado.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Zachary. Soy consciente de lo importante que es el vídeo para la novia.

—Sí —dijo él—. En eso tiene razón.

—Jenna acaba de volver de su viaje de misión a Korea —dijo el reverendo Munson, refiriéndose a su hija menor—. Me imagino que querrá contártelo. A ella siempre le has caído muy bien, y allí ha filmado mucho. Seguro que te llamará.

Ya lo había llamado. A Zach le estaba resultando embarazoso charlar con el pastor, que claramente no sabía que, no hacía mucho tiempo, Zach había pasado unas horas muy agradables bebiendo Zima del ombligo de su hija. Y

haciendo otras cosas, también.

—Creo que ya tengo todo lo que necesito —dijo Zach, con decisión—. Nos vemos el sábado, reverendo.

—Estaré preparado para la cámara —dijo el pastor, y en broma, encuadró su propio rostro con sus manos. Sus manos pálidas y limpias, con una alianza de oro en el dedo anular. Por algún motivo, Zach empezó a sentirse culpable.

Qué demonios, pensó mientras salía de la iglesia. Llevaba trabajando como cámara y editor de vídeo para la empresa Wendela's Wedding Wonders desde la universidad. Aquello no tenía nada de malo, salvo que tenía un horario intempestivo, debía soportar a las novias y a sus madres y no había tenido una noche de sábado libre desde que era lo suficientemente mayor como para beber alcohol.

Y lo que quería, lo que de verdad deseaba, era contar historias. Las suyas no, por Dios. Las historias de otra gente. Era lo que había estado haciendo desde que tenía edad suficiente como para sujetar una cámara. Tenía un don para captar las emociones de alguien en una cinta, para encontrar sus puntos vulnerables para profundizar y revelar verdades que a menudo eran muy crudas, pero bellas. Quería salir al mundo y encontrar aquellas historias. Tenía que salir de Avalon antes de quedarse allí atrapado para siempre.

Sin embargo, para eso necesitaba mucho dinero. Durante mucho tiempo, le había parecido un sueño imposible, mientras saldaba las deudas por los préstamos de estudios y hacía pagos regulares al ayuntamiento de Avalon para compensar al pueblo por el dinero que su padre había robado y se había jugado a las cartas, y se había limitado a ganarse la vida. No había ninguna ley que le obligara a restituir el dinero que había robado su padre, pero él necesitaba a hacerlo.

Para seguir avanzando, tenía que ir al lugar donde estaba el trabajo, o Los Ángeles, o Nueva York. Llevaba dos años enviando sus trabajos a diferentes lugares; hasta el momento había conseguido mucha admiración y un par de premios prestigiosos, pero no le habían llegado ofertas de trabajo remunerado.

Le molestó el hecho de que sus pensamientos volvieran a centrarse en Sonnet, y miró su lista de contactos del teléfono móvil hasta que encontró a Shakti. Siempre respondía.

—Hola, ¿qué estás haciendo? —le preguntó.

—Esperar tu llamada —dijo ella, y ronroneó suavemente de un modo que el ego de Zach se infló.

—Ahora mismo voy para allá.

Aquella noche, más tarde, Zach fue a Taberna Hilltop, un bar de Avalon que era muy frecuentado por la gente del pueblo. Dos de sus amigos estaban allí: Eddie Haven, un cantante y compositor con mucho talento, que se había refugiado en Avalon para huir de su problemático pasado de estrella de la canción infantil, y Bo Crutcher, un jugador de los Yankees que tocaba el bajo en la banda de Eddie, y que tenía una cabaña de vacaciones junto al lago. Zach había grabado los vídeos de las bodas de ellos dos, y se habían hecho amigos desde entonces.

—Tengo un problema de mujeres —dijo, mientras se sentaba alrededor de la mesa con ellos.

—Mis favoritos —respondió Bo, sirviéndole cerveza a Zach de una jarra helada.

Eddie alzó su jarra de cerveza.

—¿Qué ha pasado? No me digas que hay alguien embarazada.

—No —dijo Zach al instante, con un escalofrío de solo pensarlo—. Es algo complicado. Yo siempre he sido de los que salían con muchas mujeres.

—Un mujeriego, sí —dijo Eddie—. Todos lo hemos sido.

—Por eso os lo estoy contando —prosiguió Zach—. Pero ahora, y nunca pensé que diría esto, empieza a aburrirme.

Pensó en Shakti, que se le había insinuado. Él no se había aprovechado de la situación. La había invitado a cenar y después la había dejado en casa, pero sin entrar. Después había convocado aquella reunión con sus amigos para contarles que se estaba volviendo loco.

—Tío —dijo Bo—, bienvenido a la edad adulta. Se tarda en llegar, pero al final se llega. Yo lo sé porque he llegado.

—Sí, has llegado casándote con una mujer que parece una supermodelo —dijo Zach—. Debe de haber sido difícilísimo para ti.

Bo se echó a reír.

—Supongo que fue más difícil para Kim. Bueno, ¿y tú qué tienes en la cabeza?

—Quién, no qué. Tengo a Sonnet Romano. Sí, a esa Sonnet Romano. A la que conozco desde el primer curso. Nosotros dos hemos... estuvimos...

—¿La hija de Nina? ¿Por fin te la has tirado? Increíble —dijo Eddie,

ofreciéndole la mano para darle la enhorabuena—. A mí no me parece ningún problema.

—Entonces es que no conoces a Sonnet. Ella siempre le encuentra complicaciones a todo.

—¿A que lo adivino? —preguntó Bo—. Te acostaste con ella, y ahora, ella quiere... ¿cuál es esa palabra? Ah, sí, una «relación». No falla. Les das un poco de marcha, y antes de que te des cuenta estás eligiendo la vajilla.

—Dios, eres un cretino. ¿Cómo consigue un cretino como tú casarse con una súper modelo?

Bo apartó los ojos de él y miró a Eddie.

—¿Qué pasa?

—La complicación es esta —continuó Zach—, y creedme cuando digo que me duele en el alma: El que quiere la relación soy yo.

Para su alivio, Bo y Eddie no se quedaron horrorizados. Parecían interesados, más bien.

—Bueno —continuó él—, tal vez no quiera lo de la vajilla, pero sí, quiero todas esas cosas de las que huyen la mayoría de los tíos. No dejo de pensar en ella, aunque intente concentrarme en otra chica.

—En mi opinión de experto —dijo Eddie—, las otras chicas solo son distracciones de lo que quieres de verdad.

—Sí —dijo Bo—. ¿Qué es lo que quieres de verdad?

Zach le dio un sorbo a su cerveza.

—Quiero todo el conjunto. Amor, familia, estabilidad, incluso hijos, algún día. Sí, hijos. Quiero tener hijos, ¿no os parece una locura?

—No, en absoluto —dijo Eddie—. Maureen y yo nos lo estamos pasando en grande trabajando en ello. Los niños son maravillosos. Son los padres los que lo estropean todo. Lo único que tienes que prometer es que tú no serás de esa clase de padres.

—Nos estamos adelantando mucho. En este momento, Sonnet y yo ni siquiera nos hablamos.

—¿Y por qué no?

—Después de que estuviéramos... Después de que yo...

—Te la tirarás —ofreció Bo.

—Sí, todo sucedió en el cobertizo de los botes de Camp Kioga. Creo que Shane Gilmore se olió la tostada.

—Ese sí que es un cretino. No puedo soportarlo —dijo Eddie—. ¿Y a ti qué



te importa?

—A mí no me importa, pero el padre de Sonnet se ha presentado candidato al Senado, y Gilmore anda por ahí conduciendo con una pegatina de Delvecchio en el parachoques, así que es partidario de su oponente.

—Vaya, no sabía que Sonnet era hija de Jeffries —dijo Bo.

—Como ya te he dicho, es complicado. De todos modos, lo que me preocupa es que he visto un rumor sobre la hija de un candidato enrollándose con un tipo en una boda... ¿Os había dicho que yo me acosté con ella el día de la boda de Daisy Bellamy?

Bo le rellenó el vaso de cerveza a Zach.

—Bebe. Va a ser una noche muy larga.

Sonnet entró al restaurante con unos diez minutos de retraso, y se encontró a Orlando en el vestíbulo, moviendo el dedo por el teclado de su teléfono.

—Lo siento —dijo ella, con la respiración ligeramente entrecortada—. Me ha pillado la hora punta.

Él guardó el móvil y le dio un beso en la mejilla. Era impresionante, tenía una presencia tangible que exudaba clase y elegancia, y un aspecto físico que combinaba los rasgos cubanos de su madre y los rasgos afroamericanos de su padre. Después de haberse graduado en Ivy League y de haber hecho el servicio requerido en West Point, Orlando había hecho un doctorado en Ciencias Políticas en Columbia, y se había hecho experto en dirigir campañas electorales. Era uno de los mejores en su profesión, y no se detenía ante ninguna dificultad con tal de beneficiar a su candidato.

—Por curiosidad —dijo él, medio en broma—, ¿la hora punta llega inesperadamente todos los días de la semana? —preguntó, aunque suavizó la crítica con una sonrisa.

Sonnet se pasó la mano por el pelo. Se había despeinado debido a las prisas y a la lluvia. Al salir del metro se había encontrado con que había empezado a llover y, por supuesto, no llevaba paraguas.

—Me ha sorprendido la lluvia —confesó.

—Deberías llevar paraguas.

A Sonnet no le gustaba nada parecer desorganizada ante Orlando, que era todo un ejemplo de organización. Y allí estaba ella, metiendo la pata una y otra vez. Había perdido la llave de su apartamento. Había perdido su teléfono

móvil. Y además, llegaba tarde.

—No te culpo por estar enfadado —dijo.

—Eh, no pasa nada. No tengo motivos para enfadarme. Yo siempre llego suficientemente puntual por los dos.

Ella sonrió y lo tomó de la mano. Orlando Rivera era un profesional brillante que conocía la importancia de la puntualidad. No era de extrañar que estuviera a cargo de la campaña electoral que llevaría a su padre al Congreso.

La idea de que su padre fuera a convertirse en senador de los Estados Unidos le resultaba irreal. Sin embargo, no era sorprendente; Laurence Jeffries era un hombre imponente. Aunque era su padre biológico, para ella había adquirido las proporciones de un mito. Sí, lo admitía. Sin embargo, siempre había tenido la esperanza de poder construir algo más sólido.

De niña, fantaseaba con el hecho de que su padre formara parte de su vida y su presencia no se redujera solo a dos llamadas al año. Entonces, cuando la habían aceptado en una universidad prestigiosa, todo había cambiado. De repente, había conseguido una beca prestigiosa, y su padre tomó nota y quiso establecer un vínculo con ella. Sonnet todavía recordaba la expresión de su madre cuando le tendía el teléfono: «Laurence quiere hablar contigo».

Su padre casi nunca la llamaba. Solo había alguna conversación incómoda en Navidad, y algunas veces en su cumpleaños, cuando él recordaba la fecha. Así pues, el hecho de que la hubiera llamado de repente era extraordinario.

—Me siento orgulloso de ti —le había dicho aquel día.

Pese a que Sonnet hubiera podido preguntarle por qué nunca se había molestado en hacer algo más que enviarle un modesto cheque mensual hasta aquel momento, y por qué no había estado presente en los momentos en que había necesitado su apoyo, no hizo ninguna recriminación. Le abrió el corazón a su padre. Habían hablado mucho acerca de su futuro y sus objetivos. Ella pensaba que quería enseñar, o trabajar en algo relacionado con los niños, pero su padre la había convencido de que podría hacer algo más por el mundo si trabajaba en el ámbito mundial. Él era un apasionado de los asuntos internacionales y creía que era posible mejorar el mundo, y esa pasión era contagiosa. Sonnet había empezado a ampliar sus miras y se había concentrado en los estudios internacionales, en parte, para demostrar que valía tanto como las dos hijas que su padre había tenido con la mujer con la que se había casado.

No quería pensar en la otra familia de su padre, su familia legítima, formada

por Angela, su encantadora esposa, y sus hijas, Layla y Kara. Sonnet tenía una estupenda familia materna, el enorme clan Romano de Avalon, y siempre se sentiría agradecida por ello. Igual que sentiría agradecimiento por su emocionante carrera profesional y aquella nueva oportunidad que le ofrecía la concesión de la beca.

Tal vez, con la emoción de la noticia, Orlando no le diera importancia al hecho de que hubiera perdido la llave de su apartamento.

—No puedo creer que la hayas perdido —dijo él, después de que ella le explicara tímidamente lo ocurrido. Él se quitó el abrigo y se lo entregó a la encargada del ropero.

—Lo siento muchísimo —dijo Sonnet mientras hacía lo propio—. No sé qué puedo decir. Encargaré una copia.

—No puedes. Es un edificio en régimen de cooperativa. Las copias de las llaves tiene que hacerlas el encargado del edificio. Yo me encargaré de todo.

—Lo siento —dijo ella, seguramente, por duodécima vez. Orlando estaba siendo agradable con respecto a lo que había pasado, pero ella hubiera preferido que le dijera que era una pesada y que hubiera terminado los reproches de una vez.

—Lo sé. Yo me encargaré de todo —repitió él—. Pero, escucha, ya que vamos a dar este paso, tenemos que hablar de una cosa —dijo. Entonces, hizo una pausa, le tomó la mano se y se la llevó a los labios.

Ella sonrió al ver la calidez de su mirada.

—¿Besándome la mano en público, Orlando? Soy una gran admiradora tuya. Él le devolvió la sonrisa.

—Yo también soy un gran admirador tuyo. Solo quería hablar del asunto de la llave, del asunto de que vayamos a vivir juntos.

Ella se mordió el labio. Tal vez, después de todo, a Orlando no le gustara tanto la noticia de la beca.

—Me encanta que vayamos a vivir juntos.

—A mí también, no me malinterpretes. Por eso necesito pedirte que...

«... que te cases conmigo». Sonnet oyó aquellas palabras mentalmente, y aunque él no las hubiera pronunciado, sintió un escalofrío. Se imaginó diciendo que sí y abrazándose a su cuello, y se imaginó que él la levantaba del suelo y giraba con ella en el aire mientras se besaban de alegría.

—Porque va a ser el blanco de todas las miradas a medida que se acerque la fecha de las elecciones.

—Disculpa, ¿qué decías? —preguntó ella. Se sintió azorada por haber dejado volar así su fantasía.

—Te estaba diciendo que intentemos ser discretos sobre el hecho de que estás viviendo en mi casa.

—Claro. Después de todo, estamos en el siglo XXI —dijo con ironía.

—Tú y yo sabemos, eso, pero todavía hay muchos votantes que no verían con buenos ojos que la hija del candidato...

—Que es una adulta con una vida propia e independiente...

—Lo siento. Yo no impongo las normas. Cariño, solo digo que tratemos de mantener nuestra vida privada lo más privada posible.

—¿Es que te da miedo que lo cuente en Facebook?

—Claro que no. Me da miedo que algún idiota de la oposición intente sacar provecho de ello.

—Entonces, ¿por qué me has dado la llave? Ah... Ahora lo entiendo. Me has dado la llave para que no tenga que llamar al telefonillo cada vez que voy a verte, lo cual es muy indiscreto.

—Cariño, te he dado la llave porque quiero que formes parte de mi vida. Incluso puede que quiera que se convierta en algo permanente.

—Vaya, Orlando, ¿cómo puedes ser tan romántico? «Incluso puede que quiera que se convierta en algo permanente». ¿De verdad?

—Sí, de verdad. Pero no voy a arrodillarme y pedirte matrimonio ahora, en mitad de un restaurante lleno de gente.

—Qué alivio.

—Pero voy a pedírtelo. Y va a ser romántico, y tú vas a decir que sí.

A ella se le puso la piel de gallina, pero de repente, tuvo muchas dudas. ¿Iba a pedirle que se casara con él porque la quería y no podía vivir sin ella, o para conseguir que el electorado no considerara una cualquiera a la hija del candidato?

Se apartó de la cabeza aquel pensamiento cínico. ¿Cuándo se había vuelto tan escéptica? ¿O siempre había sido así?

En la puerta apareció un hombre alto e imponente.

—Eh, mi padre acaba de llegar —dijo—. ¿Podemos hablar de la llave más tarde?

Orlando ya estaba atravesando el vestíbulo con la mano extendida.

—Laurence, ¿cómo estás? —preguntó. No hizo ningún comentario sobre el

retraso del general Jeffries.

Sonnet sintió orgullo y emoción al ver a los dos hombres estrechándose la mano. Su padre tenía un aspecto militar y sofisticado.

Allí, entre ellos dos, Sonnet se sentía como una princesa flanqueada por reyes. El maître los llevó hasta su mesa, y le sujetó la silla para que ella se sentara.

—Tengo una buena noticia que daros —dijo, cuando todos se hubieron acomodado.

—Siempre estoy de humor para las buenas noticias —dijo su padre, mirándola con calidez.

Ella hizo una pausa para disfrutar de aquel momento.

—Me han concedido la beca Hartstone —dijo—. Me han llamado hoy mismo, y tengo una carta oficial.

Orlando emitió un suave silbido.

—Es fantástico.

—Sonnet, estoy muy orgulloso de ti —dijo su padre, y pidió una botella de champán—. No puedo decir que esté sorprendido, pero me siento muy orgulloso.

—Gracias. Yo todavía no me lo creo —respondió ella, con una sonrisa resplandeciente, mientras les servían tres copas de champán—. Me alegro mucho de que podamos celebrarlo juntos. Iba a enviarte un correo electrónico, pero prefería decírtelo en persona.

—Te lo mereces —dijo Orlando—. Sé que has trabajado mucho para conseguirlo.

—Tiene razón —añadió su padre—. Vamos a echarle de menos cuando te vayas al extranjero.

Sonnet pestañeó.

—¿Y cómo sabes que es un puesto en el extranjero?

Él miró la araña del techo.

—Normalmente, es así, ¿me equivoco?

—No, nunca —dijo ella. Sin embargo, él no captó el tono irónico de su voz.

—Con tu formación y tu conocimiento de idiomas, harás un trabajo excelente en otro país —dijo su padre, y le hizo un gesto al camarero—. Creo que ya podemos pedir.

—Tengo las cifras definitivas de la recaudación de fondos —dijo Orlando, y le entregó un listado a Laurence—. He pensado que te gustaría verlas.

—Hemos superado nuestras expectativas para este punto de la campaña —dijo Laurence.

—Eso es estupendo, papá. Qué buenas noticias —dijo Sonnet. Hubiera preferido hablar más sobre la beca, pero no quería monopolizar la conversación—. A lo mejor deberíamos comprar lotería.

—Yo nunca dejo las cosas al azar —respondió su padre—. Es mejor construir el destino propio.

—Sí, completamente de acuerdo —dijo Sonnet, que sabía, desde que lo había conocido, que su padre tenía obsesión por el control.

Orlando y el general hablaron de trabajo, de encuestas, de estudios demográficos y de estrategias de la campaña electoral, y ella escuchó con atención. Cuando llegó la comida, hubo una pausa para alabar los platos, perfectamente preparados y servidos. Ella recordó las comidas de domingo en la casa de sus abuelos paternos, los Romano, con todos sus tíos y primos, tomando una comida deliciosa, servida al estilo familiar. La comida era sencilla pero abundante, y la familia, ruidosa, pero de buen corazón y afectuosa.

—Vaya, es una locura pensar que, el año que viene, seré la hija de un senador de los Estados Unidos —comentó, y tomó un poco del risotto de setas salvajes que había pedido. Saboreó el jerez y la nata de la salsa.

Laurence bebió vino, y asintió.

—Espero que te refieras a una locura en el buen sentido.

Ella sonrió.

—Por supuesto. Me siento orgullosa.

—Ojalá pudiera decir que la elección será pan comido —respondió él—. Sin embargo, tengo que ser sincero contigo. Delvecchio se está desesperando, y es famoso por jugar sucio cuando baja en las encuestas.

—¿Quieres decir que está bajando en las encuestas?

—Sí, claramente sí.

—Así que debemos esperarnos que recurra al juego sucio —dijo Orlando.

—Exacto —respondió Laurence—. Y, Sonnet, tengo que avisarte de que lo más probable es que envíe a alguien a investigar todos los aspectos de mi vida.

—Incluyéndome a mí —dijo ella, y sintió que se le formaba un nudo de angustia en el estómago.

—Me gustaría decirte que no, pero Delvecchio es un experto en esas lides.

Podría conseguir que incluso Santa Claus pareciera malo.

—¿Hasta qué punto? —preguntó ella, mirándolos a los dos.

Orlando le pasó una página impresa de un blog político. Ella leyó rápidamente el artículo, y a medida que lo hacía sintió cada vez más horror. Después, volvió a mirar a su padre.

—Están sacando a la luz la aventura ilícita que tuviste con una menor de edad, de otra raza, cuando eras un cadete de West Point. Lo cual no es exactamente ficción.

El artículo describía a su padre como alguien ambicioso que había ignorado a su propia hija y había seguido adelante con sus planes. Al final del artículo había un link... sobre los escarceos de la hija ilegítima del senador después de una boda. Aquello estuvo a punto de provocarle náuseas. ¿Cómo se había filtrado aquello?

—Todo ficción, por supuesto —dijo Orlando, confidencialmente.

Ella se estremeció. Con disgusto, dejó a un lado la hoja.

—Se han olvidado del detalle de que tienes cuernos y rabo.

—Lo siento —dijo su padre—. Lamento que te hayas visto metida en esto.

—¿Y cómo vas a responder?

—Se están ocupando de ello. He hecho una declaración contando la verdad. He explicado que yo no sabía que había tenido una hija, y que cuando me enteré, me sentí feliz por el regalo que había recibido y os apoyé a tu madre y a ti en todo lo que pude. Que me siento orgulloso de decir que te has convertido en una joven muy preparada y capacitada, y que tienes pasión por tu trabajo y un gran futuro por delante.

Pese a los escarceos, pensó ella con un escalofrío.

—Los lectores decidirán cuál es la versión que creen dependiendo de su orientación política —dijo Orlando.

—¿Y si alguien se pone en contacto conmigo? —preguntó Sonnet.

—Diles la verdad —respondió su padre—. Tu verdad.

—Claro —dijo Sonnet, envidiando la sangre fría del general—. Soy una mujer adulta. Puedo cuidarme sola.

—Eso nunca lo he dudado —dijo su padre—. Pero de veras, lo siento.

Entonces, a Sonnet se le ocurrió algo muy desagradable.

—¿Van a molestar a mi madre?

—Espero que no, pero por desgracia, estamos hablando de Johnny Delvecchio.

—Si él se pone en contacto con ella, ella no tendrá nada malo que decir — respondió Sonnet, con una seguridad completa. Nina siempre había reconocido su responsabilidad en aquella situación, y nunca había expresado ninguna amargura ni resentimiento contra Laurence. Por lo menos, no delante de ella.

La conversación derivó a otros asuntos de la campaña, y no volvieron a hablar de la gran noticia de Sonnet. Ella intentó no sentirse mal. Quería celebrar el hecho de haber conseguido la beca, pero con su padre todo quedaba eclipsado. Él tenía una gran carrera profesional y una gran vida, y el hecho de postularse para el Senado lo hacía todo mucho más importante aún.

Como todos los que formaban parte de su círculo, Sonnet lo admiraba y lo respetaba por sus éxitos. El único error que había cometido era ella misma. Era resultado de una imprudencia de la juventud, aunque el mundo se la hubiera perdonado. Algunas personas tenían suerte. Las cosas no les pasaban factura.

Aparte de aquello, su progreso en la vida era algo espectacular. Tenía un origen humilde; era hijo de una madre soltera que pudo subsistir gracias a la ayuda pública. En el colegio, destacó tanto en la parte académica como en los deportes, y consiguió una codiciada beca para West Point. A partir de allí, había ascendido en la jerarquía militar. Después había contraído un matrimonio ventajoso y, aparentemente, era un buen marido. Tenía dos hijas muy guapas que se habían educado en colegios privados y habían vivido en el extranjero. Sonnet era el único borrón en aquel espléndido currículum.

Y odiaba ser un borrón.

—¿Cómo va a funcionar esto? —le preguntó Sonnet a Orlando, aquella noche, cuando iban a acostarse. Él la había tranquilizado con respecto a la llave, y ella sentía emoción por estar en su casa. Colocó sus cosas ordenadamente en un rincón del vestidor, y añadió—: Contigo aquí, y yo en el extranjero, quiero decir.

—Supongo que tendremos que hacer unos cuantos vuelos internacionales.

—No me refiero a los viajes. Me refiero a cómo va a funcionar.

—Quieres decir que cómo vamos a mantener esta relación.

Orlando lo había llamado relación. Él había bromeado con respecto a la petición de matrimonio... ¿O era algo más que una broma? Sonnet estaba segura de que hacían progresos hacia un objetivo, y eso era bueno, ¿no?



Él era la persona más cautelosa que hubiera conocido, y elegía las palabras como si fueran a ser grabadas en piedra. Decir algo como «relación» era algo muy serio para un hombre como Orlando. Ella tenía tendencia a ser más impulsiva, y él la equilibraba.

—Gracias —dijo—. Eso es precisamente lo que quería decir.

—Además de las visitas, está el correo electrónico, y el Skype —dijo él.

—¿Y eso es suficiente para ti?

—Tendrá que serlo. A no ser que tú quieras renunciar a la beca.

—O que tú estés dispuesto a dejar la dirección de la campaña electoral de mi padre.

—No seas boba. Esto no es una situación límite.

Ella intentó analizar lo que sentía. No parecía que ninguno de los dos estuviera demasiado disgustado por el hecho de tener que separarse durante tanto tiempo. Y, sin embargo, tenían una relación. Orlando le había dado la llave de su apartamento, y aunque ella la había perdido inmediatamente, todavía formaban una pareja, ¿no?

—De hecho, seguramente es mejor que no le demos a Delvecchio algo más a lo que agarrarse.

—Orlando...

Sonó el teléfono, y él atendió la llamada. Ella apretó los dientes. ¿Acaso no podía dejar que respondiera el contestador, por una vez?

Orlando habló, esperó brevemente y después le pasó el teléfono a Sonnet.

—Es tu madre. Ha estado intentando ponerse en contacto contigo.

Sonnet lo aceptó.

—Hola, mamá. Eh... Es que he perdido el teléfono hoy...

—Ah. No me extraña que no haya podido dar contigo. Siento llamar tan tarde.

—¿Va todo bien?

Hubo un segundo de titubeo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Daisy me dijo que tenías noticias, mamá.

—Es cierto, cariño. Tengo una pequeña noticia. ¿Estás... Eh... ¿Es buen momento para hablar?

—Perfecto. Dímelo, mamá. Me estás asustando.

—Siéntate, Sonnet.

Sonnet colgó con cuidado. Se sentía un poco desorientada cuando se acercó a Orlando. Él estaba leyendo su correo electrónico en el iPad.

—Eh... Ha habido un cambio de planes.

Orlando apenas apartó la mirada de la pantalla.

—¿Sí?

—¿Me estás escuchando?

—Sí, claro, nena.

Ella vaciló. Estaba tan asombrada con lo que le había dicho su madre que no podía pensar con claridad. Ojalá se sintiera más cercana a Orlando en aquel momento. Ojalá su relación fuera más madura, para poder contarle cualquier cosa, para poder contárselo todo. Sin embargo, cuando intentó hallar las mejores palabras para explicárselo, se sintió frustrada incluso antes de empezar.

Mientras, él se había puesto a leer de nuevo su iPad, y la luz azulada de la pantalla iluminaba los ángulos de su rostro.

—Orlando.

—¿Umm?

Sonnet abandonó la idea de explicárselo todo. Simplemente, le dijo:

—Tengo que volver a Avalon.

## C A P Í T U L O 4

—¿No te apetece una delicia de crema? —le preguntó Glynnis, la camarera, a Zach, mientras se inclinaba hacia él y se humedecía los labios, por si acaso él no captaba el mensaje.

Sí, sí lo captó. Era difícil no fijarse en una mujer como Glynnis. Ella era una de las mujeres con las que había salido, pero quería algo él no podía darle. A ella no, por lo menos. Glynnis no tenía nada de malo... salvo que no era para él.

—No, gracias, con el café es suficiente —dijo.

—Por Dios, Zach, ¿es que no te das cuenta de que estoy flirteando contigo? Antes eras divertido. ¿Qué te pasa?

«Estupendo», pensó Zach. «Me va a obligar a decírselo».

—Eh, eso es estupendo y sabes que me gustas, pero...

—Bueno —dijo ella, alzando la mano con la palma hacia fuera—, preferiría que no acabaras esa frase. Ya sé lo que quieres decir.

Él intentó disimular el alivio que sentía.

—Lo siento. No eres tú.

—Claramente, no. Dios Santo, tengo que salir de este pueblo. ¿No tienes a veces la sensación de que te estás apagando?

Sinceramente, en aquel pueblecito era donde más vivo se sentía. Lo cual significaba, casi con total seguridad, que le ocurría algo.

—¿Yo? ¿Apagarme? —preguntó él, intentando aligerar el momento—. No, de ninguna manera.

—Tómate la delicia de crema de todos modos —dijo Glynnis, y le puso delante un grueso plato de porcelana—. Y que no se te olvide dejarle propina a tu camarera —añadió mientras volvía al mostrador.

Rechazar la invitación en aquella ocasión no solo sería de mala educación, sino que, además, sería una estupidez. Nadie que estuviera en su sano juicio rechazaba un bollo de la pastelería Sky River.

Su historia de amor con aquella pastelería había empezado cuando él era

pequeño. Y, de adulto, era su lugar favorito para sentarse con una taza de café y un bollo y mentalizarse para el trabajo del día. El establecimiento seguía prácticamente igual que en su infancia, aunque Jenny McKnight, la propietaria, había hecho una remodelación. Había mesas redondas de madera de arce, y el suelo era de baldosas blancas y negras. Algunos artistas locales exponían allí sus obras. Tenía un ambiente antiguo y nostálgico. Algunas veces, Zach lo usaba como localización para sus vídeos de bodas o sus narrativas personales. La clientela matinal estaba presente; algunos vecinos del pueblo tomando algo, unos jubilados charlando sobre las noticias de The New York Times y una pareja de turistas estudiando un mapa.

De hecho, aquel establecimiento familiar era el escenario de uno de los primeros recuerdos de su vida. Su madre lo llevaba a la escuela primaria por primera vez, y él estaba muerto de miedo. Ella lo tomó de la mano y entró en la pastelería, que estaba a una manzana de la escuela. Todavía recordaba el olor a mantequilla y azúcar del local, aquel olor reconfortante.

Su madre pidió para él un kolache de manzana y un chocolate caliente, y le dijo que la escuela era una gran aventura para un niño, y que le iba a encantar. Y lo filmó todo. Aquello era una manía de su madre, que siempre lo estaba documentando todo con su cámara de vídeo. Lo había grabado todo: su primer día de colegio, la caída de su primer diente, sus hazañas en el campo de fútbol, sus desastrosos intentos de emular a Jimmy Page. Ella no aparecía ante la cámara, pero su voz sonaba por detrás, animándolo siempre con dulzura. Era como si supiera que no iba a estar mucho más tiempo con él, y quisiera captarlos juntos para la posteridad. Y por supuesto, un día aquellas filmaciones habían cesado, y ella se había ido muy lejos.

Zach no lo sabía aquel día. Y no se había dejado engañar por su charla sobre la escuela. Tenía la cabeza llena de pesadillas, de profesores que rugían, de un interminable laberinto de pasillos, de salas llenas de extraños. Pero en aquel momento, mientras comía su kolache, Sonnet Romano entró en la pastelería, totalmente concentrada. Llevaba una mochila rosa con bolsillos y cremalleras, el pelo negro y rizado recogido en dos trenzas, y unas gafas con montura de concha apoyadas en la nariz.

Caminó hacia el mostrador y alzó la cabeza.

—Quisiera una barra de sirope de arce helada, por favor. ¿Y podría ponérmela en una caja bonita? Es para mi profesora. Hoy es mi primer día de escuela y quiero llevarle un regalo —dijo, y depositó el dinero en el

mostrador—. Mi madre dice que vale esto. Hoy tenía que trabajar.

Zach la miró con asombro, y su madre asintió.

—Es esa niña tan simpática del grupo de juego, Sonnet Romano. ¿Por qué no vas a decirle «hola»?

Zach se encogió de horror. Estuvo a punto de atragantarse con el bollo.

Mientras Sonnet esperaba a que envolvieran el dulce, se dio la vuelta, y su mirada se clavó en Zach como un rayo láser.

—Eres Zach —dijo—. Estás en la clase de la señorita Nelson, como yo.

A él no se le ocurrió nada que decir, así que balbuceó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Por qué llevas esas gafas?

—Hacen que parezca más lista —dijo ella, y alzó la barbilla con orgullo. Se giró bruscamente, y sus coletas volaron como las aspas de un helicóptero. Después, tomó una cajita de cartón rosa atada con un lazo y se dirigió hacia la puerta.

Se detuvo y miró a Zach.

—¿No vienes?

Su madre le dio un abrazo.

—Ve con ella, cariño. Va a ser un día maravilloso.

Zach agitó la cabeza al recordar todo aquello. Incluso entonces, a los cinco años, Sonnet sabía exactamente adónde iba, y esperaba que él la siguiera.

Zach tomó un sorbo de café y miró la pantalla de su iPhone con el ceño fruncido. Se suponía que tenía que estar organizando su día de trabajo, y en vez de eso, se dedicaba a pensar en el pasado. Tenía que pensar en el presente.

El presente no era un mal sitio en el que estar, con el futuro que brillaba como un amanecer en el horizonte. Tenía que avanzar en esa dirección, no volver atrás.

A través del escaparate de la pastelería, vio despertarse al pueblo. Los tenderos comenzaban a bajar los toldos y a mostrar la mercancía en las aceras. Los camiones de reparto descargaban el género a las puertas de los restaurantes. Como en cualquier pueblo pequeño, había un ambiente de familiaridad. A Zach siempre le había gustado aquello de Avalon. El hecho de formar parte de una comunidad lo compensaba por su desafortunada situación familiar.

Él se había quedado solo desde el instituto, cuando su padre fue a la cárcel a cumplir condena por robo. Zach se quedó en una casa embargada, con una

montaña de facturas sin pagar y la reputación por los suelos. Matthew Alger había cometido fraude; les había robado el dinero a personas que casi no llegaban a fin de mes, y mucho menos podían pagar los impuestos municipales.

Aquel día, Zach hizo la promesa de que devolvería el dinero a la gente a la que su padre había robado. Tardaría años, pero haría lo que pudiera. Sin embargo, eso no iba a ocurrir de su sueldo en Wendela's. Con el paso de los años, había ido depositando todo lo que podía en las arcas del ayuntamiento para intentar disminuir la deuda de su padre poco a poco.

Echaría de menos aquel lugar, pero tenía que irse, y pronto. Si no lo hacía, ¿cómo iba a construirse una vida? Grabar bodas y fiestas de jubilación no era forma de llegar a fin de mes. Sin embargo, ser cineasta... eso era su vida, y no podía hacerlo en Avalon. Por supuesto, aquel pueblo era tan bonito como una postal, tan bonito que conmovía el alma. Sin embargo, aquella belleza no servía para pagar las cuentas. Para conseguirlo, tenía que irse adonde estaba el trabajo. Y eso era una especie de círculo vicioso: Debido a la falta de dinero, no podía perseguir sus metas.

En aquel momento, sonó su teléfono, y Zach se sobresaltó. El nombre que apareció en la pantalla era el que menos podía esperar: Mickey Flick.

—¿Quién es Mickey Flick? —le preguntó Glynnis, mirando la pantalla del teléfono a su espalda. Aquella chica no solo tenía un cuerpo de impresión; además, era la camarera más cotilla del planeta.

Zach la ignoró y atendió la llamada.

—Hola, soy Zach Alger.

—Hola, soy Mickey Flick.

El tipo habló con familiaridad, como si Zach y él charlaran todas las semanas.

Zach contuvo la respiración. Mickey Flick dirigía un equipo de Century City que era famoso por sus exitosos reality shows de famosos. A Zach no le gustaba demasiado aquel género, porque tenía poco interés en ver a actores en alguna situación absurda. Sin embargo, sí era admirador del éxito de los programas. Se había puesto en contacto con Mickey Flick Productions, aunque sabía que era un intento descabellado. Había intercambiado varios correos electrónicos con varios ayudantes, pero, de todos modos, no esperaba sacar nada en claro. Y ahí estaba Mickey Flick, llamándolo de repente.

—Eh... —dijo—. Gracias por devolverme la llamada.

—De nada. Me alegro de haber sabido de ti. Hemos estado revisando las

grabaciones de muestra que nos enviaste.

Zach se sintió como si estuviera al borde de un precipicio. Supo que su vida estaba a punto de cambiar.

—Vaya. Bueno, me halaga que les hayas echado un vistazo. Espero que te gustaran.

—Sí, claro que sí. Nos gustaron. Claramente, tienes los conocimientos técnicos y la mirada que estamos buscando, así que quería saber si estás disponible para una nueva producción que vamos a empezar a grabar dentro de poco.

¿Que si estaba disponible para Mickey Flick?

—Podría ser —dijo Zach, intentando parecer tranquilo. Interesado, pero no demasiado ansioso—. Cuéntame un poco más.

—Por el momento no puedo decir mucho. Clyde Bombier, mi productor ejecutivo, te dará más detalles. Es un reality show, pero lo guardamos en secreto hasta que empecemos la grabación. Lo que puedo decirte es que se trata de un programa de seis semanas, con una gran artista y un director famoso. Tú trabajarías directamente con él.

—Está bien —dijo Zach—. Tienes toda mi atención.

Intentó mantener la calma mientras escuchaba los términos de la oferta de trabajo. Solo oír la cifra de su salario consiguió que le diera vueltas la cabeza, pero la emoción verdadera comenzó cuando Flick le dijo que le enviaría la carta formal de la oferta y el contrato por correo electrónico.

Zach le dio las gracias y colgó, y miró a su alrededor. Toda aquella gente no tenía ni idea de que el mundo acababa de cambiar para él. Por fin, su sueño iba a hacerse realidad. Llevaba mucho tiempo intentando conseguirlo, enviando sus trabajos por Internet. A cada premio que ganaba, con cada muestra de reconocimiento, subía un peldaño más, pero, hasta aquel momento, no se había materializado nada.

La oportunidad era tan nueva que Zach todavía no tenía una idea precisa de lo que le esperaba. Sabía con certeza que Mickey Flick era conocido por hacer las cosas a lo grande. Aquel tipo había mencionado que se trataba de una producción muy importante, y eso era lo mejor que le había ocurrido a Zach en el campo profesional. Le habían ofrecido una fortuna por trabajar en ella, y por otra parte, le emocionaba pensar en todas las posibilidades que se abrían ante él.

Se preguntó cuál sería el plan secreto de aquel programa, y soñó con rodar

en Malibú, tal vez una competición de surf. O tal vez se tratara de un programa de supervivientes en Fiji, o de montañeros en Colorado. O un grupo de rock de Ámsterdam. Sí, eso sería increíble. Mickey Flick trabajaba con los nombres más conocidos de la escena musical. Su último éxito había sido reunir a una estrella del heavy metal con un pianista clásico, que habían ofrecido una última actuación triunfal en el Carnegie Hall.

Zach estaba impaciente por saber lo que iba a hacer. Además, al final de todo aquello, por fin tendría dinero para empezar a hacer realidad su sueño.

La gente de la cafetería continuó charlando, sin darse cuenta de lo que acababa de ocurrir. Por un instante, Zach se sintió frustrado. Tuvo ganas de llamar a alguien, de contárselo a alguien, de poder compartir aquella estupenda noticia. Y la persona con quien más quería compartirla era la que menos quería enterarse.



## **TERCERA PARTE**

## LISTA DE COSAS QUE HACER (REVISADA DE NUEVO)

- √ Alquilar el apartamento
- √ Devolver los libros de la biblioteca
- √ Devolver los préstamos de estudios
- √ Reordenar las prioridades
- x Enamorarme de verdad (En serio)

*Lo que recordamos de la infancia lo recordamos siempre. Fantasmas indelebles, estampados, grabados en tinta, impresos, presentes eternamente.*

CYNTHIA OZICK, ESCRITORA AMERICANA, N. 1928.

## C A P Í T U L O 5

Sonnet se despertó cuando el tren frenó en la estación de Avalon. Se sintió desorientada por un momento, y después, extrañada. Aquella llegada a su pueblo natal le resultaba rara por muchos motivos. Era como si volviera a un mundo al que ya no pertenecía, en el que ya no podía encajar.

Tomó su bolsa de viaje, bajó al andén y miró a su alrededor. La misma pequeña población, con una plaza pintoresca de antiguos edificios de ladrillo adosados unos a otros, con toldos de rayas que protegían los escaparates de las tiendas y los negocios que ella conocía desde que era niña.

Se dio cuenta de que había un poco de alboroto en otro de los vagones. Un grupo de gente bajaba al andén con baúles rígidos de equipamiento y rollos de cable en carritos de mano. Había un par de hombres y una mujer, vestidos de negro, que miraban a su alrededor como si acabaran de bajar de una nave espacial en un planeta alienígena. Uno de los hombres llevaba una gorra negra con el logotipo MFP, y las cajas del equipo tenían etiquetas que rezaban Mickey Flick Productions.

Sonnet pensó que debían de ser un equipo de grabación. Parecían de la Costa Este, o de la Costa Oeste. Consultaron sus smartphones y encendieron cigarrillos y se dirigieron todos juntos a una furgoneta grande que estaba en el aparcamiento.

Al ver un equipo de grabación, se acordó de Zach Alger. No quería pensar en él, pero no pudo evitarlo. Dios, aquellos besos. Aquellas manos. Las cosas que le había susurrado al oído. Incluso en aquel momento, sintió un espasmo de deseo con solo pensar en él. Era absurdo sentirse excitada por un hombre en el que no debía pensar.

Irguió los hombros, sacó su teléfono móvil nuevo y le envió un mensaje a Max Bellamy, su hermanastro, que se había ofrecido a ir a recogerla a la estación.

Estoy en el aparcamiento, le dijo él en otro mensaje, ¿necesitas ayuda con las maletas?

Ella respondió que no, y se dirigió hacia la Subaru de Max.

Su hermano estaba en mangas de camisa, con una mano metida en el bolsillo de los vaqueros y la cadera apoyada en el coche. Iba a la universidad en Hamilton, y decía que sus asignaturas principales eran las chicas y la cerveza. Era rubio y muy guapo. Se parecía a su padre, Greg Bellamy, aunque tenía un encanto único. Sonnet le quería mucho, pero nunca lo entendería. Max tenía una gran familia, era un Bellamy, por el amor de Dios, pero no parecía que tuviera prisa por encontrar su camino en la vida.

—Hola —le dijo Sonnet, y le dio un abrazo—. Gracias por venir a buscarme.

—De nada. Tu madre se va a volver loca cuando te vea.

—Ya está loca. En serio, Max. ¿Embarazada?

Le sonaba raro incluso decirlo. Su madre, que tenía más de cuarenta años, estaba embarazada. Cuando se lo había dicho, Sonnet se había quedado sin habla. Después, había acusado a su madre de gastarle una broma pesada.

—Todavía estoy alucinada. ¿Y tú?

Max salió del aparcamiento y se dirigió hacia el hotel que Nina y Greg tenían en Willow Lake.

—A mí me parece genial. Bueno, es un poco raro porque somos mucho mayores de lo que va a ser Junior o Juniorette, pero... —se encogió de hombros—: ¿Te apetece Red Bull?

—¿Eh? No, no, gracias —dijo Sonnet, que intentaba no tomar cosas cuyos ingredientes no pudiera pronunciar.

Miró el paisaje: el puente cubierto que había sobre el río Schulyer y las colinas verdes bajo el sol. A medida que se acercaban al hotel, divisó el lago, que brillaba como una joya.

—He visto a un equipo de grabación bajarse del tren. ¿Sabes algo de eso?

—Van a empezar a grabar un programa que todavía es secreto. Eso es lo que dicen —le explicó Max, con una sonrisa—. Tal vez me conviertan en estrella.

—Ya te gustaría a ti.

Él entró por el camino de gravilla del hotel. Como siempre, el jardín estaba perfectamente mantenido, gracias a la habilidad de Greg, que era paisajista.

—Hay un productor llamado C. Bomb en el hotel —dijo Max—. Es el director del equipo, o algo así.

—¿C. Bomb?

—Así es como se llama a sí mismo. Clyde Bombardier, o algo parecido. Se

pasa el día pegado a su ordenador portátil.

—Así que no es precisamente el huésped típico —dijo Sonnet. La posada era un destino favorito para las escapadas románticas—. ¿Y no le ha dicho a nadie lo que va a hacer?

Max se encogió de hombros.

—Es asunto suyo, pero supongo que pronto lo averiguaremos.

—¿Y mi madre? ¿Mi embarazada madre?

Sonnet todavía estaba intentando asimilarlo. Cuando se lo había dicho a Orlando, él se había limitado a preguntarle por qué tenía que salir corriendo a Avalon solo porque su madre fuera a tener un hijo. Orlando no lo entendía. Una mujer adulta no se enteraba todos los días de que su madre iba a tener un bebé.

—Es asunto suyo —dijo Max, razonablemente—. Estoy seguro de que las dos vais a estar toda la noche hablando de ello.

Nina estaba profundamente dormida. Sonnet entró de puntillas a la casa, que antiguamente fue la casita del guardés de la finca que se había convertido en el hotel. Encontró a su madre en un diván del salón, tapada con una manta. Dejó sus cosas en el suelo, en silencio, y observó a Nina. ¿Tenía un aspecto distinto, o era cosa de Sonnet? Estaba igual que siempre, con sus preciosos rasgos italianos y su pelo espeso y negro, recogido en una coleta. Estaba un poco demacrada. «Estás embarazada», pensó Sonnet. «Se supone que deberías estar radiante».

—Mamá —dijo suavemente.

Nina abrió los ojos y sonrió.

—Hola, nena —murmuró—. Gracias por venir.

Sonnet se acercó al diván, y las dos se abrazaron.

—Estamos en pleno día, y tú durmiendo —le dijo Sonnet.

—Es una prerrogativa de las mujeres embarazadas.

—Así que no estabas gastándome una broma.

Nina se sentó.

—No, no es una broma. Esto no es nada para tomárselo a risa.

—¿Se te nota ya?

Nina se pasó una mano por el vientre.

—No demasiado.

Sonnet no pudo evitar quedársela mirando.

—Ahí no, pero... Vaya, has tenido una visita del hada del pecho. Tus chicas tienen buen aspecto.

Nina agitó una mano y apartó la vista.

—No estoy pendiente de eso.

—Bueno. De todos modos, enhorabuena. Es muy emocionante, mamá. Aunque inesperado. Me has pillado por sorpresa. Lo último que me esperaba oír de ti era que ibas a tener un bebé.

Nina sonrió.

—Te acostumbrarás. Greg y yo estamos muy felices.

—Es maravilloso.

Sonnet se sorprendió al sentir una punzada de celos. Después, tuvo vergüenza de sí misma. Greg y su madre estaban muy enamorados e iban a tener un hijo, y ella se alegraba mucho. Sin embargo, una pequeña parte egoísta de sí misma le hacía desear todo lo que iba a tener aquel niño: dos padres que lo adorarían y una vida de cuento en aquella casita junto al lago. Era muy distinto a las humildes casas de alquiler en las que habían vivido Nina y ella, cuando apenas podían llegar a fin de mes.

—¿Cómo te encuentras? Además de cansada, quiero decir.

—Me siento... bien —dijo Nina con firmeza—. Perfectamente.

—¿Y va a ser niño o niña?

—Hemos pensado en no preguntarlo, pero era imposible. Ya me han hecho la amniocentesis, y lo que sabemos por el momento es que el bebé está sano y se desarrolla muy bien. Y es un niño.

—Un niño —dijo Sonnet, sonriendo sin poder evitarlo—. Voy a tener un hermanito. Me parece increíble.

—Vaya, me siento un poco ofendida por lo imposible que te parece. Para ser adolescente, no lo hice tan mal como madre. Y de madre añosa, también lo haré bien —dijo Nina—. Bueno, bienvenida a casa, hija pródiga. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Hoy y el fin de semana. Ojalá pudiera ser más tiempo, pero tengo mucho trabajo.

—Y la beca. Oh, hija, estoy muy entusiasmada por tu beca. Eres increíble, de veras.

Sonnet volvió a abrazar a su madre.

—Me siento muy orgullosa.

—Es lógico. Yo también estoy muy orgullosa de ti. Esta es una oportunidad muy buena, ¿no?

—La mejor oportunidad. La semana que viene tengo una reunión en la que me dirán cuál es mi destino. Dos años en el extranjero... en algún lugar. Estoy impaciente por saber dónde.

A Nina se le ensombreció el rostro ligeramente, y Sonnet adivinó por qué.

—Oh, Dios. No voy a estar aquí cuando nazca el bebé. Mamá...

—No digas nada. No necesito que estés aquí para el parto. El niño no se va a enterar de la diferencia.

—Pero tú sí. Mamá, pediré...

—No —dijo Nina—. Esta es una oportunidad única, y llevas trabajando mucho tiempo para conseguirla. No vas a dejarlo pasar.

A Sonnet se le empañaron los ojos.

—Eres la mejor, ¿sabes?

—Siempre te lo he dicho —respondió Nina, y se puso en pie.

Sonnet observó a su madre.

—Pensaba que con el embarazo se engordaba. Tú estás muy delgada. ¿Comes bien, mamá?

Nina dobló la manta y la dejó sobre el respaldo del diván.

—He tenido náuseas por las mañanas. Vamos a buscar a Greg. Ha dicho que iba a hacer su famosa barbacoa de pollo esta noche. ¿Le vas a preguntar a Zach si quiere venir?

Sonnet se mordió el labio. Invitar a cenar a Zach era algo completamente normal. Durante muchos años, había sido un miembro más de la familia.

—En otro momento.

—¿Cómo? No has estado en casa desde la boda de Daisy, ¿y no vas a ver a Zach?

—No, esta noche no.

—Claro, claro. Como quieras —dijo Nina. Al comenzar a caminar hacia la puerta, hizo un gesto de dolor.

—¿Estás bien, mamá? —le preguntó Sonnet.

—Sí, estoy bien —dijo Nina, y le apretó la mano.

Sin embargo, cuando Sonnet salía detrás de ella, tuvo la extraña sensación de que ocurría algo. Llevaba demasiado tiempo fuera de casa.

## C A P Í T U L O 6

Zach estaba paseándose por la acera, delante de la pastelería, intentando calmar los nervios. Tenía una reunión con un productor que se hacía llamar C. Bomb. A Zach le resultaba asombroso que un productor hubiera ido hasta Avalon para reunirse con él y explicarle en qué iba a consistir el misterioso programa.

Mientras, había otra persona que quería verlo. Normalmente, él no se ponía nervioso cuando iba a reunirse con un posible cliente. Normalmente, quienes estaban nerviosas eran las novias que iban a encargarle que captaran aquel día especial para ellas y lo transformaran en una pieza cinematográfica digna de un premio de la Academia. Y lo gracioso era que algunas veces lo conseguía. Algunas veces, capturaba un momento y lo elevaba a un momento eterno. Otras veces, tenía la suerte de grabar unas cuantas secuencias decentes antes de que la fiesta se desmandara gracias a los amigos del novio que se emborrachaban, los parientes que se peleaban o a un enfado de los recién casados.

La clienta de aquel día no era una novia. Era una mujer casada, con una hija ya adulta que se llamaba Sonnet Romano. Y Zach no creía que Nina Romano Bellamy fuera a pedirle un vídeo.

Ella apareció con puntualidad, un poco apresurada y sin aliento. La madre de Sonnet era atractiva. Tenía el pelo y los ojos oscuros, y la piel morena. El parecido entre Sonnet y ella era sutil, pero Zach lo notaba en su forma de caminar, y en cierta energía que irradiaban desde el interior. Parecía que Nina estaba un poco cansada aquella noche, pero su belleza era de las que brillaba de todos modos. Sonnet también se parecía a su madre en eso. Zach no pudo evitar pensarlo.

Conocía a Nina de toda la vida. Después de que su madre los abandonara, Nina siempre le había recibido en su casa, al igual que el resto de la familia Romano. Siempre había un sitio para él en la mesa, o delante de la televisión los viernes por la noche, para ver una película y comer palomitas. Después, cuando el padre de Zach había sido condenado a la cárcel, Nina casi lo había



adoptado. Tal vez, por eso todo le resultaba tan raro con Sonnet. Después de que Nina hubiera sido tan buena con él, no debería haberse beneficiado a su hija en un cobertizo a orillas de un lago.

—Gracias por reunirte conmigo, Zach —dijo Nina, con una sonrisa. Su expresión de amabilidad solo sirvió para que él se sintiera aún más culpable.

—¿Va todo bien?

Ella se dirigió hacia la pastelería.

—Voy a comprar una bebida, y después, si quieres, podemos dar un paseo. Hace un día demasiado agradable como para quedarse dentro.

—Me parece bien —respondió Zach, La siguió al interior del local, y se pusieron en la fila para pedir.

Mientras esperaban, a Nina la saludaron por lo menos cinco personas. Ella había sido alcaldesa de Avalon durante dos legislaturas. Ella había pagado el pato cuando el padre de Zach había cometido fraude, porque al principio, parecía que la desaparición del dinero la había causado la mala gestión de la alcaldesa. Zach siempre le agradecería que no lo considerara a él responsable de los delitos de su padre.

—Sonnet ha venido a pasar el fin de semana —dijo Nina—. ¿Os habéis visto ya?

Él se mantuvo impertérrito. No tenía ni idea de lo que le había contado Sonnet a su madre sobre lo que había ocurrido después de la boda de Daisy. ¿Que se habían enfadado? ¿Que habían tenido una aventura pasajera, y que eso les impedía volver a ser amigos?

Antes de aquella noche, tal vez él le hubiera preguntado a Nina cómo le iba a Sonnet. Claro que no tendría que hacerlo, porque lo sabría de primera mano. Sonnet y él se habrían llamado por teléfono, o se habrían enviado mensajes, o correos electrónicos, como siempre habían hecho.

—Eh... no —murmuró, de manera brillante.

—Bueno, seguramente te llamará.

—Seguramente —dijo él.

Claramente, Sonnet no le había dicho nada a su madre. Mejor. Eso significaba que el rumor de Internet no había llegado a su radar, y con seguridad, no había nada de lo que preocuparse.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una pequeña proposición de negocios para ti —le dijo ella—. Necesito hacer un vídeo.

—Pues has acudido a la persona perfecta —dijo Zach, intentando aparentar que estaba entusiasmado.

Seguramente, Nina quería un vídeo promocional para el hotel, uno de aquellos anuncios de escapadas románticas con música tranquila y sonidos de agua. No era exactamente el género favorito de Zach, aunque había hecho muchos anuncios como aquel, y se le daban muy bien. Sin embargo, con la oferta de Mickey Flick en el horizonte, le resultaba difícil concentrarse en otra cosa.

—Una infusión de hierbas, por favor —le dijo Nina a la muchacha del mostrador—. Estoy evitando tomar cafeína —le explicó a Zach—. En cuanto al vídeo... Tal vez te parezca un poco caprichoso...

—Cuéntame de qué se trata —dijo Zach, y esperó a que ella pusiera miel en la taza. Cuando Nina terminó, él preguntó—: ¿Qué puedo hacer por ti?

—Vamos a dar un paseo —le dijo ella.

Salieron de la pastelería y se dirigieron hacia Blanchard Park, un espacio verde que bordeaba el lago. El sol se filtraba entre las hojas de los árboles e iluminaba el camino. Había algunos corredores y patinadores, pero no demasiada gente, puesto que era media mañana. Se oían los cantos de los pájaros, y el sonido distante del tren.

—Bueno, al grano —dijo Nina—. Quiero que documentes mi embarazo.

Zach estuvo a punto de tropezarse.

—Eh... ¿cómo?

Ella alzó la barbilla y siguió caminando.

—Estoy embarazada. Y no te quedes tan asombrado. Las mujeres a mi edad todavía tienen hijos.

—No quería...

—No te preocupes. Estoy bromeando. Todo el mundo se queda sorprendido al enterarse. Por eso ha venido Sonnet este fin de semana.

—Ah... Entonces, enhorabuena —dijo Zach.

Se sentía muy incómodo. ¿Cómo iba a documentar un embarazo? Además, el embarazo de Nina. Había entrado en una zona desconocida para él. Por muy fascinante que fuera la gestación para aquellos que estaban involucrados en ella, para los demás solía ser algo tan aburrido como mirar secarse la pintura de la pared.

—Lo haría yo misma —continuó Nina—, pero quiero que sea muy bueno. Que tenga calidad profesional. Me gustaría hacer un diario en vídeo.

—Nina, me gustaría poder ayudarte, pero...

—Zach, es algo que necesito hacer. Verás, este embarazo es algo... especial. Hay una complicación, y no solo por el hecho de que yo sea una madre mayor. Ha sucedido algo más, y necesito documentar este proceso. Y tú eres el mejor, Zach. He visto tus trabajos, y eres exactamente la persona que necesito.

Él sonrió.

—Me estás poniendo muy difícil decirte que no.

—Entonces, mi plan está funcionando. Zach, antes de que tomes una decisión, necesito que sepas cuál es la complicación.

Zach asintió.

—El hecho de tener un bebé es maravilloso. Es una noticia fabulosa. Sin embargo, también he tenido noticias malas. Me resulta muy difícil decir esto, pero...

A Nina le tembló la voz, y se quedó callada.

Él la miró, y al ver que estaba a punto de llorar, se alarmó.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó. Torpemente, claro. La gente que estaba a punto de echarse a llorar no estaba bien.

—Yo... Sí, voy a estar bien, Zach. Pero... bueno, tengo que decirlo. Tengo cáncer.

Oh. Zach se dio cuenta de que se estremecía visiblemente. Cáncer. «Tengo cáncer». Unas palabras que nadie quería pronunciar, ni tampoco oír.

—Nina, lo siento.

—Es algo que sucede. Tú lo sabes mejor que nadie, por tu madre. No sabía si acudir a ti, precisamente por eso.

—Fue hace mucho tiempo —dijo él—. Me alegro de que me hayas elegido. Si vas a hacer algo así, yo soy tu hombre.

Ella sonrió débilmente.

—De acuerdo.

—Lo siento —repitió él—. No sé qué decir.

No, no lo sabía. Igual que no supo qué decir cuando su madre fue a verlo desde Seattle, donde se había establecido después de abandonarlos a su padre y a él. En aquel momento, él era un niño confuso que estaba desesperado por ver a su madre, y su visita lo había llenado de alegría. Hasta que ella le dijo que tenía cáncer, y su mundo se había desmoronado. Ella seguía pareciéndose a su madre, seguía hablando como su madre. Sin embargo, el cáncer era la peor enfermedad de la que él hubiera oído hablar. Se había atrevido a

preguntarle:

—¿Y te vas a poner bien?

—Ese es el plan —le dijo su madre—. Tengo que tomar muchas medicinas y trabajar muy duro para curarme.

Tres meses más tarde, había muerto.

—Es cáncer de pecho —dijo Nina.

A Zach se le formó un nudo en la garganta. Su madre había tenido aquel mismo tipo de cáncer.

—Puede tratarse durante el embarazo —añadió Nina—. Tengo muchas posibilidades de curación.

—Entonces, este diario en vídeo...

—Es para mis hijos —respondió Nina—. Mira, cuando alguien recibe un diagnóstico de cáncer, no puede evitar ponerse en lo peor. Y hay una posibilidad, aunque me han dicho que pequeña, de que muera. Si eso sucede, quiero dejar algo para mis hijos, sobre todo para el pequeño. Quiero grabar mis pensamientos, y algunas cosas sobre mi vida. Desde que me dieron la noticia, me quedo despierta por las noches, pensando... Quiero crear algo que demuestre que he estado aquí, y que he tenido importancia. No es por vanidad, Zach, ni por ego, te lo prometo.

—Yo nunca pensaría algo así —le dijo él—. ¿Cómo se ha tomado Sonnet la noticia?

Nina apartó la mirada.

—Todavía se está acostumbrando a la idea de que va a tener un hermano.

—No me refiero al bebé.

—Yo... Bueno, todavía no le he contado lo del diagnóstico.

—Un momento, ¿quieres decir que no lo sabe? Nina...

—Puedo explicártelo.

—No, no puedes. Y no puedes ocultarle algo así a tu hija. Sonnet es más que una hija para ti, además. Eso siempre lo habéis dicho las dos. Sois amigas. ¿Que crees, que no lo va a averiguar?

—Si te calmas y me escuchas, te lo explicaré. Como ha conseguido esa beca para trabajar fuera, yo no quiero ser la causa de que pierda esta maravillosa oportunidad.

—¿Una beca? ¿De qué beca estás hablando?

—¿Es que no te ha contado lo de la beca Hartstone? —le preguntó Nina, deteniéndose en mitad del camino.

—No.

Ella se echó a reír.

—Es lo más importante que le ha ocurrido profesionalmente. Me extraña que no te lo haya dicho todavía.

—No entiendo qué tiene que ver esto con el hecho de que no le hayas hablado de tu... enfermedad.

—Me preocupa que tome una decisión irreflexiva y rechace la beca para estar conmigo.

Entonces, fue él quien se echó a reír.

—¿Tú crees?

—Lo digo en serio, Zach. No hay ninguna crisis, ella no tiene por qué preocuparse, y es lo que menos quiero para Sonnet.

—Entonces, dile lo que está pasando y deja que ella decida.

—Ya sé lo que decidiría. Por eso no voy a decírselo.

## C A P Í T U L O 7

Sonnet temía encontrarse con Zach ahora que estaba en Avalon, pero no esperaba encontrárselo tan pronto. A primera hora de la mañana, antes de haber podido ponerse las lentillas, lavarse los dientes o recogerse el pelo. Y antes, Dios Santo, de haberse podido quitar la mascarilla facial mentolada que había encontrado en el baño de invitados. Al oír a alguien en la cocina, había pensado que eran Greg o Max.

—Hola —dijo, mientras se colocaba bien la horquilla que mantenía el pelo alejado de la mascarilla—. Me gustaría que me enseñaras a utilizar la máquina de café. Lo he intentado, pero no lo he conseguido. Las capsulitas son... Oh, Dios.

Se quedó allí helada, en la cocina de su madre, mirando toda la gloriosa estatura de Zach Alger.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte con la cafetera —respondió él como si nada, como si se hubieran visto la semana anterior. Como si no se hubieran liado tontamente la noche de la boda de Daisy.

Él se quedó mirándola también, durante un momento. Durante dos momentos. Después no pudo contenerse más, y estalló en carcajadas.

—Lo siento, pero das miedo.

Sonnet intentó mostrar dignidad y se agarró las solapas de la bata.

—Pero bueno, ¿por qué no has llamado a la puerta? Es lo que hay que hacer antes de entrar en casa de los demás.

—Yo siempre he tenido el privilegio de entrar como si fuera mi casa —dijo él, y sus carcajadas se convirtieron en risitas.

Ella tuvo ganas de darle una torta. ¿Acaso nunca iba a madurar?

—Ya lo sé, pero eso era... —antes, pensó Sonnet—. Deberías respetar la intimidad de la gente.

—Ah, así que ahora tú no eres más que «gente». Ya entiendo.

Ella suspiró.

—Siéntate, Zach. Permíteme que... Tengo que cambiarme. Ahora mismo

vuelvo.

—No tardes todo el día.

—Tardaré lo que me apetezca.

—Sigues tan encantadora como siempre —comentó él, y consiguió que ella se sintiera ridícula.

Sonnet salió de la cocina. En cuanto estuvo fuera de la vista de Zach, echó a correr por las escaleras hacia su habitación. Zach había ido a verla. Zach, con quien se suponía que ella había terminado. Al final de aquella noche de locura que habían pasado juntos, ella le dijo que habían cometido un gran error. Y durante el largo silencio posterior, llegó a la conclusión de que la amistad había seguido su curso. Ya no eran niños, y los dos tenían que avanzar en la vida, pero en diferentes direcciones.

Mientras estaba delante del lavabo, frotándose la cara, se le pasaron por la mente varias escenas de su infancia. Zach nunca había tenido que llamar a la puerta. Era de la familia, tal y como decía a menudo su madre. De niña, Sonnet no se había dado cuenta de lo difícil que era la vida familiar de Zach. Casi no se acordaba de su madre, aunque sí recordaba lo que ocurrió cuando Zach supo que la señora Alger se había marchado y no iba a volver. Se construyó un fuerte en el bosque, al borde de Blanchard Park, y se quedó allí escondido hasta que alguien se dio cuenta de que había desaparecido.

Entonces fue cuando intervino la madre de Sonnet, y lo acogió en la familia. Zach podía venir a casa en cualquier momento; a las horas de las comidas, a dormir, antes del colegio, después del colegio. Sonnet y él se convirtieron en compañeros constantes, como si fueran hermanos.

El problema era que habían crecido y se habían separado, y para Sonnet, él ya no era como un hermano. La noche de la boda de Daisy solo había podido verlo como un adulto misterioso y demasiado... sexy.

—No, no es sexy —se dijo a sí misma, mirándose al espejo, donde su imagen se había convertido en algo que daba menos miedo. Se hizo una coleta y se puso unos pantalones vaqueros, una camiseta con el eslogan «Vota a Jeffries para el Senado» y unas sandalias, y bajó las escaleras.

Se le ocurrió pensar que nunca se hubiera vestido así para estar con Orlando. Él le daba mucha importancia al aspecto, incluso dentro de casa. Los vaqueros eran aceptables, pero solo si iban conjuntados con una blusa de seda y unos zapatos de tacón. Sonnet entendía que él considerara que la apariencia de una persona tenía importancia.

Sin embargo, aquel asunto no tenía importancia con Zach Alger. Si él tenía algún problema con el hecho de que se hubiera vestido como una dejada, era cosa suya.

En realidad, ella sabía que a él no le importaba cómo se vistiera ella, del mismo modo que a ella no le importaba como se hubiera vestido él. Tenía que admitir que, al verlo con esmoquin en la boda de Daisy, no había podido quitarle los ojos de encima, pero normalmente no se fijaba en la ropa que él llevaba. Él era solo... Zach. Siempre había sido Zach. Ojalá pudiera dejar atrás aquel encuentro sexual y recuperar su amistad, pero no sabía cómo podía hacerlo.

Él se había servido un refresco y estaba junto a la puerta de la cocina.

—Vamos a sacar un bote —le dijo a Sonnet.

La última vez que habían estado juntos en un barco... Se los imaginó remando, relajadamente, en aquella mañana de sábado, con el lago brillando bajo el sol. Era uno de aquellos días en que el agua estaba tan calma que hacía que las voces reverberaran, como si fueran las únicas personas del mundo.

—Se me ha ocurrido una idea mucho mejor. No vamos a sacar ningún bote.

—Esa idea no es mejor. Vamos.

Sin esperar a que ella respondiera, él salió por la puerta y comenzó a caminar por el césped, hacia la orilla. Había unos cuantos huéspedes del hotel que estaban paseando por el jardín, o sentados en hamacas, leyendo, disfrutando del sol o mirando jugar a sus hijos. La gente acudía allí de todas partes; para algunos, eran las vacaciones soñadas. Por su parte, Sonnet recordaba que, mientras crecía allí, solo podía pensar en marcharse.

Sin embargo, se sentía orgullosa de lo que su madre y Greg habían creado a orillas del lago. Era un oasis de tranquilidad y belleza, y la gente volvía año tras año. El hotel era un edificio del siglo XIX, con un mirador rodeado de jardines diseñados con maestría por Greg, que era paisajista. Al borde de la finca había un cobertizo para botes con un embarcadero. La parte superior de la construcción contaba con habitaciones privadas para los huéspedes, que se usaban como suite nupcial cuando se celebraba una boda en el hotel, cosa que sucedía la mayoría de los fines de semana del verano. Las barcas de remos, las canoas y los kayaks, que estaban a disposición de los huéspedes, estaban amarrados a lo largo del embarcadero, y dentro del cobertizo de los barcos había una lancha antigua restaurada, muy parecida a la que habían usado de



manera tan ilícita Zach y ella, después de la boda de Daisy.

Sonnet se quitó de la cabeza aquellos recuerdos e intentó mantener el ritmo de las zancadas largas y desgarradas de Zach.

—No puedo dejar de pensar en aquella noche —dijo él, de repente, como si le hubiera leído la mente.

—Yo nunca pienso en ella.

—Mentirosa. Estoy seguro de que piensas en ella tanto como yo.

—Mira, si me has traído aquí para hablar de eso, estás perdiendo el tiempo, y me lo estás haciendo perder a mí. ¿Por eso me enviaste ese mensaje?

—¿El mensaje al que tú no respondiste? —preguntó él sin miramientos—. No. Eso fue solo... que me equivoqué de número.

—Sí, claro —dijo Sonnet. No podía evitarlo, pero se sentía bien con él. No tenía que actuar de una determinada manera, ni vestirse de cierto modo. Solo tenía que ser ella misma. Y eso era, precisamente, lo que habían destruido con su estupidez la noche de la boda—. Los dos estamos de acuerdo en que no deberíamos haber...

—¿Que no deberíamos haber hecho qué? ¿Provocarnos orgasmo tras orgasmo? ¿Una y otra vez?

—Se acabó —dijo ella, girando sobre sí misma—. Me voy.

Él la tomó del brazo. Solo aquel roce, aquella presión inesperada, le produjo una sensación demasiado buena a Sonnet, y se apartó de él.

—Zach...

—Espera un segundo. Lo siento, Sonnet. No he venido a recordarte eso. Podemos hablar de ello en otro momento.

—No, no podemos. Yo no quiero hablar más de eso.

—Sube al bote —le dijo Zach. Le lanzó un chaleco salvavidas y le tendió la mano.

En su tono de voz había algo, o tal vez en su expresión, que la convenció. Lo conocía muy bien, y conocía la intensidad que le transmitían sus ojos azules. Sin decir una palabra más, subió al bote y se sentó. Entonces, él tomó los remos. Sin querer, Sonnet se quedó mirando los músculos de sus brazos, y el movimiento fluido de sus hombros mientras él remaba para alejarse de la orilla.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Lejos. Me resulta más fácil hablar cuando tengo algo que hacer con las manos.

—Hablar. Quieres hablar.

—No es lo que piensas. Quiero hablar sobre tu madre.

Aquello era lo último que se esperaba Sonnet.

—¿Qué pasa con mi madre?

—Ella es el motivo por el que has vuelto.

—Claro que sí. De hecho, tenía pensado irme con ella después de que volviera del médico, así que espero que no tardes mucho.

—Y vas a quedarte durante el fin de semana.

—No es asunto tuyo, pero sí.

—Tu madre me ha contado que te han concedido una beca muy importante, y que te vas al extranjero.

—Tampoco es asunto tuyo —respondió Sonnet, y pensó: «Gracias, mamá»—. Pero sí, es cierto.

—Hay una cosa que tu madre no te ha dicho. Es una cosa que tienes que saber.

—Y tú vas a ser el que me lo diga.

—Ojalá no tuviera que ser yo, pero si yo estuviera en tu lugar, querría que tú fueras sincera conmigo. La verdad es la verdad. Tu madre está enferma, Sonnet.

—Está embarazada, Zach. Que yo sepa, eso no es estar enferma.

—No, no. Lo digo en serio —dijo él, que dejó de remar y soltó los remos. Después, sin dejar de mirarla, siguió hablando—: Nina tiene cáncer. Me lo ha dicho esta mañana.

Mientras Sonnet observaba atentamente la expresión de Zach, sintió un escalofrío, y notó una punzada de dolor en el estómago. Él nunca jamás le había mentado, ni sería capaz de hacer una broma de tan mal gusto.

—Oh, Dios mío —dijo.

El agua chapoteaba suavemente contra el casco del bote.

—¿Zach?

—Mierda. Daría cualquier cosa por no estar teniendo esta conversación. Le dije a Nina que tenía que contártelo, pero ella se negó.

—¿Cáncer? Oh, Dios mío, Zach. ¿Mi madre tiene cáncer?

Aquella era una de sus peores pesadillas.

—No quiero traicionar su confianza, pero sé unas cuantas cosas. Las sé por lo que le ocurrió a mi propia madre. A mí me ocultaron su enfermedad cuando era pequeño, y estuvo mal. Sé que lo hicieron para protegerme, pero lo único

que consiguieron fue que me hundiera por completo cuando por fin me enteré. Tú eres su hija. Aunque ella piense lo contrario, tú tienes que saberlo. Y tienes que saberlo ahora, no cuando te hayas ido al extranjero.

—¿En qué está pensando? —preguntó Sonnet desesperadamente—. ¿Qué es lo que está pensando?

—No quería decírtelo porque no quiere que cambies de planes por ella.

Sonnet comenzó a temblar.

—Mi madre tiene cáncer —susurró.

—Lo siento —dijo Zach en voz baja, sin dejar de mirarla—. Lo siento muchísimo. Ella dijo que no quería preocuparte...

—Mi madre está embarazada, y tiene cáncer, ¿y se supone que no debo preocuparme? ¿Y cómo se puede saber que va a curarse?

Él no respondió. Ella vio que su mirada se oscurecía, y que apartaba la vista, como si hubiera pasado una sombra por encima de él. Entonces, ella recordó algo que casi había olvidado por completo. Zach, que no era más que un niño, estaba solo en la calle de entrada a casa de su padre, haciendo botar una pelota contra la puerta del garaje, una y otra vez, rítmicamente.

Sonnet había ido a verlo en bicicleta. Era una tarde de otoño, y las hojas de los arces de la ciudad tenían los colores del fuego. Agitadas por el viento, producían un sonido seco, y en él se intercalaban los botes de la pelota de Zach.

—¿Quieres que vayamos a pasear por las Meerskill Falls? —le había preguntado.

Era una de sus actividades favoritas, subir hasta las cataratas en bicicleta, hasta el puente desde el que, según una leyenda del pueblo, dos amantes habían saltado hacia su muerte casi un siglo antes.

—No —dijo él. El sol hacía brillar su pelo.

—Vamos. Mañana no hay colegio, y no tenemos que hacer deberes —dijo ella. Lo sabía porque estaban en la misma clase del sexto curso, la de la señorita Borden.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque tengo que ir a Seattle.

—¿A Seattle? Allí es donde vive tu madre, ¿no?

—Allí es donde ha muerto mi madre —dijo él.

Sonnet dejó caer la bicicleta, y sus libros de la biblioteca se esparcieron

por el suelo.

—Oh, Zach. Eso es muy triste. Es lo más triste del mundo.

Zach no dijo nada. Continuó botando la pelota.

—Es muy malo, sí —dijo.

Sonnet casi no recordaba a su madre. Era una mujer muy rubia, como Zach, callada, difícil de conocer. Zach la adoraba, y se quedó destrozado cuando ella se fue de casa. Y ahora...

—¿Qué puedo hacer, Zach? —le preguntó con desesperación.

Él no respondió. El dolor se reflejó en sus ojos azules.

—Ojalá fuera maga —dijo ella—, y pudiera conseguir que esto no hubiera sucedido.

Sin embargo, nadie podía evitarlo. Algunas veces, no había forma de parar una enfermedad.

Sonnet se dio cuenta de que los recuerdos de aquel día se habían convertido en una nueva pesadilla, en la que la víctima era su propia madre.

—Zach, ¿qué voy a hacer?

—Los únicos que pueden curarla son los médicos —dijo él, con dureza—. Tú no puedes hacer nada. Solo estar ahí, a su lado.

—No estoy muy segura de si voy a saber hacer eso. ¿Cómo voy a apoyarla?

—Ya se te ocurrirá. Tú siempre sabes lo que hay que hacer.

—Nunca he tenido que pensar en lo que puedo hacer cuando mi madre está embarazada y tiene cáncer —dijo ella, y sus propias palabras la mataron—. Dios... Oh, Dios mío... Si la pierdo... Zach, no sé si voy a poder enfrentarme a esa tristeza. No sé si podría superar algo así... —se le quebró la voz, y se echó a llorar.

—Eh... —Zach dejó los remos, se levantó y se sentó junto a ella. Entonces la abrazó, y ella se desmoronó contra él, a causa del miedo y del dolor—. Eh, lo siento muchísimo. Muchísimo.

Zach le murmuró cosas, pero ella no lo oyó. Sonnet solo sabía que, en aquel momento, su pecho era como una pared fuerte en la que apoyarse, y que tenía un olor increíble a aire fresco del lago, y que su voz, mientras decía palabras que no podían consolarla, era tan triste y tan trágica como una canción de la radio.

—¿Que te lo ha dicho Zach? —preguntó su madre.

A Nina se le cayó al suelo la cuchara de madera con la que había estado removiendo la salsa. Era la deliciosa salsa de tomate que se preparaba en la familia Romano desde el principio de los tiempos. El aroma de los tomates cocinados a fuego lento y de las especias trasladó a Sonnet a los días de la infancia, cuando iban los domingos a comer a casa de su abuela. Allí se reunían con tías, tíos y primos, y todo era caótico, lleno de risas y de charla. Llevaba años sin pensar en aquellos días. Siempre había tenido ganas de marcharse de Avalon, de encontrar su camino en un mundo que estuviera lejos de aquel pueblecito...

En aquel momento en que estaba con su madre en la cocina, lamentó no haberles dado más importancia a aquellas vivencias, no haberlas atesorado de una manera más consciente. Ojalá hubiera escuchado los cuentos de su abuelo con más atención, o hubiera observado cómo hacía su abuela aquella salsa de tomate. Ojalá hubiera acumulado todos aquellos recuerdos en una parte especial de su corazón, en vez de haberlos dejado fluir hacia el pasado sin preocuparse demasiado por ellos.

—Sí —le dijo a su madre, con un nudo de miedo en la garganta—. Me ha dicho que tienes cáncer.

Nina se agarró al borde de la encimera.

—No debería haberte dicho nada. No es su historia y no debería contarlo.

—Seguro que él está de acuerdo contigo. ¿Por qué le has cargado con esto?

—No creía que fuera una carga...

—Debería ser mi carga —dijo Sonnet—. Él no quería ser el que tuviera que contármelo, pero sabía que tenía que hacerlo. Dios mío, mamá, ¿cómo has podido ocultarme algo así?

—No quería que te preocuparas por mí.

—¿Que no me preocupara por ti? ¿Acaso creías que podías ocultarme un diagnóstico así?

—No es cuestión de ocultar nada. Solo estoy intentando controlar... el flujo de la información.

—¿Y qué derecho tienes a hacer eso? —preguntó Sonnet. Se sentía de nuevo como una adolescente, gritándole a su madre—. Eres mi madre, y si ocurre algo así, tengo que enterarme.

—Está bien, está bien. ¿Quieres oír los detalles escabrosos? Me he convertido en una enciclopedia andante. Me encontré un bulto. Así que, cuando fui a la consulta de la ginecóloga para la revisión de las doce semanas,

le pedí que lo examinara. Ah, su cara, Sonnet. Creo que se dio cuenta en cuanto lo palpó. Me hicieron una ecografía, y le pusieron nombre al bulto: es una masa lobulada de tres centímetros. Así que me hicieron una biopsia, algo que no le desearía ni a mi peor enemigo. Te enganchan a una máquina de mamografía y te ponen anestesia local con una aguja espantosa. Eso fue lo peor de todo. Después de la anestesia, te clavan una aguja de biopsia, que es todavía peor. Nunca olvidaré el sonido que hace... Es un clic muy fuerte.

Sonnet se estremeció.

—Mamá, es horrible. ¿Por qué no me llamaste?

—Ocurrió todo muy deprisa. Greg ha sido mi apoyo. Todavía lo es.

—Ya lo sé, pero yo soy tu hija. Bueno, ¿y después de la biopsia?

—Me hicieron un escáner, una resonancia magnética... Considérate informada. Y deja de preocuparte. Me voy a curar.

—Y yo voy a estar contigo.

Nina se agachó para recoger la cuchara de madera.

—Sonnet, en tu vida están ocurriendo cosas fantásticas. No quiero que te pierdas ni un momento.

—¿Y esto? —preguntó ella, entre la ira y el terror—. ¿Qué te parece si me dejas ser tu hija y me cuentas las cosas que te pasan?

—No, porque te conozco. Sabía que ibas asustarte, y no quiero que dejes tu vida suspendida para ser una buena hija.

—Por si tenías alguna duda de ello, ya he tomado esa decisión.

Sonnet tuvo una sensación de angustia horrible al saber que sus planes de futuro estaban a punto de desvanecerse. La beca era una oportunidad única en la vida. A nadie le daban una segunda oportunidad; las cosas no funcionaban así.

—No voy a aceptar la beca, ni me voy a ir al extranjero. Me voy a quedar contigo hasta que te cures. No me voy a apartar de ti, mamá.

—Te quiero mucho, hija, por todo esto, pero no es lo que necesito de ti. Necesito que hagas realidad tus sueños, no que te quedes aquí retorciéndote las manos de preocupación por mí.

—¿Es que crees que mis sueños me importan más que tu vida, mamá?

—Ah, hija —dijo Nina, mientras se secaba las manos en un trapo—. No, no pienso eso. Pero tampoco creo que nos vaya a servir de nada a ninguna de las dos que alteres tu plan por esto.

—Es mi vida. Soy yo la que tiene que decidir eso.

—Te has dejado la piel para conseguir esta beca. No quiero que renuncies a ella por mí.

—Está bien. Entonces renunciaré a ella por mí misma. No voy a hacer nada bueno por el mundo si estoy en un país extranjero enferma de preocupación por mi madre.

—No tienes por qué preocuparte. Estoy en manos de un equipo médico muy bueno, y hay un tratamiento...

Sonnet tragó saliva. Un tratamiento.

—La quimioterapia... —no sabía cómo preguntarlo, pero tenía que hacerlo —. La quimio... ¿No afectará al bebé?

«¿Vas a perder el bebé?».

—No —respondió Nina rápidamente, con vehemencia—. Es lo primero que pregunté. Este hijo es mío y de Greg. Es tu hermano. No puedo pensar en otra cosa que en protegerlo y quererlo. El cáncer puede tratarse sin perjudicar al niño. Hay un tipo de quimioterapia que no traspasará la placenta. Lo único que sucede es que no podré recibir radioterapia hasta después del parto.

—Pero, ¿la radioterapia no sería lo más efectivo contra el cáncer?

—Eso no es una opción —dijo Nina con firmeza.

Durante un segundo, Sonnet sintió un fuerte rechazo por el bebé, aquel extraño que impedía que su madre se sometiera al mejor tratamiento disponible. «Tranquila», se dijo. «Cálmate. Los padres arriesgan la vida por sus hijos todo el tiempo. Forma parte de la paternidad».

—Entonces, ¿cuál es el plan?

Nina se giró hacia el fregadero y miró por la ventana, que enmarcaba una maravillosa vista del lago Willow.

—Voy a empezar la quimioterapia antes de la operación.

—La operación —dijo Sonnet, y tragó saliva—. ¿Te refieres a...

—Una mastectomía, sí. Al principio no podía decirlo en voz alta, pero ahora me estoy acostumbrando. Después... ya veremos.

—Oh, mamá.

Una mastectomía. Aquello significaba que su cuerpo iba a cambiar para siempre. Sonnet se acercó a su madre y la abrazó.

—Lo siento muchísimo. Dime lo que puedo hacer.

—Puedes continuar con tu vida y dejarnos a Greg y a mí, y a los médicos, que nos encarguemos de esto.

—Ya te he dicho que me voy a quedar contigo hasta que haya pasado todo

esto.

—¿Y qué va a decir tu padre? Él sabe lo que cuesta llegar donde tú estás. ¿Qué pensará cuando lo echés todo a perder?

—Lo entenderá.

—¿De veras? ¿Estás segura?

A Sonnet se le encogió el estómago. No. Su padre creía que el deber estaba por encima de los asuntos personales. Había construido su vida alrededor de su servicio a la nación, y a veces, su familia quedaba en segundo plano debido a ello. Se encogió por dentro, al imaginarse cómo iba a reaccionar al enterarse de que renunciaba a la beca porque su madre estaba enferma.

—No puedo preocuparme de lo que diga o haga mi padre —dijo con firmeza—. Me quedo contigo, mamá. Ya pensaré en lo demás cuando estés mejor.

—Ay, Sonnet. Ya eres muy buena hija para mí. Hazme un favor, y no tomes esta decisión sin pensarlo un poco más.

—Ya es demasiado tarde. Mamá...

—No, escucha. Un diagnóstico de cáncer no significa lo mismo ahora que hace unos años...

Sonnet quería creerlo, pero no podía dejar de pensar en Zia Antonia, su tía favorita de Albany. Y tampoco dejaba de pensar en la madre de Zach. Se acercó a su madre y le preguntó:

—Entonces, ¿qué significa?

Nina respiró profundamente. Sonnet la observó con atención, aunque no quería fijarse en que tenía las mejillas demacradas, ni en sus ojeras de fatiga. Su madre bajó el fuego del tomate y le dijo:

—Hay que dejarlo a fuego lento una hora, más o menos. Ven conmigo a la galería. Allí he empezado un pequeño proyecto...

—Pero, mamá, si casi no hemos hablado de lo que va a pasar. Tengo muchas preguntas...

—Ya me preguntarás lo que necesites. Claro que sí. Pero cuando me dieron la noticia, me prometí a mí misma que no tengo por qué ser una enferma de cáncer todo el tiempo. Tengo que ser yo misma, poder disfrutar de la normalidad. ¿Me entiendes?

Sonnet asintió.

—Por supuesto. Vamos a echarle un vistazo a tu proyecto.

La galería estaba inundada de luz. Era una de aquellas estancias de la casa



que se había convertido en almacén de cajas, paquetes y piezas de mobiliario que no tenían otro lugar al que ir.

—Déjame que lo adivine —dijo Sonnet—: La habitación del bebé.

—Eso era lo que estábamos pensando Greg y yo. Entre los Bellamy y los Romano, tenemos cosas más que suficientes para el niño, así que lo único que hay que hacer es organizarlo todo. Pero hay un problema, y es que no sé por dónde empezar —dijo.

Aquel montón de cajas resultaba un poco intimidante. Algunas tenían etiquetas, otras no. Había muebles colocados contra la pared, una cómoda, las piezas de una cuna, mesillas de noche y lámparas. Olía a sol, a polvo y a falta de uso.

—Una mujer muy sabia me dijo una vez que fuera paso a paso —le recordó Sonnet—. Ah, claro. Era mi madre.

—Dios, qué fastidiosa era, ¿no?

—Solo porque normalmente tenías razón.

—No seas tan agradable conmigo solo porque tengo cáncer.

Sonnet odiaba oír aquellas palabras. Las odiaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, eso fortaleció su decisión de mantener una actitud positiva.

—¿Y qué te parece si soy agradable contigo solo porque eres mi madre y eres increíble?

Abrió la primera caja, y bajo un papel encontró una colección de ropa y mantas de bebé. Había una camisita que tenía ballenas nadando en la pechera, un par de patucos tejidos a mano, mantas de punto, juguetitos y mordedores.

—Todo esto era tuyo —dijo su madre, con los ojos empañados—. Vaya, hacía siglos que no veía estas cosas —añadió, y le mostró un trajecito amarillo con un búho—. Mira qué pequeña eras.

—Y ahora vas a repetirlo todo —dijo Sonnet—. Es muy emocionante, mamá. Es fantástico.

—Es una bendición, Sonnet. Un regalo que no puedo describirte. Estoy muy emocionada.

Sonnet intentó imaginarse cómo era el hecho de estar embarazada y tener cáncer a la vez. Lo único que consiguió fue sentir una punzada de angustia en el estómago.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer con todas estas cosas? —le preguntó a su madre—. ¿Lo vas a guardar, o lo vas a utilizar con el bebé?

—Bueno, como es un niño, algunas de estas cosas no sirven, pero sí me

gustaría utilizar la mayoría. A menos que tú quieras guardarlo para tus bebés.

Sonnet puso los ojos en blanco.

—Yo ni siquiera pienso en eso.

—Pero algún día lo pensarás.

—Tal vez —dijo Sonnet. «Algún día» era algo que le sonaba tan distante como un sueño—. No guardes nada, mamá. Usa todo lo que quieras. Creo que es maravilloso que puedas hacerlo.

—Muy bien. Entonces voy a hacer dos montones. Después podemos... Oh, Sonnet, mira —dijo, y sacó un vestido blanco con bordados. La tela era muy fina, preciosa—. Es tu faldón del bautizo. Te lo pusimos para bautizarte en la Iglesia de Santa María. Qué día tan maravilloso.

Su mirada se enterneció al observar aquel delicado trajecito, y acarició los bordados con el dedo. Nina había sido madre soltera, pero tenía una familia muy grande que la había apoyado y que, seguramente, se había reunido para el bautizo de su hija.

—Eras muy joven —dijo Sonnet en voz baja—. ¿Entendías cómo iba a cambiar tu vida?

—No tenía ni idea. ¿Qué niña de esa edad sabe algo de eso? Yo me convertí en la chica a la que ponían de ejemplo sobre lo que no se debe hacer, la chica sobre la que siempre estaban cuchicheando, ¿sabes? Me convertí en una cualquiera para la gente de este pueblo.

—Ah, mamá, eso me hace sufrir.

—No sufras por mí. Tengo la bendición de pertenecer a una gran familia que me apoyó y me quiso, pese a todo. Y al final, tuve la mejor recompensa: tú.

—Sí, pero detesto que tuvieras que pasar por todo eso.

—Yo no me acuerdo de haber detestado nada. Tu padre era cadete de West Point cuando nos conocimos en el Club de Campo de Avalon. Los cadetes eran algo como una fruta prohibida, porque no podían casarse mientras estaban en West Point. No había nada que detestar, solo una noche preciosa, un chico muy guapo que... bueno, sin entrar en demasiados detalles...

—Gracias —dijo Sonnet con ironía.

—Quiero que sepas que tú no fuiste un error, sino una bendición. Seguro que tu padre te ve de la misma manera.

—No estoy muy segura de cómo me ve —confesó Sonnet.

—Es una persona muy responsable. El único motivo por el que no le dije que estaba embarazada fue que se habría empeñado en asumir sus

responsabilidades con respecto a ti, y habría tenido que retirarse de su carrera militar.

—¿Y nunca te ha reprochado que le privaras de la oportunidad de elegir?

—Sí, pero al final, creo que se sintió aliviado por no tener que hacer una elección tan difícil.

—Así que esperaste para decírselo hasta que él terminó en West Point y recibió su destino.

—Sí, y a partir de aquel momento, me envió la mensualidad de tu manutención como un reloj. No creo que su oponente en la campaña electoral vaya a poder hacer sangre de nada de esto —dijo Nina—. Yo solo era una niña. Hoy día, estaría en un programa de la MTV.

—Gracias a Dios que no fue así —dijo Sonnet con un escalofrío.

Aunque le agradecía mucho a su madre que siempre fuera tan sincera con su concepción y su nacimiento, también se alegraba de que hubiera protegido su privacidad. Esperaba que la campaña de su padre no pusiera en peligro esa barrera.

—Tuviste que renunciar a muchas cosas por mí —añadió.

—El hecho de ser tu madre me ha dado muchas más cosas que las que tuve que sacrificar.

—Oh, mamá, muchas gracias —dijo Sonnet, y le dio otro abrazo—. Y gracias por no haber permitido nunca que me sintiera como si fuera un error.

Nina estrechó a Sonnet contra sí.

—Vamos a dejar eso bien claro, señorita. Tú jamás has sido un error.

## C A P Í T U L O 8

Zach miró con horror a la gente de la reunión.

—¿Esto va en serio?

Seguramente, no era lo más diplomático que podía decir acerca de un reality show que llevaba meses de preparación. Sin embargo, no pudo contenerse.

C. Bomb se golpeó las rodillas con las palmas de las manos y se echó a reír.

—Sabíamos que te iba a encantar —dijo—. ¿Acaso no nos encanta a todos, chicos?

Todo el mundo que estaba sentado alrededor de la mesa de reuniones del Hotel de Willow Lake asintió enfáticamente. Casualmente, C. Bomb había instalado su cuartel general en el hotel de Nina y Greg Bellamy. Nina estaba muy enfadada con él por haberle dicho a Sonnet que tenía cáncer, pero él sabía que volvería a hacerlo. Cualquiera tenía derecho a saber algo tan importante y tan básico acerca de su madre. Si Sonnet se hubiera enterado alguna vez de que él sabía la verdad y no se la había contado, entonces sí se habría metido en un buen lío.

El productor del programa no tenía un aspecto tan elegante como su nombre. Llevaba unos pantalones de algodón de pinzas y una camisa de golf, y siempre tenía una barra de regaliz dentro de la boca, o a medio camino hacia ella, o sujeta entre los dedos como si fuera un puro. Sin embargo, dirigía la reunión de forma precisa, aunque no se hubiera dado cuenta de que el comentario de Zach no era una broma. Él se había quedado completamente asombrado. El título y el concepto del programa le parecían sendas pesadillas.

Miró a su alrededor, a las demás personas que estaban sentadas a la mesa, para comprobar si alguien estaba tan asombrado como él. Sin embargo, todos, desde la directora artística hasta el script, estaban inclinados hacia delante, pendientes de cada palabra que pronunciaba C. Bomb.

—*Big Girl, Small Town*. Te tiene que gustar, ¿verdad? —preguntó C. Bomb,

sonriendo como si acabara de descubrir el remedio para la calvicie masculina —. Y todo tiene lugar aquí, en este pequeño lugar de Estados Unidos llamado Avalon.

«Ahí está lo gracioso», pensó Zach con tristeza. Iba a tener que quedarse en Avalon, como un ave migratoria que había perdido el rumbo. Cuando la productora se había puesto en contacto con él, se había imaginado que tendría que mudarse a Nueva York o a Los Ángeles para hacer aquel trabajo. En vez de eso, el trabajo había ido a él.

—Y eso no es todo —continuó el productor—. También hemos firmado un contrato para poder filmar en un sitio muy cercano a este. Es un campamento de vacaciones llamado Camp Kioga.

Tecleó algo en su ordenador portátil y en la pantalla de proyecciones de la sala apareció una presentación automática de diapositivas. Los miembros del equipo emitieron exclamaciones de admiración.

—Es precioso —dijo la directora artística. Era una mujer que iba vestida de negro de pies a cabeza y llevaba un piercing en la ceja, y varios tatuajes visibles. Alrededor de la mesa, la gente comentó que estaba de acuerdo con ella.

Zach no necesitaba mirar. Conocía Camp Kioga como la palma de su mano. Las fotografías que les estaba mostrando el productor las había hecho Daisy Bellamy, la nieta de los dueños. Además, él mismo había filmado cientos de bodas allí.

Y había hecho el amor con Sonnet Romano allí. Tal vez, aquel fuera su recuerdo favorito de aquel lugar.

Sin embargo, eso no significaba que fuera a trabajar en aquel programa tan absurdo. Él quería algo nuevo, diferente. Aquello iba a ser como grabar una boda interminable, seguramente con una novia con sobrepeso que iba a perder kilos semana a semana. Zach se imaginó a sí mismo intentando documentar su angustiado viaje, con sus correspondientes desmoronamientos anímicos, las llamadas de teléfono a su familia y las rabietas exageradas. Apretó los dientes, y tuvo que contener un escalofrío.

—Bueno, C. —dijo el director de fotografía—. Cuéntanos algo sobre la estrella a la que has reclutado para el programa.

Aquel director era un tipo del que Zach había oído hablar. Se llamaba Myron Wu, y era famoso en el mundo de los reality shows. Zach se había puesto muy contento al saber que iba a conocerlo. Todavía estaba contento,

pero... Dios. Avalon. Willow Lake. ¿Hasta qué punto podían empeorar las cosas?

Alguien llamó a la puerta en aquel momento, y al abrirse, Sonnet Romano entró en la sala.

—Siento el retraso —dijo, apartándose la coleta hacia atrás. Le entregó un pequeño disco duro a C. Bomb—. Aquí tienes las imágenes que me pediste.

—Bueno, me gustaría presentaros a todos a Sonnet Romano —dijo C. Bomb, sonriéndole como un padre orgulloso—. Se ha unido a nuestro equipo esta misma mañana, y gracias a Dios por ello. Necesitábamos una ayudante de producción que coordinara el casting y las localizaciones, y da la casualidad de que Sonnet se ha criado aquí mismo, en Willow Lake.

Sonnet los saludó a todos con una sonrisa cálida y profesional; a todos, salvo a Zach. Cuando lo vio, sus ojos adoptaron una mirada sutilmente desafiante. Zach estaba bastante seguro de que era el único que se había dado cuenta; a ella siempre se le había dado muy bien disimular sus emociones.

A Zach se le formó un nudo en el estómago. No solo iba a tener que quedarse en Avalon durante todo el tiempo que durara el programa, sino que además, iba a tener que trabajar con Sonnet Romano. Si las cosas ya eran complicadas, acababan de complicarse aún más.

—Bueno, estabas hablando sobre... —dijo el director de fotografía—. Sobre la estrella del programa. ¿De quién se trata, Clyde?

—Ah, esa es la mejor parte —dijo el productor, e hizo un gesto hacia la pantalla—. Miradla vosotros mismos.

Apretó una tecla, y unos altavoces invisibles comenzaron a emitir un ritmo marcado. En la pantalla apareció un vídeo. La primera imagen fue el rostro furioso de una chica negra. Zach reconoció el tema musical antes de que las palabras aparecieran en pantalla. *Luv Made a Mess o'Me*, de Jezebel, la última sensación del hip hop en la escena nacional.

El motivo por el que reconoció aquel tema, y a la artista, era que Jezebel tenía algo tan hipnótico que no era fácil apartar la vista de ella. Había tenido éxito desde su primer disco. Había aparecido en la escena musical hacía unos años, enfadada, sin pedir disculpas y, aunque no tuviera ningún complejo, gorda. Sus letras trataban sobre la furia y la injusticia, y eran como mazazos.

Después, había tenido lugar la inevitable batalla contra la fama y la notoriedad. Zach no sabía muy bien qué había ocurrido con Jezebel, pero sabía que antes de que acabara el vídeo iba a enterarse.

—Es buena, ¿eh? —preguntó C. Bomb.

—La mejor —dijo la directora de arte—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Bueno... Estaba con un perdedor, un rapero de segunda llamado Goose, que según ella, la maltrataba. Además, le robó bastante dinero de sus ganancias —dijo C. Bomb. Entonces, en la pantalla apareció un ejemplar del *New York Daily News*, con un titular de portada que rezaba: *Una estrella del hip hop, arrestada por agresión, daños a la propiedad y robo de coche de lujo*. Después, llegó un vídeo del arresto. Ella miraba directamente a la cámara, con ferocidad, con un ojo sano y el otro amoratado e hinchado.

—Jezebel y ese tal Goose se estaban peleando explicó el productor—. Me parece a mí que esta chica sabe dar tanto como recibe.

—O más —dijo una mujer llamada Cinda.

—Sí. Además, se ensañó con dos de las más preciadas posesiones, como su BMW Z4 y su mastín tibetano.

—Oh, Dios mío, ¿le hizo daño a un perro?

—No. No podríamos hacer un programa con alguien que hubiera maltratado a un perro —dijo C. Bomb, y mostró otra fotografía—. Le escribió su obscenidad favorita con spray naranja en un costado.

Los miembros del equipo elevaron los pulgares, y algunos dieron un puñetazo sobre la mesa.

—Tienes razón —dijo alguien—. Es fantástica.

El productor siguió contándoles aquella historia sórdida. Después de pasar una temporada en Bedford Hills, Betty Lou Watkins, también conocida como Jezebel, salió de la cárcel en régimen de arresto domiciliario, con la condición de no salir del estado. Le habían puesto un brazaletes en el tobillo para asegurarse de que no lo hiciera.

—Vaya —dijo el director de fotografía, mirando a C. Bomb—. Buena elección. Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Soltarla en el desprevenido pueblo de Avalon?

Zach miró a Sonnet. Ella estaba inmóvil, con los ojos clavados en el rostro de Jezebel, que llenaba toda la pantalla, con una expresión tan desafiante como siempre, mientras salía o entraba de algún juzgado o se dirigía hacia un Hummer negro y brillante.

—Mucho mejor que eso —dijo el productor—. Tenemos muchos ases en la manga.

Cuando terminó la reunión, todos se dispersaron para cumplir con sus tareas, que Sonnet había repartido eficazmente. Zach se dio cuenta de que ya se había hecho imprescindible para el productor. Uno de sus dones era la capacidad de anticiparse a lo que había que hacer, y hacerlo antes de que se lo pidieran. Cuando eran niños, eso le volvía loco. En el colegio, ella era la que hacía los deberes antes de que los demás se enteraran de cuáles eran. Aquel impulso por hacer muchas cosas, y por hacerlas bien, había sido muy provechoso para ella, al menos académicamente y en el aspecto profesional.

Mientras los encargados de fotografía se organizaban para ir a la estación y grabar la llegada de Jezebel al pueblo, Zach arrinconó a Sonnet.

—¿En serio? —le preguntó—. ¿Vas en serio?

Ella tenía una tablilla con un sujetapapeles agarrada contra el pecho. Parecía que la había llevado desde el colegio.

—Necesitaba un trabajo —dijo ella, defendiéndose de su reproche.

—¿No te parece que estás demasiado cualificada para esto?

—Es una forma de quedarme junto a mi madre. Eso es lo único que importa —respondió ella, y su rostro se ensombreció.

Al oírlo, el fastidio que sentía Zach se desvaneció. Sonnet siempre había tenido aquel poder sobre él, el poder de conmovirlo, de llegar a su corazón y rozar un punto al que parecía que era la única que tenía acceso.

—Vamos —dijo alguien del equipo—. ¿Quién sabe cómo se va a la estación?

—Yo os lo digo —respondió Sonnet.

Sonnet sostuvo la mirada de Zach un momento más, y después se dirigió hacia la furgoneta. Zach los siguió en su propia furgoneta de trabajo con Perla Galleti, su ayudante recién contratada. Se habían conocido hacía un par de días, cuando ella acababa de llegar de la ciudad. Aunque iba vestida como una niña de colegio católico, tenía la boca de un trabajador del puerto y una licenciatura de la Escuela de Cine Tisch, de la Universidad de Nueva York. Después de saber que el programa iba a ser sobre una estrella del hip hop caída en desgracia, había entendido por qué le habían asignado a Perla. En su currículum figuraba una lista de vídeos musicales de un kilómetro de largo.

Y no solo eso; además, Perla era una fanática de lo digital. Él siempre se había considerado muy bueno en la multitarea, pero ella tenía un verdadero don. En cualquier momento, podía hacer malabarismos con tres aparatos a la



vez, hablar por el iPhone, twittear, organizar el horario en el iPad y descargarse un vídeo de Internet. A él le maravillaba.

—¿Qué tiene de especial Jezebel? —le preguntó mientras metía la marcha de la furgoneta—. ¿Has trabajado alguna vez con ella?

—Sí, fui ayudante en la grabación de *Hell Hath No Fury* hace un par de años. Fue el vídeo del año de la MTV.

—¿Y cómo es?

—Espera y lo verás. Jezebel te va a encantar.

—Quitaos de en medio —gritó Betty Lou Watkins.

La estrella del hip hop apareció en la puerta del vagón de tren con la presencia de un miembro de la realeza y apartó a un hombre vestido de negro que seguramente era un miembro del equipo de seguridad. Entonces, bajó al andén, se puso en jarras y observó la estación con los ojos entornados. Se puso unas gafas de sol y echó hacia atrás su melena de trencitas brillantes, y adoptó una pose de fuerza que transmitía un mensaje claro: «Nada de tonterías conmigo». Pese al montón de amuletos que llevaba alrededor de los brazos, y el dispositivo de control que llevaba en el tobillo y que exhibía sin ningún pudor, parecía una reina inspeccionando sus dominios.

Sonnet siempre había admirado a las chicas negras que estaban cómodas siendo negras. Ojalá las cosas hubieran sido tan sencillas para ella, ojalá pudiera mirarse al espejo y sentirse cómoda en su propia piel. Cuando tenía diez años, se preguntaba si podría usar un rotulador indeleble para cambiar el color marrón oscuro de sus ojos por el azul. De adolescente, se había gastado gran parte de su paga semanal en productos suavizantes y alisadores para el pelo. Y, por supuesto, lo único que había conseguido era parecer una chica mulata que quería parecer una chica blanca.

Ahora, mientras observaba aquella escena, intentó mantener una actitud profesional. El equipo de grabación, con Zach a la cabeza, que había asumido su puesto de director con un dominio que ella desconocía en su amigo, rodeó a Jezebel, que parecía estar totalmente relajada aunque fuera el objetivo de las cámaras y los micrófonos.

—¿Dónde está mi coche? —preguntó Jezebel, mientras se dirigía hacia las escaleras.

Zach se movió suavemente con ella. A Sonnet siempre le había gustado

verlo trabajar. Sabía que la grabación en vídeo era algo más que enfocar a alguien con una cámara y apretar un botón. Zach tenía una comprensión innata de la gracia y la sutilidad que eran necesarias para captar una secuencia.

El equipaje de Jezebel era un montón de fundas de trajes de alta costura, bolsas de lona y mochilas. Sonnet observó al grupo con fascinación mientras se dirigían en masa al aparcamiento. Jezebel se detuvo en la acera y miró a su alrededor.

—¿Y mi coche? —repitió en un tono imperioso.

Un par de miembros de producción se miraron, y después se encogieron de hombros.

—¿Es que nadie ha pedido un coche? —preguntó uno de los productores.

No respondió nadie.

Jezebel se irguió hasta que estiró toda su impresionante estatura.

—¿Qué mierd...

—Podemos ir en mi furgoneta —dijo Sonnet rápidamente. Tenía uno de los vehículos de cortesía que el Hotel de Willow Lake utilizaba para llevar a sus huéspedes por el pueblo—. Está allí —añadió, haciéndole un gesto a Jezebel.

La cantante miró a Sonnet como si tuviera la tentación de comérsela viva. Sonnet esperó sin dejarse intimidar. Precisamente por el hecho de que Jezebel fuera una giganta, tanto física como musicalmente, y porque hubiera estado en la cárcel y tuviera la reputación de ser violenta, Sonnet pensaba mantenerse firme, aunque en realidad quisiera salir corriendo y esconderse. Algo le dijo que, si lo hacía, Jezebel la aplastaría durante todo el tiempo que durara la grabación del programa.

—¿Vienes? —le preguntó. Entonces, se dio la vuelta y se encaminó hacia la furgoneta.

Para su alivio, Jezebel la siguió y se montó en el asiento del pasajero mientras cargaban su equipaje en el maletero. Zach y su ayudante se unieron a ellas sin dejar de grabar. Sonnet no se lo esperaba; en realidad, no sabía qué debía esperar, pero pensándolo bien, el objetivo de aquel programa era documentar hasta el último movimiento de Jezebel, así que tenía sentido.

Jezebel se puso el cinturón de seguridad.

—Te has metido en un lío, chica —le dijo a Sonnet mientras abría una lata de BluMania, la última bebida energética que había salido al mercado.

—¿Yo? —preguntó Sonnet, arrancando la furgoneta—. ¿Por qué?

—Porque estaba a punto de ponerme a gritar por el asunto del coche.

—Mira, nadie ha tenido la culpa de que tu traslado no estuviera previsto. Todos acaban de llegar, y estamos organizándonos.

Jezebel soltó un resoplido.

—No, es que se supone que tenía que ponerme a gritar. Demonios, estaba empezando a meterme en el papel.

—¿Y por qué... Ah. Ya lo entiendo. Les gustan los ataques de rabia.

—Sí.

Sonnet mantuvo la vista fija en la carretera, pero no pudo evitar mirar de reojo a Zach por el espejo retrovisor.

—Siempre lo he pensado. Lo siento. Pero seguro que tendrás muchas cosas por las que agarrarte una rabieta.

—¿Agarrarme una rabieta? —preguntó Jezebel con un nuevo resoplido—. ¿Quién eres tú, Creampuff? ¿Quién habla de esa forma tan cursi?

—Soy Sonnet Romano —respondió ella. No le había gustado demasiado que la llamara «buñuelo de crema»—. Nací aquí, y me he criado aquí.

—Sonnet. ¿Qué clase de nombre es Sonnet?

—A mi madre le gustaba mucho Shakespeare cuando me tuvo. Nací en mayo. Me puso ese nombre por el soneto XVIII. ¿Lo conoces?

—»¿Compararte con un día de verano?» —recitó Jezebel. Su voz adoptó la cadencia y el tono que la habían hecho famosa—. «Tú eres más bella y más apacible: el viento fuerte agita las preciosas flores de mayo, y el verano es demasiado corto. Algunas veces, el sol brilla demasiado en el cielo...». ¿Te refieres a ese?

Sonnet se quedó maravillada al escuchar una recitación tan magnífica.

—Exacto.

Jezebel arqueó una ceja.

—No te asombres tanto.

—No estoy asombrada. Estoy impresionada, eso sí. Estudié a Shakespeare en el colegio, pero no recuerdo casi nada.

—Sí, bueno, es que yo no lo aprendí en el colegio.

—Entonces, ¿lo aprendiste tú sola?

Jezebel se echó a reír. Sus carcajadas parecían truenos.

—Sí, claro. En la Escuela para Señoritas de Bedford Hill. Allí mismo.

—Ah. Umm. Bueno, es muy impresionante, y espero poder oír más.

Bedford Hills era una cárcel de máxima seguridad para mujeres, que estaba

en Westchester Country. A Sonnet le resultó sorprendente que Jezebel hubiera memorizado los sonetos de Shakespeare mientras estaba entre rejas. Tal vez, también hubiera aprendido allí a mantener una actitud tan dura como un escudo antidisturbios y donde su ira se había convertido en un caparazón de piedra.

—¿Naciste y te criaste aquí? —repitió Jezebel, mirando por la ventanilla, mientras atravesaban el centro de Avalon. Era una zona muy pequeña, de edificios de ladrillo con ventanas llenas de macetas de flores y tiendas y restaurantes cuyos escaparates se protegían con toldos de colores. En un día soleado, como aquel, el pueblo estaba precioso y tenía un aire antiguo. Jezebel frunció los labios con desdén.

—Sí —dijo Sonnet—. No es un sitio muy emocionante, que digamos, pero a alguna gente le gusta eso, precisamente.

A ella le gustaba más viajar y visitar sitios nuevos. Al pensarlo, sintió una punzada de pena. Si hubiera aceptado la beca, aquella misma semana habría estado en un país del extranjero. Sin embargo, se apartó aquello rápidamente de la cabeza. Se había quedado en Avalon por su madre, y por el momento, no había nada que fuera más importante que eso.

—¿Y ahora vives aquí? —preguntó Jezebel.

—Vivía en Nueva York, pero he vuelto hace muy poco.

—¿Trabajabas en una empresa de Nueva York?

—No, no. Trabajaba para la Unesco, que es una agencia de la ONU.

—¿Y has dejado ese trabajo para ser ayudante de producción?

—Por el momento, sí.

—¿Por qué?

Sonnet giró hacia la carretera del lago.

—Por motivos personales —dijo.

—Ya. Puedes decirme que no es asunto mío, y se acabó —dijo Jezebel.

—No, no es asunto tuyo, pero... —Sonnet hizo una pausa. Se sentía un poco incómoda por el hecho de que la conversación se estuviera grabando—. He vuelto porque mi madre está embarazada. Es... um... un poco mayor que la mayoría de las embarazadas, así que se trata de un embarazo de riesgo.

—Yo tengo una hermanastra que tiene la mitad de años que yo —dijo Jezebel—. Es divertido, pero no es como tener una hermana.

Sonnet siguió conduciendo atentamente, mientras se preguntaba si debía decir algo más. Siempre había un componente de vergüenza con respecto al cáncer. La gente bajaba la voz y susurraba la verdad: «Su madre tiene cáncer».

Como si fuera algo que debía esconderse. Y no lo era.

—Y hay otra complicación —le dijo a Jezebel—. Mi madre acaba de saber que tiene cáncer. Por eso quiero estar a su lado.

—Vaya —dijo Jezebel—. Eso es una mierda.

—Sí —dijo Sonnet—. Es una mierda.

—Pero se va a poner bien —añadió Jezebel. Y no lo hizo en tono interrogativo.

Sonnet la miró, y vio que la expresión malhumorada había desaparecido de la cara de la cantante.

—Esa es la idea. Me he venido aquí para hacer lo que pueda.

—Puedes hacer mucho —dijo Jezebel—. Créeme, yo lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que la familia es importante. A mí me habría salvado.

—¿De qué?

—De muchas idioteces que hice. Tal vez no hubiera hecho cosas que me han traído hasta aquí —dijo Jezebel, y señaló el brazalete que llevaba en el tobillo. Después, cambió de tema—: ¿Aquello es Willow Lake? —preguntó, observando la vista del agua, que resplandecía bajo el sol del mediodía. Los sauces llorones, los árboles que daban nombre al lago, hundían sus ramas en el agua de la orilla, cerca del embarcadero del pueblo.

—Sí. Nosotros vamos hacia el norte, hacia un lugar llamado Camp Kioga.

Durante el programa, Jezebel iba a alojarse en una de las cabañas, y gran parte de la grabación se haría allí. Los productores habían llegado a un acuerdo con Olivia Bellamy Davis, que dirigía el centro turístico. A cambio de poder filmar allí, Mickey Flick Productions costearía las vacaciones de verano de veinticuatro niños de la ciudad en el campamento.

—Camp Kioga —rezongó Jezebel—. Yo nunca he estado en un campamento de verano.

—Es muy bonito, ya lo verás.

—Entonces, ¿tú fuiste a ese campamento, Creampuff?

—No. Cuando yo era pequeña, estaba cerrado. La familia Bellamy volvió a abrirlo hace pocos años, y lo convirtió en un complejo turístico.

Durante su infancia y su juventud, Sonnet siempre había dado por sentado la belleza de aquel paisaje. Cuando alguien pasaba por el paraíso de camino al colegio todos los días, no parecía que fuera algo tan especial. Sin embargo, para un niño que no había conocido nada más que el bullicio de la vida

urbana, y tal vez para Jezebel, iba a ser un mundo mágico.

—Me voy a aburrir tanto que me va a explotar la cabeza —dijo Jezebel.

Bueno, tal vez no tan mágico, pensó Sonnet. Miró por el espejo retrovisor para ver qué pensaba Zach de aquello, y se quedó asombrada al darse cuenta de que él seguía filmando. Frunció el ceño y volvió a concentrarse en la conducción. Él tenía que hacer su trabajo, y ella tenía que centrarse el suyo, que era facilitar el proceso. Sin embargo, era un poco inquietante el hecho de que resultara tan fácil olvidarse de que todo se estaba grabando.

Jezebel tomó otro sorbito de la bebida energética e hizo una mueca de repugnancia.

—Oh, es asquerosa.

—Hay botellas de agua en la parte de atrás —dijo Sonnet.

—Tengo que beber esta porquería —respondió Jezebel—. Por lo menos, delante de las cámaras, porque la marca es uno de los patrocinadores del programa.

—Ah, claro.

Sonnet estaba fuera de su elemento, y lo sabía. Aquello no podía ser más distinto a un típico día en las oficinas de la Unesco. Sin embargo, al final del día iba a volver a casa con su madre, y eso era lo más importante.

Con solo pensar en su madre, comenzaron a sudarle las palmas de las manos. Todavía estaba haciéndose a la idea de que cabía la posibilidad de que su madre muriera, y aquella noticia había hecho que se sintiera asustada y vulnerable, como una niña pequeña. Se daba cuenta de que, por mucho que viajara o por mucho que creciera, nunca dejaría de necesitar a su madre. Sonnet no sabía si podría sobrevivir a su pérdida.

Tomó el estrecho camino privado que conducía a Camp Kioga atravesando un espeso bosque de olmos y arces. El suelo del bosque estaba verde, lleno de helechos. Al final del camino había un arco de entrada con el nombre de Camp Kioga en un letrero, y un poco después, el pabellón del recinto. En circunstancias normales, los huéspedes se detendrían allí para inscribirse en la recepción, pero aquella no era una situación normal, sino un programa de televisión. Había un grupo auxiliar formado por tres personas esperándolos allí, sin duda, para captar la reacción de Jezebel cuando viera Camp Kioga por primera vez. Sonnet lo estaba viendo por enésima vez en su vida, pero en aquella ocasión, se le cortó el aliento. Se quedó mirando la amplia pradera de césped y pensó: «Ahí es donde me tomó de la mano». Y el cobertizo de los

botes: «Allí es donde me besó, y donde hicimos el amor». Los pensamientos se sucedieron en su cabeza, sin control, sin contención. Tuvo que recordarse que aquello solo había ocurrido una vez, y que había sido un error. Un error grande, dulce, delicioso. Debería haberlo superado hacía meses, debería haberlo olvidado.

Todos bajaron de la furgoneta, y ella volvió al presente. Jezebel observó la zona. Había preciosos caminos, cabañas de madera, edificios auxiliares y embarcaderos, todo ello frente al Willow Lake, que resplandecía bajo el sol. Sonnet miró a Jezebel de reojo, intentando averiguar qué era lo que sentía. Era una muchacha complicada, eso resultaba evidente. Sonnet nunca había conocido a nadie como ella: grosera, lista, enfadada, conmovedora, sorprendente.

—¿Qué demonios es este sitio? —preguntó Jezebel, sin dirigirse a nadie en concreto.

Por algún motivo, Sonnet sintió la necesidad de explicárselo.

—Se construyó en los años veinte. Empezó siendo un retiro veraniego para la gente de la ciudad. Ahora lo lleva una familia del pueblo. Sé que está muy lejos, pero hay muchas cosas que hacer, cuando te acostumbras a la soledad.

—Es la bomba —dijo Jezebel, que por un momento, dejó de estar enfadada—. Así que aquí es donde voy a quedarme.

—Sí —dijo Sonnet, consultando las notas que le había dado producción—. Vas a alojarte en la Cabaña Saratoga, con los niños. Tendrás la habitación de la monitora, al fondo. Eso te proporcionará privacidad —explicó. Al darse cuenta de que Zach estaba grabando su explicación, se dirigió a él—: ¿Te importaría dejarlo? Estoy intentando organizar las cosas.

—Sigue, sigue —dijo él, sin dejar de filmar—. Lo estás haciendo estupendamente.

—Mira, se supone que yo no tengo que salir en pantalla, así que te agradecería que...

—Relee tu contrato, nena. Estoy seguro de que has firmado una autorización —repuso Zach.

—¿Acabas de llamarme «nena»? Espero haberte oído mal.

—No, no. Me has oído bien.

—Zach...

—Un momento, vosotros dos —dijo Jezebel riéndose—. Supongo que habéis trabajado juntos más veces.

—No —dijeron ellos, al unísono.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Os gusta discutir? —preguntó Jezebel. No esperó a que respondieran, y se encaminó hacia la cabaña—. Es un modo de hacer juegos preliminares, ¿sabéis?

Sonnet fulminó a Zach con la mirada, y él hizo como que no se daba cuenta. Ella ya se estaba cuestionando su decisión de trabajar para aquella producción mientras estuviera en el pueblo. Sin embargo, había algo terrible y traicionero en ella que la obligaba a admitir que todo aquello era una locura divertida.

Su teléfono móvil vibró. Miró el mensaje. Para sorpresa suya, Orlando estaba de camino hacia Willow Lake.

—¿Malas noticias? —le preguntó Zach, mirando el teléfono por encima de su hombro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque has puesto cara de haberte comido algo agrio.

—Pues no. ¿Y no se supone que tienes que seguir a Jezebel por todas partes?

—No, ya hemos terminado por hoy.

—Muy bien. Entonces, hasta mañana, que es cuando llegan los niños.

Sonnet se preguntó qué pretendería Orlando al ir allí en persona. En sus mejores sueños, aquello era un gesto romántico. Iba corriendo a verla porque la echaba terriblemente de menos.

Sin embargo, Orlando y ella no eran románticos. Eran... compatibles. Y, a la hora de la verdad, no había nada más importante que eso.

Aunque algunas veces, la verdad se abría camino inconscientemente. Ella quería enamorarse de Orlando, pero de vez en cuando, normalmente cuando se quedaba en vela por las noches, mirando al techo, tenía que hacerse algunas preguntas difíciles. En realidad, ¿sabía lo que era el amor? ¿Y él? ¿O acaso Orlando solo era un medio para mantener el interés de su padre en ella, algo que siempre había anhelado tener?

Era horrible pensar que su padre la incluía en su círculo más cercano a causa de su relación con Orlando. Y también era horrible sospechar que Orlando le resultaba irresistible por eso.

—No seas absurda —se dijo en voz baja, en cuanto Zach se hubo alejado—. Es tu novio, no el Santo Grial.



Sonnet no le había dicho a su padre, ni a Orlando, que iba a trabajar temporalmente en la producción de un programa televisivo. Ellos ya estaban mortificados por el hecho de que hubiera rechazado la beca; cuando se enteraran de que iba a participar en un programa junto a una rapera famosa, pensarían que había perdido el juicio.

Sin embargo, lo hacía por su madre. Por su madre, iba a darle la espalda a todo lo demás, e iba a quedarse a su lado todo el tiempo que hiciera falta. El resto de la vida quedaría en suspenso hasta que pasara la tormenta.

Aquello se convirtió en su mantra mientras volvía en tren a la ciudad para subarrendar su apartamento a una antigua compañera de trabajo y guardar sus cosas en un trastero. Orlando estaba en Washington aquel fin de semana, pero había quedado para verse con su padre en su lugar habitual, una cafetería que estaba cerca de casa del general, en Upper West Side. Él le había explicado que su hija Layla iba a ir de visita desde la universidad aquel día, así que no tenía mucho tiempo.

Mientras entraba en el edificio, pensó que iba a sentir nostalgia, pero para su sorpresa, lo que sentía era cierta indiferencia. Llevaba más de cinco años viviendo en aquel apartamento diminuto, pero nunca se había sentido como en casa. Más bien, para ella había sido como una parada de su viaje. Nunca había sido algo permanente. Se detuvo frente a los buzones y quitó la etiqueta de S. Romano del suyo. El buzón quedó como si ella nunca hubiera estado allí.

Subió a su apartamento, y no tardó mucho en organizarlo todo, porque era tan pequeño que siempre lo mantenía muy ordenado, y no guardaba demasiados objetos personales allí. Recogió un collage de fotografías de su madre y de ella. La más antigua de todas era una en la que Nina parecía más joven, incluso, que la mayoría de las madres adolescentes. Sonnet había visto un millón de veces aquella fotografía, pero en aquel momento, la observó con nuevos ojos. La expresión de Nina era de orgullo y desesperación, y tenía en brazos a su recién nacida. La foto era, a la vez, alegre y conmovedora. Por muy joven que fuera, Nina entendía que no iba a tener la vida con la que seguramente había soñado.

Sin embargo, ¿había alguien que acabara teniendo la vida que soñaba cuando tenía quince años? Solo unos cuantos privilegiados, y Sonnet no era uno de ellos. Aunque, en su caso, era una suerte, porque cuando tenía quince años soñaba con ser una bailarina de ballet con seis hijos y vivir en una granja de caballos.

Cuando Sonnet se hizo adulta, comprendió los sacrificios que había hecho su madre. Nina siempre había tenido dos trabajos para poder costear su educación, y Sonnet pasó siempre más tiempo con su abuela que con ella. Recordaba perfectamente una ocasión en que su madre se rindió a la desesperación. Sonnet había terminado de hacer los deberes para el día siguiente, y estaba esperando a que su madre la recogiera. Nina tenía dos trabajos de asistenta, y algunas noches llegaba tarde a casa. Sonnet la oyó hablando con la abuela en la cocina, y por su voz, supo que había estado llorando.

—Mamá, no puedo más —dijo—. Estoy tan cansada que ni siquiera puedo dormir por las noches. ¿Qué voy a hacer?

—Deja algo —le aconsejó la abuela—. No hay ninguna ley que diga que tienes que hacerlo todo a la vez.

—Si no termino los estudios ahora, solo podré tener trabajos serviles. Esa no es la vida que quiero darle a mi hija. Lo único que puede haber peor que esto es no hacer esto.

—Bueno, pues entonces —dijo la abuela—, tú misma has respondido a tu pregunta.

Sonnet se sintió muy solemne y muy adulta. Entró en la cocina y dijo:

—Quiero ayudarte. Sé limpiar.

Al oírlo, Nina la tomó en brazos.

—Sí, es verdad. Pero tú tienes un trabajo diferente, nena. Tu trabajo es ser niña, divertirte y aprender cosas que me hagan sonreír todos los días. ¿Puedes hacer eso?

—Puedo intentarlo con todas mis fuerzas —respondió Sonnet. Incluso de niña era muy responsable, y se esforzaba mucho en el colegio, en los deportes y en las clases de música.

Todas las fotografías de aquel collage estaban hechas en Willow Lake. Su madre y ella nunca habían podido permitirse ir de vacaciones, pero con un poco de creatividad, habían viajado juntas. Sonnet observó una fotografía de ellas dos, en la que aparecían con pañuelos en la cabeza y delantales, como la abuela y las mujeres del país de su familia. Habían decorado la casa como si estuviera en un pueblo italiano, habían hecho comida italiana y habían escuchado música italiana todas las noches durante una semana.

Sonnet sonrió al recordar todo aquello, y guardó las fotografías en una caja. Había otra foto, aquella enmarcada, de Nina el día de su boda. Aquel día

estaba resplandeciente, y Sonnet se sentía eufórica por Greg y por ella. También había una fotografía de sí misma y de su padre, abrazados, cuando había conseguido su doctorado en Georgetown. Su padre la miraba con orgullo. Había una fotografía de Orlando saliendo del edificio de la ONU con un maletín, y levantando la otra mano para parar un taxi. A Sonnet siempre le había gustado aquella foto porque estaba guapísimo, y porque la sonrisa que él tenía en los labios era para ella.

Sonnet tenía otro recuerdo guardado en un cajón. Era una foto que había hecho su hermana Daisy. Era la clásica fotografía del baile de graduación del instituto, y en ella aparecían Sonnet y su acompañante para esa noche: Zach Alger. Ninguno de los dos tenía cita para aquel baile, así que habían acordado ir juntos. Sonnet se había sentido muy agradecida por ello. Le encantaba arreglarse, y le resultaba deprimente perderse aquel baile.

Zach estaba muy delgado en aquella foto, y tan pálido, que parecía un cuervo albino. Sin embargo, se había comportado como un perfecto caballero. Había aparecido con traje y una flor en la solapa de su esmoquin alquilado. Sonnet había sabido, después, lo mucho que debía de haberle costado conseguir el dinero necesario para ir a aquella fiesta.

Le había dado las gracias con un abrazo e inhaló su colonia, y le había dicho que todo iba a salir bien. Y, después de tantos años, todo iba bien, era cierto. Lo único que necesitaban era recuperar el equilibrio en su amistad. No tenían por qué permitir que el error que habían cometido en la boda de Daisy se interpusiera entre ellos.

Terminó de recoger sus cosas y miró a su alrededor por el diminuto apartamento. Parecía algo tan limpio y tan impersonal como una habitación de hotel.

Salió del apartamento y fue en busca de su padre. Llegó con antelación al lujoso barrio donde él vivía, así que se sentó en una de las mesas de la terraza para disfrutar del sol de la tarde, y pidió un té.

Enfrente, veía la casa del general. Era un edificio precioso. El jardín estaba primorosamente mantenido y la fachada era prístina, de muy buen gusto. Aquel lugar no era ostentoso, pero todo el que lo viera sabría que aquella elegancia solo se mantenía con dinero. La mujer de su padre, Angela, provenía de una familia rica, y sus hijas, Layla y Kara, siempre habían estudiado en colegios privados y habían tenido vacaciones lujosas y ropa cara.

De pequeña, Sonnet envidiaba todas aquellas oportunidades. Gracias a la

carrera de su padre, ellas habían viajado por todo el mundo. Gracias al dinero de su madre, lo hacían con estilo. Sin embargo, durante la universidad, cuando Sonnet estaba estudiando en Alemania, se había dado cuenta de que ella estaba forjándose un futuro por sí misma. Durante la mayor parte del tiempo, aquella actitud adulta y filosófica fue suficiente para acallar al demonio feo y pequeño que, dentro de su alma, se sentía engañado.

Mientras ella tomaba su té, apareció un coche negro que se detuvo delante de la casa de su padre. Layla, la más pequeña de sus hermanastras, y el chófer, sacaron el equipaje del maletero y, un momento después, Laurence salió de la casa. Layla subió corriendo las escaleras y se lanzó a sus brazos, y él la levantó del suelo.

Pese a su actitud madura y filosófica, Sonnet sintió una punzada de dolor. Lo que verdaderamente envidiaba de sus hermanas no eran los privilegios, sino el acceso que tenían a su padre. El hecho de tener un padre que las abrazara con alegría y las hiciera girar en el aire.

«Concéntrate», se dijo. «Concéntrate en lo que tú puedes tener con él». Podía tener su respeto, su orgullo, y su atención cuando quisiera decirle algo. Aunque... ¡cuánto temía decepcionarlo!

Veinte minutos más tarde, cuando él llegó a la cafetería, ella ya había pedido su segundo té. Se puso en pie, y se dieron un abrazo breve y decoroso, como colegas que llevaban un tiempo sin verse.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella—. ¿Cómo va la campaña?

—Me dicen que va bien. Pero aunque fuera mal, me dirían que va bien. El único que dice las cosas como son es Orlando.

—Y él dice que va bien.

—Por el momento, sí —dijo su padre, y sonrió—. Elegiste muy bien. Orlando es único.

—Creo que lo elegiste tú —dijo ella, riéndose.

—Me alegro de que hicierais buenas migas. Hacéis buena pareja.

—Sí, ¿verdad? —dijo Sonnet. Se llevó la taza a los labios, pero volvió a dejarla en el plato sin haber probado el líquido—. Bueno, tengo que darte una noticia.

—No... —dijo su padre—. ¿Te lo ha pedido ya?

Ella se echó a reír.

—No puedo creerme que eso sea lo primero que se te ha pasado por la cabeza.

—Bueno, lo lógico es que un hombre que esté en esa posición tenga esa clase de intenciones, Sonnet. Tú eres una joven increíble.

—Gracias —respondió Sonnet, y saboreó aquel cumplido, con la esperanza de que su padre no cambiara de opinión al oír cuál era su plan—. Quería decirte que he subalquilado mi apartamento.

—¿Lo vas a dejar? —preguntó él, con el ceño fruncido.

—Lo he subalquilado —repitió ella—. A una amiga de la Unesco que quería cambiarse más cerca del trabajo.

—Sonnet, sé que esto no es asunto mío, pero irte a vivir con Orlando en este momento puede ser perjudicial para la campaña. No quisiera que el equipo de Delvecchio difundiera rumores sobre mi hija soltera...

—No, no es eso —dijo ella rápidamente. Al mismo tiempo, se sintió molesta. Su padre siempre pensaba, en primer lugar, en su campaña, en cómo podía afectarle algo, en cuáles eran sus posibilidades de sacar un escaño en el Senado—. No estoy hablando de irme a vivir con Orlando. Voy a dejar mi trabajo en la Unesco y me voy a marchar a Avalon.

Él apretó la mandíbula.

—Te admiro por el hecho de haber renunciado a la beca Hartstone para cuidar de tu madre, pero nunca deberías abandonar tu puesto en la Unesco.

—No me queda más remedio —repuso ella—. Voy a estar con mi madre durante el tratamiento, y no puedo estar yendo y viniendo de Nueva York a Avalon. Son tres horas de tren.

—Entonces, te vas a tomar una temporada sabática —dijo él.

—No me importa cómo se llame. Pero hay otra cosa que tengo que decirte. Voy a trabajar mientras esté en Avalon. Tengo que pagar los préstamos de estudios y no puedo permitirme estar en paro —explicó ella. Pensó en sus otras hijas, que se graduarían cómodamente sin deudas, y volvió a sentir envidia—. El trabajo es importante para mí. Siempre lo ha sido —añadió.

—¿Y qué tipo de trabajo vas a desempeñar en Avalon?

Ahí estaba la parte más difícil.

—Voy a trabajar en la producción de un reality show llamado *Big Girl, Small Town*.

La expresión de su padre habría resultado cómica si se tratara de una broma.

—Papá —dijo Sonnet—. No he dicho que vaya a trabajar en una barra americana. Va a ser un programa para todos los públicos.

Después de que sobrepusieran un pitido en todas las palabrotas.

—No conozco ese tipo de programas —dijo él, mirando su taza de café como si hubiera algo desagradable al fondo.

—Es sobre una cantante de hip hop llamada Jezebel. ¿Te suena?

Su padre palideció.

—No, pero supongo que mis hijas sí la conocerán.

—Tienes razón. Bueno, Jezebel es la estrella del programa. El equipo la va a filmar mientras trabaja con un grupo de niños en Camp Kioga, en Willow Lake. Es muy franca y... bueno, voy a ser directa. Es una mujer lista y con talento, pero también es odiosa y fanfarrona. Estoy segura de que el programa se centrará en sus momentos más indignantes.

—¿Y por qué vas a trabajar en algo así?

—En un pueblo como Avalon no hay demasiados puestos de trabajo. La paga es buenísima, y es algo temporal.

—¿Hasta qué punto es temporal?

—¿Quieres decir que cuánto tiempo va a tardar el equipo de la campaña de tu oponente en averiguar que la hija del general Jeffries está trabajando con una delincuente en libertad condicional?

—¿Es una convicta?

—Lo siento, papá. Se metió en un lío por culpa de un tipo que no la merecía, pero eso ya ha terminado. Jezebel va a hacer un servicio para la comunidad trabajando con un grupo de niños.

Sonnet se imaginó unos chorros de vapor saliéndole por las orejas a su padre.

—Y tú has pensado bien todo esto antes de dar el siguiente paso —le preguntó su padre, en un tono tenso de desaprobación.

—En realidad, no. Solo he pensado en que mi madre me necesita y en que yo necesito trabajo. Y si tu oponente tiene algún problema con eso, es que verdaderamente están intentando encontrar una manera de perjudicarte.

Él miró la hora. Era lógico que tuviera que irse. Su mujer y sus hijas lo estaban esperando, y ellas no iban a avergonzarse.

Sonnet decidió marcharse antes que él, algo que no había hecho nunca. Se puso en pie y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Tengo que irme —dijo—. Voy a tomar el tren de esta tarde para Avalon.

Mientras caminaba hacia la estación de metro más cercana, esperaba que su padre pudiera superar el enfado que tenía con ella. Orlando la entendería.

Sonnet intentó consolarse con eso. Él sería mucho más comprensivo, y tal vez, incluso, encontrara la forma de explicárselo a su padre.

## C A P Í T U L O 9

—Estás comportándote de un modo irracional —dijo Orlando.

Era una ingenua por haber esperado un gesto romántico por su parte, pensó Sonnet. Orlando había bajado del tren tan guapo como un príncipe, y por un momento, ella había fantaseado con la idea de que él había ido a Avalon a abrazarla con fuerza y declararle su amor eterno y su apoyo. Pero no hubo suerte; después de un rápido abrazo, él la había mirado con el ceño fruncido, como si fuera una niña traviesa.

—Me conoces bien como para pensar eso —respondió Sonnet—. Nunca he sido irracional. Y, a propósito, bienvenido a Avalon, mi pueblo natal.

Él miró por la ventanilla.

—Es bonito —dijo.

—En otras palabras, no has venido a conocer el lugar donde nació tu novia.

—Sí, claro que sí. Quiero verlo, pero tenemos otras cosas de las que hablar.

—¿Como por ejemplo?

—Estás poniendo fin a tu carrera por algo que se resolverá en cuestión de meses.

—Lo primero es que no estoy poniendo fin a mi carrera. Tan solo he hecho un paréntesis. Y lo segundo, no es «algo». Se trata de mi madre. Está enferma y me necesita. Eso va por delante de todo lo demás, y no puedo tomar otra decisión. Creía que ibas a entenderlo.

—Cariño, claro que lo entiendo. Estás asustada. El cáncer es algo que da miedo. Sin embargo, piénsalo bien. Tu madre necesita los mejores doctores en su campo, los tratamientos más modernos, y sé que tú la quieres y estás preocupada por ella, pero tú no puedes dárselos.

—Puedo darle mi apoyo y mi energía. Es difícil de explicar, pero estoy convencida de que eso es importante.

Sonnet recorrió el camino de entrada. Aquella no era la forma en que había soñado que llevaría a su guapísimo novio a su casa, para presentárselo a su madre. Se los había imaginado a los dos un poco nerviosos, deseosos de que



el encuentro saliera bien, deseando que su madre viera que había conocido a alguien con quien podía ser feliz, y con quien tenía una vida por delante.

En vez de eso, allí estaba Orlando, distraído y fastidiado.

—Bienvenido al hotel —dijo ella, intentando contener la ironía de su tono de voz.

—Es un sitio maravilloso —respondió él—, pero tienes que saber qué es lo que estás perdiendo.

Ella aparcó frente a la casa anexa.

—Y qué es lo que estoy ganando. Esto lo es todo para mí, Orlando. De verdad, deseo que lo entiendas —dijo Sonnet, y para su sorpresa, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Entonces se sorprendió aún más, porque él se inclinó hacia ella y la abrazó.

—Lo entiendo. De verdad.

Sonnet cerró los ojos y agradeció, silenciosamente, que por fin Orlando demostrara un poco de compasión.

—Vamos dentro. A mi madre le vas a encantar.

—No me des esa porquería.

La voz de Nina atravesó la casa con un tono áspero justo cuando Sonnet entraba con Orlando.

—No quiero eso. No quiero ni verlo.

—Muy bien —respondió Greg exasperado—. Entonces, elige tú misma la lista de canciones que quieres para la quimioterapia.

Sonnet miró a Orlando, que arrastró un poco los pies por el suelo, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar.

—Vamos —le dijo—. Solo están preparándose para la primera sesión del tratamiento, que es mañana.

Lo dejó esperando en el vestíbulo y fue al estudio. Allí estaban Greg y su madre, frente a frente, sobre un ordenador portátil y un iPod.

—Ah, perfecto. Puedes salvarme del gusto musical de Greg —dijo Nina—. Ha llenado esa cosa de canciones new age.

—Se supone que tiene que ser algo tranquilo —refunfuñó él.

—Necesito a Muse. Necesito a Lady Gaga. A David Bowie, a los Clash, algo que me guste escuchar. Algo que me dé ganas de luchar.

—Muy bien por ti, mamá. Yo me encargaré de eso esta noche —le prometió

Sonnet.

Greg se quedó aliviado.

—Y ahora, ¿podemos dejar ese tema? He traído a alguien a quien quiero presentaros —dijo, y los llevó hacia el vestíbulo—. Orlando ha venido a verme, y tiene muchas ganas de conoceros.

—Oh —murmuró Nina, y se pasó una mano por el pelo. Estaba un poco desaliñada; vestía unos pantalones vaqueros, una blusa y unas zapatillas de deporte. Llevaba el drenaje de la tumorectomía, aunque las vendas y las cicatrices resultaban invisibles bajo la blusa.

—Tienes buen aspecto —dijo Sonnet—. Eres la madre más estupenda del mundo.

Greg ya estaba con Orlando, estrechándole la mano y dándole la bienvenida.

—Y aquí está mi maravillosa mujer —dijo, y se hizo a un lado.

—Orlando Rivera —dijo él, y le dio la mano a Nina—. Siento haber aparecido sin avisar.

Sonnet contuvo la respiración. Si hacía un solo comentario sobre su renuncia a la beca, le daría una torta.

—No pasa nada. Por favor, pasa y siéntate. ¿Te apetece algo de beber?

—Una cerveza, si tienes.

Greg se fue a la cocina, y Orlando se giró hacia Nina.

—Me alegro mucho de conocerte. Sonnet me ha hablado mucho de ti.

Nina sonrió.

—Yo también quiero saber cosas de ti.

Lo que Nina no dijo fue que Sonnet no le había contado casi nada sobre Orlando. Le había dado una visión general, diciéndole que era guapo y encantador, y que tenía un trabajo interesante... pero Nina era del tipo de madre que hacía preguntas difíciles, imposibles de responder, como por ejemplo, «¿Te adora? ¿Te hacer reír? ¿Te besa sin motivo? Cuando no estáis juntos, ¿te sientes como si te faltara algo?».

La verdad era que Sonnet todavía no sabía esas cosas sobre Orlando y ella. Llevaban varios meses juntos, y él le había dado la llave de su apartamento. Además, su padre tenía un gran concepto de él. Para Sonnet, todas aquellas cosas eran un buen comienzo, y esperaba que lo demás, el amor, la pasión y el anhelo, llegaran después. Así era como debía crecer el amor, poco a poco. No debía de ser una explosión repentina y caótica como...

—Sentí mucho enterarme de tu diagnóstico —le dijo Orlando a su madre.

Sonnet se encogió por dentro. Orlando siempre iba directo al grano. Sin embargo, la enfermedad de su madre era como un elefante en la habitación. De no ser por aquel diagnóstico, ella no estaría allí ni habría dejado su vida en suspenso. Así pues, tal vez lo mejor fuera que Orlando tomara al toro por los cuernos.

—Te lo agradezco —dijo Nina.

Él le entregó un sobre grande.

—Aun a riesgo de parecer presuntuoso, quería darte esta información sobre la Clínica de Oncología Krokower, de Manhattan. Mi tía es la directora médica del centro, y están especializados en casos delicados. Si quieres, puedo conseguir una cita con ellos.

A Nina se le alegró la expresión del rostro.

—Es muy considerado por tu parte. Muchas gracias. Ya tengo un tratamiento organizado, pero siempre estaré abierta a conseguir una segunda opinión.

—Quiero hacer todo lo posible por ayudar —le aseguró Orlando.

Sonnet sintió una punzada de afecto por él.

—Nunca me habías contado nada de tu tía.

—Es la doctora Davida Rivera —dijo él—. Fue interna en el Hospital Universitario Johns Hopkins, hizo prácticas en la Clínica Mayo y fue una de las fundadoras de la Clínica Krokower.

A Sonnet no le sorprendió todo aquello. Ya sabía que Orlando provenía de una familia de profesionales brillantes, y parecía que su tía no era una excepción.

Greg le mostró el hotel a Orlando, incluido el jardín. Aquel lugar estaba abandonado cuando Nina se había hecho cargo de él, y Greg y ella se habían enamorado durante su restauración. Eso había sucedido después de que Sonnet se marchara a la universidad. Su familia había crecido al incluir a los Bellamy, a Greg y a sus dos hijos, Max y Daisy, y Sonnet había visto aumentar la felicidad de su madre.

Mientras Orlando y Greg estaban fuera, madre e hija prepararon pasta para comer, con la famosa salsa de tomate de Nina.

—Bueno —le preguntó Sonnet—, ¿Qué te parece?

—Es muy agradable. Tiene muy buenos modales. Y es muy guapo —dijo Nina, abanicándose en broma con el trapo de la cocina—. ¿Os presentó tu padre?

—Sí, aunque no creo que estuviera haciendo de casamentero. De todos modos, Orlando y yo hicimos buenas migas desde el principio. En nuestra primera cita fuimos a un evento para recaudar fondos para la campaña, pero fue una cita estupenda. Tomamos cócteles en Smithson's y después bailamos. A él se le da muy bien bailar.

—Lo más importante no es lo que yo piense de él —dijo su madre—, sino lo que piensas tú.

—Es increíble —dijo Sonnet—. Es muy inteligente y tiene un trabajo muy interesante. Y vive en un apartamento maravilloso; es de buena familia.

—La gente siempre dice eso: «Es de muy buena familia». ¿Qué significa? Me pregunto si también dicen eso de ti.

—Si no lo dicen, deberían decirlo —replicó Sonnet.

Recordó el día que había conocido a la familia de Orlando. La habían invitado a su casa de fin de semana de Long Island. Le habían hecho muchas preguntas sobre su vida y su educación, sobre su infancia en Avalon y sobre su famoso padre. La visita había sido muy parecida a una entrevista de trabajo.

—Hacemos buena pareja —le dijo Sonnet a su madre—. Aunque es demasiado pronto para decir si somos... Dios, mamá. No puedo hablarte de esto.

—Creía que podíamos hablar de todo.

—Sí, es cierto, pero... Orlando y yo... bueno, creo que vamos a enamorarnos, pero todavía no hemos llegado a ese punto.

—¿Y qué impedimento hay?

—Oh, mamá...

—En serio, hija. Si quieres enamorarte de él, debes de tener un plan para que suceda, ¿no? Tú siempre lo has planeado todo...

—Los dos estamos muy ocupados con el trabajo —dijo ella.

Nina puso la pasta fresca en la olla.

—No deberías estar demasiado ocupada si eso te impide enamorarte —replicó.

—Ahora quiero concentrarme en ti, mamá, en que te recuperes y me des un hermanito. ¿Sabes lo estupendo que es saber que voy a tener un hermano?

—Es estupendo, sí. Y has sido muy hábil cambiando de tema —dijo Nina.

Después, bajó el fuego con mano experta, justo antes de que el agua se desbordara.

Durante la cena, charlaron sobre el trabajo de Orlando, lo cual fue un alivio

para Sonnet. Ella no estaba muy segura sobre qué decir acerca de su trabajo temporal en el reality show.

—El general Jeffries lleva una clara ventaja en la carrera hacia el Senado —explicó él—. Pero no podemos dar nada por garantizado.

—Eso me sorprende —dijo Nina—. Su oponente... Vaya, ahora no recuerdo el nombre...

—Johnny Delvecchio —dijo Greg.

—¿No está en el negocio de la comercialización de la carne? No entiendo cómo puede tener más cualificación que Laurence.

—No la tiene —dijo Orlando—, ni de lejos. Pero la política puede ser un asunto muy desagradable. Últimamente, Delvecchio ha estado intentando sacar los trapos sucios del general.

—Por el amor de Dios, si Laurence es como un boy scout —dijo Nina. Entonces se quedó callada—. Ah —murmuró, al comprender la situación—. ¿Quieres decir que yo soy los trapos sucios?

—No, por Dios —respondió Orlando rápidamente—. ¿Se ha puesto en contacto contigo alguien de la campaña de Delvecchio?

—No, y si lo hiciera, no oiría ni una palabra negativa por mi parte. No oirían nada, porque yo no estoy dispuesta a involucrarme.

Orlando llenó su vaso de agua con una expresión de alivio.

—Brindo por eso. Todos vamos a tener que brindar, porque Avalon es el lugar donde se va a celebrar el próximo debate.

—¿Cómo? —preguntó Sonnet—. ¿Van a celebrar un debate de la campaña aquí?

—Eh, cuando yo era la alcaldesa, habría agradecido mucho que celebraran un debate electoral en este pueblo —dijo Nina—. La publicidad habría sido estupenda para la economía de Avalon.

—Pero ahora no eres la alcaldesa —replicó Sonnet—. Detesto esa idea. Orlando, ¿no puedes hacer nada al respecto?

—No, es una elección de Delvecchio. Sabe que es débil en el condado de Ulster, así que su equipo ha elegido este pueblo.

—Y claramente, lo han elegido porque quieren causarle problemas a mi padre. Dios mío, Orlando, ¿cómo lo has permitido?

—Yo no puedo decir nada. Si protestáramos o nos opusiéramos, alegarían que tenemos algo que esconder. Tenemos que hacer movimientos preventivos. Es evidente que Delvecchio quiere sacar algo a relucir, y eso solo puede ser la

metedura de pata de tu padre cuando era un adolescente de diecisiete años que estudiaba en West Point.

—Su metedura de pata. Disculpa, pero a tenor del resultado de esa metedura de pata, me gustaría llamarla de otro modo.

—Buena observación —dijo él—. Incluso podemos incluirla en el discurso de tu padre si surge el tema. Haremos que se refiera a ella como a «una bendición».

—Ah, así que ahora he pasado de ser una metedura de pata a una bendición. Muchas gracias.

—También necesitamos un argumento para ti. No podemos decir que has dejado una dirección en la Unesco y te has puesto a trabajar de chica para todo en un programa de televisión...

—¿Disculpa? ¿De «chica para todo»?

—De lo que sea. Diremos que es un trabajo temporal que has aceptado para ayudar a tu madre a superar una enfermedad grave.

—A ver si lo entiendo. Vas a usar el cáncer de mi madre para que mi padre gane más votantes.

—En absoluto. Tu padre tiene que decir la verdad, y no hay nada equívoco en esta historia.

—Pero es privada.

—Si tu padre quiere conseguir un puesto en el Senado, no hay privacidad. Tienes que entenderlo, Sonnet.

—Pero mantén la controversia alejada de mi esposa y de mi familia —dijo Greg. Habló en un tono sereno, pero con tal convicción, que Sonnet se sintió agradecida de que fuera el marido de su madre.

—Haré lo que pueda —dijo Orlando—. Y, por supuesto, el general Jeffries también.

Sonnet observó a Orlando con una mezcla de exasperación y confusión. Era una persona complicada. Por una parte, había llegado con una información muy valiosa que podía ser de ayuda para su madre. Por otra parte, también estaba utilizando la oportunidad para gestionar la campaña de su padre. Con Orlando, nada era sencillo. Por lo menos, pensó Sonnet, nunca se aburriría.

Cuando se estaban preparando para acostarse aquella noche, ella se lo dijo.

—¿Qué quieres decir con eso de que las cosas nunca son sencillas conmigo? —preguntó él, mientras plegaba la chaqueta y la dejaba perfectamente colocada en el respaldo de una silla.

Ella lo miró pensativamente.

—Me pregunto por qué has venido. Me encantaría si fuera porque me echabas de menos, y porque quieres ayudar a mi madre.

—Claro que te echo de menos, y claro que quiero ayudar a tu madre. Dios Santo, ¿podría ser más simple?

—Pues yo no puedo evitar hacerme la pregunta de si has venido porque te preocupa cómo puede afectar a la campaña de mi padre que la oposición decida centrarse en mi madre y en mí.

—Mira, soy su director de campaña. Mi trabajo es preocuparme por todo.

Aquella no era la respuesta que ella quería oír. Tampoco estaba segura de qué respuesta quería oír.

—Dudo que tengamos ningún problema para proteger la privacidad de tu madre. Delvecchio no va a acosar a una mujer embarazada que tiene cáncer.

—Parece que lo dices con satisfacción.

—Eh, eh —protestó él, alzando una mano—. Vamos, Sonnet, ¿por quién me tomas? —preguntó. Parecía que estaba verdaderamente ofendido.

—Está bien. Lo siento. Tengo mucho estrés por mi madre.

Él abrió su ordenador portátil.

—¿Cuál es el código de la Wi-Fi?

Ella se lo dio, y mientras él se concentraba en el mundo digital, aprovechó la oportunidad para leer otro libro sobre el cáncer del montón que había conseguido en la librería y en la biblioteca del pueblo. Desde que había averiguado que su madre tenía aquella enfermedad, Sonnet se había puesto a estudiar cómo ayudar a alguien que se estaba sometiendo a un tratamiento de quimioterapia, sobre la dieta más adecuada, el ejercicio, las técnicas de respiración, los efectos secundarios como náuseas, llagas bucales, molestias digestivas, dolores y la pérdida del cabello... Sabía que, cuantos más conocimientos tuviera, más podría ayudar a su madre, así que intentó no acobardarse mientras profundizaba más y más sobre el tema.

Al cabo de un rato, llamó la atención de Orlando.

—Aquí dice que la marihuana puede ayudar a mi madre con las náuseas y aumentarle el apetito. ¿Sabes dónde puedo conseguir un poco?

—No seas boba.

—No lo soy.

—Ella puede hablar con sus médicos sobre eso —dijo él—. ¿O tal vez, pedirselo al repartidor de pizzas?

—Muy gracioso —respondió Sonnet.

Después volvió a leer, y se preguntó si todos aquellos libros la estaban fortaleciendo o la estaban asustando. Casi no se dio cuenta de que Orlando cerraba el ordenador y se acostaba. Con una lamparita, siguió leyendo hasta muy tarde, empapándose de tratamientos contra el cáncer del mismo modo que estudiaba para los exámenes cuando estaba en la universidad. A ella siempre se le habían dado muy bien los estudios. Y el trabajo. Y era la hija perfecta también. Sin embargo, no estaba segura de que la vida se le diera tan bien.

Sonnet se despertó y encontró la cama vacía. Bajo su almohada había una nota de Orlando: *He tomado el primer tren para la ciudad. No quería despertarte. Que todo vaya muy bien hoy con tu madre.*

Ella suspiró y miró por la ventana de la habitación. El sol acababa de salir. Ojalá Orlando la hubiera despertado, ojalá la hubiera abrazado y le hubiera dicho algo reconfortante. Pero Orlando no era así. Él siempre se concentraba en resolver los problemas y hacer las cosas, y sabía tan bien como ella que un montón de frases hechas no iban a curar a su madre. Eso solo podían conseguirlo las medicinas y los mejores cuidados médicos. El hecho de que él le hubiera ofrecido una cita con su tía era el mejor modo de decir que le importaba, que quería ayudar.

Sonnet volvió a suspirar y se estiró. Después miró la hora en el despertador. Aquel era el primer día de quimioterapia de su madre. Al pensarlo, se estremeció y se abrazó a sí misma. Se levantó y se acercó a la ventana. El viento soplaba por el lago y agitaba las delgadas ramas de los sauces de la orilla. Sonnet observó aquellas vistas y, al mismo tiempo, se imaginó a su madre en aquel lugar, cada vez más fortalecida y sana, gracias a la pura belleza del mundo. «Mi madre se va a curar», pensó. Según lo que había leído, una de cada ocho mujeres tendrían cáncer de pecho, y las otras siete la conocerían.

Vio a dos personas caminando a orillas del lago. ¿Eran huéspedes del hotel? Entonces, se inclinó hacia la ventana para verlas mejor y frunció el ceño. No había manera de confundir el pelo rubio pálido de Zach Alger. ¿Qué hacía allí? Y estaba paseando con su madre, conversando intensamente con ella.

Sonnet se vistió rápidamente y bajó las escaleras de dos en dos. Encontró a Zach en el aparcamiento del hotel.



—Hola —le dijo, mientras se pasaba la mano por el pelo y lamentaba no haber tenido más tiempo para arreglarse.

—Eh, hola —respondió Zach. Estaba metiendo algo en el maletero de su furgoneta de trabajo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a tu madre.

—A ver a mi madre —repitió ella, y entornó los ojos—. No sabía que fuerais tan amigos.

—Quería desearle buena suerte para hoy —respondió Zach, y cerró la puerta del maletero—. ¿Te parece mal?

—No, claro que no. Solo me sorprende.

—Exacto, así soy yo. Sorprendente. Bueno, ¿y qué le ha parecido Avalon a tu novio?

Ah, claro. Zach había ido al hotel a curiosear sobre su novio. Durante un segundo, sintió una oleada de gratificación.

—Creo que le ha gustado. ¿Por qué? ¿Qué ha dicho mi madre?

—Vaya, Sonnet, ¿por qué no se lo preguntas a ella?

—Porque ella me va a decir que le cae bien, pero no sabré si es cierto, o si solo lo dice por decir.

Él se echó a reír.

—Vamos, vosotras dos habláis a todas horas. Dile lo que quieres saber. A propósito, ¿me vas a presentar al afortunado?

A ella se le escapó un jadeo.

—¿Y por qué iba a presentarte a mi novio?

—¿Y por qué no?

—Porque sería raro, Zach, y por muchos motivos.

—No —la corrigió él—. Por un motivo, y por un solo motivo. Dime, ¿era tu novio cuando tú y yo nos acostamos?

—Por supuesto que no. No puedo creer que me preguntes algo así. Y de todos modos, no puedes conocerlo porque se ha marchado. Tenía que volver a la ciudad por el trabajo.

—Un viaje relámpago.

—Por lo menos ha venido —respondió ella. Respiró profundamente y percibió el olor del aire de la mañana. De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas, y bajó la cabeza para que Zach no lo viera.

—Eh —dijo él—, no quería disgustarte.

—No me has disgustado.

—Entonces, ¿qué te pasa?

«¿Qué te pasa?» Una pregunta muy sencilla. Nadie se la formulaba nunca, porque ella siempre estaba vigilante y decidida a demostrarle al mundo que no le ocurría nada malo. Jamás. Aquella mañana, sin embargo, se sentía vulnerable y un poco perdida. Y Zach, demonios, Zach era capaz de verlo con total facilidad.

—Orlando está enfadado porque yo me haya venido aquí —soltó de repente, empujada por la necesidad de confesarse—. Le preocupa que haya tirado por la borda mi carrera profesional.

—Espera un momento... ¿Orlando? ¿Tu novio se llama Orlando? Tu madre no me lo había contado —dijo él, conteniendo la risa.

—No me tomes el pelo, Zach.

—De acuerdo, en este momento no, pero después me burlaré de su nombre.

—Escucha, por muchas bromas que hagas, no vas a conseguir que deje de preocuparme por mi madre.

—Pero si me has dicho que estabas preocupada por Orlando y por tu trabajo.

—Porque puede que tenga razón —respondió ella—. Tal vez, quedarme aquí no es lo mejor que puedo hacer por mi madre. ¿Y si se ve envuelta en la guerra de la campaña electoral? Algunas veces me da la sensación de que no la estoy ayudando nada, sino estorbando.

—No pienses que no la estás ayudando. El hecho de que estés aquí es lo más importante.

Ella lo miró boquiabierta, porque en cuanto él hubo pronunciado aquellas palabras, se sintió más calmada. ¿De dónde se sacaba Zach aquellas muestras de sabiduría? ¿Y por qué sabía que ella las necesitaba?

Porque eran amigos. Porque siempre lo habían sido. Y ella había sido una idiota al poner en peligro aquella amistad la noche de la boda de Daisy.

—Gracias, Zach. Sé que últimamente, las cosas han sido un poco raras entre nosotros, pero de verdad, muchas gracias por decir eso.

—De nada. Y, para que lo sepas, a mí no me resultan raras las cosas entre nosotros.

«Pero a mí sí», pensó Sonnet. Sin embargo, no lo dijo, porque claramente, era solo su problema.

—Bueno, será mejor que me prepare para ir al hospital con mi madre.

Cuando esté preparada para el tratamiento, yo iré al set.

—No te preocupes por eso.

—Es mi trabajo. Mi nuevo trabajo. Tengo que preocuparme por él.

—Bueno, pues entonces preocúpate. Pero que no se te olvide el verdadero motivo por el que estás aquí.

Aquel era el Zach al que ella echaba de menos, y al que lamentaba haber perdido debido a su noche de locura. Tal vez, solo tal vez, pudieran volver a ser amigos. Lo necesitaba mucho. Era lo que más necesitaba en aquel momento.

—No se me olvidará. Y... eh... gracias por recordármelo.

—De verdad, no necesito que vengas —le dijo su madre más tarde, mientras se preparaba un té en la cocina—. Es muy amable por tu parte, pero Greg y yo nos las arreglaremos perfectamente.

Sonnet miró a Greg.

—Te has puesto la camisa al revés.

—¿Eh? Ah... sí, es verdad.

Greg dejó sus cereales en la mesa y salió de la cocina mientras iba quitándose el jersey.

Sonnet miró significativamente a su madre, como diciéndole: «A las pruebas me remito».

Nina sonrió, pero su sonrisa se hizo temblorosa, y se alejó para mirar por la ventana.

—Detesto lo que está pasando —dijo—. Detesto lo que les está haciendo a las personas a la que quiero.

Sonnet la tomó de la mano y se la apretó con fuerza para consolarla.

—Supongo que es normal que lo detestes, mamá. Y eso nos servirá de motivación para superarlo todo, ¿a que sí?

Su madre asintió.

—Bien pensado. ¿Cuándo te has vuelto tan lista?

—Es que me parezco a mi madre.

Siguieron desayunando, y al cabo de unos instantes, Sonnet le hizo por fin una pregunta que había estado inquietándola toda la mañana.

—Antes te he visto con Zach.

—Ah, sí. Ha venido a desearme suerte para hoy.

—¿Hay algo que no me estás contando, mamá?

—No, nada —respondió Nina. Después, tal vez por décima vez, revisó el contenido de la bolsa que iba a llevarse al hospital—. Me pregunto si llevo suficientes libros para leer.

—¿Alguna vez te has leído cuatro libros en un día? —dijo Sonnet, dejando aparte el tema de Zach por el momento.

—Llevo varios libros por si alguno no me gusta.

Sonnet detectó un brillo de pánico en los ojos de su madre.

—Vamos a practicar un poco las respiraciones.

—Sé respirar.

—Mamá.

Nina suspiró.

—Eres muy obcecada.

—Vamos, mamá.

Sonnet se llevó a su madre al salón y le entregó un libro.

—Aquí tienes.

—¿*The Secret Art of Dr. Seuss*? ¿Para qué es?

—No es para leer. Anda, hazme caso. Tenemos que tumbarnos en el suelo.

—Pero...

—Vamos, hazme caso —repitió Sonnet, y las dos se tendieron en el suelo, una al lado de la otra—. Ponte el libro sobre el estómago, así —le dijo a su madre, y tomó otro libro de la mesa de centro para explicarse—. Ahora toma aire, y deja que el estómago levante el libro todo lo que puedas mientras cuentas hasta cinco.

—Es más difícil de lo que parece.

—Por eso vamos a practicar.

Nina lo intentó, y Sonnet respiró con ella. Después de cinco segundos, vaciaron los pulmones mientras contaban hasta cinco nuevamente. Sonnet no cedió hasta que hubieron repetido varias veces el ejercicio.

Greg entró en el salón con la camisa bien puesta.

—Estáis en el suelo con un libro en el estómago —dijo.

Nina lo miró y, al verle la cara, se echó a reír.

—Mi hija me está dando unas pautas de respiración —le explicó. Apartó el libro y se puso en pie.

—A mí me parece que tu madre siempre ha sabido respirar bien —le dijo Greg a Sonnet.

—¿Sabías —le preguntó ella— que la mayoría de la gente no sabe respirar bien? Los únicos que respiran bien son los bebés. Se llenan los pulmones hasta que llegan al estómago. Sin embargo, la mayoría de los adultos han olvidado cómo se hace correctamente. Respiramos con la parte superior del pecho y no usamos toda la capacidad pulmonar.

—Está bien saberlo —dijo Greg—. Cuando nazca el bebé, me fijaré en eso.

«Cuando nazca el bebé». Sonnet sintió agradecimiento por el hecho de que Greg se centrara en el objetivo definitivo, porque en aquel momento, ella no podía pensar en otra cosa que en el hecho de que fueran a llenar de toxinas a su madre. Se ocupó llevándolo todo al coche, una almohada extra y una manta. Un saquito de lavanda, cuya fragancia era supuestamente relajante. Una nevera llena de bebidas, aperitivos y bolsas de gel para los dedos, que iban a resultar dañados por la quimioterapia. Le había metido música en el iPod, la música que le gustaba oír a su madre.

Fueron por separado al hospital, y se reunieron en el aparcamiento. Desde allí se dirigieron a la unidad oncológica.

A Nina le hicieron análisis de sangre, y después, prepararon los medicamentos. La habitación de la quimioterapia estaba dotada de sillones cómodos para los pacientes, televisión y montones de revistas. Nina estaba un poco nerviosa. Miraba alternativamente a Greg, a Sonnet y el montón de tubos y bolsas que la rodeaban. Las enfermeras llevaban guantes para protegerse de la elevada toxicidad de las medicinas. Los médicos les habían asegurado que la placenta filtraría los elementos tóxicos e impediría que el veneno llegara hasta el bebé. De todos modos, Sonnet tenía náuseas, aunque no iba a permitir que se le notara.

—Parece que tienes ganas de vomitar —le dijo Nina cuando se sentó en uno de los sillones.

Pillada. Nadie la conocía tan bien como su madre.

—Me imagino cómo debes de sentirte tú.

—Me estoy concentrando en la idea de que esto me va a curar.

—Buen consejo para todos nosotros —dijo Greg.

—Estoy impaciente por comenzar. Las náuseas llegarán después, seguro.

—Nosotros estaremos a tu lado para apoyarte —le aseguró Sonnet—. Te lo prometo.

Nina miró el reloj.

—Deberías marcharte. Luego te necesitaré más, ¿de acuerdo?

Greg asintió.

—Nos vemos en casa.

Había otros pacientes acomodándose en la sala. Algunos estaban leyendo, otros charlaban entre sí, y una mujer estaba tejiendo una bufanda roja. Sonnet no quería marcharse. Se detuvo en la puerta y paseó la mirada por la sala de quimioterapia. La luz matinal inundaba que entraba por la ventana inundaba el espacio, y lo envolvía todo en un brillo irreal. El sillón de su madre parecía un trono, y los tubos, bolsas, goteros y soportes formaban una estructura extraña a su alrededor. Su madre parecía una criatura frágil y mágica que podía romperse fácilmente.

—De acuerdo —dijo Sonnet, haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz—. Nos vemos esta noche.

## C A P Í T U L O 10

Sonnet fue a toda prisa desde el hospital a Camp Kioga, donde iba a realizarse la grabación de aquel día. Condujo por encima del límite de velocidad por todo Lakeshore Drive, la carretera que bordeaba el lago. Odiaba llegar tarde; era algo que le ocurría desde el cuarto curso, cuando la primera clase del día era Educación Física. La parte de aquella asignatura que mejor recordaba, y que recordaba con más dolor, era el Baile de Cuatro Parejas: seis semanas interminables de balancear a la pareja y hacer giros de espaldas, una disciplina especialmente diseñada para la humillación social.

Ella nunca llegaba tarde al colegio, pero, una mañana lluviosa de otoño, a su madre se le había olvidado poner el despertador, y ambas se despertaron muy tarde. Saltaron de la cama, se pusieron la ropa a toda prisa y Nina hizo que se tomara un yogur de un solo trago. Después, montaron en el coche, sin tiempo para lavarse los dientes ni para recogerse el pelo en un par de trenzas, como de costumbre.

—Parezco una muñeca troll —gritó ella, cuando su madre llegaba al colegio.

—Estás perfectamente, Sonnet. Yo también tengo el pelo rizado. Es parte de mi ascendencia italiana.

—Tu pelo es muy bonito. El mío no. Y odio este jersey. Es un jersey regalado. Odio los jerséis regalados.

—Es un buen jersey. Es de Esprit.

—Tiene una ge. Todo el mundo sabe que mi nombre no empieza por ge.

Dentro del bolsillo, alguien había escrito el nombre completo de Georgina Wilson, lo cual aumentaba la ofensa. Georgina Wilson iba dos años por delante de ella en el colegio, y vivía en una antigua mansión de Oak Hill. Nunca permitía que nadie olvidara que su padre era el presidente del banco, y que su madre estaba a cargo del muy exclusivo Rainbow Girls.

Nina era su asistente. Iba una vez a la semana a limpiar a su casa para poder pagarse los estudios. Llevaba toda la vida en la universidad, avanzando poco

a poco, explicándole a Sonnet que, por conseguir una licenciatura, merecía la pena trabajar tanto como trabajaba ella. Seguramente, los Wilson pensaban que le estaban haciendo un favor a Nina al darle la ropa que a Georgina ya no le valía, pero Sonnet no lo veía del mismo modo. Para Sonnet, el hecho de llevar ropa de segunda mano era otro modo más de marcar su diferencia con los demás niños del colegio. Otro más.

En primer lugar, su madre era más joven que el resto de las madres. Algunas veces, la gente la confundía con su niñera. Y segundo, su padre no estaba con ellas. Nunca lo veía, y solo tenía noticias suyas un par de veces al año. En tercer lugar, ella era mulata, lo cual no debería tener mucha importancia en aquellos tiempos, pero ser diferente era ser diferente, al fin y al cabo.

Lo último que una persona podía desear el día del Baile de Cuatro Parejas era ser diferente.

—Me encuentro mal —le dijo a su madre cuando frenaban delante de la puerta del colegio—. Creo que debería ir a casa de la abuela.

—No estás enferma. Lo único que pasa es que llegas tarde —respondió Nina mientras garabateaba una nota—. Entrega esto en recepción para que no te castiguen.

—No quiero ir —insistió Sonnet.

—Pero si a ti te encanta el colegio.

—Pero hoy tengo Baile de Cuatro Parejas —confesó Sonnet—. Lo odio.

Su madre se echó a reír.

—Todo el mundo odia el Baile de Cuatro Parejas. Creo que es uno de los requisitos.

—Entonces, ¿por qué nos obligan a hacerlo?

—Porque sirve para fortalecer el carácter.

—Siempre dices eso, y ni siquiera sé lo que significa.

—Cuando hay algo difícil, pero consigues hacerlo de todos modos, te fortalece el carácter.

Sonnet suspiró.

—¿El Baile de Cuatro Parejas? Tenemos que encontrar una pareja y meternos en un grupo de ocho, y sujetarnos las manos y bailar juntos. No es difícil. Es solo... puaj —dijo, encogiéndose mientras se agarraba al abridor de la puerta del coche—. La señorita Mazza nos obliga a elegir pareja.

Su madre asintió comprensivamente.

—Es de la vieja escuela. Ella también cree que se debe fortalecer el



carácter de los alumnos. Vamos, aquí tienes la tarjeta de la comida. Tengo que irme a trabajar, y tú tienes que entrar al colegio, ¿de acuerdo?

Sonnet asintió con una expresión sombría, salió del coche a cámara lenta y entró en el edificio como un prisionero de camino al patíbulo. La clase de Baile de Cuatro Parejas acababa de empezar cuando llegó al gimnasio. Intentó mezclarse con sus compañeros sin que la profesora se diera cuenta, pero la señorita Mazza tenía un radar especial y detectaba el movimiento a un kilómetro de distancia.

—Me alegro de que hayas decidido unirme a nosotros —le dijo—. Ahora que ya somos pares, podemos empezar. Ven aquí, Sonnet. Marcus Swoboda necesita una compañera.

Nadie llama Marcus Swoboda a Marcus. Su apodo era Meón, y todos sabían el motivo.

Sonnet respiró profundamente y contuvo el aliento. Se preguntó si sería capaz de pasarse así toda la clase.

Miró a los demás niños de la clase y vio sus caras burlonas. Incluso Zach, el que se suponía que era su mejor amigo, estaba riéndose a escondidas.

Traidor.

Desde aquel día, Sonnet intentó llegar siempre puntual, porque la impuntualidad tenía consecuencias desagradables.

Cuando llegó a Camp Kioga, se dio cuenta de que había tiempo de sobra. Estaba aprendiendo muy deprisa que la producción de vídeo tenía muchos tiempos muertos durante los que había que estar dando vueltas y organizándolo todo. Jezebel no estaba por ninguna parte. Alguien le dijo que estaba acicalándose para recibir a los niños con los que iba a trabajar, o más bien, para los que iba a actuar. Según las notas de producción, que Sonnet había leído superficialmente, el objetivo del programa era entretener. A Mickey Flick no le preocupaba que los niños que iban a ir a al campamento aprendieran algo o se beneficiaran de aquella experiencia.

«Ya lo veremos», pensó Sonnet. Había leído los dossiers de los niños que participaban, y todos ellos tenían necesidades de uno u otro tipo. Casi todos provenían de hogares poco tradicionales, criados en familias monoparentales o por sus abuelos. Vivían bajo el nivel de la pobreza en el centro ruidoso y caótico de la ciudad. Una estancia en Camp Kioga podía hacer maravillas por unos niños como aquellos, y al pensarlo, se activaron el mejor instinto y las mejores intenciones de Sonnet.

Vio a Zach con su ordenador portátil, hablando con el director y otras dos personas. Estaban mirando parte de la grabación del día anterior.

Se mantuvo tras el grupo y echó un vistazo a la pantalla del ordenador. Al ver las imágenes, casi tuvo una náusea. Eran del trayecto en furgoneta, cuando Sonnet y Jezebel hablaban del cáncer de Nina.

—Eso no se va a emitir, ¿verdad? —le preguntó a Zach, después de darle un codazo para llamar su atención.

—¿Estás de broma? —le preguntó a ella, a su vez, una mujer. Era una de las ayudantes del director y se llamaba Cinda—. Es muy bueno. Un buen comienzo. La gente que ve los programas de los famosos quiere verlos en su faceta más humana. Y tú mostraste la de Jezebel en todo su esplendor.

—Era una conversación privada —dijo Sonnet, y fulminó a Zach con la mirada.

—Tú sabías que yo estaba grabando —replicó él.

—Sí, pero yo... Esto es un programa sobre Jezebel. No tiene nada que ver conmigo.

—Es un programa sobre cómo se relaciona Jezebel con la gente que hay a su alrededor —dijo Cinda, encogiéndose de hombros—. Ese es el atractivo de este tipo de programas. La gente quiere ser el famoso en cuestión, o quieren ver al artista de lejos y alegrarse de no estar en su piel.

Sonnet agarró a Zach de la manga y lo alejó del grupo.

—Nueva norma —le dijo—. Nada de volver a grabarme.

—Será mejor que leas la letra pequeña de tu contrato —le dijo él.

—No te lo estoy pidiendo como director de grabación. Te lo pido como amigo. Demonios, Zach. Esta misma mañana yo pensaba que podíamos ser amigos otra vez.

—Tú das por sentado que yo quiero eso —respondió Zach.

—¿Es que tú no lo quieres? —le preguntó Sonnet, con el estómago encogido.

—Bueno, todo el mundo en sus puestos —dijo Cinda—. El resto del reparto está a punto de llegar.

Sonnet siguió mirando fijamente a Zach durante un segundo. Después, él se dio la vuelta y se fue a trabajar.

—¿Os habéis peleado otra vez?

A Sonnet se le escapó un jadeo. Se dio la vuelta.

—Ah... er... Jezebel, no sabía que estabas ahí.

—Ya estoy arreglada y preparada —respondió la cantante. Tenía un aspecto incluso más formidable que el día anterior; llevaba una blusa negra y vaporosa, unos pantalones vaqueros rasgados, unas zapatillas de deporte negras y muchas joyas—. ¿Cómo está tu madre?

—Parecía que estaba bien cuando la dejé en el hospital —dijo Sonnet—. Gracias por preguntar. Ha sido extraño, y un poco aterrador, pero también bueno, en cierto modo. Me sentí como si de verdad estuviéramos poniéndole remedio al problema. Pero me pregunto si...

Entonces, se quedó callada y miró desconfiadamente a su alrededor. No iba a bajar la guardia por segunda vez.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jezebel.

—No quiero que me graben —respondió ella, y señaló una furgoneta que se acercaba—. Además, tienes compañía.

Por un momento, algo se reflejó en los ojos de Jezebel; el miedo. Dio un paso atrás y se abrazó a sí misma de manera protectora.

—¿Estás bien? —le preguntó Sonnet.

—Son un montón de críos. ¿Qué sé yo de niños?

Sonnet la miró con desconcierto durante un instante. Jezebel se había abierto camino desde los suburbios, le había plantado cara a un novio maltratador y había soportado una estancia en prisión. ¿Y estaba preocupada porque iba a conocer a un grupo de niños?

Personalmente, Sonnet se relacionaba mejor con los niños que con los adultos.

—Los niños te dirán todo lo que necesites saber. Solo tienes que encontrar la mejor forma de escucharlos.

Jezebel la miró con cara de pocos amigos.

—¿Y cómo es que tú sabes tanto de niños?

Sonnet se encogió de hombros.

—Eso es porque nunca he dejado de ser una niña. Cuando empecé en la Unesco, trabajaba mucho con niños de manera directa. Y lo echo de menos.

—¿Y por qué no vuelves a hacerlo? —le preguntó Jezebel, sin miramientos.

Aquella mujer tenía razón. Durante todo aquel tiempo, Sonnet se había ido alejando de su pasión por los niños. Sin embargo, tal y como su padre le había dicho frecuentemente, podía hacer más por los niños dirigiendo una agencia y aplicando políticas de mejora que trabajando con ellos por sí sola.

—Estamos listos, Jezebel —le dijo Cinda desde lejos, mientras todos se

colocaban alrededor de la furgoneta que estaba frenando.

Sonnet se apartó para ver la grabación. Todo fue mucho más técnico y complicado de lo que ella hubiera pensado. Zach dirigía a dos tipos que llevaban cámaras al hombro y coordinaba un montón de luces que los espectadores nunca iban a ver. Sonnet se mordió el labio; de repente, se sentía nerviosa por los niños. Cabía la posibilidad de que, al ver todo aquel montaje que iba a centrarse en ellos, quisieran esconderse.

No tenía que haberse inquietado. Del vehículo salió un grupo de niños de todas las formas, tamaños y colores. Miraron a su alrededor como si acabaran de aterrizar en otro planeta. Sonnet los reconoció por sus dosieres, desaliñados y guerreros, con mucha personalidad, motivo por el que los habían elegido precisamente a ellos.

Había un niño llamado Darnell, que era alto y desgarrado, una niña gordita llamada Anita, con una expresión combativa. A su lado había otra niña, Bitsy, que era incluso más gorda que Anita, y que tenía a un par de gemelas delante, llamadas Rhonda y Shawna. Había más niños: Andre, Quincy, Marley y Jaden. El resto del grupo los siguió como si fueran un pequeño ejército equipado con zapatillas gastadas y calcetines caídos. Algunos tenían costras y cicatrices en las rodillas y en los codos. Todos se dirigieron hacia el césped, donde los esperaba Jezebel.

Sonnet se estrechó la tablilla con el sujetapapeles contra el pecho y pidió en silencio que Jezebel no se desmoronara.

No tenía por qué haberse preocupado. Jezebel era una magnífica intérprete. Cuando las cámaras se acercaron a ella, sonrió a los niños.

—Bienvenidos, mis pequeños colegas —dijo—. Tengo grandes planes para vosotros durante este verano.

—¿Sí? —dijo uno de los niños—. ¿Qué planes?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó otro.

—¿Qué os gustaría hacer? —les preguntó Jezebel, a su vez.

Las respuestas fueron «salir», «jugar a los videojuegos», «dormir» y «jugar al baloncesto». Todas aquellas sugerencias salieron como una explosión de las bocas de los niños.

—Vamos a hacer mucho más que eso —dijo ella—. Cada día tendremos un tema. ¿Sabéis qué es eso?

Algunos de los niños asintieron. Otros se quedaron en blanco.

—Es como dar con la idea que hay detrás de una canción que estás

componiendo.

—Yo nunca he compuesto una canción.

—Seguro que sí, pero no sabías que era una canción. Mirad, un tema es algo de lo que estás hablando incluso cuando no estás hablando. Como por ejemplo, encontrar la felicidad. Y todas las actividades de un día estarán destinadas a encontrar la felicidad. O a honrar al héroe de nuestras vidas, o a lo que significa la amistad. Vamos, no es nada complicado.

Los niños la miraron con escepticismo, pero Jezebel siguió hablando. No quedaba ni rastro de su aprensión.

—Vamos a hacer ejercicio y a jugar. Haremos hogueras. Proyectos artísticos. Música. Cosas de esas. Os va a encantar —les aseguró.

Algunos de los niños empezaron a mostrar optimismo.

—¿Qué música? —preguntó Quincy—. ¿Hip hop?

—Por supuesto —dijo Jezebel—. Pero tengo que advertiros una cosa: no habrá televisión. Ni juegos de vídeo. Ni Internet, ni teléfonos móviles. A partir de ahora, no tendremos conexión.

—¡No!

—Claro que sí. ¿Qué otra cosa os gusta hacer? ¿Jugar a las cartas? ¿Cocinar?

—A ellas les gusta comer —dijo Jaden, señalando a Anita y a Bitsy. Los otros niños soltaron risitas.

Con un movimiento muy rápido, Jezebel lo agarró de los brazos y lo alzó por el aire. Sonnet esperó a que alguien se acercara para rescatarlo, pero las cámaras no dejaron de grabar. Jezebel elevó al niño hasta que estuvieron cara a cara. Él movía las piernas sin poder hacer nada.

—No vas a repetir eso —le dijo Jezebel, en un tono ligeramente amenazante—. ¿Entendido?

Jaden asintió, abriendo desorbitadamente los ojos.

—No te oigo —le dijo Jezebel, con una voz muy suave.

—Sí, entendido. Sí. Lo entiendo.

Cinda se inclinó hacia el director.

—Esto sí que es la escena del siglo —le dijo.

## C A P Í T U L O 11

La grabación del programa siguió su curso durante el día. Cuando terminaron, Sonnet se sentía a la vez asombrada por la pura artificialidad de la situación y los momentos de drama genuino que se producían en los montajes. Al final del día, todos se habían hecho una idea sobre los críos. Como todos los niños del mundo, eran molestos, encantadores, chillones, inseguros e inquisitivos. Y, pese a que había dicho que se sentía incómoda con ellos, Jezebel tuvo el control de cada escena.

A cada pocos minutos, Sonnet comprobaba los mensajes de texto de su teléfono. Greg la mantuvo informada de la quimioterapia de su madre durante todo el día. Las cosas habían ido bien, según lo esperado. Llegarían a casa después de la cena. Todo parecía muy... cotidiano. Qué rápidamente se estaban acostumbrando a que su madre tuviera cáncer.

Cuando iba hacia su coche, Sonnet vio a Zach en el aparcamiento.

—No has salido en ninguna de las grabaciones de hoy, así que no necesitas gritarme —le dijo él al verla acercarse.

—No iba a gritarte. Quería... No hemos terminado nuestra conversación de esta mañana.

—Tal vez tú no.

—No entiendo por qué estás tan enfadado conmigo. Te he dicho que quiero que volvamos a ser amigos.

—Y piensas que es posible volver atrás después de una noche como aquella.

—¿Por qué no?

—No puedes deshacer aquello, Sonnet. O por lo menos, yo no puedo.

—Entonces estoy en un lío.

—¿Qué demonios significa eso?

—No quiero perder a mi mejor amigo.

Él soltó una carcajada.

—Pues te diré que ya lo has perdido. Lo tiraste por la borda al decidir que

no tenía sitio en tus grandes planes.

—Yo no tengo grandes planes. Dios, si algo he aprendido de la enfermedad de mi madre, es que nunca sabes lo que hay detrás de la próxima esquina, así que no tiene sentido planear nada.

Él abrió la puerta de su furgoneta y arrojó su mochila al asiento.

—Mira, me encantaría quedarme a hablar contigo de esto durante todo el día, pero tengo que irme.

—Oh —murmuró Sonnet. Entonces, una idea horrible se le pasó por la cabeza—. Zach, ¿estás saliendo con alguien? ¿Por eso estás tan molesto conmigo?

—¿Y qué si estoy saliendo con alguien?

—Yo... bueno, yo...

«Eso sería un asco para mí», pensó Sonnet.

—No, no estoy saliendo con nadie. Con una chica no, por lo menos.

—Entonces, ¿a quién vas a ir a ver? —le preguntó ella. No podía evitarlo; era terriblemente cotilla con relación a él.

—No es asunto tuyo, pero tengo una cita muy emocionante con un tipo que vive en Indian Wells.

Sonnet se derritió por dentro. El padre de Zach estaba encarcelado en el centro penitenciario de Indian Wells. Desde que lo habían condenado, Zach había visitado a su padre todas las semanas, y parecía que todavía seguía haciéndolo.

—Ah, Zach. Lo siento. Me he estado comportando como si fuera la única que tiene problemas. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes —dijo él, y se sentó tras el volante—. No quería que me pidieras disculpas.

—No quiero que nos peleemos.

—Pero si es muy entretenido.

—Preferiría hablar tranquilamente.

Él miró la hora.

—Entonces, habla. ¿Cómo está tu madre?

—Bien. Greg me ha enviado unos cuantos mensajes. Todavía están en la clínica —le dijo Sonnet. Entonces, se dio cuenta de que él apretaba la mandíbula. Zach siempre hacía eso cuando estaba tenso. Y era lógico que sintiera tensión. Por muchas veces que hubiera ido a visitar a su padre a la cárcel, aquello tenía que ser estresante—. Si te sirve de consuelo —le dijo—,

yo también tengo problemas con mi padre.

—¿De verdad? Tu padre va a ser senador. ¿En qué sentido es un problema eso?

—Mi relación con él es muy confusa. Y no puedo creer que haya dicho esto. Dios, Zach, contigo siempre lo hago. Siempre hablo demasiado.

—Puede que haya un motivo para eso.

Tenía razón. Ella confiaba en él. Siempre había confiado en él. Zach conocía su pasado, y eso significaba que la entendía mucho mejor que los demás. Las cosas que le contaba a Zach permanecían a buen recaudo; entre ellos siempre había sido así.

Una vez había intentado explicarle a Orlando cómo era la relación con su padre, pero él había cambiado de tema. Era un alivio poder hablar con Zach.

—Mi padre y yo... creo que nos queremos y nos respetamos de verdad. Yo estoy orgullosa de quién es, y de lo que ha conseguido.

—¿Pero?

—Pero al mismo tiempo, me gustaría que hubiera encontrado la manera de ser mi padre cuando yo estaba creciendo.

—Es un idiota —le dijo Zach—. Se perdió la oportunidad de conocer a una persona increíble.

Ella se echó a reír.

—¿Por qué lo haría?

—Algunos tipos sufren daños cerebrales instantáneos en lo referente a sus hijos.

—Nuestros padres sí, está claro. Yo tardé mucho tiempo en saber cómo debía llamarlo. ¿Papá? ¿De verdad? «Papá» es alguien que te enseña a batear y a lanzar la pelota, que te lleva al cine y que entrena a tu equipo de fútbol. «Papi» es algo demasiado íntimo...

—Yo no sabía que le echabas de menos de esa forma —dijo Zach—. No me lo habías contado nunca.

—No, es cierto. No quería ser desleal con mi madre, como si ella no fuera suficiente. Pero cuando era pequeña y veía a los otros niños con sus padres, me preguntaba dónde estaba el mío. Era afortunada por pertenecer a la familia Romano, con mis abuelos, y todos mis tíos y mis primos, pero siempre quise tener un padre. Así que, cuando empezamos a relacionarnos, estaba completamente preparada. Estaba hambrienta de él. Quería ser la mejor hija del mundo para él.



Él le pasó la mirada, suavemente, desde los pies a la cabeza. Y de algún modo, para Sonnet aquella mirada fue tan íntima como una caricia.

—Misión cumplida.

Ella sintió una punzada de atracción, pero la reprimió. Su objetivo era recuperar su amistad con Zach, menos el elemento de atracción. Todavía no lo había conseguido, pero esperaba que él no se diera cuenta.

Zach conocía el Centro Penitenciario de Indian Wells como la palma de su mano. Todavía recordaba la primera visita que había hecho a la cárcel, justo después de que su padre ingresara en ella. Zach estaba en el instituto; todavía era un niño, y estaba humillado, herido y asustado. Tanto, que algunos días creía que iba a explotar. De no haber sido por la compasión de su jefa, Jenny Majesky, de la pastelería Sky River, y por Nina Romano, tal vez no hubiera sobrevivido aquel año.

Siempre había entendido que lo que había pasado con su padre no era culpa suya. Su padre sufría ludopatía. Habría vendido a su abuela con tal de poder apostar una vez más, porque tenía la seguridad de que le esperaba un gran premio a la vuelta de la esquina. Sin embargo, Matthew Alger no tuvo que vender a su abuela. Era tesorero municipal de Avalon, y encontró la forma de defraudar sistemáticamente a los contribuyentes, aunque eso significara causar la ruina del pueblo.

Todo el mundo, incluido su propio padre, habría entendido que decidiera olvidarse de él, de un hombre que había permitido que su adicción lo consumiera, y que había dejado a su hijo solo y en la pobreza. Sin embargo, pese a la ira y la vergüenza que sentía, Zach no había podido hacer algo así.

Y el hábito estaba ya muy arraigado. Iba a ver a su padre todos los lunes, puesto que era el día libre para los que trabajaban en la industria nupcial. Nadie se casaba un lunes, al menos, si quería que se filmara la boda. Ahora que estaba trabajando en el programa, los lunes eran un día tan ajetreado como cualquier otro, pero sacó tiempo suficiente para la visita.

Mientras iba en coche a Indian Wells, observó las bonitas casas de madera de la zona de Oak Hill y Avalon Meadows, las zonas más antiguas de la ciudad. Los bulevares gozaban de la sombra de nogales, arces y robles enormes, y los jardines tenían todos los colores del verano. El director le había pedido algunas secuencias de aquella zona, para mostrar el contraste

entre Avalon y la ciudad. Cuando Zach era más joven, miraba con melancolía aquellas preciosas casas, los columpios de los jardines y las barbacoas de los patios traseros. Se imaginaba a las familias que vivían allí, y lo seguras que debían sentirse. Se preguntaba cómo era tener un amor como aquel. A medida que creció, entendió que la casa de la valla de madera blanca era un mito. Sin embargo, una parte obcecada de él seguía creyendo lo que creía aquel niño. Había algunas ilusiones que no podían borrarse, por muchos golpes que se recibieran.

Indian Wells era un pueblo más pequeño, incluso, que Avalon. Tenía un pequeño supermercado, una gasolinera, una residencia de la tercera edad y edificios poco reseñables con patios rodeados de alambre. Cuando llegó al centro penitenciario, cumplió con el procedimiento habitual: pasar el detector de metales, registrarse en la zona de recepción, ponerse la tarjeta de identificación... Aunque la mayoría de los empleados de la prisión sabían su nombre, Zach todavía tenía que decir cuál era su relación con el interno. Ya no se encogía más al decir: «Soy su hijo».

Estaba acostumbrado a la sala de visitas. Era grande y fría, con corrientes de aire. Su padre estaba esperando sentado en un taburete, junto a una mesa. Saludó a Zach con una sonrisa cálida y le estrechó la mano. Paradójicamente, su relación había mejorado desde que Matthew estaba entre rejas. Cuando estaba en libertad, Zach solo era un estorbo y un gasto indeseado. Ahora, sin embargo, era lo más destacado de la semana de su padre.

—¿Cómo va la grabación del programa? —le preguntó Matthew.

—Bien. Creía que iba a volverme loco trabajando en Avalon, pero el trabajo es el trabajo.

—Esa es la actitud. Seguro que estás haciendo un buen trabajo, y ganando un montón de pasta.

A su padre seguía encantándole el dinero.

—¿Y tú? —le preguntó Zach—. ¿Te metes en líos?

Matthew Alger no había perdido nunca el gusto por el juego, ni siquiera en la cárcel, aunque ya no apostara dinero. Se lo jugaba todo, desde el desodorante hasta las galletitas saladas del economato.

—No, en absoluto —le aseguró a Zach—. Tengo otra vista para la libertad condicional en otoño, y esta vez voy a estar preparado.

Zach no dijo nada. Su padre no podía dejar de cometer infracciones que lo mantenían allí encerrado. Tenía la costumbre de sabotearse a sí mismo.

—Sé lo que estás pensando —dijo Matthew—. Esta vez no la voy a pifiar.

—Eso estaría bien —dijo Zach.

—¿Te apetece jugar a las cartas?

Zach sacó el tablero, la baraja y las fichas que llevaba a cada visita. Lo suyo era el cribbage; Matthew había enseñado a Zach cuando era pequeño a jugar a aquel juego rápido cuya anotación se realizaba con pinchos de colores que se insertaban en un tablero. Se pasaban horas intentando no perder puntos; su padre no tenía ningún reparo en robarle los puntos a Zach si él contaba mal. Se tomaba muy en serio el cribbage, y Zach, por su parte, se había propuesto superar a su padre. No tenía problemas en robarle los puntos si su padre los dejaba atrás. Ambos gruñían si les tocaba una mano mala, y daban gritos de alegría si las cartas eran buenas.

La partida de aquel día fue muy rápida.

—Terminé —dijo Matthew, haciendo el movimiento final con una floritura.

—Bien jugado —dijo Zach—. Por lo menos no me has dado una paliza.

—Seguiré intentándolo.

—Nos vemos la semana que viene.

Zach guardó el tablero.

—Claro —dijo su padre—. Jugaremos otra partida de cribbage.

## C A P Í T U L O 12

Nina se despertó sobresaltada y bañada en sudor. Tenía el corazón acelerado por el pánico de alguna pesadilla que no recordaba. Automáticamente, se abrazó a Greg, y él emitió un gruñido de satisfacción, hasta que la realidad lo despertó también. Tomó aire con brusquedad.

—Eh —dijo—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro, y es un gran alivio. Supongo que las medicinas para las náuseas funcionan bien por el momento —dijo Nina. Se tendió boca arriba, con las manos sobre el vientre, y miró al techo—. Hemos pasado mi primera sesión de quimioterapia, Greg.

Sí, estaba asustada y agotada, y preocupada por el cóctel de medicamentos que le habían administrado. Sin embargo, tenía la intención de mantener una actitud positiva.

—Has estado fantástica.

—Todos. Todos nosotros. Tú, el bebé, yo, el personal de la clínica y Sonnet, también. Ha sido todo un detalle por su parte tener la cena hecha cuando hemos llegado a casa.

—Has criado a una buena hija.

—Pues sí. Y ahora vamos a hacerlo de nuevo, esta vez con un niño. ¿Crees que podremos?

Él se echó a reír.

—Somos viejos expertos.

—No digas que somos viejos. No necesito que me lo recuerdes.

—Pero este pequeñín nos va a mantener jóvenes —dijo Greg, y puso una mano sobre la de Nina, en su vientre.

Ella apoyó la mejilla en su hombro y se deleitó con su calor.

—Estoy muy emocionada por tener un hijo contigo. Estoy tan contenta que la mayoría del tiempo no me siento asustada por el cáncer.

—Ah, cariño. Lo superaremos. Todo el mundo está luchando por ti.

—Lo sé. Soy una mujer afortunada —dijo ella.

Se quedaron en silencio, escuchando los crujidos de la vieja casa y el viento que soplaba fuera.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Greg.

—No, gracias —dijo Nina. Tenía una colección de botellas de agua y medicamentos en la mesilla de noche, junto a una pila de libros. Había una palangana en el suelo, por si acaso sentía náuseas—. Hoy he recibido un correo electrónico de Orlando —comentó—. Quería darnos las gracias por haberlo tenido aquí.

—No se quedó demasiado tiempo.

—No. Parece que es bastante agradable, ¿no?

—¿Bastante agradable como para qué?

—*Touché* —dijo ella—. Quiero que Sonnet esté con alguien que la adore. ¿Crees que él es el elegido?

—Es demasiado pronto para saberlo.

—Sí, es cierto. Le daré una oportunidad. Pero...

—¿Pero qué?

—En el correo decía una cosa rara. Bueno, no es rara, pero mencionó ese debate electoral otra vez. Como si yo necesitara un recordatorio, o algo así.

—Trabaja para un político —dijo Greg—. Tiene que prever las cosas.

—Supongo. Y seguro que sé lo que está pensando. Que de adolescente tuve una hija con Laurence, y que su oponente va a hacer sangre de eso.

Greg la estrechó contra sí.

—No pienso permitir que se acerquen a ti. De ninguna manera. Tú no tienes que preocuparte de eso en absoluto.

—Me gusta estar junto a ti —susurró Nina, y se acurrucó contra él. «Tengo que ponerme bien», pensó. «Tengo que ponerme bien, porque no soporto estar separada de él».

—Pues tengo suerte, entonces, porque a mí también me gusta —respondió Greg, y le dio un beso en la sien—. Hoy me he encontrado con Sophie —le dijo—. Quería que te dijera que se acuerda de ti.

—Es muy amable por su parte.

Greg y su exmujer, Sophie, que era la madre de Max y Daisy, se llevaban bien, por suerte. Sin embargo, de vez en cuando, Nina sentía inseguridad.

—Algunas veces tengo la fantasía negativa de que miras a Sophie, que está

perfectamente sana, y lamentas no haberte quedado con ella, después de todo.

—Pues sí, es una fantasía.

—Ya lo sé. Pero antes, ella era todo tu mundo.

—Mira, escúchame. Para ser sincero, hubo un tiempo, antes de enamorarme de ti, en que quise recuperar mi matrimonio. Sophie también quería, y lo intentamos. Yo quería que volviéramos a ser una familia, quería arreglar lo que se hubiera estropeado. Sin embargo, no funcionó. Y entonces llegaste tú...

—a él se le quebró la voz, y la abrazó con fuerza.

—¿Y qué, Greg? Dímelo.

—Ahora no puedo agradecerse lo suficiente —dijo él—. Si ella no me hubiera dejado, no te habría encontrado a ti. Nunca he querido a nadie tanto como te quiero a ti, Nina, y aunque nunca voy a darle las gracias de verdad a mi exmujer, todos los días me alegro de cómo salieron las cosas al final.

—Ah, Greg.

Nina le rodeó el cuello con los brazos y se arqueó hacia él. Conocía muy bien sus ritmos, y sabía que él quería hacer el amor.

—¿De verdad? —le preguntó su marido.

—Ejem. Sí, señor Bellamy, su esposa está excitada.

—Entonces será mejor que me ponga manos a la obra.

Ella se rindió a sus caricias tiernas y eróticas y disfrutó de la cercanía, de la intimidad, de la seguridad de sus abrazos. Él le acarició y le besó el pecho, como había hecho cuando estaba sana y no había vendajes en su cuerpo, ni rastro de fármacos. A ella se le cortó la respiración.

—Me encanta que me beses así —susurró.

—A mí me encanta besarte así —respondió él.

—Va a ser un poco extraño para ti, después de la mastectomía —dijo Nina.

Él no dejó de acariciarla.

—Puede que sí. Y puede que también sea raro para ti. Pero no será nada que no podamos gestionar. Te quiero, Nina. Te quiero a ti. Lo superaremos.

—Y pronto me voy a quedar calva.

—Vaya, eso sí que me excita...

Él borró con sus besos las inseguridades y las preocupaciones de Nina. La besó hasta que ella ya no pudo pensar más. La besó hasta que consiguió que se rindiera, que lo rodeara con las piernas y que extendiera las manos por su espalda.

—Greg —murmuró Nina—. Ah, los fuegos artificiales han empezado muy

pronto...

Él se rio de una forma suave, sexy, y se estremeció contra ella. Nina no dejó de abrazarlo, deseando que aquel momento durara para siempre.

El cáncer cambiaba a las personas. Sonnet lo vio, día a día, en su madre. Aunque Nina se esforzaba por mantenerse animada, estaba pálida y agotada.

—Estoy cansada de luchar —le confesó un día a Sonnet—. Y acabo de empezar.

—Acuérdate de lo que nos dijeron en el grupo de apoyo. No es un sprint. Es un maratón.

—¿Y se supone que eso va a conseguir que me sienta mejor?

—No, supongo que no. Pero se me ha ocurrido una idea. Hoy tengo el día libre, y me apetece ir de tiendas. En Zuzu's Petals hay rebajas.

A Sonnet le encantaba aquella tienda algo extravagante del pueblo. Suzanne, la dueña, siempre encontraba ropa divertida y colorida de diseñadores poco conocidos.

—Pero si estoy en albornoz —dijo Nina.

—Exacto. Necesitas ropa bonita que ponerte.

—No tengo ganas de ir de tiendas.

—Pues yo sí. Vamos, mamá. Las dos necesitamos salir. Quedarse aquí, preocupándose, no nos va a hacer ningún bien, y sí, estoy empezando a hablar igual que mi madre.

—Se me da bien, ¿verdad?

—Las dos necesitamos terapia de compras. Por favor.

—Está bien. Ya veo que es inútil resistirse. Vamos.

Avalon estaba muy animado aquella mañana de sábado. La gente había salido a hacer recados o a mirar escaparates, había turistas con sus cámaras y paseantes de fin de semana en las cafeterías. El aire era delicioso, y prometía ser un día muy bonito. Suzanne estaba en su tienda, sacando una percha llena de ropa rebajada a la acera, junto a una mesita con velas y jabones.

—Hola, Nina —dijo—. Sonnet, me alegro de verte.

—Mi hija dice que necesitamos comprarnos ropa —respondió Nina. Tomó una de las velas y se la acercó a la nariz.

—Pues habéis venido al mejor sitio —dijo Suzanne, y miró a Nina con amabilidad—. ¿Cómo estás?

—Bien. Embarazada y sometiéndome al tratamiento de quimioterapia. Ya sabes, lo de siempre.

—Ojalá pudiera hacer algo por ayudar. Mi prima Sarah tuvo cáncer de mama, y siempre tenía frío. Le regalé un chal de pashmina rosa y lo llevaba a todas partes —dijo Suzanne, y señaló a una percha llena de chales y bufandas que había dentro de la tienda.

—Eso es muy agradable —dijo Nina—. ¿Y cómo está?

Suzanne palideció.

—Bueno, ella... murió. Era mucho mayor que yo. Mucho mayor. Y eso sucedió hace mucho tiempo. Dios, lo siento. No debería haberlo mencionado.

Nina se encogió de hombros.

—Es difícil saber qué decir. Hasta hace pocas semanas yo tampoco lo habría sabido.

Sonnet sintió nostalgia por el pasado, por el momento anterior a que sucediera todo aquello. Metió la mano por el brazo de su madre y dijo:

—Bueno, vamos a buscar algo bonito.

La tienda olía a jabones, a velas perfumadas y a popurrí. Había una tetera llena de infusión de hierbas, y una bandeja de chocolatinas.

—Todos quieren mencionar que su amigo, o su pariente, tuvo cáncer —murmuró Nina—. Lo odio. Sé que la gente solo quiere ayudar, pero de verdad que lo odio.

—Solo acuérdate de que la gente te quiere, y están apoyándote —dijo Sonnet.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé. Acepto la llamada de atención.

—No quería llamarte la atención. Solo recordártelo. Vaya, mira qué pendientes —respondió Sonnet, y llevó a su madre hasta una vitrina donde se exhibían pendientes largos.

—Son preciosos —dijo Nina. Se sujetó el pelo y se puso uno de los pendientes junto a una oreja—. También tenías razón en lo de que debíamos salir. Ya me encuentro mejor.

—Te sentirás maravillosamente si te compras esos pendientes —dijo Sonnet.

De repente, vio una chaqueta de inspiración victoriana que estaba confeccionada con un tejido antiguo. Se la probó y pasó las manos por los costados. Tenía un tacto maravilloso; era de un terciopelo brocado que se le adaptaba perfectamente a las caderas, y tenía los bolsillos forrados de satén.



—Te queda muy bien —dijo Nina—. Deberías comprártela.

Sonnet se miró al espejo, y alzó su melena de rizos para ver los detalles de la espalda. Tenía una pieza de encaje sobre el terciopelo.

—Es fantástica. Muy divertida —dijo. Sin embargo, se la quitó y volvió a ponerla en su percha—. Pero no se me ocurre adónde podría llevarla.

—A cualquier lugar donde quisieras estar fabulosa —dijo su madre.

—Aunque es elegante, es un poco informal. No va con el aspecto que tengo hoy en día.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese aspecto? —preguntó Nina, y con una sonrisa, le tendió una blusa blanca conjuntada con un bonito chal y un broche a juego—. ¿De urbanita elegante? ¿De ejecutiva elegante?

—Orlando preferiría eso —dijo Sonnet—. Él todavía no ha asimilado mi originalidad.

—Pues él se lo pierde. A mí me encanta tu originalidad —dijo Nina, y miró una preciosa bufanda de lana de angora—. Bueno, bueno, y con respecto a Orlando... Dime cómo van las cosas. Debe de ser difícil para vosotros estar separados.

—Sí y no. Él está tan ocupado con la campaña que, aunque yo estuviera en la ciudad, no nos veríamos demasiado.

—¿Y no te importa?

—Es que no me queda más remedio que aguantarme. ¿Por qué me da la sensación de que estás intentando decirme algo?

—Porque estoy intentando decirte algo. Bueno, más bien, preguntarte algo. Me parece un chico estupendo. Y sé con certeza que tú eres estupenda. Lo que no me has dicho nunca es adónde crees que va vuestra relación, o adónde quieres que vaya, o incluso si de verdad deseas esa relación.

Vaya. A su madre no le asustaba hacer preguntas difíciles.

—Pues claro que la deseo. Como tú misma has dicho, Orlando es estupendo. Sé que es un poco idealista, pero estoy segura de que algún día vamos a formar una pareja maravillosa.

—¿Y por qué te parece idealista? Yo también quiero eso para ti.

Sonnet tomó un par de botas de cuero que quedarían muy bien con la chaqueta victoriana.

—Es que no sé si estamos caminando en esa dirección. Cuando os veo a Daisy y a ti, sé que ese es el tipo de amor que quiero tener en la vida.

—Es lógico. Yo también quiero que lo tengas. Si lo tuviera toda la

humanidad, se conseguiría la paz mundial, de verdad.

Sonnet se echó a reír.

—¿Es que de repente te has tomado la pastilla de la felicidad cuando yo no miraba?

—Esta conversación acaba de recordarme que debo mostrar un poco de gratitud por lo que tengo.

Y eso resumía bastante bien la situación, pensó Sonnet, con un nudo en el estómago. Su madre estaba enfrentándose a un embarazo de riesgo y a un cáncer, y sin embargo, debía sentir gratitud por sus amigos, su familia y su marido. Aquel era el tipo de amor que estaba buscando Sonnet, el que quería encontrar con Orlando. Y sin embargo, sabía que ellos dos no lo habían conseguido todavía. Tenía miedo de que no pudieran encontrarlo nunca.

—Necesito este bolso —dijo Nina, refiriéndose a una pieza de tapicería de estilo vintage—. Si me lo compro, y sucede lo peor, podré decir que no me arrepiento de nada.

—Mamá...

—No te preocupes, hija, es una broma. Pero lo de que necesito este bolso no lo es. ¿A ti qué te parece?

—Es bonito —dijo Sonnet—, pero es muy grande.

—Tengo que practicar con un bolso grande otra vez, porque cuando nazca el bebé, voy a tener que llevar siempre un bolso grande —explicó Nina. Se dio la vuelta y acarició unos pañuelos—. Estos también son muy bonitos —dijo.

—Sí.

Sonnet tomó uno de los pendientes de la vitrina.

—Te quedaría fenomenal con esos pendientes que has visto.

—¿Tú crees? —preguntó Nina, y de repente, frunció el ceño.

—¿Se te ha pasado el efecto de la píldora de la felicidad?

Nina suspiró.

—No, pero... Está bien, voy a decirlo de una vez. La idea de comprarme un pañuelo para taparme la cabeza calva me resulta deprimente.

—Oh, Dios. Mamá...

—Ya sé que es una tontería por mi parte, que es lo último que debería preocuparme...

—No, no es verdad. Yo no te lo reprocho, y no quiero que nadie lo haga. El pelo de una persona, de una mujer, es muy importante. Es parte de su identidad. Supongo que perderlo durante la quimioterapia será difícil, pero

por suerte, es solo una parte del proceso, y lo recuperarás pronto —dijo Sonnet.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo.

—Y creo que deberías comprarte este pañuelo y los pendientes. Porque, con o sin pelo, vas a estar guapísima con ellos.

A Nina se le borró la preocupación del rostro.

—De acuerdo, pero tú también tienes que comprarte algo. Si no te llevas la chaqueta y las botas, no eres la hija que yo he criado.

Los días cayeron en una especie de rutina, aunque con un grupo de niños y una estrella del hip hop que tenía la lengua de un estibador cuando se la provocaba, la rutina era de todo menos predecible. Algunas de las secuencias del programa, cuando fueran editadas, tendrían más pitidos para ocultar las palabras malsonantes que diálogos.

Sin embargo, para sorpresa de Sonnet, aquella producción estaba empezando a parecerle un trabajo de verdad, más que una manera de pasar el tiempo mientras estaba en Avalon. Sí, había muchas esperas, muchas deliberaciones y mucha planificación, pero sus momentos favoritos eran exactamente los que convertían un programa sin guion en algo tan absorbente.

Los niños fueron revelando su forma de ser poco a poco, y a menudo, sin querer. Darnell soñaba con aprender a tocar el piano, y Anita era capaz de leer un capítulo entero de un libro en menos de dos horas. Jaden tenía mucha facilidad para inventar cosas con cuerdas y poleas, y las gemelas, algunas veces, se comunicaban con un vocabulario inventado por ellas y que los demás no podían comprender. Cada uno de los niños tenía virtudes y defectos. Algunas veces eran conmovedores, otras eran fastidiosos, otras, fascinantes.

Una mañana de niebla, todos se reunieron en el salón para hablar del tema y de las actividades de la jornada. Aquel día, el tema era «enfrentarse a los miedos de cada uno».

—¿Y por qué tenemos que enfrentarnos a nuestros miedos? —preguntó Andre, que nunca tenía problemas para decir lo que pensaba.

—Para que la gente no diga que eres un gallina —respondió Darnell.

—Y si a mí no me importa que me llamen «gallina», ¿qué?

—Bueno, de todos modos, ¿qué cosas te dan miedo a ti? —le preguntó Jezebel—. Sé sincero.

—Nada —dijo el niño—. Salvo las cosas que le dan miedo a la gente, como las serpientes y los tipos malos.

—A mí me asustaba mucho salir al escenario.

Aquello captó la atención de los niños.

—¿A ti? —preguntó una de las niñas—. Pero si nos has dicho que llevas actuando desde que eras pequeña.

—Y es cierto. Estaba en el coro de la iglesia, y el director quería que cantara un solo. Y yo también quería. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero tenía miedo. Y el director me dijo que, si alguna vez quería elevar mi voz por el Señor, tendría que empezar por elevarla para la gente de la iglesia. Le dije que no sabía lo del Señor, pero que quería que me oyera todo el mundo.

—Entonces, ¿cantaste el solo? —le preguntó Quincy.

—Sí, lo canté. Antes de la actuación estaba muerta de miedo, pero lo hice. Y lo repetí muchas veces, hasta que ya no tuve miedo.

—¿Y todavía cantas en las iglesias? —preguntó el niño.

Jezebel negó con la cabeza.

—No, ya no. Todavía me gusta el gospel, pero mi público ha cambiado.

—Mi madre no me deja escuchar tu música.

—Mi música no es para niños, así que deberías obedecer a tu madre —dijo Jezebel.

—¿Y eso es lo que vamos a hacer hoy? —preguntó Rhonda, una de las gemelas—. ¿Cantar para la gente?

—Puede que después sí. ¿A ti te asusta cantar para la gente?

—No, no —dijo Shawna, la otra gemela—. Les asusta a los demás cuando canta.

—Bueno, bueno —respondió Jezebel—. Ahora, vamos a hacer una ronda diciendo cosas que nos asustan.

—¿Los cocodrilos!

—Los exámenes de matemáticas.

—Los payasos.

—Los puentes que pasan sobre cañones muy, muy profundos.

—Los gusanos.

—¿Los gusanos? —preguntó Andre, resoplando al oír la respuesta de Rhonda—. ¿Como puedes asustarte de los gusanos?

—Son resbaladizos, y no se sabe dónde empiezan y dónde terminan.

—Entonces no los toques. No los mires. ¿Es que crees que te van a

perseguir, o algo así?

Se produjo una pelea, y fue permitida durante unos instantes para las cámaras, hasta que Jezebel agarró a Andre del cuello de la camisa, por la espalda, y lo sacó de la refriega.

—¿Es un programa eliminatorio? Porque si lo es, sé de algunos niños que se van a ir a casa.

—No, no. No puedes mandar a nadie a casa.

—Pues dejad de pelearos, o cambiaré las normas.

—Vale, pero, ¿gusanos?

—Mirad todos —dijo Jezebel—, un miedo es un miedo. No tiene por qué tener lógica.

Sonnet sonrió. Lamentaba no poder reírse a carcajadas.

—¿Y tú? —le susurró a Zach, que aquel día estaba dirigiendo la filmación—. ¿De qué tienes miedo?

—Cuestiones personales —respondió él en voz muy baja.

Los niños discutieron sobre si les producían más horror las arañas que las salamandras, pero después, todos estuvieron de acuerdo en que lo que más miedo les daba era tener que ir al despacho del director.

Durante un descanso de la grabación, Zach le preguntó a Sonnet:

—Te lo estás pasando bien con esto, ¿verdad?

—Me estoy encariñando mucho con los niños. Me recuerdan cuánto me gusta trabajar con ellos, y cuánto lo echo de menos.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Yo no lo dejé. Me ascendieron a una de las direcciones de la agencia. Es una manera de poder ayudar a miles de niños, no solo a unos pocos —respondió Sonnet.

Eso era lo que se decía a sí misma para racionalizar el camino profesional que había elegido cada vez que se veía atrapada en una reunión interminable o se topaba con una situación burocrática frustrante. Su padre le había enseñado que el liderazgo era la mejor posición desde la que cambiar el mundo, y ella se guiaba por aquel consejo.

Sin embargo, la lógica no conseguía que dejara de echar de menos lo que realmente le gustaba hacer.

Miró a Zach con resentimiento, pero él ya se había girado hacia otra persona. Y era mejor que aquella conversación hubiera terminado. Él solía hacerle preguntas complicadas, de esas para las que ella no tenía respuesta.

Poco después, fueron a filmar a una tirolina que colgaba desde la parte superior de Meerskill Falls, una catarata que caía por un desfiladero hasta el lago. Algunos de los niños estaban encantados con la aventura, gritaban y reían de euforia al dejarse caer colgados del cable hasta la orilla del lago.

Sin embargo, pese a todo su desparpajo, Andre se negó a tirarse desde la plataforma que había en la parte alta de la catarata. Todos los demás, incluida Jezebel, lo habían hecho, pero Andre se había quedado rezagado, hasta que uno de los miembros del equipo lo encontró al final de la escalera que subía a la plataforma, muy callado. Consiguieron engatusarlo para que subiera, pero, desde la plataforma, se negó a dar un paso más.

—Necesitamos a la encantadora de niños —dijo uno de los cámaras.

Era así como llamaban a Sonnet, porque había demostrado que era muy persuasiva a la hora de conseguir que los niños cooperaran.

Estaban perdiendo el tiempo, y no podían ralentizar la grabación. Por mucho que ella odiara estar delante de la cámara, se acercó a Andre, se puso de rodillas y lo miró a los ojos.

—Mira, vamos a hacer una cosa —le dijo—. Vamos a tirarnos juntos, tú y yo. ¿Qué te parece?

—¿Y de qué va a servir? Nos vamos a morir los dos.

—Aquí no se va a morir nadie —dijo ella—. Ya has visto que todo el mundo ha bajado, y que se lo han pasado muy bien. Vamos, yo también estoy asustada, pero de todos modos quiero hacerlo.

—Tú no estás asustada. Te he oído decirle a la Sal que estabas impaciente por tirarte.

—¿A la Sal?

—Así lo llamamos a él —dijo Andre, y señaló a Zach—. Es porque vosotros dos sois la sal y la pimienta.

A ella le ardieron las mejillas. Ella no quería ser la pimienta de Zach.

—No te preocupes por eso. Vamos a hacerlo.

—Dime lo que te asusta a ti —dijo Andre—. Entonces puede que me lo piense.

—A mí me da miedo... Bueno, hay muchas cosas que me dan miedo —admitió ella.

—Eso no es una respuesta. Dime solo una cosa que te asuste.

—Montar a caballo. Y siento decir que es la actividad de esta tarde.

—Pues no parece que estés muy asustada —dijo Andre.

—Bueno, pues sí lo estoy.

—No me lo creo. Tienes que decirme algo de verdad.

—Está bien. Ponte el casco y el arnés, y te diré algo de verdad —respondió Sonnet. No sabía qué iba a decirle, pero ya sabía que no podía mentirle al niño. Andre tenía una sensibilidad especial para reconocer la falsedad, y no iba a aceptar cualquier respuesta.

Él negoció un poco más. Exigió un batido como recompensa por su valentía.

—Muy bien —dijo ella—. Con nata y una guinda, si quieres.

Los niños eran muy sencillos. Se podía conseguir su colaboración a cambio de muy poco. Solo al convertirse en adultos se hacían complicados.

Mientras Andre y ella se preparaban para lanzarse en tirolina, ella pensaba qué podía contarle. Andre no iba a conformarse hasta que ella le confesara un miedo real. Cuando tuvieron puesto el arnés, Sonnet notó una descarga de adrenalina. La perspectiva era increíble. El cable bajaba por el desfiladero por encima de las copas de los árboles y el lago. La niebla le daba un toque mágico a la escena.

—Va a ser estupendo, Andre —dijo Sonnet—. Te va a encantar.

—Sí, pero antes tienes que decirme algo que te asuste.

A ella le molestó su tono.

—Andre, no me gusta que me interrogues.

—Has dicho que ibas a contármelo. Me lo has prometido.

—Pero...

—¡Me lo has prometido!

—Yo tengo miedo de muchas cosas.

—Pues entonces dime una. Solo una.

—De acuerdo —dijo ella. Las palabras se le escaparon de la boca antes de que pudiera pensarlo bien—. Me da miedo cómo va a estar mi madre cuando se le caiga todo el pelo por la quimioterapia.

Pareció como si el dolor de su voz reverberara por todo el bosque.

Todo el mundo se quedó inmóvil, aunque Sonnet estaba segura de que la cámara seguía filmando. Incluso Andre dejó de protestar. Aunque fuera pequeño, se había dado cuenta de lo personal que había sido la respuesta de Sonnet, y lo doloroso de su revelación. Sonnet se dio cuenta de que lo que le asustaba, en realidad, no era la calvicie de su madre, sino el hecho de no saber

si la quimioterapia estaba haciendo efecto o no.

—¿Ya estás contento? —le preguntó a Andre, y saltó de la plataforma.



## C A P Í T U L O 13

La noche anterior a la operación de mastectomía de su madre, Sonnet apenas pudo dormir. Vio amanecer por la ventana de su habitación, y tuvo que contener las náuseas de nerviosismo y de preocupación. Las finas cortinas olían a lavanda, y se oía el chirrido de los grillos.

Se sentía muy lejos de su antigua vida en la ciudad. Los objetivos que había perseguido le parecían también muy lejanos. Ya no importaban.

Intentó calmarse pensando en que, hasta el momento, el tratamiento iba según lo previsto. Las sesiones de quimioterapia a las que se había sometido Nina iban a facilitar la operación. Se habían reunido dos veces con el cirujano, y él tenía confianza en que el resultado fuera positivo. Y, por si eso no era suficiente, Orlando había cumplido su promesa de ponerlos en contacto con su tía, una oncóloga muy afamada de la Clínica Krokower. La doctora Rivera había estudiado el caso de su madre, había revisado los exámenes médicos, la ecografía, la biopsia, el escáner y la resonancia magnética. Además, había hablado varias veces por teléfono con el equipo médico de Nina.

La tía de Orlando había defendido una combinación de fármacos inteligentes que no traspasarían la placenta, de modo que no perjudicarían al bebé. Incluso se había tomado la molestia de hablar personalmente con Sonnet, y su profesionalismo había sido muy reconfortante para ella. Sin embargo, Sonnet no podía dejar de preocuparse. La gente sufría por el cáncer. La gente moría de cáncer.

Se sentía muy inquieta. Tomó el ordenador portátil para revisar su correo. No había nada nuevo desde la última vez que había mirado. Suspiró y se apoyó en el cabecero de la cama, conteniéndose para no buscar más información sobre el cáncer de mama en Internet. Había demasiadas cosas en la Red. Ella había estado leyendo, sin poder evitarlo, el blog de una mujer que narraba su experiencia con el cáncer, pero aquel blog terminaba bruscamente, y Sonnet se había quedado sin saber qué ocurría después. ¿Sobrevivía la

mujer, o la narración había terminado debido a su muerte?

Se abrió la ventana del chat en la pantalla.

*Orlando: ¿Qué estás haciendo, despierta a estas horas?*

Sonnet sonrió de la sorpresa que se había llevado al ver el mensaje.

*Sonnet: Preocuparme por la operación de mi madre. ¿Y qué estás haciendo tú, despierto a estas horas?*

*Orlando: Pensar en ti. Sabía que estarías preocupada. Quería darte ánimos.*

*Sonnet: Muchas gracias, Orlando.*

*Orlando: Dale un beso a tu madre de mi parte. Y duerme un poco. No podrás ayudar mucho si estás agotada.*

*Sonnet: Está bien. Lo intentaré.*

*Orlando: Llámame más tarde.*

*Sonnet: De acuerdo. Orlando...*

La ventana del chat informó a Sonnet de que el usuario orivera47 ya no estaba disponible. Había desaparecido en el éter digital. Sin embargo, el hecho de que hubiera chateado con ella hacía que se sintiera un poco menos sola.

Intentó seguir su consejo; hizo los ejercicios respiratorios que había estado practicando con su madre. Sin embargo, no consiguió conciliar el sueño. Estaba demasiado preocupada. A su madre, a su guapísima madre, iban a extirparle un pecho.

Sonnet cerró los ojos y rezó fervientemente por que todo saliera bien.

Mientras recogía las cosas que necesitaba para su estancia en el hospital, Nina se sentía como un guerrero pertrechándose para la guerra. Sabía que iba a librar una batalla y sabía que iba a volver a casa herida, y que iba a sufrir dolor, pero estaba lista. Aunque tuviera el estómago vacío y estuviera aterrada, se obligó a dar un paso tras otro.

Sonnet y Greg estaban esperándola en el coche. Nina se quedó un momento en el vestíbulo de la casa en la que vivía desde que Greg y ella se habían

casado. La noche pasada, frente a la cámara que Zach le había instalado en el ordenador, había hablado de sus miedos y de su determinación.

Entonces, siguiendo un impulso, se había quitado la camisa y el sujetador y se había sacado las últimas fotografías del pecho intacto. Era la última vez que su cuerpo tendría aquel aspecto sin marcas, tal y como lo había hecho la naturaleza. Dentro de poco se quedaría sin pelo, y tendría un aspecto muy raro, como si fuera de otro planeta.

En ese momento se había desmoronado. Se había echado a llorar de rabia mientras su marido y su hija dormían, y después había recuperado el control sobre sí misma. Apagó la cámara y guardó el archivo. No iba a darle aquella secuencia a Zach para que la editara; tal vez ni siquiera volviera a mirarla. Sin embargo, sintió la necesidad de guardarla. Era algo muy privado de sí misma que iba a conservar, por lo menos hasta que ya no lo necesitara más.

Se giró y miró los muebles que habían elegido juntos, las cortinas de encaje suavemente movidas por la brisa, y el conjunto de fotografías familiares que había en el pasillo. Vio todas las caras sonrientes de la gente a la que quería, y aquella visión le proporcionó fuerzas. Aquella era su casa, un lugar lleno de alegría y de seguridad, y estaba empeñada en volver y curarse.

Se tocó el pecho derecho. No iba a volver completa, y le resultaba difícil pensar en lo diferente que iba a ser su cuerpo, pero se recordó que aquel pecho estaba enfermo. Tenían que extirpárselo para salvarle la vida. No había nada más precioso que la vida, y que aquellos a quienes quería.

—Vamos a ponernos bien —le dijo a aquel pequeño extraño que llevaba en su interior. No quería pensar en la alternativa.

Sonnet y Greg estaban habladores durante el trayecto, pero Nina no pudo concentrarse en sus palabras. Tenía una pequeña sonrisa mientras escuchaba sus conversaciones nerviosas, pero en realidad no oía lo que estaban diciendo.

En la primera sala de espera, los dos permanecieron pegados a ella. Ella hojeó una revista de cocina. Cada vez que levantaba la vista, veía a Greg, que la estaba observando, con una expresión seria e impotente. Sonnet también tenía aquella cara que decía que estaba desesperada por ayudar, pero no había nada que pudieran ofrecerle, ni un vaso de agua, ni una galleta, ni una palabra de ánimo, que no le hubieran dado o dicho ya.

—No necesito nada más —les dijo suavemente—. Ya me habéis dado todo lo que necesito.

Greg la tomó de la mano.

Sonnet dijo:

—Oh, mamá. Tú me has apoyado siempre en todo. Ojalá pudiera devolverte una pequeña parte de lo que tú me has dado a mí.

A Nina se le infló el corazón. Sí, tenía miedo, pero el amor de su hija y de su marido la envolvía como una capa cálida. Se sentía peor por ellos que por sí misma, porque muy pronto, ella estaría inconsciente, mientras ellos se quedarían esperando sumidos en la preocupación.

Por fin, una enfermera apareció para acompañarla a la siguiente sala.

—Solo pacientes —dijo la enfermera, y sujetó la puerta para que Nina pudiera pasar. Al salir, ella se volvió con una sonrisa y les dijo adiós con la mano. Después, la puerta volvió a cerrarse.

Cuando entraba en la siguiente sala, tuvo un ataque de pánico.

—Se me ha olvidado darles un beso de despedida —susurró. Oh, Dios Santo, ¿y si salía mal algo? ¿Y si no volvía a verlos?

—Muy pronto estará con ellos otra vez —le aseguró la enfermera.

Nina captó el mensaje. No debía aumentar el drama con una despedida larga y llena de pánico. Asintió, y se sentó en una enorme butaca. Había otras cuatro mujeres que iban a someterse a una mastectomía o una tumorectomía aquel día. La espera se hizo eterna; estaban en una habitación sin ventanas, con unas cuantas revistas viejas y una televisión. Después de un rato, Nina tuvo que cambiar la ropa que llevaba por una bata de hospital y unas medias gruesas de compresión. Le marcaron el pecho y la parte inferior del brazo con un rotulador negro para especificar cuál era el lugar de la intervención y lo que había que hacer. Ella observó el procedimiento con una curiosa distancia, hasta que llegó el anestesista para hablar con cada una de las pacientes. Entonces, el miedo volvió como una oleada.

Una por una, todas las mujeres fueron pasando al quirófano, como vírgenes al altar del sacrificio, con solemnidad y miedo. Al final, Nina se quedó sola. Cuando le llegó el turno, se quedó inmóvil durante un momento, pensando en que su cuerpo iba a ser alterado para siempre. Iba a perder un pecho, y aunque fuera de manera voluntaria, le costaría asimilar aquella pérdida. Se pasó una mano por el cuerpo, pensando con gratitud que había podido amamantar a su hija hacía veintiocho años.

Estaba impaciente por terminar. Se paseó de un lado a otro como un animal enjaulado. Estaba muerta de hambre, porque había tenido que guardar ayuno desde la noche anterior. Por fin, llegó una enfermera, y la acompañó a la sala

de preoperatorio. Ya se había acostumbrado al procedimiento, a la camilla, a las vías, a la monitorización. Hacía frío, y aunque le dieron una manta gruesa para taparse, siguió teniendo escalofríos. Una de las enfermeras la tomó de la mano, y charlaron. Nina sabía que no iba a recordar nada de lo que hablaran.

En el quirófano, donde hacía todavía más frío, fue depositada en la mesa de operaciones. Alguien le dijo que iba a tener mucho sueño.

—No pasa nada —se dijo a sí misma, al sentir una nueva punzada de pánico.

Se había dejado algunas cosas sin terminar. Se le había olvidado decirle algunas cosas a la gente. No les había dado a sus padres las gracias por haberla querido y haberla apoyado. No había besado a Greg por última vez. Debería haber tranquilizado más a Sonnet, haberle dicho lo mucho que la quería y lo orgullosa que estaba de ella. Debería haber dejado grabado todo aquello en la última sesión de vídeo con Zach, pero no lo había hecho. Si ocurría algo y no volvía a despertar, ¿sabría su familia lo mucho que los quería, y lo mucho que sentía tener que irse?

Sonnet pensaba que estaba lista para ver a su madre después de la operación. Sin embargo, el tono grisáceo de su piel, los tubos y los goteros, las manchas de desinfectante rojizo y el agotamiento de Nina la dejaron aterrada. Había un drenaje que bajaba a una bolsa de sangre transparente que estaba en el suelo.

Greg se inclinó hacia Nina y, cuidadosamente, le dio un beso en la frente.

—No estoy precisamente fresca como una rosa, ¿verdad? —preguntó Nina, con una débil sonrisa.

—No —dijo Sonnet—, pero eso no nos importa. ¿Cómo te sientes?

—Aparte de hambrienta, bastante bien, sorprendentemente. Supongo que es debido al delicioso cóctel de analgésicos que me han dado. Tal vez esté menos contenta cuando se haya pasado el efecto.

—El médico ya ha hablado con nosotros —dijo Greg—, y va a venir pronto a verte. Tiene buenas noticias.

Nina se miró el pecho, cuyo lado derecho estaba cubierto de vendajes.

—Ya no está.

—Sí —dijo Greg—, y esa es la buena noticia. Lo he apuntado: Extirpación quirúrgica completa y nódulos axilares negativos.

Nina se dejó caer sobre la almohada.

—Vaya. Entonces, nos hemos librado de toda la porquería.

—En otras palabras, ahora puedes comer —dijo Sonnet—. Te hemos traído un batido de plátano y mango. Sigue siendo tu favorito, ¿no?

—No sabía que tuviera un batido favorito —dijo Greg.

—Cuando era pequeña, íbamos todos los viernes a tomar un batido, después de que mamá saliera del trabajo. Pedimos todos los que había en la carta, hasta que encontramos nuestros preferidos.

Nina succionó un poco de la pajita.

—Está delicioso. Creía que iba a desmayarme de hambre antes de la operación.

A Sonnet le vibró el teléfono. Había recibido un mensaje.

—Es de Orlando —dijo—. Quiere saber qué tal estás.

—Ahora, mejor —respondió Nina.

—Tengo que darle las gracias a Orlando —dijo Sonnet—. Ha sido muy amable por su parte involucrar a su tía, ¿verdad?

—Sí, es un chico muy... agradable, Sonnet.

—¿Por qué me da la impresión de que «agradable» significa algo que no me estás diciendo?

—Tal vez porque hay algo que no te está diciendo —respondió Greg.

Nina tomó un poco más de batido.

—Está bien, voy a decirlo: Ojalá percibiera más apasionamiento en vuestra relación, Sonnet. Vosotros dos hacéis buena pareja. Yo quiero que lo tengas todo, y sé que tienes que encontrarlo por ti misma. Quiero que te enamores de él, si eso es lo que va a hacerte feliz. Quiero que te enamores locamente de él, y quiero que ese amor te haga tan feliz como para explotar.

—Vaya —dijo Greg—, las drogas te están haciendo mucho efecto.

—Pero... puede que yo ya sea así de feliz —dijo Sonnet.

¿Cómo no iba a serlo? Orlando era tal y como le había dicho su padre: listo, considerado, profesional. Sonnet se sintió culpable por desear exactamente lo que le había dicho su madre: que él fuera más romántico. Sin embargo, se recordó que el romanticismo era algo pasajero, y que había cosas mucho más importantes. Orlando era la persona con la que tenía que estar. En medio del miedo y de la incertidumbre, él no había hecho más que ayudar.

—¿De veras? —le preguntó su madre.

—Se supone que tienes que descansar.

—Estoy descansando. Si descanso más, me voy a convertir en un cadáver.

—No seas morbosa —le dijo Sonnet, y le acercó una botella de agua con una pajita—. Vamos, bebe para hidratarte.

En la guerra de Nina no hubo ninguna tregua. Continuó con las sesiones de quimioterapia, con el reto añadido de que tenía que recuperarse de la operación. En ese momento fue cuando más contribuyeron los amigos y la familia. Sonnet nunca había visto nada igual.

La gente llegaba a casa con ofrendas, como si fueran peregrinos. Jane, la madre de Greg, llevó estofados, y Philip, su hermano, hizo un tajín, puesto que acababa de hacer un curso de cocina marroquí. Jenny Majesky McKnight, la dueña de la pastelería Sky River, llegó con su famosa tarta de crema irlandesa y con un nuevo placer, la tarta Pavlova con fruta fresca. Olivia Bellamy Davies, la directora de Camp Kioga, iba casi todos los días a charlar con Nina, y a ayudarla a hacer los ejercicios de rehabilitación que le habían recomendado.

Sin embargo, la ironía era que, pese a todas aquellas muestras de generosidad y de amigos y familia, Nina estaba cada vez más enferma.

Sonnet, en un estado de terror silencioso, se quedaba todas las noches buscando información en Internet, y llamaba frecuentemente a los médicos de Nina para pedirles que buscaran la forma de mejorar el estado de su madre.

El mayor problema era que Nina no podía soportar la comida, especialmente después de la quimioterapia. Sonnet intentaba no angustiarse, pero era imposible viendo a su madre jugar con la comida del plato, o quedarse mirando por la ventana con la mente confusa por la fatiga y por los fármacos.

Parecía agotada todo el tiempo, aunque insistía en que se encontraba bien. Sonnet percibía su ansiedad y su incomodidad en la expresión de su rostro y en la lentitud de sus movimientos.

—Dicen que se me va a empezar a caer el pelo dentro de una o dos semanas —dijo Nina.

Sonnet todavía se estremecía al pensar en lo que había dicho en la grabación del programa: que tenía miedo de ver a su madre sin pelo. Le parecía mezquino preocuparse por el pelo de su madre en aquella situación. Sin embargo, sabía por qué tenía miedo. Al ver a una mujer calva, todo el

mundo pensaría inmediatamente que era una enferma de cáncer, y su madre iba a odiar aquello. Y lo peor de todo era que tal vez Nina fuera una de las desafortunadas, de las que perdían la batalla.

Intentó liberarse de aquel terror.

—Nonna te ha traído tu plato favorito —le dijo, mientras ponía un plato sobre la mesa con una reverencia—. Ensalada Caprese y pasta con salsa de tomate. Y una *focaccia* con romero.

Nina se sentó con una expresión decidida.

—Esto es la comida favorita de todo el mundo. Me estáis mimando demasiado. Todo el pueblo me está mimando demasiado.

—Es lo mismo que harías tú por los demás —le dijo Sonnet.

—Ella hizo lo mismo por mi tío —le recordó Greg, con una sonrisa llena de ternura.

Su tío el aventurero, el anciano George Bellamy, había vuelto a Willow Lake gravemente enfermo para correr allí su última aventura, la de reparar los errores del pasado y estar con su familia por última vez.

—Estuvo todo el verano haciéndole una lasaña increíble una vez a la semana.

—¿La que lleva bechamel? —preguntó Sonnet—. Deberíamos hacerla, mamá. Si eso no te apetece, no sé qué te puede apetecer.

Nina picoteó la ensalada. Sonnet se dio cuenta de que estaba intentando no preocuparlos a Greg ni a ella, lo cual solo sirvió para que se preocupara más.

—Me parece bien lo de la lasaña —dijo su madre—. Ah, y yo te he hecho algo a ti —dijo, y le dio a Sonnet una bolsa de regalo.

—¿Qué es? Aparte de un intento de evitar el tema de la comida.

—Es una bobada, listilla. He empezado a bordar para entretenerme durante las sesiones de quimio.

Sonnet metió la mano en la bolsa y sacó un cojín en el que figuraba una frase bordada: *No estés siempre tan ocupada como para que se te olvide enamorarte.*

—No puedo creer que te acuerdes de lo que me dijiste en la boda de Daisy.

—No digo cosas profundas a menudo —admitió Nina—. Esta se me quedó grabada. Me pareció un buen recordatorio para todo el mundo.

—Pero sobre todo para mí —dijo Sonnet, metiendo el cojín en la bolsa—. Lo tendré en cuenta, mamá.

—Cuéntame cosas de la semana. Me siento como si hubiera ido a otro



planeta y hubiera vuelto. ¿Qué habéis hecho en el programa?

—Nos hemos enfrentado a nuestros miedos —dijo Sonnet.

—¿De verdad? ¿Y qué tal ha ido?

—Supongo que bien. Lo están editando. Tenemos secuencias de los niños lanzándose en la tirolina, tirándose de cabeza al agua, comiendo setas, hablando en público... lo que se te ocurra. Todavía me resulta difícil imaginarme cómo va a quedar finalmente el programa, pero creo que va a tomando forma.

—¿A qué miedo tienes que enfrentarte tú? —le preguntó Nina a Greg.

—A que Max deje la universidad y vuelva a casa —dijo él al instante.

Lo dijo tan rápidamente, que Sonnet se dio cuenta de que debía de estar pensando en Max antes de hablar. El hermano pequeño de Daisy era un mujeriego encantador, y estaba tomándose su tiempo para terminar los estudios, y mientras, se concentraba en las chicas y la diversión.

—¿Y tú? —le preguntó Greg a Sonnet—. Te toca.

—Bueno, yo tengo una lista —dijo ella, pensando en que ojalá pudiera borrar lo que había dicho durante el programa—. La última vez que me paralizó el miedo fue al cortar el bajo de unos pantalones vaqueros.

—Te entiendo —dijo Nina—. Es todo un dilema, porque no sabes con qué altura de tacón debes guiarte.

—El problema es la altura de los tacones —dijo Greg, agitando la cabeza con resignación.

—A mí me da miedo aparcar en paralelo —continuó Nina. Sobre todo, cuando alguien está esperando y mirando. Es una tontería, ¿verdad? Nadie te va a juzgar por tu habilidad en el aparcamiento.

Sonnet sintió un arrebató de amor y admiración por su madre. Estaba embarazada y tenía cáncer; podía elegir muchos miedos más importantes.

—A mí me da miedo el yoga —dijo Greg—. Sobre todo, ese en el que tocan música con un gong.

Sonnet se echó a reír.

—Ese es bueno. ¿Y qué me decís de las pistas negras de esquiar? —dijo, y se estremeció—. Siempre me parece que me voy a matar. También me asustan las cartas de vinos. Por mucho que lo intente, no puedo fingir que sé lo que hago, y siempre acabo eligiendo el Malbec.

—A mí me da miedo jugar al Scrabble con mi hija —dijo Nina.

—A ti no te da miedo jugar al Scrabble conmigo —replicó Sonnet—.

¿Verdad?

—No has dicho que tuviera que ser lógico. Y sí, tienes que saberlo: eres un horror frente al tablero de Scrabble. Siempre echas por tierra mis estrategias.

—Las vallas electrificadas —dijo Greg—. El hoyo número cuatro del Curso de Golf de Avalon Meadows. Los perros pequeños.

—Yo no sabía que te asustabas de los perros pequeños —dijo Nina.

—Es que no me asusto. Lo he dicho solo para ver si me estabais haciendo caso.

—Yo siempre te hago caso, incluso cuando no tiene sentido lo que dices. ¿Y por qué no tenemos un perro? A mí me encantan los perros.

—Por ahora, vamos a concentrarnos en tener el bebé —dijo él.

—A mí me da miedo mi malvado padrastro.

Greg elevó la copa de agua, y todos brindaron. Nina apoyó la barbilla en la palma de la mano y siguió jugueteando con la ensalada.

—Vamos, mamá, por favor. Come un poco —le pidió Sonnet.

—Sí, no dejes pasar una comida tan rica —dijo Greg.

Nina suspiró y tomó un poco de pasta. Tomó un bocado muy pequeño, tras el cual dejó el tenedor en el plato.

—Está delicioso. Tengo que acordarme de enviar una nota de agradecimiento. Pero es que últimamente ni siquiera me acuerdo de cómo me llamo, así que seguramente se me va a olvidar. Ya me siento culpable.

Llamaron a la puerta, y Greg se levantó de la mesa.

—Esperemos que no sea un cliente con malas pulgas. Me dan miedo.

Unos minutos después aparecieron Zach y Jezebel. Sonnet sintió un gran placer al ver a Zach, y se dijo que era porque estaban recuperando su amistad. Con ellos iba una chica joven que llevaba un vestido negro y unas sandalias doradas de estilo gladiador. Era muy estilosa.

—Siento que hayamos interrumpido vuestra cena —dijo Zach.

Llevaba una de sus grandes cámaras de vídeo en la mano. Últimamente se habían convertido en sus apéndices.

—No te preocupes —dijo Nina—. Ya estábamos terminando.

Sonnet pensó que no se tardaba demasiado en tomar dos bocados.

—Vamos al salón —sugirió su madre—. Tenía ganas de conocerte.

—Lo mismo digo —respondió Jezebel—. Tienes una hija encantadora, supongo que ya lo sabes.

Greg se quedó en la cocina recogiendo la mesa.

—Sonnet nos estaba contando cosas del programa —dijo Nina—. Tengo que decirles que esta filmación es una de las cosas más interesantes que han ocurrido en Avalon.

—Ven un día al rodaje —dijo Zach—. Sonnet puede decirte cuál es el día más interesante. Esta noche, Jezebel quiere presentarte a Paige.

Sonnet miró a Zach con recelo. ¿Qué estaban tramando?

—Paige fue mi estilista en Nueva York hace un par de años —dijo Jezebel—. Me hacía unos peinados absolutamente geniales.

—Pero dejé la peluquería para dedicarme a otra cosa —explicó Paige—. Mi abuela se puso enferma, y yo encontré una nueva pasión: la de hacer pelucas.

—Vaya —dijo Nina sorprendida—. Me parece que ya sé adónde queréis llegar.

Sonnet se sintió mareada. Había soltado, como una idiota, que tenía miedo de ver a su madre cuando perdiera el pelo, y le había dado aquella idea tonta a Zach o a Jezebel, no estaba segura. Se giró y fulminó con la mirada a Zach. Él no se amedrentó.

—¿Es que queréis hacerme algo en el pelo? —preguntó Nina—. Porque si es así...

—Quería presentarte a Paige y ver qué puede hacer por ti —dijo Jezebel.

—Lo siento, no quiero ser desagradecida —respondió Nina—. Es que esto es muy difícil para mí.

—Es difícil para todos los pacientes de cáncer —dijo Paige—. Créeme, no eres la única.

—Habéis sido muy amables al venir —dijo Nina—. Una cosa que he averiguado desde que enfermé es que tengo muchos ángeles en mi vida. Muchos más de los que yo hubiera creído —dijo, y sonrió con alivio—. Gracias por aparecer así, de repente.

Sonnet exhaló el aire de los pulmones. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Pese a su enfermedad, su madre seguía siendo su madre: una persona elegante y de mente abierta.

—¿Has venido desde la ciudad? —le preguntó Nina a Paige.

La muchacha asintió.

—Jezebel quería que conociera este pueblo. Es un lugar precioso. Y el hotel es increíble. Me han dado una habitación con balcón —dijo—. He venido para ayudar, o solo para hacer una visita. Como tú prefieras.

Nina se puso una mano en la cabeza.

Tenía el brazo muy delgado.

—He traído un catálogo de pelucas de la clínica, pero todavía no me atrevo a mirarlo. Se supone que voy a conservar el pelo durante un par de semanas más. Y después... Bueno, supongo que será mejor tener un plan B.

—Para eso he venido. Yo soy tu plan B —dijo Paige.

—Querida, quiero que veas esto —dijo Jezebel, diciéndole a Paige que se acercara a Nina—. Mira sus fotografías.

—Esta es mi abuela antes de que se le cayera el pelo —explicó Paige, mostrándole una foto de una mujer de mediana edad con una bonita melena castaña—. Y aquí está con la peluca.

Nina frunció el ceño, y le hizo una seña a Sonnet para que mirara también la fotografía.

—Está prácticamente igual, solo que con el pelo un poco más corto. Tu trabajo es magnífico.

—Gracias. Mi abuela fue mi primera clienta —dijo Paige, y le mostró algunas fotografías más, de hombres y de mujeres—. Podéis ver que he ido mejorando mucho con la práctica.

—Mira esta —dijo Jezebel, y les mostró una foto del antes y el después de sí misma.

Sonnet frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Yo soy una superviviente del cáncer, Creampuff —dijo Jezebel—. Hace un par de años.

—Jezebel, ¿de verdad? No lo sabía.

—Lo mantuve en secreto. Los medios de comunicación dijeron que estaba en un centro de rehabilitación, o alguna tontería por el estilo.

Sonnet reordenó sus pensamientos. Jezebel... una superviviente del cáncer. Eso explicaba muchas cosas: el conocimiento y la compasión de Jezebel, y su interés por Nina.

—Gracias por compartirlo con nosotros —dijo Nina—. Eres una inspiración para mí. Y la peluca es magnífica. Cuando llegue el momento...

—Por eso hemos venido hoy —dijo Jezebel—. El momento es ahora. Veréis, el motivo por el que los clientes de Paige tienen tan buen aspecto es que hace las pelucas con el cabello del propio paciente. Esa es la buena noticia. La mala es que...

—Necesitas el pelo ahora —dijo Nina.

Sonnet se quedó boquiabierta. Miró a Zach, después a Jezebel, y después a Paige.

—¿En serio?

Paige explicó el proceso. Se llevarían el pelo de Nina aquella misma noche, dejándole solo lo suficiente para que le cubriera el cuero cabelludo. Paige insertaría el pelo, cabello a cabello, en una peluca modelada según el aspecto natural de Nina. A Sonnet casi se le olvidó respirar mientras escuchaba las explicaciones de Paige, que hablaba con los ojos brillantes de su trabajo.

—De todos modos —dijo—, es solo una opción. ¿Te gustaría tener un poco de tiempo para pensarlo? En el mercado hay un gel, hoy en día, que algunas veces previene la caída del pelo. ¿Tu médico te ha hablado de él?

—Sí, pero no puede usarse durante el embarazo. Y no siempre es efectivo —dijo Nina, y se tapó la cara con las manos.

Sonnet se acercó al sofá y la abrazó. Desde que había vuelto, no había visto a su madre sobrepasada por el miedo ni una sola vez, ni siquiera antes de la operación. La abrazó y la estrechó contra sí.

—Mamá, no tienes por qué hacerlo...

—Ya lo sé —dijo Nina—. Siempre puedo dejar que se me caiga el pelo, mechón a mechón, y tirarlo a la basura, ¿no? —preguntó, sonriendo entre las lágrimas—. Pero, ¿de qué iba a servir? Yo digo que empecemos ya, si os parece bien.

—Es estupendo —dijo Jezebel.

—Con una condición. Quiero que Zach filme lo que hagamos.

—¿De verdad, mamá? —le preguntó Sonnet, apretándole la mano.

—Algún día miraré atrás y diré: «No puedo creer que hiciera eso». ¿Zach?

—Claro, no hay ningún problema. Tenía el presentimiento de que querías filmarlo.

Era natural que Zach estuviera presente en aquel momento. Era más que un amigo, pensó Sonnet. Era de la familia.

—Me he traído el equipo. ¿Quieres que lo hagamos en el porche? —sugirió Paige—. Hace una noche muy agradable, y fuera es más fácil limpiar.

Nina asintió.

—Sí, vamos.

Entonces, Sonnet miró a Jezebel.

—Gracias —susurró.

Greg estaba recogiendo la cocina cuando todos salieron en fila al porche trasero.

—Prepárate —le dijo Nina, con los ojos brillantes de emoción—. Estoy a punto de cortarme el pelo.

—Eh... De acuerdo. ¿Te importa que mire?

—Claro que no.

—¿Y te importa que beba mientras miro?

—Me parece bien —dijo Nina—. A estas alturas ya me he acostumbrado a que bebas sin mí.

Greg sacó un pack de seis cervezas y las ofreció por el porche.

—Gracias, pero voy a esperar a terminar con esto —dijo Paige.

—Tengo una última petición —dijo Greg.

Entonces, abrazó a Nina y escondió la cara entre su pelo. Le susurró algo, y ella le acarició la mejilla.

«Me alegro tanto de que estés a su lado», pensó Sonnet.

Mientras Zach preparaba el equipo de grabación, Paige le explicó los planos que necesitaba: fotografías desde todos los ángulos, para después poder reproducir el aspecto de Nina lo más fielmente posible. Incluso le pidió algunas secuencias de vídeo, para poder observar cómo se movía la melena de Nina.

Después, Paige sacó un par de tijeras.

—Tengo un espejo, por si quieres mirar —le dijo a Nina.

—No, gracias. Prefiero sorprenderme —respondió ella. Tomó aire, y después exhaló—. No sé cómo es mi cuello cabelludo. Tal vez tenga arrugas.

—Eres guapísima, mamá, y eso no va a cambiar. Lo entiendes, ¿no? —le dijo Sonnet.

—Puedo tener terminada tu peluca dentro de un par de días —dijo Paige mientras levantaba con cuidado un mechón de cabello.

Las tijeras hicieron un ruido metálico al cortar, y el mechón quedó en la mano de Paige. Ella lo colocó sobre una lámina de plástico y siguió cortando.

Aquel corte de pelo era algo ritual, y tenía un aire de solemnidad. Zach lo grabó todo, y Sonnet sintió agradecimiento hacia él, porque sabía que su amigo iba a captar la sonrisa tímida y dulce de su madre, y la mirada de ternura de Greg.

—Vas a estar muy guapa —le dijo Paige—. Creo que te va a encantar tu peluca.

—Seguro que sí —respondió Nina—. Esta es una oportunidad maravillosa.

Parecía que estaba más relajada cuando Paige terminó de cortar el pelo. Le dejó unos dos centímetros de largo, y después le dio forma.

—Pareces una niña —le dijo Greg—. Me gusta.

—Puede que la peluca sea más corta y menos espesa que tu melena normal —le explicó Paige, mientras le sacudía el cuello con un cepillo suave—. Tengo que utilizar cabellos largos para hacer las ondas y no tenemos mucho, y no tengo mucho. Sería mejor si tuviera algo más... ¿Te importaría que usara cabello de un donante?

—No —dijo Nina—. Por supuesto que no.

Paige miró a Sonnet.

Sonnet se puso una mano sobre la cabeza, con asombro.

—¿En serio? ¿Puedes utilizar el mío?

—No —dijo Nina rápidamente—. De ninguna manera. No voy a permitir que...

—Le estaba preguntando a Paige.

—Sí, funcionaría bien —dijo la estilista, tomando uno de los rizos de Sonnet—. Trabajo muy a menudo con cabello donado. Tu madre y tú tenéis un color y una textura parecidos, aunque seáis de razas distintas.

—Muy bien —dijo Sonnet—. Entonces es todo tuyo.

—Pero si tú nunca has llevado el pelo corto —objetó Nina.

—Y tú tampoco. Vamos a parecer hermanas.

Para Sonnet fue muy difícil mantenerse quieta mientras Paige le cortaba el pelo metódicamente.

—¿Te acuerdas de cuánto odiaba mi pelo cuando era pequeña? —le preguntó a su madre.

—Todas las niñas odian su pelo —comentó Jezebel—. Si lo tienen liso, lo prefieren rizado, y si lo tienen rizado, lo quieren liso.

Nina asintió.

—Tú te ponías una cosa pegajosa en el pelo —dijo Zach.

—Eh, esa cosa pegajosa consiguió que no me prendiera fuego a la cabeza de pura frustración —dijo Sonnet. E intentó no estremecerse cuando la tijera cortó cerca de su oreja.

Después de una eternidad, su madre le entregó el espejo.

—Aquí tienes. Pareces Halle Berry.

Sonnet miró a la extraña que se reflejaba en el espejo. La brisa le acarició

el cuello y la garganta, y ella se sintió tan ligera como una pluma, como si pudiera volar. La transformación fue asombrosa y drástica. No sabía si estaba guapa o no. Sin embargo, al ver la expresión de Zach, supo con certeza que no estaba mal del todo.



## C A P Í T U L O 14

—¿Qué demonios te has hecho en el pelo? —preguntó Orlando, nada más bajar del autobús de la campaña, regañándola casi antes de que sus pies tocaran el pavimento.

Sonnet se acarició los rizos.

—Me lo he cortado para dárselo a mi madre. Y si me vas a gritar por eso, tenemos un grave problema.

—Ah, lo siento. He sido un idiota —dijo él. Entonces sonrió, se acercó a ella y la abrazó—. Tengo mucho estrés, aunque eso no es excusa. Pero... ¿qué llevas puesto?

Ella se miró la chaqueta victoriana y las botas que se había comprado en Zuzu's Petals.

—Es mi nuevo look. ¿Te gusta?

—Estás muy mona. Es bohemio.

—Eso era lo que quería.

Él apretó la mandíbula, pero después volvió a sonreír.

—Estás fantástica, y te he echado de menos.

Tras él, el equipo de la campaña comenzó a bajar del autobús. A Sonnet todavía le parecía algo irreal que su padre tuviera un autobús de campaña electoral. O que tuviera una campaña electoral en sí.

—¿Ha aparecido alguien de la campaña de Delvecchio? —le preguntó Orlando.

—No. ¿Por qué iban a...? Ah. Sí —dijo Sonnet, con una punzada de angustia en el estómago—. No van a sacar provecho de que mis padres no se hayan casado nunca.

—Te advertí que es posible.

—¿Está mi padre contigo?

Sonnet miró a su alrededor para ver lo que estaba sucediendo. Había más ayudantes y voluntarios alrededor del autobús. Otro vehículo se había parado junto a Blanchard Park, donde iba a tener lugar el debate. El pueblo ya estaba

lleno de periodistas, blogueros políticos y partidarios y detractores de ambos candidatos.

—Llegará en hidroavión de Westchester dentro de una hora, más o menos.

—Ah, bien. Entonces, tendrá tiempo para una visita...

—No es posible. Tiene que prepararse para el evento, y para la conferencia de prensa que se celebrará después, y luego tiene que volver a la ciudad rápidamente, porque mañana hay un desayuno para recaudar fondos a primera hora de la mañana.

Ella se quedó decepcionada, pero lo disimuló.

—Realmente, desea ganar. Está completamente decidido a conseguirlo.

—Tienes razón. Es un buen hombre, Sonnet, y será bueno para este estado y para el país. Pero para llegar a eso, tiene que hacer muchos sacrificios personales.

—Lo entiendo de verdad.

—Quería que te preguntara si puedes ir a verlo antes del debate. Tiene ganas de verte.

—Claro que sí. Iré a buscarlo —dijo Sonnet, que al oír que su padre tenía ganas de verla, se había alegrado mucho—. ¿Y tú? ¿Te vas a quedar a dormir?

—Ojalá pudiera. El hotel de tu madre es increíble. Pero tengo que estar en el desayuno —dijo Orlando. Después vaciló y añadió—: Me encantaría ver a tu madre, si es posible.

—Muchas gracias —respondió ella, y le apretó la mano—. Y yo también te he echado de menos.

Fueron al hotel en coche, y allí encontraron a Nina y a Greg pintando de blanco unas tumbonas de la terraza. Era estupendo ver a su madre haciendo tareas cotidianas. Sí, avanzaba lentamente. Tenía que esforzarse por comer, y a causa de los fármacos, olvidaba muchas cosas. Sin embargo, se estaba sometiendo disciplinadamente al tratamiento. Todavía era demasiado pronto para que los médicos pudieran saber si las medicinas estaban haciendo efecto, pero en poco tiempo tendrían noticias.

Al ver acercarse a Sonnet y a Orlando, Nina se irguió, se quitó el sombrero y los saludó con la mano.

—Tiene muy buen aspecto —dijo Orlando.

Sonnet sintió agradecimiento. La peluca que había hecho Paige era prácticamente igual que la melena natural de su madre, y pese a que Nina ya había perdido todo su cabello, gracias a aquella peluca seguía pareciendo ella

misma. Solo que mucho más delgada, claro. Además, el embarazo acentuaba su delgadez.

—Bienvenido —dijo Nina, tendiéndole las manos a Orlando.

Se dieron un breve abrazo, aunque fue un poco embarazoso porque apenas se conocían. Orlando se giró rápidamente a estrecharle la mano a Greg.

—Seguro que has venido por el debate —dijo Greg.

—Exacto. Por desgracia no puedo quedarme mucho, pero quería venir a saludar y a ver qué tal van las cosas.

—Muy bien, dentro de lo que cabe —dijo Nina—. ¿Tienes tiempo para tomar una limonada, o algo más fuerte quizá?

—No, ojalá —dijo Orlando—. La prensa ya ha llegado al pueblo, y hay que organizarlo todo. ¿Tenéis pensado ir?

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Nina.

A Orlando se le tensaron los hombros, y entornó ligeramente los ojos. Sonnet se preguntó si los demás percibían su expresión.

—Yo ya sé a quién voy a votar —dijo Greg—. Y por ir a un debate no voy a cambiar de opinión. Laurence es el hombre más adecuado para el escaño.

Orlando sonrió, y su encanto natural irradió de él como un halo. Sonnet sospechaba que ella era la única que podía ver la tensión de sus ojos.

—Todos los miembros de la campaña electoral piensan lo mismo. Agradecemos tu apoyo —dijo él. Después, le entregó una bolsa a Nina—. Te he traído un libro electrónico. Sonnet me ha contado que eres una gran lectora, así que pensé que te gustaría probarlo.

—Eres muy amable, Orlando. Gracias. Estos días me paso mucho tiempo en las salas de espera del hospital, así que estoy segura de que lo voy a usar.

—Lo he cargado de libros que he pensado que pueden interesarte.

—Eres muy considerado —dijo Sonnet, y encendió el libro electrónico—. Vamos a ver lo que has elegido para mi madre...

La pantalla se llenó de títulos como *Nutrición para el paciente de cáncer*, *El mundo desde la perspectiva del cáncer*, *El conocimiento es poder...* Bueno, su madre iba a odiarlos. Ella tenía interés en aprender cosas sobre su enfermedad, pero la lectura era su vía de escape. Por supuesto, Orlando no podía saberlo.

—Lo que está muy bien es que hay mucha variedad. Puedo conseguirte la nueva novela de Robert Dugoni, si quieres.

—Gracias de nuevo —le dijo Nina a Orlando—. Voy a disfrutar un montón

con él, estoy segura.

—De nada —respondió él. Su teléfono sonó en aquel momento, y él miró de quién era la llamada—. Me encantaría quedarme un poco más, pero el deber me llama.

—Mamá, yo me voy al pueblo con Orlando —le dijo Sonnet a Nina—. Nos vemos allí.

—¿Estás segura de que tu madre está bien para ir al debate? —le preguntó Orlando, cuando se hubieron alejado del hotel.

—Sí. Le viene bien salir. Y a mí también. Hace tiempo que no veo a mi padre. Sé que no tiene mucho tiempo, pero esperemos que pueda dedicarme unos minutos.

Pasó un segundo. Entonces, Orlando dijo:

—Sí, claro. Le encantará verte.

Ella se detuvo en seco.

—No puedes estar tan preocupado por la prensa.

—Ya me conoces. Me preocupo por todo.

—No es que yo sea exactamente un secreto oscuro y sucio. He aparecido en muchas de sus biografías.

—Sí, pero eso era cuando...

—¿Cuándo? Ah, ya te entiendo. Cuando tenía un trabajo de prestigio en la Unesco. Ahora solo soy una vaga, ¿no?

—Nadie sabe cómo van a retorcer las cosas.

—Pero tú sí lo sabes, ¿no?

—Mi trabajo es saberlo.

—¿Y cómo van a retorcer las cosas?

—Delvecchio sacará a relucir algo que hable mal de ti. Tal vez intente que la gente empiece a especular sobre el motivo por el que has rechazado una de las becas más prestigiosas que se conceden en tu campo profesional.

—No cabe esa especulación. Diré simplemente que me estoy encargando de un asunto familiar. Si necesitan más detalles, ya me las arreglaré —dijo Sonnet. Odiaba la idea de tener que dar explicaciones sobre el estado de salud de su madre.

—Sonnet, lo siento muchísimo. Te protegería de todo esto si pudiera.

—No necesito que me protejan.

—Eso es admirable, y tú eres muy valiente, pero ¿va a ayudar a tu padre que te muestres en público solo para que vean que eres valiente?

—No creo que vaya a hacerle daño.

—De eso no podemos estar seguros.

Ella miró fijamente por la ventanilla del coche, y tuvo que recordarse que Orlando era un profesional, un experto en campañas electorales. Su padre tenía la reputación de elegir siempre a los mejores. Orlando estaba en el núcleo del círculo de su padre, y si ella quería estar también allí, debía seguir el guion.

Aparcaron el coche cerca del autobús. La zona estaba llena de gente. Había furgonetas que portaban rollos de cable, cámaras y equipos de sonido. Orlando se detuvo y tomó ambas manos a Sonnet.

—Cariño, ojalá tuviera más tiempo. Te he echado de menos. Mucho. Más de lo que hubiera creído.

—Yo también —dijo ella, y su enfado con él disminuyó—. Piensa que sería mucho peor si hubiera aceptado la beca. Estaría a miles de kilómetros, no a pocas horas de la ciudad.

—Sí, pero por lo menos, si la hubieras aceptado, habrías dado un gran paso adelante en tu profesión.

—Y el hecho de que esté aquí con mi madre no te parece valioso —dijo ella.

Él se echó a reír.

—Me da la sensación de que estás empeñada en que nos peleemos para poder besarnos y hacer las paces.

—Sí, claro, eso es exactamente lo que estoy pensando.

—Mira, si quieres, volveré el fin de semana, si puedo escaparme. O tú podrías ir a la ciudad.

—Eso me gustaría mucho. Tal vez...

Su teléfono volvió a sonar.

—Tu padre ya ha llegado. Vamos a saludarlo.

El debate iba a celebrarse en el auditorio de la biblioteca pública del pueblo, un antiguo edificio de piedra gris que en aquel momento se encontraba lleno de votantes, estudiantes de instituto y periodistas que iban de un lado a otro arrastrando cables y equipo. El debate iba a ser televisado, y sin duda, analizado hasta el último detalle, hasta el último gesto, hasta la última palabra.

—Parece que te has quedado asombrada —dijo Orlando.

—Creo que por fin estoy empezando a entender la trascendencia de la situación —dijo ella.

Entre otras cosas, Sonnet reconoció a Rachel Maddow, perfectamente maquillada y con su habitual expresión de astucia. Tras ella había otras caras de periodistas de diversos canales, como la CNN y la Fox.

—Este escaño del senado, en particular, es más importante de lo que la gente piensa —convino Orlando—. El resultado inclinaría la balanza hacia nuestra mayoría, pero solo si tu padre gana.

Encontraron al general Jeffries en uno de los despachos de la biblioteca, que se estaba utilizando como una suerte de camerino antes del debate. Estaba rodeado de gente que lo maquillaba y hacía pruebas de sonido, pero cuando vio a Sonnet, alzó una mano para hacer una pausa.

—Hola, papá —dijo ella, y le dio un abrazo.

—¿Qué crees? —le preguntó él—. ¿Voy a hacerlo bien, aquí en tu pueblo?

—Eres el candidato perfecto.

—Preferiría ser el senador perfecto. El problema es mi oponente.

—Ganará el mejor —le aseguró ella—. Y el mejor eres tú.

—Gracias, Sonnet. Ojalá tuviera más tiempo para estar contigo.

—Mi madre me necesita en estos momentos —dijo ella—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió él—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo corté para que lo usaran en una peluca para mi madre.

A él se le escapó una suave carcajada de incredulidad, y se puso las manos en las caderas.

—No me digas.

—Sí, de verdad.

—Es muy generoso por tu parte, Sonnet.

—No, en realidad no. Yo haría cualquier cosa por mi madre. Y lo mismo con respecto a ti —añadió—. Para que lo sepas.

—Y yo estoy seguro de que tu madre te lo agradece tanto como yo —respondió él, y le acarició brevemente la mano—. No te criamos juntos, lo sé, pero ella educó a una buena hija. Espero que sepa que me siento muy agradecido por ello.

«Pues podrías decírselo», pensó Sonnet, pero después se apartó aquel pensamiento de la cabeza. Su padre no iba a decirle nada personal a su madre, al menos hasta que terminara la campaña. Según Orlando, ni siquiera podía arriesgarse a enviarle una nota para desearle que se mejorara, a riesgo de que la oposición tergiversara el pasado y dijera que se trataba de una antigua

amante.

—Se lo diré de tu parte —le dijo.

—Disculpa —dijo Orlando, que estaba en la puerta—. Creo que te equivocas de sitio.

—No —dijo Jezebel, y entró en el despacho. Llevaba una blusa de color amarillo fuerte, unos pantalones vaqueros llenos de cremalleras y un par de sandalias con plataforma, que la hacían más alta de lo que ya era. Sonrió a Sonnet—. Hola, nena —dijo—. He venido a conocer a tu padre.

Sonnet se había quedado sorprendida, pero aquello le agradó mucho. Se giró hacia el general e hizo las presentaciones.

—Papá, te presento a Jezebel. Jezebel, mi padre, el general Jeffries.

—Es un placer conocerlo —dijo Jezebel, y le tendió la mano.

—Igualmente —respondió Laurence, haciendo gala de un gran aplomo.

Sonnet sospechó que ella era la única que se daba cuenta de que su padre no estaba contento. Aunque sonreía, en sus ojos había una mirada fría.

—Estoy deseando que empiece el debate —dijo Jezebel—. Le diría que tiene mi voto, pero soy de los que no votan —añadió con una sonrisa de picardía—. No sé si entiende lo que quiero decir.

—Sí, lo entiendo —dijo Laurence, con cierta rigidez que delató su incomodidad. Aparte de la raza, aquellos dos no tenían nada en común, y parecía que a Jezebel le divertía mucho eso.

—Voy a animarlo a usted. Llevaré una pancarta.

Sonnet miró a Orlando. Él tenía mucha menos capacidad que su padre para disimular su desaprobación. «No la conocéis», quería gritarles Sonnet a los dos. «No la conocéis, y la estáis juzgando de todos modos».

—Gracias. Y ahora, el deber me llama. Tengo que prepararme para el debate.

Sonnet tuvo que contener su frustración. Era difícil ser la hija de una figura pública, incluso allí, en Avalon. Salió del camerino improvisado, seguida de Orlando y Jezebel.

—Venid —les dijo—. Os daré un tour de cinco centavos por la biblioteca.

—¿Eso es todo lo que valemos? —preguntó Maureen Haven, la bibliotecaria del pueblo, que estaba en la recepción, poniendo sobre el mostrador un cartel que explicaba que la biblioteca estaba cerrada por un evento especial—. ¿Una moneda de cinco centavos?

—No tenéis precio —dijo Sonnet—. Maureen, quisiera presentarte a

Orlando Rivera y a Jezebel.

—Bienvenidos a mis dominios —dijo Maureen con una sonrisa. Al contrario que Orlando y que su padre, ella saludó a Jezebel con sinceridad—. Soy fan tuya —le dijo—. Mi marido trabaja en el negocio de la música, y él me dio a conocer tus discos.

—¿De verdad? —preguntó Jezebel, que se irguió todavía más—. Gracias.

—Tu música circula muchísimo por aquí —le dijo Maureen—. Sobre todo desde que viniste al pueblo.

—Eso lo aprecio mucho.

—Espero que volváis durante las horas de funcionamiento normal de la biblioteca —dijo Maureen—. Ahora tengo que irme a ayudar en el auditorio.

—¿Puedo llevarlos a la zona infantil? —preguntó Sonnet.

—Por supuesto. Hasta luego.

—Este sitio era mi segundo hogar durante mi adolescencia y juventud —les explicó Sonnet a Orlando y a Jezebel, mientras subían por la escalinata de mármol blanco que flanqueaba el atrio—. Venía casi todos los días después del colegio a leer y hacer los deberes, hasta que mi madre terminaba de trabajar —dijo, y se detuvo cuando llegó arriba del todo—. Mis amigas y yo jugábamos a las bodas en estas escaleras. Tienen mucha curva y son muy teatrales, y nosotras hacíamos un desfile subiendo y bajando mientras cantábamos el himno nupcial.

Orlando se rio.

—¿Y tú eras la novia, o la madrina de la novia?

—¿Acaso necesitas preguntarlo? La novia, por supuesto, aunque tuviera que tirar a Georgina Wilson de su pedestal.

—¿Y la bibliotecaria no os mandaba callar? —preguntó Jezebel.

—Sí, pero de una manera amable. Poder estar aquí era... perfecto para mí.

Caminaron hasta la barandilla para contemplar el atrio de mármol del edificio. El suelo era de azulejos negros y blancos.

—Me encantaba venir aquí. Siempre me sentía tan... segura. Podía leer cualquier libro que quisiera sin que nadie me interrumpiera, o si lo hacían, era con delicadeza y con respeto. Siempre quise que el resto del mundo fuera dirigido como una biblioteca —dijo Sonnet, y sonrió a Orlando—. Todavía lo pienso.

Él no vio la sonrisa. Estaba inclinado sobre la barandilla de hierro forjado, inspeccionando a los periodistas que estaban abajo.



Jezebel estaba hojeando un libro de arte napolitano.

—Estoy de acuerdo con Sonnet. Si el mundo funcionara como una biblioteca, no tendríamos nada por lo que pelearnos.

Orlando también la ignoró a ella.

—Mirad, esa es Courtney Proctor —les dijo, señalando a una mujer rubia que llevaba un traje claro, y que tenía aires de reina del baile—. Está en el equipo de la campaña de Delvecchio, aunque nunca lo admitirá. Y juega sucio.

—¿A qué te refieres?

—Va por las cuestiones personales. Se le ocurrirá una forma de referirse a los problemas de seguridad que hubo en el cuartel general de la OTAN cuando tu padre estaba a cargo, o de la expulsión de su hija Layla del internado.

—¿Hubo problemas de seguridad? —preguntó Sonnet con asombro—. ¿Y a Layla la expulsaron del internado?

—No, y no. Por eso es tan insidiosa. Sabe que, con solo mencionar cosas como esa, crea la sombra de la duda. Es su modus operandi —dijo él. Le dio una palmadita a Sonnet en la mano y añadió—: Tengo que ir al auditorio para asegurarme de que todo va bien.

—Dile a mi padre que tenga mucha suerte.

—Jezebel, me alegro de haberte conocido —dijo Orlando, mientras le daba un beso en la frente a Sonnet—. Nos vemos después del espectáculo.

## C A P Í T U L O 15

Sonnet observó a Orlando, que caminaba con su elegancia y su seguridad acostumbradas, mientras atravesaba el vestíbulo de la biblioteca. Su determinación cuando estaba concentrado en el trabajo nunca dejaba de impresionar.

—Bueno, pues ese es Orlando —le comentó a Jezebel.

—Es como tú dijiste —respondió Jezebel—, solo que más guapo.

—Te has fijado —dijo Sonnet.

Se acarició la pechera de la chaqueta mientras lo veía atravesar la multitud. Era la persona idónea para dirigir una campaña electoral de alto nivel. Desde el principio, su padre le había dicho que Orlando iba a llegar lejos. Cuando ganaran las elecciones, él seguiría en su equipo, diseñando eventos para recaudar fondos y tal vez una campaña para optar a algún puesto incluso más alto.

—Es guapísimo, desde luego que sí —dijo Jezebel—. ¿Y tú crees que es el hombre de tu vida?

Sonnet titubeó. Ojalá no estuviera tan confundida. Cuando vivía en la ciudad, le gustaba formar parte de aquel mundo que rodeaba a su padre. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba en Avalon, más y más lejos se sentía de todo aquello.

—Estamos muy bien juntos —dijo por fin.

—A mí no me convence —respondió Jezebel, observándolo mientras él entraba al auditorio.

—¿Qué es lo que no te convence?

—¿Quieres saber lo que significa estar con el hombre equivocado? Esto es lo que puede hacerte.

Sonnet se estremeció al ver la fotografía. Jezebel estaba irreconocible. Tenía las mejillas y los labios hinchados y llenos de cortes, un ojo amoratado y una herida en la ceja.

—Así estaba yo la noche que me arrestaron. El muy desgraciado me dio una

paliza, así que le dejé un mensaje pintado con spray en su perro. Y también le destrocé su posesión más preciada, su BMW Roadster.

—Dios mío, lo siento, Jezebel. Siento muchísimo que tuvieras que pasar por todo eso. Pero mi situación con Orlando es distinta. Nosotros nos llevamos bien. Él nunca, nunca me pondría la mano encima.

—Seguro que no. Pero querer al hombre equivocado puede destruirte de otras maneras.

—Orlando y yo... estamos... intentando que esto funcione.

—Chica, estás empeñada con ese tío. Lo intentas con todas tus fuerzas. Lo he visto. Mírate, con tu buenísima educación y tu inteligencia. Tú no puedes ser el perrito faldero de ningún hombre.

Sonnet bajó las escaleras, mirando la tarjeta de VIP que le había dado Orlando. Su sitio estaba en la fila Q. ¿Era lo más cerca que podía estar de su padre?

Recibió un mensaje de texto y lo leyó. Su madre acababa de llegar y estaba esperándola debajo del gran reloj de la biblioteca.

Por un momento, no consiguió distinguirla entre la gente. Entonces la vio, y se quedó asombrada por lo guapa que estaba su madre, allí de pie, envuelta en la luz dorada que entraba por las aberturas acristaladas del techo del atrio. Llevaba una blusa amplia de seda que flotaba con elegancia sobre su vientre hinchado, unos pantalones vaqueros ajustados y unas bonitas sandalias. Con las gafas colocadas sobre la peluca, y la bolsa que habían comprado juntas en la boutique, estaba muy estilosa y no parecía una enferma de cáncer. Sin embargo, Sonnet se fijó en que estaba demacrada y tenía ojeras. La enfermedad estaba presente en todo momento, como una nube que no se iba.

—Estás sola —le dijo cuando llegó a su lado—. ¿Greg no ha venido?

—No le hace demasiada ilusión ver a Laurence —dijo Nina con una sonrisa irónica.

—Lo entiendo —comentó Sonnet. Aunque la historia de sus padres era muy antigua, Sonnet era la prueba de que una vez habían sido jóvenes y alocados, y de que habían estado juntos—. A propósito, estás guapísima.

—Gracias. Sin embargo, no me siento tan bien.

A Sonnet se le encogió el estómago.

—¿Te traigo algo? Agua, o...

—Tengo una botella en el bolso. Necesito comer más, pero no tengo apetito.

—Ay, mamá. Acuérdate de lo que te dijo el médico. No solo estás comiendo para dos, sino que estás comiendo para sobrevivir.

—Ya lo sé. Lo intentaré. Greg ha traído a casa una quiche de bacón y queso, de la pastelería Sky River. Si no puedo comer eso, es que estoy en las últimas.

—No digas eso.

Nina se rio.

—Bueno, pues estoy acabada. Muerta.

—Ya basta —dijo Sonnet, y le dio un codazo a su madre, en broma, aunque tuviera un nudo en la garganta—. ¿Quieres conocer a Angela Jeffries?

—¿A la mujer de Laurence? —preguntó Nina, arqueando las cejas—. No voy a decir que no tengo curiosidad.

—Acaba de entrar. Por aquí —dijo Sonnet.

Intentó imaginarse cómo debía de sentirse su madre al ir a conocer a una mujer con la que no tenía nada en común, salvo el hecho de haber tenido una hija con Laurence Jeffries.

Parecía que Angela estaba muy cómoda en su papel. Era la esposa ideal para un candidato al Senado. Llevaba un traje elegante y su peinado y su maquillaje eran impecables. A medida que se acercaban a ella, Sonnet se arrepintió de no haberse puesto una ropa más conservadora.

—Sonnet, esperaba verte aquí. ¿Cómo estás? —le preguntó Angela con una sonrisa. Tenía unas maneras exquisitas, y siempre había tratado a Sonnet con una amabilidad distante, algo muy peculiar. Le tomó la mano y comentó—: Y mira qué corte de pelo. Lo llevas muy... corto.

—Gracias. Creo.

—Me encanta —le dijo Angela—. Es que es un gran cambio, eso es todo. Y, Sonnet, he sentido mucho enterarme de lo de tu madre. Si hay algo que yo pueda hacer...

—Angela, te presento a mi madre, Nina Bellamy —dijo Sonnet rápidamente, antes de que la situación se volviera embarazosa.

No debería haberse preocupado por eso. Angela Jeffries era el tacto personificado, y tenía una larga experiencia como oficial de alto rango del Ejército. Nina, por su parte, había participado en la política municipal de Avalon, y su encanto natural le resultaba muy útil.

—Es un placer conocerte —dijo, estrechándole la mano a Angela—. Espero que estés disfrutando de Avalon y de Willow Lake.

—Es un pueblo precioso —le aseguró Angela—. Por desgracia, el programa de Laurence no nos deja demasiado tiempo para hacer turismo.

—Tal vez puedas volver de visita cuando tengas más tiempo.

—Me encantaría —dijo Ángela, y volvió a tomarle la mano a Nina—. Lo digo de verdad. Me encantaría.

—Me alegro de que por fin nos hayamos conocido —dijo Nina—. Quería agradecerte tu hospitalidad con Sonnet cuando estaba estudiando fuera.

Angela sonrió.

—Un verdadero placer. Fue una suerte que Laurence estuviera destinado en el cuartel general de la OTAN cuando Sonnet estaba estudiando en Alemania.

Sonnet se preguntó si Angela había pensado alguna vez, verdaderamente, que era una suerte tener que conocer a la hija que había tenido su marido con otra mujer. Siempre la había aceptado, aunque había mantenido las barreras en su lugar. Pero a Sonnet no le importaba; estaba concentrada en encontrar la manera de relacionarse con su padre, y el hecho de que Angela le hubiera abierto las puertas de su casa había sido muy importante para ella.

Mientras Angela y Nina charlaban, Sonnet vio un reflejo de color coral por el rabillo del ojo. Era Courtney Proctor. Estaba al otro lado de la sala, manteniendo una conversación animada con un miembro de su equipo. La estaban filmando varias cámaras. Sonnet tuvo una náusea.

—Mamá...

—Señora Jeffries, es hora de ocupar su asiento —dijo alguien, y comenzó a llevársela.

Ella sonrió a Sonnet a modo de disculpa.

—Vamos a intentar vernos más tarde —le dijo.

—Por supuesto —respondió ella. La vio marchar, sabiendo que ninguna de las dos iba a poner demasiado de su parte.

Tomó del brazo a su madre y la llevó hasta el auditorio. Esperaba que aquella reportera no tuviera demasiado interés en ellas.

—Bueno, así que esa es Ángela —murmuró Nina—. Es la mujer idónea para un candidato.

—No sé por qué, pero eso no me ha sonado a cumplido.

—No quiero ser mala. Lo único que ocurre es que no me ha parecido que sea una entidad separada de Laurence.

—Entiendo perfectamente lo que dices.

Resultaba difícil conocer a Angela. Parecía que estaba muy cómoda en su

papel de adjunta a la carrera de su marido. Algunas veces, Sonnet se preguntaba si la señora Jeffries había querido algo para sí misma, algo aparte de Laurence y sus dos hijas. La idea de dedicarse por completo a la carrera de un marido era algo totalmente ajeno a la mentalidad de Sonnet.

Nina y ella ocuparon sus asientos en el auditorio, que ya estaba ocupado por el público y la prensa. A los pocos minutos, el presidente de la Liga de Mujeres Votantes salió al escenario y se colocó en el podio central para presentar a los dos candidatos. Sonnet se sintió orgullosa al ver salir a Laurence Jeffries y ocupar su lugar en otro podio con una suprema seguridad en sí mismo. El moderador leyó una breve biografía en la que se habían destacado los puntos más relevantes de su carrera: la licenciatura en West Point, la comandancia en la Primera Guerra del Golfo, su puesto de jefe de seguridad de la OTAN, la Subsecretaría General de las Operaciones de Paz de la ONU, y su puesto de asesor en el consejo de desarrollo económico del gobernador.

Su oponente, Johnny Delvecchio, provenía del mundo del comercio, y había amasado su fortuna en el negocio de la carne. Durante la pasada década había prestado servicios en el gobierno municipal y del estado de Nueva York.

Eran hombres muy distintos, pero ambos estaban igualmente decididos a conseguir el escaño del Senado en las elecciones del próximo otoño.

Las declaraciones iniciales fueron bastante insulsas por ambas partes. Sonnet le concedió la ventaja a su padre, puesto que tenía mejor presencia y mejor voz. Delvecchio era un poco monótono. Nina se inclinó hacia Sonnet.

—Se me cierran los ojos —le dijo.

—Es un poco aburrido —dijo Sonnet, asintiendo.

Siguieron escuchando discursos sobre las estrategias de los candidatos para mejorar la economía y crear empleo, y sobre la experiencia en sus respectivos campos profesionales. Entonces, cuando llegaba el final del debate, llegó la pregunta que Sonnet había temido.

—General Jeffries —dijo Courtney Proctor, con su voz bien modulada—, ¿podría explicarnos cómo encaja sus indiscreciones personales con sus opiniones de la actualidad? Me refiero concretamente al hecho de que, cuando estaba en West Point, tuvo una hija ilegítima con una muchacha de este mismo pueblo, Avalon.

Sonnet se quedó sin aliento. Su madre la agarró de la mano con fuerza.

—Ya está —murmuró. Buscó a Orlando con la mirada, pero no lo vio.

El general Jeffries se irguió en el podio.

—No creo que un asunto privado que fue resuelto varias décadas atrás tenga lugar en un debate como el de hoy. Le pediría, con todos mis respetos, que volvámos a centrarnos en los asuntos del presente.

Aquello no amilanó a la señora Proctor.

—No creo que se trate de un asunto privado si habla de la conducta de un candidato con respec...

En aquel momento se oyó un desagradable sonido de acople por todo el auditorio. El sistema de sonido falló, y la reportera se quedó pronunciando palabras que nadie podía oír. Hubo una actividad apresurada alrededor de la mesa de sonido, que estaba situada en la parte trasera del auditorio. Mientras, la gente comenzó a sentirse impaciente, y a marcharse.

—Este es el mejor momento para que salgamos de aquí —le dijo Sonnet a su madre.

Cuando pasaban junto a la mesa de sonido, Sonnet vio a alguien con el pelo muy rubio, casi blanco. Era Zach, que estaba encargándose del equipo. ¿Qué estaba haciendo allí? Su madre y ella pasaron de largo, siguiendo la corriente que las llevaba hacia el vestíbulo.

—¿Estás bien? —le preguntó Sonnet a su madre.

—Sí, perfectamente. ¿Y tú?

—Yo... Es que ha sido muy embarazoso, mamá. Lo siento mucho. No debería haber salido a colación.

Entonces apareció Zach, que iba cargado con una pesada cámara de vídeo.

—Supongo que ya ha terminado la fiesta —dijo con desparpajo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Sonnet.

Él se encogió de hombros inocentemente.

—Ha habido dificultades técnicas. A veces pasa. ¿Qué vais a hacer?

—Zach, ¿has...

—Señora Bellamy, ¿tiene algún comentario que hacer sobre el escándalo sexual del general? —preguntó de repente Courtney Proctor, abriéndose paso hacia Nina con un micrófono.

—¿Cómo? —preguntó Nina.

—Y, señorita Romano —continuó la reportera—, como hija ilegítima del general Jeffries, ¿quiere hacer alguna declaración?

—No, no quiere —respondió Zach con autoridad—. Así que lárguese. Vaya a buscar alguna noticia que sea importante de verdad.

—El hecho de que el general Jeffries tenga un pasado problemático es importante. ¿Y no es cierto, señorita Romano, que tuvo que abandonar su puesto en la Unesco debido a...?

—Señora, ¿qué parte de «lárguese» no ha entendido? —le dijo Zach.

Después tomó suavemente del brazo a Nina, y la dirigió hacia la salida. Sonnet los siguió con la cara ardiendo y los dientes apretados para no decir algo que pudiera lamentar.

Nina estaba pálida, y le temblaban las manos. Sonnet le estaba muy agradecida a Zach. No le había visto llegar, pero tal y como hacía a menudo, había aparecido justo cuando más se le necesitaba. Gestionó la situación con calma y aplomo, y las acompañó al aparcamiento.

Tal vez, pensó Sonnet, solo tal vez, estaban recuperando la amistad que habían perdido la noche de la boda de Daisy. Aquello debería darle algo de alivio, pero en vez de eso, Sonnet se sorprendió a sí misma pensando otra vez en aquella noche, y preguntándose si la amistad volvería a ser suficiente alguna vez con Zach.



## C A P Í T U L O 16

—¡Sonnet! —exclamó Orlando. Se acercó apresuradamente a ellas, con un maletín a mal cerrado en la mano y el bajo de la camisa fuera de los pantalones—. ¡Espera!

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó Zach a Sonnet, mirando a Orlando de arriba abajo.

—Orlando, te presento a Zach Alger —dijo ella.

Zach lo saludó estrechándole brevemente la mano.

—Me parece que las señoras quieren marcharse rápidamente.

—Por supuesto —dijo Orlando—. Nina, lamento mucho lo que ha ocurrido. En eventos como este, las cosas pueden ser impredecibles.

—No te preocupes —respondió Nina—. Zach, ¿te importaría acompañarme a mi coche?

—Claro que no. Vamos.

—¿Impredecibles? —le preguntó Sonnet a Orlando—. Tú sabías que esto iba a suceder.

—Esperaba que no —dijo Orlando, mirando a Zach mientras se alejaba—. ¿Quién demonios es ese?

—Es mi mejor amigo y... Bueno, en realidad no tengo por qué darte explicaciones sobre él.

—No tienes por qué, pero quiero saber quién es la gente que forma parte de tu vida. Y, con todo el respeto, no me ha parecido tan amistoso.

—Tenemos nuestros más nuestros menos. Zach y yo...

—Espera un segundo. Zach Alger. ¿De qué me suena ese nombre?

—Me estás mirando de una manera muy rara. ¿Por qué me miras así?

—Tu padre me lo mencionó. Me dijo que era problemático.

Sonnet recordó que le había hablado a su padre de los problemas que había tenido Zach cuando su padre, Matthew Alger, había sido arrestado, y él había tenido que emanciparse. Su padre parecía comprensivo en aquel momento.

—Como ya te he dicho, conozco a Zach de toda la vida, y claro que le he

hablado de él a mi padre. Es un buen chico. Lo ha pasado mal y su padre no es ningún santo, pero Zach no es problemático en absoluto. Por el contrario, ha hecho que esta situación fuera mucho más tolerable —dijo, y sintió una gratitud cada vez mayor por lo que Zach había hecho con el equipo de sonido.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Es un cineasta premiado y reconocido.

—Ah.

—¿Por qué dices «ah»? ¿Y por qué lo dices así?

—Eso de «un cineasta premiado y reconocido» suele ser un eufemismo para decir «un muerto de hambre».

—Qué gracioso. Zach está trabajando en la producción de Flick. Es el operador principal de cámara.

—Así que trabajas con él.

—Todos los días. Y disculpa, pero has cambiado de tema. Mi madre y yo hemos caído en la emboscada de una mujer ignorante y estúpida, así que ahora no me apetece contestar a veinte preguntas.

—Lo siento mucho. De veras. Ojalá no hubiera sucedido.

—Pero tú sabías que iba a suceder. O que podía suceder algo parecido. ¿Por qué no lo has evitado, o por lo menos has cambiado el debate a otro pueblo?

—Porque habría parecido que temíamos lo que podía ocurrir. Teníamos que demostrar que no hay nada que ocultar, que tu padre está dispuesto a enfrentarse a sus errores.

—Ah, esa palabra. Me encanta, Orlando. Me encanta que me llamen «error».

—No es mía. Dios Santo, si fuiste un error, esperemos que la gente cometa más errores así.

Ella todavía veía la expresión de su madre, y sentía los latidos acelerados de su propio corazón cuando habían sido abordadas por la señora Proctor. Se había sentido horrorizada por el encuentro y las insinuaciones.

—¿Y qué va a pasar? ¿Debe prepararse mi madre para más ataques?

Él le tocó el hombro.

—No soy adivino, pero creo que esto se va a volver contra ellos. Nina tiene cáncer, y además está esperando un hijo. Siento que la hayan acosado, pero ahora podemos convertirlos en el anticristo por haberse entrometido en su vida privada.

—Dios Santo, casi parece que te alegras de que mi madre esté enferma.

—Vamos, Sonnet. ¿Por quién me tomas?

—Bueno, está bien. Eso no ha sido justo. Es que estoy un poco sobrepasada por toda esta... atención. Quiero que mi padre consiga sus objetivos, pero detesto que mi madre haya sido atropellada de esta manera.

—Lo siento, de verdad. Esperemos que sea la última vez. Vamos a hacer un esfuerzo por ganarnos a los medios de comunicación y conseguir que tu padre salga elegido. Es un sueño, Sonnet, un sueño muy grande, y puede ser el principio de algo increíble. No solo para él, sino para todo el mundo. Necesita todo nuestro apoyo.

—¿Y por qué hay que pisotear a la gente para que él consiga su sueño?

—Yo no he creado este sistema —dijo Orlando. Después le dio un abrazo a Sonnet. A su alrededor, todos estaban recogiendo sus equipos y preparándose para marcharse del pueblo.

—Tengo que irme —dijo él—. ¿Te puedo llamar más tarde?

—Claro. Por supuesto.

—Me gustaría que habláramos sobre nosotros.

—¿Sobre nosotros?

—Pero aquí no —respondió Orlando—. Y ahora no. Sin embargo, hablaremos pronto. Nosotros dos estamos muy bien juntos, y te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

Lo vio marcharse hacia el autobús de la campaña. Sonnet estaba muy confusa. No sabía si echaba de menos a Orlando, o su vida en la ciudad, o la actividad y las emociones que rodeaban a su padre. Por el momento, sin embargo, su lugar estaba allí.

Vio que Orlando se detenía a hablar con Shane Gilmore, que llevaba un cartel a favor de Delvecchio. Lo bajó para poder darle algo a Orlando. Sonnet sintió un escalofrío premonitorio. Cuando Gilmore se alejó, ella fue a hablar con Orlando.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó.

Orlando vaciló durante un segundo, cosa anormal en él. Orlando nunca vacilaba. Siempre era muy decidido.

—Es un tipo del pueblo. ¿Lo conoces?

—Sí, más o menos. Es el presidente del banco. Salió con mi madre hace tiempo, pero no funcionó. Tenía la costumbre de crearles problemas a las

personas que le molestaban.

«Y nos vio a Zach y a mí saliendo del cobertizo de los botes aquella noche», pensó Sonnet.

—¿Qué quería?

—Eh... Nada. Solo recordarme que tu padre ha bajado en las encuestas. Pero no te preocupes, no es nada. Es una desventaja mínima —dijo él. Miró el reloj, y añadió—: Mira, no puedo quedarme. De verdad, necesito irme.

—Muy bien —dijo ella, y de repente, lo vio todo con claridad.

Pensó en la conversación que había tenido con Jezebel, y pensó en las palabras de Orlando: «De verdad, necesito irme».

—Antes de que te marches —le dijo—, tengo que decirte una cosa. Has sido maravilloso, pero tú y yo... Bueno, lo nuestro no funciona.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué significa eso? Mira, sé que la enfermedad de tu madre está siendo muy dura para ti también, y que tu decisión de renunciar a la beca ha sido dura para nosotros dos, pero...

—No existe un «nosotros dos» —dijo ella—. He querido conseguirlo, y he hecho todo lo que he podido. Pero las cosas no van bien entre nosotros desde hace tiempo. Tal vez nunca hayan ido bien, y no queríamos admitirlo.

—Oh, vamos, Sonnet. ¿Con quién demonios has estado hablando? ¿Con tu amigo Zach? Te mira como si fueras una chuletilla de cordero. ¿Con Jezebel? ¿Te vas a dejar convencer por una mujer que está en libertad condicional? Muy bien, Sonnet.

Ella lo dejó despoticar y resistió el viejo hábito de decirle lo que quería oír para aplacar su mal humor.

—Me siento como si nunca hubiera sabido por qué estábamos juntos —dijo por fin—. Tal vez nunca lo haya sabido. Me siento muy mal por esto, porque creía que sabía lo que quería de mí misma, y de nosotros, pero no lo sabía. Por fin lo he averiguado. Sé lo que me dice mi corazón.

—Oh, qué conmovedor —dijo él, y su rostro, tan bello, se convirtió en una máscara de desprecio—. Así que, de repente, has decidido ponerte en contacto con tus sentimientos?

—Lo siento. No quiero hacerte daño...

—Te estás haciendo daño a ti misma, Sonnet. ¿No oyes lo que estás diciendo? ¿Qué tienes planeado hacer a partir de ahora? ¿Vas a emprender una nueva carrera profesional de auxiliar de producción de programas televisivos?

¿Te vas a quedar en este lugar que está en medio de la nada? ¿Haciendo qué?

—Siempre he tenido un plan, pero últimamente los planes que he hecho no me han salido bien, porque no quería escucharme a mí misma.

—Tenías una profesión increíble. Tenías una oportunidad única en la vida con esa beca. Si vas a darles la espalda a todas esas cosas y a la posibilidad de mejorar el mundo con tu trabajo, entonces no eres la persona que yo creía.

Aquellas palabras le llegaron a lo más profundo a Sonnet, pero al mismo tiempo se sintió purificada por la claridad que había dentro de ella.

—O tal vez soy exactamente la persona que tú piensas que soy —replicó.

## **CUARTA PARTE**

LISTA DE COSAS QUE HACER (REVISADA POR CUARTA VEZ):

- √ Esperar un milagro
- √ Ser consciente de todo lo bueno que tengo
- √ Aprender a dejarme llevar
- √ Respirar
- x Enamorarme de verdad.  
(En cuanto mamá se ponga mejor)

*Una pregunta repentina, atrevida e inesperada sorprende muchas veces a un hombre, y abre su alma.*

SIR FRANCIS BACON, 1561-1626.

## C A P Í T U L O 17

Sonnet necesitaba relajarse, y se puso a caminar. No tenía un destino concreto. Simplemente, necesitaba moverse, aclararse la cabeza, pensar en lo que acababa de ocurrir. Llegó hasta el camino del lago de Blanchard Park, que era para ella tan familiar como sus recuerdos de infancia. Estaba atardeciendo, y había corredores y gente paseando al perro por los caminos del parque. También alguna familia y alguna pareja que paseaba de la mano... La gente reía y charlaba, y todos parecían tan... normales. Ella los envidió. Su vida no le parecía normal. Tenía una madre enferma, un padre que no se detenía ante nada con tal de conseguir sus objetivos y un novio que nunca debería haber sido su novio, y en cuanto al aspecto profesional, un futuro muy incierto.

Sintió un tremendo estrés, y le sucedió algo que rara vez le sucedía: se desmoronó. Se sentó en un banco frente al lago, flexionó las rodillas contra el pecho y comenzó a sollozar silenciosamente. Las emociones surgieron de ella como un manantial; miedo, incertidumbre, impotencia y soledad. Le temblaron los hombros y le ardió el pecho, pero se suponía que llorar era bueno, ¿no? Era catártico y purificador. Sin embargo, ella no se sentía nada purificada, sino agotada y triste, lo cual hizo que llorara más. Esperaba que ninguno de los paseantes se diera cuenta.

—Eh... Hola. Me he dado cuenta, sin poder evitarlo, de que estás disgustada —dijo alguien a su espalda.

Zach.

Sonnet se detuvo a mitad de un sollozo e intentó tragárselo.

Era Zach.

Se alegraba de que la hubiera encontrado. También se sentía mortificada.

—Estoy hecha un desastre.

—Sí —dijo él, y se sentó a su lado—. Estás hecha un desastre.

—Gracias.

—No voy a mentirte. Te he visto mejor.

—¿Tienes un pañuelo de papel?



—No, lo siento. Toma —dijo Zach, y se sacó del bolsillo un paquete de papeles para limpiar lentes—. Esto valdrá para el aprieto.

Ella se secó la cara.

—Me estoy comportando como una niña.

—No. Te estás comportando de manera humana.

Sonnet tuvo la tentación de contarle la noticia de Orlando, pero en realidad, aquella no era la peor cosa que le había ocurrido durante la tarde. Lo cual decía mucho de la calidad de su relación con Orlando Rivera. Qué deprimente haber malgastado tanto esfuerzo por un tipo que se marchaba rápidamente en vez de luchar por ella.

—Estás siendo muy amable conmigo —le dijo a Zach—. ¿Por qué?

—Yo siempre soy amable, lo que pasa es que tú no siempre te das cuenta.

—Ah, Zach. No sé qué habría hecho sin ti hoy.

Él se giró hacia ella y apoyó el codo en el respaldo del banco.

—¿De verdad?

—Bueno, supongo que habría conseguido salir de algún modo, pero tú... gracias. Eso es lo que quería decirte. Gracias por estar allí y por sabotear el sonido, y por acompañar a mi madre al coche.

—De nada.

—Hablando de mi madre, tengo que ir a ver si está bien.

—Eh. Tiene marido. Seguro que él está cuidándola perfectamente.

—Sí, tal vez tengas razón. Tal vez mi madre no necesita que yo esté aquí, en realidad. De hecho, puede que estuviera mejor si yo no estuviera aquí. Lo de esta noche ha sido horrible para ella. Ha actuado impecablemente, como siempre, pero sé que estaba dolida. Los medios de comunicación se van a centrar en que fue una madre soltera adolescente, no en todo lo que ha conseguido en la vida. Y tal vez disminuyan las posibilidades de mi padre de ganar las elecciones por este asunto. ¿Quién sabe cómo van a reaccionar los votantes?

—¿Y eso es culpa tuya?

—No digo que sea culpa mía, pero me siento como si estuviera en el origen de todo.

—Ni hablar. Tú no has provocado nada de esto.

—Puede que no, pero... algunas veces tengo la sensación de que debería haberme marchado.

Él le tomó las manos, y ella notó su calor alrededor de los dedos.

—Volviste por un motivo.

—Pero...

—Y te estás quedando por un motivo. Por favor, no dudes de ti misma.

—No sé cómo ayudarla. Es el peor sentimiento del mundo. Algunas veces, me quedo despierta toda la noche y ruego que esto desaparezca y la deje en paz —dijo Sonnet, y se le quebró la voz—. No come. No sé cómo conseguir que coma.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que la pérdida de apetito es un efecto secundario muy común en los pacientes de cáncer. No es nada inesperado. Pero se supone que tiene que comer bien, o estará demasiado débil como para soportar la quimioterapia. Además, mi madre tiene que pensar en el bebé. Tiene que tomar nutrientes para los dos. Si no lo hace, se debilitará cada vez más. El bebé absorbe primero los nutrientes, toma lo que necesita, y... Oh, Zach. Algunas veces... algunas veces... —Sonnet bajó la voz, porque casi no podía decir lo que sentía—. Algunas veces odio al bebé.

Él le pasó el brazo por los hombros.

—Tú no odias al bebé.

—Sí, lo odio. Soy horrible.

—Bueno, pues adelante, odia al bebé, pero eso no le va a servir de nada a tu madre.

—No puedo evitar pensar que tendría un tratamiento mejor si no estuviera embarazada. Y sé que no debería pensar eso, pero no puedo evitarlo. Estoy tan preocupada por ella...

—Ya lo sé —dijo él en voz baja—. Lo sé.

Suavemente, le acarició el hombro con la mano.

—Gracias por no decirme que no me preocupe.

—Eso nunca funciona.

Sonnet intentó no inclinarse hacia su mano, pero sus caricias eran tan reconfortantes que tenían un efecto casi hipnótico.

—No hay nada que funcione —musitó.

Siguieron sentados en el banco, juntos, mirando el lago. Ella recordó los momentos que había pasado con Zach, haciendo muñecos de nieve en invierno, tirando piedras desde la orilla para que rebotaran en la superficie del agua cuando volvían a casa del colegio, atreviéndose a nadar cada vez más y más lejos cada vez en el verano. Aquel lago, el Willow Lake, era el escenario de

su infancia y su adolescencia, algo tan omnipresente como la música de la radio. Solo el hecho de estar allí hacía que pensara en asuntos que parecían fuera de su alcance cuando estaba en la ciudad.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le preguntó Zach, después de un largo silencio.

A ella se le aceleró el corazón. Se alegró de que ambos estuvieran de frente al paisaje, y no mirándose.

—¿Aparte de compadecerme a mí misma obsesivamente?

—No, en serio. ¿Qué planes tienes?

—No tengo planes. En realidad, necesito emborracharme —dijo Sonnet—. Emborracharse como forma de terapia es algo a lo que se le da muy poco valor.

—Me gusta tu forma de pensar —dijo él. Apartó el brazo y se giró hacia ella—. ¿No vas a quedar con tu novio?

—Tenía que volver esta misma noche a la ciudad —dijo Sonnet. Podría haberle explicado más, pero el cambio era tan reciente, que necesitaba tiempo para pensar sobre ello, para imaginarse su vida sin Orlando.

—Excelente.

—¿Por qué es excelente?

—Porque tres es multitud.

—Zach...

—Te recojo a las siete.

—Pero...

—Hasta entonces.

## C A P Í T U L O 18

—¿A la bolera? Creía que íbamos a emborracharnos.

—¿Es que no podemos hacer las dos cosas a la vez? Jugar a los bolos es más divertido bebiendo. ¿Cuándo saliste a divertirte por última vez, Sonnet?

—Yo... Eh... —Sonnet reflexionó durante un momento—. Yo siempre me divierto —dijo.

—Sí, claro.

—Quiero decir que la vida en sí es diversión.

Sin embargo, al pensarlo bien, se dio cuenta de que sus días estaban llenos de trabajo y obligaciones sociales. Así habían sido las cosas durante mucho tiempo. Hacer algo por el mero hecho de divertirse era una idea extraña. De repente, Sonnet se sintió muy mayor para su edad.

—La vida es la vida —dijo Zach—. Ir a la bolera es divertido. Es imposible pasarlo mal jugando a los bolos.

—No he hecho esto desde que estaba en sexto, en la celebración de cumpleaños de Leaky Swoboda.

—¿Te divertiste en aquella fiesta?

—Tú deberías saberlo. También estabas allí.

—Fue increíble.

Sonnet recordaba algunas cosas: la música, las risitas tontas, las especulaciones sobre quién le gustaba a quién. Lo importante no era tanto lo que se decía ni lo que se hacía, sino el hecho de estar con amigos, con el tipo de amigos que no esperaba que alguien fuera de una cierta manera, sino uno mismo.

Vio el letrero luminoso. Era una monstruosidad de neón con el nombre de King's Cross Lanes. Después, se quedó mirando a Zach, y se quedó sorprendida al pensar que, después de romper con Orlando, era libre de mirar a quien quisiera. Sin embargo, era demasiado temprano para estar pensando en ningún hombre.

—¿Y esto es lo que hacéis para divertirlos en Avalon?

—¿Y cómo os divertís en la ciudad, listilla?

Zach sujetó la puerta del local y entró. Para sorpresa de Sonnet, ya no existían la iluminación cruda, el ruido y el olor a gimnasio que ella recordaba. Un mostrador tapizado y decorado con plantas separaba el bar de la parte de la bolera propiamente dicha.

Sonnet se detuvo para observarlo todo.

—Vaya. Es genial, Zach. No recuerdo que fuera tan elegante.

—Tiene una nueva dirección —respondió él, y saludó a un tipo de hombros muy anchos que estaba junto a la barra—. Te acuerdas de Marc, ¿no? Marc Swoboda.

Ella intentó disimular su sorpresa. ¿Aquel era Leaky Swoboda? Se había convertido en el Capitán América, con unos bíceps enormes, un pelo ondulado y brillante, una gran sonrisa y un hoyuelo en la barbilla.

Ella también lo saludó con la mano, aunque no sabía si él la recordaba o no.

—Te has quedado mirándolo fijamente —comentó Zach mientras se sentaba en el asiento de una de las mesas.

—Ah. Oh. Es que ha cambiado mucho.

—No te asombres tanto. No es necesario viajar por todo el mundo para cambiar —dijo Zach, y le tocó la barbilla—. Creo que se te ha caído la baba.

Ella giró la cara.

—No seas tonto. No lo estaba mirando por eso. No es mi tipo.

—Eso, seguro —respondió Zach con una sonrisa, y tomó la carta de la mesa.

—¿Está soltero?

—No. Tiene novio.

—Ah. Bueno.

—Yo también me quedo mirándolo —dijo Maureen Haven, que llegó en aquel momento con su marido, Eddie, y otra pareja, Bo y Kim Crutcher—. Todas nos quedamos mirándolo. Creo que a él le gusta.

—¿Y qué pasa si a mí no me gusta? —preguntó Eddie.

—Entonces, te miraré a ti —respondió Maureen.

—¿Vamos a jugar en la misma pista, o en varias? —preguntó Bo, el eterno competidor.

—Podemos jugar todos en la misma —dijo Kimberly—. Oh, se me va a estropear la manicura.

Sonnet se inclinó hacia Zach y le preguntó en voz baja:

—¿Una cita con otras parejas? ¿De verdad, Zach?

Él se encogió de hombros con una expresión de disculpa.

—Me pareció que te vendría bien la distracción.

Sonnet vio que Bo inspeccionaba las bolas, en busca de la más idónea para Kim. Eddie se arrodilló a los pies de Maureen y le abrochó las zapatillas de jugar. Al ver a aquellas parejas en las que sus miembros estaban tan cómodos los unos con los otros, Sonnet se alegró de haber roto con Orlando. Nunca habría podido llegar a aquella complicidad con él. A decir verdad, él le resultaba agotador. Siempre tenía que pensar cuidadosamente todo lo que hacía, hasta para pedir comida a casa. Con Orlando, todo era estrategia. Había que trabajar muy duro para contentarlo, y él no merecía tanto la pena. Algunas veces era mucho mejor ir a jugar a los bolos con amigos.

Sin embargo, no sabía lo que sentía con respecto a aquella cita de parejas, porque Zach y ella no lo eran. Ni iban a serlo, se recordó a sí misma.

La camarera se acercó a tomar nota de lo que quería, y Sonnet pidió un cóctel Long Island.

—Vaya, no te andas con chiquitas —comentó Bo, y pidió una jarra de cerveza con varios vasos.

—He tenido un día difícil —respondió ella.

Y, durante las dos horas siguientes, jugaron a los bolos. A nadie se le daba demasiado bien, pero eso no era lo importante. Durante aquel tiempo, Sonnet se olvidó de preocuparse por su madre, de pensar en la campaña electoral de su padre, del fin de su relación con Orlando y de su carrera profesional. Simplemente, tomó su cóctel, pidió otro y disfrutó de aquella situación con unos amigos que le permitían ser tal y como era. Se sintió como una niña. Se sintió bien. Salvo que, al contrario que una niña, bebió demasiado. Cuando terminaron la segunda ronda de bolos, se dio cuenta de que había llegado a aquel estado bobalicón, torpe y feliz de la ebriedad.

—Hacéis muy buena pareja —le dijo a Kim, que acababa de derribar todos los bolos y había recibido un beso de su marido.

—Gracias. Nos lo trabajamos. Algunas veces no es fácil.

—¿De verdad? Pues parece que es muy fácil para vosotros.

—Con la persona idónea es sencillo... Al final.

Zach, pensó Sonnet. Lo más fácil del mundo había sido caer entre sus brazos.

—Todo parece fácil después de dos cócteles alcohólicos —comentó.

—Jugar a los bolos nunca me resulta fácil —dijo Maureen, sentándose a su lado—, por mucho que beba. Así que no me molesto en beber. No me hacen falta las calorías.

—Pero Eddie es un tipo relajado, ¿no? ¿Por qué me parecen tan bien otras relaciones? ¿Qué pasa con eso? —preguntó Sonnet. Apuró la copa y comenzó a succionar el hielo.

—Sí, soy un tipo relajado —dijo Eddie—. Y ella no me quita las manos de encima. Demonios, cómo me gusta escuchar las conversaciones de las mujeres —añadió, y le dio un codazo a Bo—. Están hablando sobre relaciones.

—Somos expertos en relaciones —le dijo Bo a Sonnet—. ¿En qué podemos ayudarte?

—Mi vida amorosa se ha ido por el váter —dijo Sonnet—. ¿Podéis ayudarme, o no queda esperanza para mí? —mientras hablaba, se le cayó la bola que acababa de tomar, y estuvo a punto de aplastarle el pie a Zach.

—Se acabó —dijo él, apartándola de la pista—. Te llevo a casa.

—Buena idea. De todos modos tengo que ir a ver a mi madre. Buenas noches, chicos. A ver si lo repetimos —dijo Sonnet. Se cambió de calzado y se tambaleó un poco al erguirse—. ¿No te acordabas de que no se me da muy bien lo de beber? —le preguntó a Zach.

—Yo no diría eso. La última vez que bebimos juntos, nos fue muy bien. A mí me lo pareció.

—Oh, Zach... Si queremos recuperar nuestra amistad, tenemos que dejar atrás lo que ocurrió esa noche.

—Y eso es lo que tú quieres —dijo él—. Olvidarlo.

Zach la guió hacia la puerta, caminando junto a la barra del bar.

—Quiero que seamos amigos, como lo éramos antes. Como lo hemos sido siempre.

—Yo ya tengo todos los amigos que necesito —repuso él.

—¿Y qué significa eso? Nosotros hemos sido amigos desde el comienzo de los tiempos.

—¿Sabes? El otro día vi un documental sobre la relación entre las hipérbolas en el discurso y el consumo de alcohol...

—Dios, siempre haces lo mismo. Siempre sacas a relucir las cosas más raras para dar tus argumentos. Es algo tan... oblicuo.

Zach se rio.

—¡Ay!

—¡Hola, colegas! —dijo Jezebel, que acababa de entrar al bar con Cinda y otros dos miembros del equipo del programa—. Me alegro de encontrarme con los tortolitos aquí.

Sonnet estuvo a punto de atragantarse.

—Nosotros no somos...

—Quedaos a jugar una partida con nosotros —dijo Jezebel.

—Nos íbamos —respondió Zach.

—Él me ha prohibido que siga bebiendo —explicó Sonnet—. No sabía que te gustaba jugar a los bolos.

—Últimamente, sí. Según los términos de mi libertad condicional, no puedo ir a bares —dijo Jezebel—. Pero sí puedo ir a boleras.

Se acercaron al mostrador para cambiar su calzado por las zapatillas de la bolera, y Jezebel se abanicó por los vapores alcohólicos imaginarios que desprendía Sonnet.

—¡Eeeh!

—Solo he tomado dos copas —protestó Sonnet.

—Pero eran dobles —dijo Zach.

—Supongo que lo del debate te dejó angustiada —dijo Jezebel.

—¿Te quedaste todo el tiempo?

—Sí, lo vi todo —dijo Jezebel.

—No puedo creerme que una periodista que se supone respetable sacara eso a relucir.

—¿De verdad esperabas ecuanimidad de los medios de comunicación? —preguntó Jezebel, y se echó a reír.

—Solo lo han hecho para desacreditar a mi padre. Fue algo inútil, pero humillante para todos los que estamos involucrados.

Jezebel asintió comprensivamente mientras se inspeccionaba la manicura de las uñas.

—Bienvenida al mundo de la prensa sensacionalista.

—Necesito que me lleven a casa —dijo Sonnet, palpándose el bolso.

—Le estás pidiendo peras al olmo, nena —respondió Jezebel—. A mí me retiraron temporalmente el carné por haberme divertido demasiado con el coche de mi ex.

—Yo puedo llevarte —dijo Zach.

—Por supuesto —dijo Jezebel—. Un día de estos, por fin, os decidiréis a estar juntos.



—¡Solo somos amigos! —exclamó Sonnet, en voz un poco alta.

—Ummm —murmuró Jezebel, mirándola con escepticismo.

Sonnet alzó la barbilla e intentó salir del bar con dignidad.

—Nos vemos mañana, en el trabajo.

Cuando estaban en el coche, Sonnet se volvió hacia él.

—Gracias por llevarme —le dijo.

—No hay problema.

—Sí, sí lo hay —respondió ella—. Yo soy un problema. No puedo evitarlo, nació así.

—Sí, claro.

—No me estás escuchando. Soy un problema porque mis padres no se casaron. Si no fuera por mí, mi padre no estaría metido en esta lucha estúpida por defender su reputación.

—Ah, ya lo entiendo —dijo él con una carcajada—. Desearías no haber nacido. Vamos, Sonnet.

—Eh, ya te advertí que esta noche iba a compadecerme a mí misma. Si no te gusta, será mejor que me dejes llamar a un taxi.

—¿En Avalon? Solo hay un taxi, el de Maxine. ¿De verdad quieres llamarla y sacarla de la cama en mitad de la noche para que te lleve a casa?

—Muy bien. Entonces llévame tú.

—Muy bien.

Durante el trayecto, no hablaron. Cuando Zach frenó delante de su casa, le preguntó:

—¿Necesitas que te acompañe hasta la puerta?

—Estoy un poco achispada, no borracha —dijo ella—. Estaba intentando emborracharme de verdad, pero entonces me di cuenta de que tengo que levantarme para trabajar mañana. Tenemos que grabar el programa de la pesca —dijo, y se giró hacia él en el asiento—. Gracias, Zach.

—¿Por sacarte a beber?

—Por todo lo que has hecho hoy —dijo Sonnet, y sintió un arrebató de emoción que no tenía nada que ver con los cócteles que había tomado—. Todo habría sido mucho peor si tú no hubieras estado aquí.

—Yo siempre he estado aquí por ti —replicó él—. Ya es hora de que te enteres.

Salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a Sonnet. Ella salió y se quedó frente a él, mirándolo a la cara.

—¿Ocurre algo? —preguntó Zach en voz baja.

—Que estoy lo suficientemente achispada como para querer besarte —dijo ella, sin poder evitar que su boca actuara por delante de su cerebro.

—Y yo estoy lo suficientemente sobrio como para decirte que no.

—Creía que habías dicho que... Lo siento. Te he entendido mal.

—No, claro que no —replicó Zach, y se inclinó un poco más hacia Sonnet, hasta que sus caras estuvieron tan cerca que sus labios casi se tocaban—. He dicho que me siento atraído por ti. Y demonios, sí, quiero besarte, y pienso hacerlo. Pero ahora no. Cuando tengas la cabeza clara, y hayas terminado con tu supuesto novio, y sea el momento idóneo. Entonces te besaré.

«Oh, madre mía», pensó ella.

—Hasta mañana —dijo Sonnet, y salió huyendo, completamente confundida.

Jane Bellamy era una anciana como las que se veían en los anuncios de dentaduras, tan guapa que uno casi quería tener dentadura también. Cuando dio las instrucciones sobre la iluminación del set, Zach no necesitó tantos difusores como normalmente se usaban con las personas de su edad.

La señora Bellamy, cuyos padres habían fundado Camp Kioga en los años veinte, había accedido a aparecer en el programa a cambio de que la cadena de televisión prometiera que sufragaría los gastos de la educación de los niños que participaban. La cocina estaba preparada para la clase de cocina, y su marido, Charles, estaba en el set, sonriendo con orgullo al mirarla.

Llevaban casados casi sesenta años, más tiempo de lo que había vivido la mayoría de la gente que estaba en la habitación. Según las notas del director, Jezebel iba a hablar de ello mientras enseñaba a cocinar alguna cosa a los niños.

Jezebel llegó. Junto a la elegante señora Bellamy, parecía más imponente que nunca. Llamaban la atención juntas, una anciana con un collar de perlas y una rapera con un dispositivo de control en el tobillo, pero la señora Bellamy se comportó como si tuviera una compañía así todos los días. La zona de preparación se adecuó con un espejo en el techo e iluminación, y los niños se colocaron en taburetes. Todos llevaban un delantal con su nombre bordado.

—Antes de que Camp Kioga se transformara en un sitio de veraneo —explicó la señora Bellamy—, era una granja. Todavía está rodeado de huertos y árboles frutales, y el verano es la mejor época para hacer pasteles de

ruibarbo. ¿Alguien ha probado eso alguna vez?

Los niños se encogieron de hombros. Una cámara captó la reacción de uno de los más pequeños. Andre entrecerró los ojos y señaló un montón de hojas grandes de color verde oscuro.

—Hemos recogido ruibarbo en el huerto, esta mañana.

—Para hacer la tarta se usan solo los tallos —dijo la señora Bellamy—. Jezebel va a enseñaros a cortar las hojas y a trocear los tallos rojos.

Un niño llamado Russell tomó un pedazo de una hoja y se la metió a la boca, regalándoles el primer plano de oro del día.

—Puaj —dijo, y lo escupió en la basura—. Sabe fatal.

—La primera regla del ruibarbo es que nunca debe comerse crudo —explicó la señora Bellamy—. Es muy amargo, ¿verdad, Russell?

—Sí, señora.

Zach miró a Sonnet, que estaba hablando con el coordinador de producción; como siempre, con una actitud serena, vestida con pantalones vaqueros, sandalias y una blusa vaporosa, con el pelo corto y unos pendientes de aro. Con solo verla, se le aceleró el corazón. Desde la noche de la bolera no habían hablado demasiado; no había mucho que decir. Él no estaba seguro de cómo iban las cosas con aquel novio que siempre estaba ausente, y además, había decidido que iba a esperar hasta que ella estuviera preparada para hablar. Bo y Eddie le habían aconsejado que se tomara su tiempo, o más bien, que le diera tiempo a ella. Para conseguir mantener las distancias había tenido que esforzarse mucho, pero no quería estropear las cosas. Sonnet era demasiado importante para él.

Era importante mantener la boca cerrada acerca del novio. Ella ya no hablaba de él, de todos modos, y Zach esperaba que hubiera recuperado el sentido común. Sin embargo, en cosas como aquella, Sonnet nunca había tenido demasiado sentido común. No tenía ni idea de que estaría mucho mejor sin el tal Rivera, y él no iba a ser quien se lo dijera.

Entendía perfectamente el motivo por el que ella se aferraba a Rivera. Aquel tipo era la mano derecha de su padre, y ella siempre había tenido a su padre en un pedestal. Con los padres existían unos lazos de lealtad de los que uno era incapaz de liberarse; Zach lo sabía muy bien. Uno tenía que ser leal a ellos, fueran unos desgraciados o no.

Zach se imaginó lo que pensaría de él el padre de Sonnet. Era hijo de un delincuente que estaba cumpliendo condena, y todavía estaba luchando por

ganarse la vida, pese a los premios y las alabanzas que había recibido por su trabajo. No era exactamente el tipo de novio que un padre podía querer para su hija si era candidato al Senado. Ni siquiera si no lo era.

Él todavía estaba ayudando a Nina con su diario en vídeo. Al contrario que el padre de Sonnet, Nina no lo juzgaba; nunca lo había hecho. Algunas veces, él tenía la tentación de confesarle lo que sentía por Sonnet. Seguramente lo haría algún día, pero no aquel. Nina ya tenía suficiente en su vida. Ojalá él no entendiera tan bien por qué estaba grabando todos sus pensamientos y sus observaciones en vídeo. Sin embargo, lo entendía perfectamente, porque todavía recordaba vívidamente la lucha de su madre, por mucho tiempo que hubiera pasado. Era normal que una persona que tenía que enfrentarse a una crisis como aquella no quisiera dejarse nada en el tintero.

Su madre le había dejado a él algunas cartas, y en ellas le decía lo que temía que no iba a poder decirle en persona. Cosas como que, cuando eligiera a qué iba a dedicarse en la vida, lo eligiera porque le encantaba, no porque pensara que era lo que debía hacer. Y eso era lo que estaba intentando conseguir; luchaba por encontrar el equilibrio entre su amor por el arte con la necesidad de ganarse la vida. Cuando terminara la grabación de aquel programa, estaría en el buen camino. Por lo menos, ese era el plan.

Seguramente, la carta de su madre que le había marcado era una que le había enviado hacia el final. En ella le hablaba de que, a pesar de lo mucho que la había desgarrado separarse de él, el daño habría sido mucho peor si se hubiera quedado. De niño, él no lo había entendido en absoluto, pero al hacerse adulto había empezado a comprenderlo. Las últimas palabras de aquella carta de su madre permanecían grabadas en su mente: Mi deseo para ti es que encuentres esa clase de amor que crece y se expande, y que tiene la solidez necesaria para durar toda una vida.

La señora Bellamy estaba haciendo una demostración de la manera correcta de extender la masa de una tarta con un rodillo de mármol helado. Los niños se quedaron encantados al ver que cada uno tenía su propio rodillo.

—Ustedes llevan casados más de cincuenta años —le dijo Jezebel mientras todos trabajaban su masa—. ¿Cuál es el secreto?

—Mantener la mente abierta y la boca cerrada —respondió la señora Bellamy con una sonrisa, y la cámara captó la reacción de Jezebel—. Bueno, por supuesto, eso es simplificar demasiado las cosas. Un matrimonio es un viaje muy largo, y hay picos y valles por el camino. La gente, las

circunstancias y el mundo cambian. No es de extrañar que haya muchos matrimonios que no sobreviven. Algunas veces cuesta mucho, y también se necesita un poco de suerte. Encontrar el amor que dura para siempre es como encontrarte a un extraño en el metro en hora punta. Nunca sabes cómo va a ser. Tal vez sea el hombre que te ayuda a subir la maleta al vagón, o tal vez sea el hombre a quien llevas viendo diez años, todos los días, de camino al trabajo.

Su explicación cautivó a mayores y a pequeños, y todos quedaron en silencio mientras ella hablaba. Zach esperaba que el micrófono lo hubiera captado todo.

—Y ahora —dijo la señora Bellamy, sin detenerse—, el ingrediente secreto. ¿Os imagináis cuál es?

—¿El azúcar?

—No, aunque el relleno necesita mucho azúcar. Es la tapioca. Hay que esparcirla sobre el ruibarbo para que espese mientras se cuece en el horno. ¿Quieres hacer los honores, Rhonda?

El resto de la mañana la pasaron haciendo las tartas, y después, filmando a los niños mientras se las comían, cosa que hicieron con entusiasmo. El director declaró que estaba listo, y Zach pensó que iba a pasar la tarde editándolo.

Vio marcharse a Charles y a Jane Bellamy. El anciano posó la mano en la cintura de su mujer, y ella lo miró con una sonrisa suave mientras hablaba. Tenían la clase de amor que su madre le había descrito en su carta, y que Zach buscaba cada vez que tenía una cita con una chica. Hasta hacía poco tiempo, parecía que aquel amor duradero y sólido estaba fuera de su alcance, que era algo que nunca podría tener, pero últimamente, estaba empezando a imaginárselo.

Algunas veces, cuando pensaba en Sonnet Romano, podía imaginárselo.

## C A P Í T U L O 19

Sonnet se concentró en el trabajo y en ayudar a su madre, y al mismo tiempo, en evitar que sus sentimientos por Zach crecieran. Poco a poco, fue consiguiendo adaptarse al ritmo lento de la vida en Avalon, y empezó a creer que aquel pequeño pueblo donde había nacido tenía algo muy especial, pese a que siempre le había parecido un lugar limitado. Ahora que había vuelto, empezaba a entender el hecho de que una comunidad pequeña como aquella ofrecía cosas que nunca iba a poder encontrar en la ciudad.

La gente fue a visitar a Nina. Claire Bellamy, que era enfermera y trabajaba en el hospital, le llevó una almohada cervical, helado y té, y una crema de manos especial. Kim y Bo habían tenido que volver a la ciudad, pero enviaron a una masajista a casa para que le diera un buen masaje a Nina. Eddie y Maureen aparecieron con un MP3 lleno de música. Suzanne, la dueña de la boutique, llegó con chales de tela muy suave. La manicura del Salón Twisted Scissors iba semanalmente a hacerle la pedicura. Los amigos y los vecinos aparecían con comida y buenos deseos, con libros y objetos hechos a mano. Todo el pueblo la estaba arrojando, y el cariño y la atención de la gente animaban a Nina. Y le daban esperanza a Sonnet, también. Aquella energía de la familia y los amigos tenía algo muy poderoso.

Sin embargo, algunas veces no era suficiente. Una noche, llegó a casa del trabajo y se encontró a Nina y a Greg sentados delante de un plato de quiche.

—No consigo que coma —dijo Greg.

Nina suspiró.

—Ni siquiera puedo levantar el tenedor.

—Yo lo levantaré por ti —respondió Greg razonablemente.

—Me van a dar arcadas —dijo Nina. Estaba muy pálida, y tenía las mejillas hundidas. Estaba muy delgada, aparte del vientre hinchado por el embarazo.

—Mamá, por favor. Tienes que comer —dijo Sonnet.

—Puede que lo intente más tarde.

Sonnet tuvo que morderse la lengua para no insistir. Comer podía parecer

muy fácil, pero su madre miraba la quiche como si fuera venenosa.

Miró a Greg, que tenía el rostro tenso de preocupación. Entre ellos pasó un mensaje silencioso, y él se puso en pie.

—Voy fuera un rato —dijo—. Necesito tomar el aire fresco.

—Muy bien —respondió Nina, con los ojos empañados—. Lo siento, Greg. Solo concédeme unos minutos.

Después de que él saliera, Sonnet dijo:

—Te has casado con un buen tipo.

—Con el mejor. Me odio a mí misma por causarle preocupaciones.

—No te odies a ti misma. Mejor, cómete la quiche.

Nina fulminó el plato con la mirada. Tomó el tenedor y se metió un pedazo de quiche a la boca. Al instante, tuvo que echarlo en la servilleta a causa de una arcada.

—No puedo —dijo.

—Mamá.

—Lo intentaré después. Ahora necesito descansar. ¿Puedes dejarme descansar?

Sonnet entendió perfectamente por qué necesitaba descansar Greg. Sentarse allí a discutir con su madre no iba a solucionar nada.

—Ahora vuelvo —le dijo, y salió a ver a Greg.

Lo encontró en las escaleras del porche, mirando hacia la pradera de césped. El edificio estaba precioso aquella noche, con las ventanas iluminadas. El hotel estaba lleno de turistas. Nina y Greg lo habían redecorado juntos, y Sonnet había visto con alegría que aquella tarea compartida iba uniéndolos poco a poco. Nina siempre había sido una persona feliz, pero cuando Greg y ella se enamoraron, floreció de un modo que Sonnet no había visto nunca.

—Sigue sin comer —dijo Sonnet—. Me dijo que lo siente, que no quiere preocuparnos.

—Entonces, ¿por qué no come? —preguntó él, y se pasó una mano por el pelo con frustración—. Se está quedando en los huesos.

Sonnet tuvo miedo. Greg había sido una roca hasta aquel momento. Ella nunca lo había visto desfallecer.

—Me siento impotente —dijo—. Supongo que tú también.

Él asintió.

—Tú madre y yo estamos muy contentos de que estés aquí. Creo que no te lo

había dicho.

—Gracias.

—Sé que haces muchos sacrificios para estar aquí.

—No es ningún sacrificio. Estar aquí con mamá es un privilegio —dijo Sonnet. Y lo decía con sinceridad. Ayudar a su madre era mucho más gratificante que su trabajo en Nueva York—. Hace una noche preciosa —comentó, y se sentó en los escalones, a su lado—. La temperatura es perfecta.

—Sí —dijo Greg.

—Mamá y tú habéis embellecido el hotel. Cuando era pequeña, ella siempre me dijo que pensaba que iba a ser un lugar increíble. Sois un gran equipo.

—Gracias —respondió Greg, con un suspiro tembloroso—. Me encanta la vida que llevamos aquí. No quiero que termine.

—No va a terminar.

—Ya lo sé. Esta noche me siento muy bajo.

—Entonces, solo hay una dirección que seguir desde ahí. Es una ley de la física.

—¿Cómo es que eres tan lista?

—No soy lista. Algunas veces tengo la sensación de que soy un desastre.

—Vamos, no digas eso.

—Es cierto. Me gustaría poder decir lo que acabas de decir tú: que te encanta tu vida aquí. Sin embargo, no he llegado a ese punto, y eso me asusta. ¿Qué pasa si el futuro que me he planteado no es el más adecuado para mí?

—¿Acaso piensas que te has confundido?

—Nunca lo había pensado, nunca me lo había planteado. Yo avanzaba paso a paso, y me mantenía ocupada con mi trabajo. Pero últimamente, estando aquí, he tenido tiempo para pensar y reevaluar las cosas.

—¿Y?

—Y estoy tan confusa como siempre. No me quejo, Greg. Tengo una familia y unos amigos increíbles, pero... Bueno, lo voy a decir: quiero enamorarme. Quiero tener el mismo amor que tenéis mi madre y tú.

—Todo el mundo quiere eso. Demonios, yo se lo deseo a todo el mundo. Y lo encontrarás. Tal vez sea con Orlando, o tal vez sea con otro hombre.

—Claramente, con Orlando no.

—¿Por qué lo dices con tanta seguridad?

—Porque estoy completamente segura. Orlando no es el hombre de mi vida.



Todavía no le había contado a nadie que había roto con él. No quería parecer vulnerable, no quería que la gente se preocupara por cómo estaba llevando la ruptura.

Tampoco quería que la gente la instara a que volviera con él. Sabía lo que quería, y Orlando no podía dárselo.

—No hay nada que temer, de todos modos —dijo Greg—. Aunque tardes, al final lo conseguirás.

—Pero, ¿y si no lo consigo? Supón que soy yo la que tiene un problema, y no él. Supón que no sé cómo llevar una relación.

—Créeme, tú no tienes ningún problema. No pienses eso. Eres una joven increíble, Sonnet. Siempre lo he pensado. Solo tienes que darte tiempo. Vive la vida, disfruta del día a día. Está claro que algunos días, como hoy, no van a ser buenos, pero a la vuelta de la esquina hay algo mejor.

—Hay una cosa que tengo muy clara, Greg: Daisy es muy afortunada por tener un padre como tú.

—Gracias —dijo él. Se levantó y se sacudió los pantalones—. Voy a entrar en casa. A ver si puedo convencerla para que coma un poco.

—Yo me voy a quedar aquí un rato —dijo ella.

Respiró profundamente y saboreó la dulzura del aire. Pensó en sus dudas, en si estaba en el camino correcto y qué significaría que no lo estuviera. No, aquello era una locura. El día de su graduación del instituto, se había propuesto conocer mundo y ayudar a los niños, y siempre había seguido aquella meta. Sin embargo, la posibilidad de perder a su madre la tenía angustiada, y aunque intentaba mantener una actitud positiva, le resultaba difícil, porque Nina estaba cada día más débil y los marcadores tumorales no variaban. Sonnet se preguntaba si se había concentrado en las cosas importantes de la vida. Su madre le había dicho: «Si sucede lo peor, podré decir que no tengo nada de lo que arrepentirme en la vida».

Aparecieron las luces de un vehículo en el camino, y Sonnet reconoció la furgoneta de Zach, que se acercaba.

Se puso en pie y se estremeció un poco a causa del frío nocturno mientras él caminaba hacia ella.

—Hola.

—Hola.

—No te esperaba.

—No —dijo Zach, y se acercó al porche. Sonnet casi no podía mirarlo.

Seguía muy confusa por su última conversación. ¿Eran amigos? ¿Enemigos? Parecía que no querían lo mismo.

—Bueno, ¿y qué pasa? —le preguntó.

—Me ha llamado Nina. Me ha dicho que le estaba costando mucho cenar esta noche.

—¿Y por qué te ha llamado a ti? —le preguntó Sonnet, frunciendo el ceño.

—Yo... eh... Tengo algo que tal vez la ayude —dijo él. Entonces, se sacó una pequeña bolsita de plástico del bolsillo.

—Oh, Dios mío —dijo Sonnet, y dio un paso atrás—. ¿Es marihuana? ¿De dónde la has sacado?

—Es buena, no te preocupes.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Vamos a ver si le sirve a tu madre.

—No te atrevas.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—¿Ella te ha pedido marihuana? Podía haberle pedido una receta a su médico.

—Es verdad, pero me llamó a mí.

—¿Y por qué te la ha pedido a ti? ¿Acaso eres traficante y yo soy la única que no lo sabía?

—Por favor, Sonnet. Me conoces demasiado bien como para pensar eso. Y tu madre también.

—Entonces, ¿qué estás haciendo con una bolsa de marihuana?

—Conozco a gente.

—Eso es absurdo.

—Nina tiene náuseas y no puede comer. Incluso uno de sus médicos dijo que la marihuana puede ayudarla. Nina no quería hacerlo, pero ahora está dispuesta a intentar cualquier cosa siempre y cuando no le haga daño al bebé. Así que, disculpa, no quiero hacerla esperar.

Pasó por delante de ella y fue hacia la puerta.

—Yo no voy a tomar parte en esto —dijo Sonnet, echando chispas. Se marchó hacia el lago, sin tener idea de adónde iba.

Mientras se alejaba en medio de la oscuridad, se preguntó por qué la asustaba tanto aquello. Y tuvo que admitir que podría ser por su padre. Por su campaña. Por su reputación. Si llegaba a saberse, por algún motivo, que ella estaba involucrada en el hecho de que su madre fumara marihuana, sus

posibilidades de salir elegido disminuirían.

Al darse cuenta, Sonnet se detuvo en seco. No pensaba anteponer las ambiciones de su padre a la salud de su madre. Se giró y volvió a la casa. Cuando entró, oyó un viejo clásico en la radio y, en el salón, vio a Greg dormido en una butaca. Zach tenía una cámara entre las manos.

Y su madre estaba en el sofá, deshecha en risitas y comiendo Cheetos de una bolsa grande y brillante.

Zach estaba en la sala de reuniones de Camp Kioga, que la productora había estado utilizando como almacén y sala de edición. La jornada de grabación había terminado y todo el mundo se había ido a casa, pero él se había quedado a editar un poco. Aquello era lo que hacía últimamente en su tiempo libre: trabajar. Tenía mucho que hacer, porque cada día se producían más y más secuencias del programa. Más tarde, durante el proceso, habría editores de guion y editores de montaje, pero las decisiones iniciales debía tomarlas él.

Pese a sus reservas iniciales a la hora de trabajar en aquel proyecto, finalmente veía que la historia iba tomando forma. Los niños eran estupendos. No tenían artificios ni problemas para ser ellos mismos pese a la presencia constante de las cámaras. Jezebel era la dueña de todas las secuencias en las que aparecía, pero Zach se daba cuenta de que estaba cambiando de un modo sutil. Había entablado relación con los niños, pese a lo artificial de la situación. Algunos de ellos provocaban su ira, mientras que otros sacaban una faceta maternal casi escondida.

Zach visionó unas escenas en las que aparecía ella con una de las niñas, Anita, que era tímida y siempre estaba intentando agradar a los demás.

—No te subestimes, vamos —le estaba diciendo Jezebel a Anita, durante una secuencia de tiro con arco—. Eres mucho más habilidosa de lo que aparentas. Venga, apunta a esa diana y acierta.

Había algunas tomas del campo de tiro. Vio una en la que aparecía Sonnet, con su omnipresente tablilla, intentando ahuyentar a dos ciervos que estaban pastando al fondo. Los ciervos estaban demasiado acostumbrados a la presencia humana; se alejaron un poco, pero no salieron corriendo. Zach sonrió al ver a Sonnet haciendo gestos exagerados con la tablilla. Estaba preciosa, con unos pantalones vaqueros cortos, una camisa y el pelo corto. Parecía tan joven como algunos de los niños.

Su teléfono le avisó de que había recibido un mensaje de texto, y a Zach se le borró la sonrisa de los labios. Jenna Munson, la hija del reverendo, lo invitaba a la Taberna Hilltop, y le pedía que respondiera. Él le envió otro mensaje diciéndole que estaba muy ocupado con el trabajo, lo cual era cierto. Pero la verdad era que no quería ver a Jenna, ni a Glynnis, ni a Viv, ni a Shakti, ni a ninguna de las mujeres con las que solía salir. Desde que había empezado aquella producción, estaba enclaustrado.

—Hola —dijo Jezebel al entrar en el salón—. Qué, ¿mirando secuencias de tu novia?

—No es mi novia —dijo él.

—Ummm —murmuró ella. Era una de sus expresiones típicas, con la que expresaba a las claras su escepticismo.

—Sonnet y yo nos conocemos desde niños —le explicó Zach—. Somos amigos, nada más.

—Sí, ya me lo ha dicho. Tú eres su mejor amigo, ¿no? Entonces, no deberías tener ningún problema en explicarle que te estás enamorando de ella.

Zach se echó a reír, aunque al oír aquellas palabras, se le aceleró el corazón.

—Ni hablar. Eso no es cierto. Y de todos modos, ella tiene novio. O por lo menos lo tenía, la última vez que lo comprobé.

—A lo mejor deberías comprobarlo otra vez.

Él ignoró el arrebató de alegría.

—No me interesa tener nada con Sonnet aunque ella rompiera con su novio —insistió—, y no la voy a presionar para que salga conmigo. Ella y yo... no encajamos bien. Sonnet solo ha venido a estar en Avalon con su madre. Y yo solo voy a estar aquí hasta que...

Zach se quedó callado. Estaba allí. Siempre había estado allí. Era su casa.

—¿Estás esperando una oferta mejor? ¿Y qué es mejor que esto? ¿Qué puede ofrecerte el mundo que no encuentres aquí? —le preguntó Jezebel, señalando hacia las ventanas que daban al lago. Estaba demasiado oscuro como para ver el exterior, pero la belleza de Willow Lake podía apreciarse en los varios monitores con los que estaba trabajando Zach.

—No he ido a ninguna parte —respondió él—. ¿Cómo voy a saberlo?

—En el fondo, tú eres un chico de pueblo —dijo Jezebel—. Lo sé. Puede que creas que quieres escapar, pero mira lo que estás haciendo con tu vida. Todas las decisiones que has tomado te han mantenido aquí: tu trabajo y tus

amigos. Tu descabellada idea de compensar a Avalon por lo que hizo tu padre.

Él tragó saliva. Ojalá no le hubiera contado eso.

—Puedes irte cuando quieras —continuó Jezebel—, pero no creo que quieras hacerlo. Creo que quieres vivir en Avalon, en una casa bonita con una valla blanca y niños por todas partes. Quieres la familia que no tuviste de niño.

Él sintió una punzada de anhelo. Aquella endemoniada mujer tenía razón. Aquel era su mundo, era donde siempre había querido estar. Lo único que ocurría era que no quería estar solo en Avalon.

Jezebel se acercó a uno de los ordenadores y abrió un programa de música.

—He estado componiendo una canción nueva. Es para ti. La he titulado *Don't Make Me Wait to Tell You*.

—Eres una romántica —le dijo Zach, que se había ruborizado—. ¿Quién iba a decirlo?

—No se lo digas a nadie. Echarías por tierra mi imagen de mala.

—¿Es eso en realidad? ¿Una imagen? ¿Una representación continua?

Ella se encogió de hombros.

—Soy una intérprete. Mi trabajo es entretener. Durante un tiempo me quedé atrapada en un personaje que no era yo. Era mi yo público. Lo mezclé todo, y eso me causó problemas. Eso es lo que la cárcel hizo por mí: Me ayudó a averiguar quién soy fuera del escenario, alejada de los focos y del público. Ahora ya no estoy confundida, sé lo que estoy haciendo. Y es un buen sentimiento. Deberías intentarlo alguna vez.

—Yo no estoy confundido. También sé lo que estoy haciendo.

—Ummm —respondió ella, mirándolo con escepticismo.

## C A P Í T U L O 20

—Le he traído una cosa a tu madre —dijo Zach, que se acercaba por el camino hacia la casa de Greg y Nina.

Sonnet apartó su ordenador portátil. Estaba sentada en su sitio favorito del porche, organizando la información para la empresa de relaciones públicas que había contratado Mickey Flick Productions. Era raro pensar que la grabación del programa estuviera terminando. Las largas horas y las semanas de filmación habían creado un gran archivo. Con aquel archivo se montaría el programa.

Sonnet se puso en pie y se cruzó de brazos.

—¿Más marihuana?

—No, hoy no.

Zach llevaba unos pantalones vaqueros estrechos, una camiseta negra y unas zapatillas de deporte, y con el pelo despeinado, estaba increíblemente sexy. Por mucho que ella intentara verlo como al viejo Zach, el niño con el que había crecido, no podía negar que había cambiado.

—Entonces, ¿qué?

—Ven conmigo —le dijo él, y le tendió la mano.

Sonnet vaciló. Después la tomó y lo siguió hacia la furgoneta. Sus manos se unieron con una facilidad asombrosa, y ella sintió ternura y confusión. Zach abrió la puerta y sacó una pequeña caja de madera.

—He encontrado una cosa.

—¿El qué? ¿Un animal salvaje?

—Es una perra. Iba y venía por la carretera, de aquí a Camp Kioga y vuelta —explicó Zach. Abrió el cajón y sacó un bulto de color plateado que se no dejaba de moverse—. La llevé al refugio, pero no la reclamó nadie. Así que hoy la he recogido otra vez.

La perrita saltó al suelo y se puso a corretear entre sus piernas.

Sin poder evitarlo, Sonnet se rio al verla.

—¿Y por qué le has traído esto a mi madre?

—Para ver si quiere adoptarla. Mi casero no me deja tener animales en el apartamento, así que he pensado que tal vez tu madre y Greg...

—Zach, es fantástico. Una buenísima idea.

—¿De verdad?

—No te sorprendas tanto.

—Creía que me ibas a gritar.

—Yo nunca te grito.

—Me gritas todo el tiempo.

—Claro que no —dijo ella. Notó que estaba alzando la voz, y se dio la vuelta—. Vamos a ver si mi madre quiere adoptarla. Greg y ella acaban de terminar de cenar.

La perrita recorrió el camino como si ya fuera la propietaria de la casa, y entró por la puerta en cuanto Sonnet la abrió. Greg y su madre estaban viendo la televisión. Nina se había quitado la peluca antes de acostarse. Sonnet ya se había acostumbrado a verla sin pelo; de hecho, pensaba que tenía un aspecto muy cool, con la cabeza tan suave y tan pálida como la luna llena. Nina vio a Zach y alzó una mano.

—Hombre, hola —dijo. Entonces se fijó en la perrita—. ¿Quién es?

—Es una perra abandonada —dijo Zach—. Acabo de sacarla del refugio de animales. Está vacunada, y necesita una familia. ¿Te interesa?

—¿Nos has traído una perra? —preguntó Greg.

—Me ha traído una perra a mí —puntualizó Nina—. Comenté que quería tener perro. Y, sí, estoy absolutamente interesada.

Se inclinó hacia abajo y se dio unas palmaditas en el muslo. La perrita saltó ágilmente a su regazo, trepó por su vientre abultado, posó las patitas en sus hombros y se colocó como si le estuviera sonriendo.

—Voy a llamarla Jolie —dijo Nina.

—¿Como Angelina Jolie? —preguntó Zach.

—Por favor. No. Como Jolie Madame. Es el perfume favorito de mi madre. Jolie significa «bonita» en francés. Oh, Greg. Mira qué guapa es.

Greg puso cara de indulgencia mientras observaba a la perrita. Era un animal que solo podía parecerle guapo a una madre amorosa. Era un cruce de caniche y, por sus patitas cortas, tal vez de dachshund, además de una combinación misteriosa de otras razas.

—Creo que ha sido un éxito —le dijo Sonnet a Zach.

—Yo sé que ha sido un éxito —dijo Nina—. Muchas gracias, Zach.

—¿Y no va a ser demasiado, además del bebé? —preguntó Greg.

Nina se echó a reír.

—¿Es que no puedes con todos nosotros? —le preguntó a su marido.

—Eh, estoy preocupado por ti.

—Después de este verano, yo puedo con todo.

—Estupendo —dijo Zach, y se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón, como si fuera un tío orgulloso. Después se volvió hacia Sonnet—. ¿Me ayudas a traer las cosas de Jolie?

—Claro —dijo Sonnet, y lo siguió hasta la furgoneta—. Bueno, hoy he estado paseando con Jezebel, ¿sabes? —le comentó, en un tono algo nervioso—. Y ella me ha dicho que debería contarte que he roto con Orlando.

A él se le pusieron los hombros tensos.

—¿Y por qué deberías contármelo?

—Porque somos amigos, ¿no? Nos contamos las cosas. Así que yo te lo estoy contando. Si quieres más detalles...

—Nooo. No me interesan demasiado los detalles de tu ruptura con un tío con el que no deberías haber estado nunca, para empezar.

—Eres muy grosero. Te estoy contando algo personal, y tú te pones grosero.

—¿Estás destrozada? ¿Se te ha roto el corazón? ¿O ya te has olvidado de ese tipo?

—No. Solo estoy... decepcionada conmigo misma.

—Entonces, ¿esto es una insinuación? —le preguntó él sin rodeos.

—¡Zach! —exclamó ella, con las mejillas ardiendo—. No puedo empezar otra relación en medio de lo que está pasando con mi madre.

—Claro que sí. Todo es cuestión de motivación.

—Lo tomaré en consideración —dijo ella, y cuando iban hacia la furgoneta, añadió—: Has sido muy bueno al pensar en esto.

—Soy bueno —dijo él—. Siempre he sido buena persona.

—Totalmente de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué lo estás pasando tan mal al enamorarte de mí?

—¡No es cierto!

—¿No es cierto qué? ¿Que lo estás pasando mal, o que te estás enamorando de mí?

—Ninguna de las dos cosas. Zach...

—Sonnet —dijo Greg desde el porche.

Ella se quedó petrificada. En su tono de voz y su expresión había algo que



galvanizó todas las células de su cuerpo. Zach estaba muy cerca de ella. En un segundo, Sonnet lo percibió todo: cómo le movía el pelo el viento, y cómo se le relajaban los músculos de los brazos cuando se detuvo con la caja de cosas de la perra. Oyó su propia respiración acelerada, y el crujido de la gravilla bajo sus pies, cuando se giró hacia él para decirle algo que él ya sabía:

—Ocurre algo.

La sala de espera del hospital estaba abarrotada. Entre los Romano y los Bellamy, las visitas ocupaban todos los bancos y los asientos disponible, aunque muchos de ellos estuvieran paseándose de un lado a otro, hablando en voz baja mientras esperaban noticias.

Sonnet estaba aterrorizada. Todos intentaban consolarla y darle ánimos, pero ella no asimilaba sus palabras. Nina era muy querida, y por eso estaba allí todo el mundo, pero nadie podía saber lo que estaba pasando Sonnet en aquel momento. Se trataba de su madre. Su madre.

La abuela estaba sentada entre las tías y los tíos de Sonnet, moviendo las cuentas del rosario lentamente entre los dedos temblorosos. Por parte de los Bellamy estaban los padres de Greg, Charles y Jane, con aspecto de agotamiento y desesperación. Como la abuela, se habían puesto eufóricos al saber que iban a tener un nieto, pero estaban consumidos por la preocupación.

La tensión y el miedo que se respiraban en la sala de espera eran como un cepo invisible alrededor del pecho de Sonnet. Estaba junto a la ventana, agarrada al alféizar, mirando hacia fuera. El hospital estaba en la confluencia del río Schuyler con el Hudson, y los Catskills se veían en la distancia. Sonnet solo podía mirar al aparcamiento, donde la gente iba y venía. Personal sanitario, visitas, pacientes, equipos de urgencias...

Cuando la furgoneta de Zach apareció en el aparcamiento, Sonnet no se libró de la preocupación, pero al menos notó que el estrés disminuía un poco. No tenía sentido, pero solo el hecho de verlo la calmaba.

—Voy a tomar un poco el aire —dijo, a todo el mundo en general, y salió hacia el ascensor.

Se encontró con Zach en el aparcamiento. Él abrió los brazos, y ella se estrechó contra él. No tuvieron que decir nada. Ella notaba la preocupación de su amigo, y sabía que él podía sentir la suya. Se quedaron inmóviles durante unos segundos, y después él retrocedió.

—Cuéntame.

—Rompió aguas —empezó a explicar Sonnet mientras volvían a la sala de espera—. Se supone que todavía faltaban cinco semanas, así que el niño no tiene los pulmones completamente desarrollados. Van a darle a mi madre antibióticos y esteroides para ayudar a que maduren los pulmones del bebé y para que ella lo retenga un poco más.

Sonnet podía decir con sinceridad que ya no odiaba al bebé. Nadie tenía la culpa de que Nina se hubiera puesto enferma, y mucho menos el bebé.

Greg apareció en la sala de espera con la bata médica arrugada y con la mirada perdida. No, pensó Sonnet. Por favor, no...

Greg se apoyó en la pared, tomó aire y miró a todos los que estaban en la sala de espera.

—Es un niño —dijo—. Lucas Romano Bellamy y su madre están bien.

Hubo un momento de silencio. Después, todo el mundo estalló en felicitaciones y preguntas, en expresiones de alivio, carcajadas y lágrimas. Sonnet se abrió paso hacia Greg.

—¿Puedo ver a mi madre?

—Pronto —dijo él—. Eres la primera de la fila. ¿Dónde demonios está Max? Por fin tiene al hermanito que quería desde que era pequeño.

—Voy a ver si puedo dar con él.

Sonnet sacó su teléfono. «Demonio de Max. Tan poco fiable como siempre», pensó Sonnet. Seguro que estaba tardando en llegar con la esperanza de perderse el drama.

Max respondió al teléfono al tercer tono.

—¿Diga?

—¿Dónde estás?

—¿Cómo está Nina?

—Está bien. El bebé también.

—Dios Santo. Eso es un alivio.

—¿Dónde estás?

—Llegando. Baja al aparcamiento.

—Max...

La comunicación se cortó.

—¿Va todo bien? —preguntó Zach, reuniéndose con ella en el ascensor.

Antes de poder contenerse, Sonnet se desplomó contra él, abrumada por el alivio.

Zach no dijo nada. Ninguno de los dos dijo nada mientras bajaban. Cuando se abrieron las puertas, se separó de Zach e intentó recuperar la compostura.

Salieron del ascensor. Al mismo tiempo, Daisy entró por las puertas giratorias al vestíbulo. Las chicas corrieron una hacia la otra y se abrazaron.

—Oh, cuánto me alegro de verte otra vez —dijo Sonnet, y se apartó para observar a su hermanastra, rubia, sonriente, de ojos azules y brillantes.

—Te he echado mucho de menos —dijo Daisy—. Mi padre me ha dicho que tu madre y el bebé están bien.

—Sí. Vamos a subir. ¿Has venido sola?

—Es la primera vez que dejo al niño con su padre. Tenía que suceder en algún momento —dijo Daisy. Entonces, vio a Zach junto al ascensor—. Eh, hola. ¡Cuánto tiempo! —exclamó, y lo abrazó a él también.

—Me alegro de verte, Daze —dijo Zach—. Eh, Max, hola.

Los cuatro entraron de nuevo al ascensor, Sonnet se sintió muy reconfortada por un sentimiento increíble. Cuando la familia y los amigos se reunían para apoyarse, se producía una magia especial.

—Esta fotografía es de un genio —dijo Sonnet, observando la pantalla del ordenador por encima del hombro de Daisy. Estaban mirando las fotografías que había tomado Daisy.

—Gracias. Aunque no es muy difícil hacer un buen trabajo fotografiando a una madre y a su recién nacido.

—Mi madre tiene un recién nacido —repitió Sonnet—. Es tan... raro. De una buena manera.

Daisy se había superado a sí misma documentando el día del nacimiento del bebé. La fotografía no era solo su trabajo, sino también su pasión. Al contrario que Sonnet, Daisy nunca se cuestionaba su profesión. Era vocacional.

—En esta foto estás muy feliz —dijo Daisy, mostrándole a Sonnet una imagen de sí misma con el bebé en brazos, un niño de dos kilos setecientos gramos que solo había pasado unas horas en la incubadora hasta que los médicos lo declararon sano pese a haber sido prematuro—. Dios Santo, el pelo corto te queda maravillosamente.

—¿Tú crees? —preguntó Sonnet, observando el monitor—. ¿Crees que debería llevarlo siempre corto?

Daisy hizo clic con el ratón y le mostró otra imagen, en la que Sonnet estaba

mostrándole orgullosamente el bebé a Zach.

—A él le vuelve loco. Está loco por ti, creo.

Sonnet se ruborizó y apartó la mirada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Daisy—. Vosotros dos... siempre habéis estado muy unidos, pero ahora hay algo más. Lo he notado. Y ya sabes lo que dicen: la cámara no miente.

—Tampoco yo puedo mentirte a ti, Daze. Tengo problemas. Problemas de hombres. He roto con Orlando.

—¿De verdad? Oh, Sonnet, lo siento. Creía que os iban bien las cosas.

—Sí... y no. Las cosas llevaban tensas una temporada. Pero, de todos modos, tienes razón: éramos compatibles. Así que ni siquiera ahora estoy segura de que haya hecho bien rompiendo con él.

—No dudes de ti misma. Haz lo que te diga tu corazón.

—Zach y yo estamos... No puedo dejar de pensar en él, y eso no es bueno. Me estoy haciendo un lío.

—Creo que tú no tienes ningún problema —dijo Daisy.

—No es tan fácil. Nosotros no... No podemos...

—Tal vez sí puedes, Sonnet. Pregúntatelo a ti misma, no a mí.

—Zach le trae marihuana y perritos a mi madre. Me hace reír, y no está siempre ocupado, corriendo de un sitio a otro... Me abraza cuando no hay palabras. Pero Orlando le consiguió una consulta con la mejor oncóloga del país. ¿Soy idiota por no haberlo elegido?

—¿Y si eliges basándote en lo que sientes por el hombre en cuestión, y no por cuánto ha ayudado a tu madre?

—Sí, claro. Pero en este momento no soy capaz de separar ambas cosas. Ah, Daisy. No sé qué hacer.

—No te fíes de mis consejos. Yo no soy ninguna experta a la hora de elegir entre dos hombres. Tardé toda la vida en conseguirlo.

—Yo no tengo tanto tiempo.

—Tómate las cosas con calma. No tomes ninguna decisión importante hasta que hayas terminado las cosas en Avalon.

—Ahí está el quid de la cuestión. Ya he terminado. Por supuesto, voy a quedarme una temporada más para ayudar a mi madre en todo lo que necesite, pero tanto Greg como ella quieren recuperar su privacidad. Y eso es lo que más miedo me da: No tengo ni idea de qué voy a hacer.

Aunque fuera pequeño, el bebé tenía buenos pulmones y un apetito voraz, y la cara de manzana madura. Tenía el pelo oscuro, unos rasgos adorables de duende y unos ojos oscuros, profundos, hipnóticos.

Ver tan de cerca el comienzo de una nueva vida había tenido un impacto en Sonnet. Aquello era la esencia de la vida, lo más elemental, y resultaba aún más valioso por los riesgos y el dolor que había soportado Nina. Sonnet tenía el corazón lleno de gratitud. Veía a su madre, al mundo, a sí misma y al pueblo con nuevos ojos. Antes pensaba que Avalon era el pueblo más pequeño e insignificante del mundo, pero ya no se sentía así. La enorme fuerza que había sentido cuando toda la comunidad se había reunido alrededor de su madre le resultó asombrosa. La ternura de un hombre cuando sonrío a su esposa, el olor del pan recién hecho por las manos de un amigo, los sonidos que tan a menudo ahogaba el ruido de ciudad, los ladridos de los perros, las risas de los niños, el rumor del agua de un río... Se preguntó por qué tenía tantas ganas de marcharse cuando estaba creciendo allí.

## C A P Í T U L O 21

Zach llevó la cámara más pequeña de las que tenía, la última versión de la GoPro, a la fiesta de despedida de la grabación del programa. Camp Kioga siempre había sido un lugar de celebraciones de aniversarios, bodas, reuniones familiares... pero nunca había acogido un evento como aquel. La productora contrató a un grupo de música local llamado Inner Child para amenizar la fiesta, pero la misma Jezebel se inspiró y participó también. Aunque su repertorio habitual eran las versiones de éxitos de los años ochenta y noventa, los miembros de la banda no tuvieron ningún problema en cambiar un poco las cosas. De los altavoces, comenzó a salir un ritmo urbano, y los niños y el equipo del programa llenaron la pista de baile para celebrar el final de la grabación.

Eddie Haven, el cantante y compositor de Inner Child, estaba feliz de poder actuar junto a Jezebel, acompañado por los miembros de su banda, Noah Shepherd, Ray Tooley y una bajista llamada Brandi, que llevaba una minifalda escocesa de color granate. Antes, una chica con una minifalda escocesa habría afectado a todo el cerebro de Zach, pero en vez de quedársela mirando atontado, se dio cuenta de que estaba buscando a Sonnet entre la multitud. Era raro que una chica tan guapa como la bajista no captara toda su atención. Sonnet lo había echado a perder para las otras mujeres, y ella ni siquiera lo sabía. Para él, aquello era una locura. Aquella persona a la que conocía de toda la vida, la típica vecina de la casa de al lado, se había convertido de repente en todo su mundo.

Como no la veía, se acercó a la mesa de las bebidas y tomó una cerveza. Jezebel hizo un descanso de su actuación y se acercó a él.

—¿Cerveza? —le preguntó él, ofreciéndole la botella.

—No, voy a seguir con el agua —dijo Jezebel—. Estoy reservándome para celebrarlo por todo lo alto cuando me libere de esta joya —explicó, y señaló el dispositivo localizador que llevaba en el tobillo.

—Has hecho algo muy grande aquí —dijo él—. Tienes que celebrarlo. Por

lo menos, come algo.

La comida tenía un aspecto fantástico, incluyendo algunas de las cosas que los niños habían aprendido a hacer con Jezebel: la tarta de ruibarbo, el pollo frito y una ensalada con vegetales que habían cultivado ellos mismos. Había una tarta enorme de la pastelería Sky River, decorada con un enorme corazón.

Jezebel tomó un tallo de apio relleno y lo puso sobre una tostada.

—Hemos hecho algo grande —corrigió a Zach—. Sí, lo hemos hecho.

Él asintió mientras observaba a la multitud. La grabación del programa había terminado. El trabajo pasaría a manos de los editores de estudio, de los especialistas de continuidad, de los técnicos de sonido y de otros técnicos que iban a organizar la historia del material en bruto que se había creado en Camp Kioga. Sonnet no estaba por ninguna parte. Tal vez no fuera a la fiesta de despedida. Zach se llevó la mano al bolsillo, pensando en que tal vez podría enviarle un mensaje rápido.

Después, tomó un trago de cerveza. Tal vez no.

—Llámala —le dijo Jezebel—. ¿A qué estás esperando?

Él ni siquiera fingió que no la entendía. Jezebel tenía la extraña habilidad de leerle el pensamiento.

—Voy a hacerles unas fotos a los niños —dijo—. Han cambiado mucho desde que llegaron a principios de verano.

—Sí, eso es evidente. Juraría que algunos de los chicos han crecido varios centímetros.

Los niños estaban tan acostumbrados a las cámaras y a los micrófonos que ni siquiera se inmutaron cuando Zach los enfocó con el visor. Aquel día, en particular, los niños estaban relajados y muy contentos. Entre ellos se habían formado lazos de amistad y alianzas; el tiempo diría cuáles iban a ser duraderas.

—Que no se te olvide ese número, ¿eh? —le estaba diciendo Darnell a Anita—. Así es como vamos a poder estar en contacto.

—De acuerdo —dijo la niña—. Pero sigo pensando que con Facebook es más fácil.

—A mí no me gusta Facebook. No quiero contarle mis cosas a todo el mundo.

—No creo que a todo el mundo le interesen tus cosas —respondió ella—, pero entiendo lo que quieres decir.

Zach se acercó a las gemelas y a Jaden, que estaban dándoles a todos

pulseras de la amistad que habían hecho ellos mismos, de colorines. La grabación de aquel programa había sido toda una experiencia para aquellos niños de ciudad. Cada uno había plantado una semilla de arce y había marcado el lugar con una piedra, con su nombre y la fecha grabados.

El señor y la señora Bellamy llegaron para despedirse, y por Instinto, Zach filmó los detalles más importantes, como sus manos envejecidas, agarradas con fuerza mientras caminaban, la manera sutil en que Charles aminoraba el paso para seguir el ritmo de Jane, y el brillo de sus ojos cuando se acercaron al micrófono de la banda para decir unas palabras.

—Espero que volváis pronto a vernos —dijo la señora Bellamy, con una sonrisa resplandeciente—. Aquí siempre habrá un lugar para vosotros.

—¿De verdad? —preguntó uno de los niños.

—Os doy mi palabra —dijo el anciano señor Bellamy.

Al fondo, Zach vio llegar a Sonnet desde el pabellón principal, y tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la cámara enfocada en los Bellamy. Sonnet estaba estupenda. Llevaba unos vaqueros ajustados, unas sandalias, una camisa blanca con un cinturón ancho y dorado y unos aros en las orejas. Cuando los niños la vieron, fueron a rodearla, como hacían siempre, y él lo enfocó. Después de Jezebel, Sonnet era su favorita.

Con los niños, ella no era cautelosa ni tímida. Los abrazó y se rio con ellos, y se puso todas las pulseras de la amistad que le dieron. Aquella era Sonnet en su elemento, no en un despacho de un rascacielos de Nueva York. Zach se preguntó si ella se daba cuenta.

Jezebel terminó su vaso de agua.

—Voy a cantar un poco más —dijo, y se fue con la banda—. Esto es para mi querido Zach —anunció por el micrófono—. El señor Cámara.

Él se quedó azorado, aunque no sorprendido, cuando ella comenzó a cantar *Don't Make Me Wait to Tell You*. Miró a Sonnet, vio que ella inclinaba la cabeza con atención mientras escuchaba, y dejó la cámara. Sus miradas se encontraron, y él no pestañeó. Tenía muchas cosas que decirle, y además, ella le lanzó una tímida sonrisa. No fue casi ni una sonrisa, más bien, una mirada suave. Después, calmadamente, empezó a bailar con los niños.

Después de unas cuantas canciones más, llegó la hora de marcharse. La furgoneta estaba esperando para llevarlos a casa. Todo el mundo salió al aparcamiento para despedirlos.

—¿Estás bien? —le preguntó Zach a Sonnet. Había reconocido el temblor



de su barbilla.

—Es muy duro verlos marchar. Hemos trabajado mucho en esta producción, pero yo no quería que terminara.

—No tiene por qué terminar —dijo Jane Bellamy, que se acercó a ellos para la ronda final de abrazos—. Es cierto que no vamos a echar de menos las cámaras y el ajetreo, pero los niños siempre serán bienvenidos. Hacía mucho tiempo que queríamos organizar un campamento para niños de la ciudad, pero todavía no hemos encontrado la persona adecuada para dirigirlo. A menos que tú estés interesada...

—Esto solo ha sido una cosa temporal para mí —dijo Sonnet.

—Lo entiendo. De todos modos, si quieres hablar de ello alguna vez, ven a vernos a Olivia y a mí.

Sonnet se cambió de ropa por lo menos cuatro veces para prepararse para la cita con Zach. No, no. No era una cita. Solo quería verlo. Le había mandado un mensaje de texto diciéndole que se reuniera con ella en la Taberna Hilltop, porque tenía algo que celebrar.

Se preguntó si las botas de vaquero y la chaqueta victoriana no eran demasiado. ¿Parecía que se había arreglado demasiado?

—Ya estás pensando más de lo debido —se dijo, mientras aparcaba y se acercaba a la puerta del bar—. Esto no es una cita.

Y, sin embargo, ella se sentía como si lo fuera. Tenía un cosquilleo en el estómago, y sentía impaciencia por ver a Zach. Tal vez sí fuera una cita. Iban a verse como dos adultos que se estaban conociendo, tal vez como dos adultos que se estaban enamorando.

La furgoneta de Zach entró en el aparcamiento y se detuvo, así que Sonnet lo esperó. Él bajó de la furgoneta, y Sonnet se dio cuenta de que estaba fantástico, con el pelo largo y brillante y la camisa planchada. Planchada. El cosquilleo se le intensificó en el estómago, y se sintió un poco boba. Había tenido muchas citas. Había salido con chicos que llegaron en limusinas y en coches de deportivos, pero nunca había tenido la sensación de que se derretía al ver a ninguno de ellos.

—Hola —dijo Zach. Se detuvo ante ella y le dio un abrazo torpe—. ¿Qué pasa? ¿Qué tenemos que celebrar?

—Oh, Zach, es la mejor noticia del mundo.

Él le sujetó la puerta para que entrara.

—¿Me lo vas a contar?

—Primero pídemelo algo de beber —le dijo Sonnet, y se sentó en una de las mesas.

El bar estaba a media luz. Era un lugar familiar para ellos. Su olor particular y su música eran familiares.

—Oh, me gustaría mucho tomar algo contigo. ¿Cerveza?

—No, no. Esta noticia se merece una botella de champán.

—Pues que sea un Kir Royal —le dijo Zach a la camarera que se acercó—. Para mí una Utica Club, por favor.

—Me impresiona que sepas lo que es un Kir Royal.

—Es una forma de conseguir que un champán corriente sepa mejor.

—Lo he oído —dijo la camarera, mientras les servía las bebidas.

—Bueno —dijo Sonnet—. Un brindis.

—Claro —respondió él, e hizo que sus vasos chocaran—. ¿Por qué estamos brindando?

—Por mi madre —dijo ella, y sintió una oleada de emoción—. Esta tarde le han dado los últimos análisis, y no hay ni rastro del cáncer.

A él se le hundieron los hombros, y dejó la cerveza sobre la mesa.

—Dios, eso es... Es maravilloso. Me alegro mucho por ella. Por todos vosotros.

—Es estupendo. Bueno, no es que pueda olvidarse todavía; tendrá que hacerse más pruebas y más análisis, pero esto es muy bueno. Muy, muy bueno —dijo ella, y lo observó. Observó con atención a Zach, el chico al que conocía desde que era pequeña. Incluso aunque la luz era tenue, se dio cuenta de que él tenía los ojos empañados.

—Zach...

—Sí, sí, lo sé —dijo él. Se enjugó los ojos y tomó un trago de cerveza—. Es un alivio tan grande que... Yo... Demonios —murmuró. Apartó la cerveza y dijo—: Necesito besarte.

Sin vacilación, la abrazó y la besó con tal fervor que a ella se le cortó el aliento. Aquello era increíble. Sonnet no quería que terminara nunca. Ella lo besó también, moviéndose contra él, olvidando desvergonzadamente que estaban en público. Zach tenía un sabor celestial, y Sonnet recordó la noche de la boda de Daisy, la noche que lo había cambiado todo entre ellos. ¿Cómo era posible que él formara parte de su vida desde siempre, y ella no se hubiera

dado cuenta jamás de que podían estar así? Sus objetivos y sus ambiciones le habían impedido ver cuál era el simple poder de la pasión con el hombre adecuado. No era de extrañar que no hubiera conseguido enamorarse de Orlando. Su corazón era más inteligente que su cabeza. Estaba esperando aquello.

Él se echó hacia atrás ligeramente, y sonrió.

—Esta noche estás siendo agradable conmigo.

—Yo siempre soy agradable contigo.

—Sí, claro.

—Ah, Zach. ¿Qué nos está pasando? ¿Es que nos hemos vuelto locos?

—Puede ser, pero yo no tengo queja —respondió él, y la besó otra vez, con mucha ternura—. Quiero que vengas a casa conmigo. Ahora.

—Pero...

—Y quiero poner música buena, prepararte otro Kir Royal y después, quitarte la ropa y...

—Está bien —dijo ella—. Eso me parece bien.

Él hizo un gesto para pedir la cuenta. Mientras esperaban, Sonnet recibió una llamada de su padre. Dios Santo, qué oportuno. Era como si su desaprobación irradiara ondas desde el móvil. «Después», pensó, y no respondió.

—¿Ocurre algo? Le preguntó Zach.

—No, no, nada —respondió ella. Tuvo que contenerse para no escuchar el buzón de voz. Que su padre se esperara, por una vez.

Entonces, recibió un mensaje de texto de su madre, y sin dudarlo, lo abrió: Estoy bien, pero necesito que vengas a casa. Te lo explicaré cuando llegues.

—Qué raro —le dijo a Zach, después de que él pagara—. Mi madre quiere que vaya a casa.

—Eh... Yo necesito que vengas a casa. A mi casa.

—Mi madre me necesita. Mira, vamos a hacer una cosa. Iré a verla, y después iré a tu casa, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

En el aparcamiento, Zach volvió a besarla, y la acarició, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no rodearlo con las piernas y no volver a soltarlo.

—Nos vemos pronto —le dijo.

Un beso más. Una suave promesa. Sonnet se fue a casa conduciendo, pero tenía la sensación de que iba flotando.

Sonnet entró en casa. Greg y su madre la estaban esperando sentados a la mesa de la cocina. Jolie, la perrita, estaba acurrucada en su cesto, junto al radiador. Últimamente, la cocina estaba siempre llena de cosas del bebé, de biberones, juguetes y mordedores. Ella los miró a los dos, y con solo verles la cara, preguntó:

—¿Quién se ha muerto?

—Ah, nena —dijo Nina, con una sonrisa apagada—. Alguien ha puesto un vídeo estúpido en Internet para intentar dañar la reputación de tu padre.

A ella se le encogió el corazón, aunque aquello no la había sorprendido.

—El equipo de Johnny Delvecchio juega sucio. Tu padre lo sabe, siempre lo ha sabido. Estoy seguro de que podrá arreglarlo.

—¿De qué se trata?

—Es... —Nina no pudo continuar. Parecía que hubiera preferido estar en cualquier otro sitio, menos en su propia cocina.

—Enséñaselo —dijo Greg.

—Sí —dijo Sonnet—. Enséñamelo.

Greg giró el ordenador portátil hacia ella.

—Lo siento, cariño —le dijo—. Lo siento muchísimo. Ojalá pudiera hacerlo desaparecer.

Sonnet miró a la pantalla, y al ver las imágenes, sintió horror. Pestañeó ante el título del vídeo que había en la página web: *El vídeo sexual de la hija del candidato Jeffries*.

Se le secó la boca. Pese al frío, sintió que las mejillas le ardían hasta la raíz del pelo.

—Es un montaje, por supuesto —musitó Nina—. Alguien ha intentado calumniarte.

Su madre estaba equivocada. Tal vez, lo más horrible de todo aquel asunto era que la chica que estaba en el vídeo era ella de verdad. Pese a que en el cobertizo de los botes reinaba la oscuridad, la cámara de la lancha había captado detalles de la noche que había pasado con Zach: los susurros y las risitas, los cuerpos desnudos y las caricias, los sonidos inconfundibles del éxtasis y la sorpresa.

El número de veces que se había reproducido aquel vídeo era prueba de lo rápidamente que se difundía todo en Internet. Los seguidores de Delvecchio ya

habían difundido el enlace de la página web por todas las redes sociales. El escándalo había salido en las noticias locales. Courtney Proctor, con cara de compungida, había narrado «el asunto Jeffries», como ella lo llamaba. Además del vídeo sexual, había mencionado el hecho de que Sonnet hubiera abandonado su puesto en la Unesco y hubiera aceptado un trabajo de baja categoría en una productora de reality shows, en la que había trabajado codo con codo con una delincuente que aún estaba cumpliendo condena. La periodista había entrevistado a algunas personas por la calle, y había extraído de sus declaraciones las frases más incendiarias: «Al ver esto, me pregunto qué otras cosas tiene que ocultar Jeffries». «El vídeo lo demuestra. Si ese tipo no ha sabido criar a su propia hija, ¿cómo va a representar a todo el estado?»

Pese a lo inane de aquellos comentarios, Sonnet supo que el escándalo sí había tenido repercusión. No era de extrañar que su bandeja de entrada del correo electrónico tuviera cientos de mensajes. Se atrevió a mirarla, y por las frases del asunto del mensaje, tuvo bien claro que todo el mundo lo sabía. La hija ilegítima del candidato Jeffries no solo era una marginada y una vaga que se relacionaba con personas poco recomendables, sino que además era una cualquiera. Y el asunto ya estaba pasando factura, según los medios de comunicación. Laurence Jeffries había quedado por detrás de su oponente en las encuestas de intención de voto.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó con espanto—. ¿Quién está detrás de esto?

—El equipo de la campaña de Delvecchio, por supuesto —dijo su madre—. Respira hondo, hija.

Sonnet se levantó de la silla, sin poder mirar ni a Greg ni a su madre.

—Disculpadme —dijo.

Entonces, se fue hacia el baño, tambaleándose, y vomitó.

## C A P Í T U L O 22

Cuando consiguió pensar con claridad, Sonnet llamó a su padre.

—Acabo de verlo —dijo—. Lo siento muchísimo.

—No te voy a mentir —respondió él—. Ha sido muy perjudicial.

—¿Qué podemos hacer?

—Orlando ha puesto a trabajar a alguien en ello.

Orlando. No habían vuelto a hablar desde que habían roto. Sonnet notó la decepción de su padre, que salía como una onda por el auricular del teléfono.

—Él lo arreglará —murmuró Sonnet. Era lo que hacía Orlando: arreglar las cosas sin mancharse las manos. No era de extrañar que su padre contara con él.

—Sonnet, te advertí sobre la gente con la que te relacionas —dijo el general—, pero no me hiciste caso.

Se refería a Zach. Ni siquiera podía decir su nombre. Aunque no lo decía tampoco, su padre le estaba diciendo que quería que volviera a ser la buena hija que había sido, o que no podría seguir manteniendo la relación con ella.

—Lo siento —dijo Sonnet—. Sé que parezco un disco rayado, pero no se me ocurre otra cosa que decir.

—Yo tengo una buena noticia para ti —dijo su padre. Su tono de voz era un poco menos tenso.

—Sí, por favor. Necesito alguna buena noticia.

—Te han ofrecido de nuevo la beca Hartstone.

—¿Qué? ¿En serio? Papá, ¿cómo lo has conseguido?

—Eres tú la que lo ha conseguido. Esto es un logro tuyo —dijo él. La desaprobación había desaparecido, y su padre hablaba con orgullo y esperanza.

—Creía que había perdido toda posibilidad.

—Recibirás un correo electrónico en el que te lo explican todo, seguramente hoy mismo. Hay un puesto en Bután.

Bután. Sonnet sintió una punzada de excitación. Bután era un país diminuto y

aislado entre las colinas del Himalaya, en la frontera entre China e India. Era un reino pacífico, aunque pobre, y necesitaban ayuda. Con su trabajo, ella podría ayudar a los niños de Bután a acceder a una buena educación.

—Es increíble —dijo—. ¿De verdad?

—Sí, de verdad. El único problema es que te necesitan ahora mismo.

—¿Qué significa «ahora mismo»?

—¿Podrías marcharte la semana que viene?

Tan solo un par de horas antes, Sonnet se había imaginado una noche muy diferente con Zach. Estaba pensando en una copa de vino, en sus besos, en exhalar profundos suspiros de satisfacción entre sus brazos. Eso era una fantasía. Tenía que haberlo sabido. Y ahora se veía obligada a ir a verlo. Llamó una sola vez a la puerta de su pequeña casita de Spring Street, y entró. Él estaba junto a la encimera de la cocina, con una expresión de impotencia, de frustración, de repugnancia.

—Lo has visto —dijo Sonnet.

—Me siento fatal por esto. No sé qué hacer.

—Es demasiado tarde para hacer nada. Yo parezco una cualquiera, y el oponente de mi padre lo ha difundido por todo el estado. Ya ha adelantado a mi padre en intención de voto.

—Para ser sincero, estoy más preocupado por ti —dijo él, y dio un paso hacia ella.

Un poco antes, Sonnet se habría echado a sus brazos, a sus pies. Cualquier cosa. Pero en aquel momento, se sentía... violada. Traicionada.

—¿Cómo has podido dejar que ocurra esto?

—Yo no he dejado que ocurriera nada.

—Se suponía que ibas a asegurarte de que esa... esa cosa de la cámara se borrara.

—Y pensé que lo había borrado. Saqué la tarjeta de memoria. No pensé que la cámara tuviera una memoria de apoyo. Dios Santo, aquella noche no estaba pensando en nada, Sonnet. En nada aparte de ti.

—Oh, Dios.

A ella se le puso la piel de gallina, y se abrazó por el estómago. Lo importante no era que Zach tuviera o no tuviera la culpa. Entre ellos se había abierto un abismo, o tal vez hubiera estado allí desde el principio. Aunque él

hubiera cometido un error involuntario, el daño ya estaba hecho, y había quedado claro que andaban por caminos diferentes. El escándalo había estallado delante de ella como un huracán, y ya no estaba cegada por los besos y las emociones.

Ellos dos... lo suyo no podía funcionar.

—Me han ofrecido de nuevo la beca Hartstone —le dijo—. Me marchó a Bután la semana que viene.

—¿Cómo? ¿La semana que viene? Sonnet...

—Es lo mejor. No puedo rechazar de nuevo esta oportunidad —dijo ella. Se sentía vacía, pero estaba decidida. Había renunciado a la beca para ayudar a su madre a superar un cáncer, pero no iba a renunciar otra vez a ella por una noche de sexo salvaje. Aquello era demasiado transitorio.

—Tengo que ir —le dijo a Zach—. Tengo que irme, y tú tienes que quedarte, y es una bobada hacernos ilusiones sobre el hecho de que podamos tener un futuro en común.

Los ojos de Zach, tan claros y bellos, se oscurecieron de ira.

—Yo no me hago ilusiones sobre nada, pero como quieras. Vete. Ve a hacer lo que tengas que hacer. Cásate con Rivera. Dile que quieres volver con él. Conviértete en una persona respetable, para que tu padre pueda ganar las elecciones.

—No es eso.

—Es exactamente eso.

—No me voy a casar con Orlando, cosa que sabrías si me hubieras escuchado. No me voy a casar con nadie.

—Por mí, perfecto. Yo no me voy a interponer, ni voy a intentar convencerte de nada.

Aquello era exactamente lo que ella le había estado pidiendo todo el tiempo: que no se interpusiera, que le permitiera seguir adelante con sus planes. Y ahora, él estaba haciendo eso exactamente. Zach tenía sus propios sueños, sus propios planes, y no podía seguirla por todo el mundo, llevándole las maletas y haciendo fotos. Y ella no podía perder aquella oportunidad por segunda vez.

Sin embargo, había un contratiempo: Sonnet no esperaba que le doliera tanto.



## C A P Í T U L O 23

Sonnet volvió al mundo que mejor conocía, en Manhattan. Allí todo le resultaba familiar: el ruido del tráfico, el olor a humo de tubo de escape, a basura y a comida de los puestos callejeros, los empujones de la multitud, el ajeteo... Y, sin embargo, sentía que ya no encajaba en aquella vida. No se imaginaba volviendo a vivir como había vivido... antes. Antes de que su madre se pusiera enferma, antes de que naciera el bebé, antes de volver a Willow Lake.

Antes de haber mirado a la cara a su mejor amigo y haber encontrado algo especial y raro con Zach, una pasión profunda y un amor que nunca había sentido. Y, sin embargo, pese a lo que sabía su corazón, se preguntaba si podría durar. Los dos entendían el precio que tendrían que pagar por estar juntos. Ella tendría que renunciar a sus planes para el futuro. La vida con la que siempre había soñado le imponía dejarlo todo atrás, incluido a Zach. Por lo menos, temporalmente.

Se sintió muy sola mientras hacía las maletas y empaquetaba cosas para dejarlas en un guardamuebles o donarlas a alguna organización caritativa. Echaba de menos a los niños de Camp Kioga, y le preocupaba que algunos de ellos hubieran tenido que volver a una vida llena de peligros y de riesgos, en la ciudad. Echaba de menos a Jezebel, y su trabajo con el resto del equipo. Echaba de menos a su familia, y no podía dejar de pensar en Zach.

Así de desanimada, fue a ver a su padre, con la esperanza de oír alguna palabra de ánimo. Él la invitó a una cena de despedida en su casa, lo cual era una oportunidad poco frecuente para Sonnet. Su esposa y sus hijas se comportaron con la misma cordialidad de siempre, y no mencionaron la fealdad del escándalo. Sonnet se daba cuenta de que siempre sería la intrusa, por muchos sueños que hubiera tenido y lo que hubiera conseguido. Su verdadera familia no estaba allí, en aquella casa lujosa y confortable. Su lugar estaba junto a Nina, su madre, que lo había sacrificado todo con tal de darle una buena vida. Su padre no había sacrificado nada por ella, y su interés

dependía de lo que ella consiguiera.

Después de la cena, Sonnet abrió la caja de bombones que había llevado.

—Entonces, ¿estás contenta por irte a Bután? —le preguntó Layla.

—Mucho. Tengo mucha suerte de poder seguir optando a esa beca.

—La suerte no ha tenido nada que ver.

—Ah, gracias. Te agradezco el voto de confianza.

—No, no me refiero a eso. Bueno, ya sé que eres muy inteligente, pero, ¿suerte? Eso lo ha hecho papá.

Sonnet sintió un escalofrío.

—¿Te lo ha dicho él?

—No. Le oí contárselo a Orlando.

¿Orlando?

Su expresión debió de delatarla. Layla le tocó el brazo con suavidad.

—Mira, sé que seguramente piensas que con nuestro padre siempre hemos tenido una vida perfecta. No me malinterpretes; es fantástico, pero con nosotras es el mismo hombre que es contigo: exigente y difícil. Mi madre es una perfeccionista. Yo también siento la presión, y no es fácil.

—Vaya... Yo... Gracias por decirme eso —murmuró. De repente, se sintió más cerca de su hermanastra—. Toma otro bombón —dijo. A ella se le habían pasado las ganas por completo—. Me gustaría que me contaras más cosas.

Un poco después, fue a ver a su padre a su despacho. Aquella estancia era como el Despacho Oval en miniatura. Tenía un escritorio enorme junto a uno de los ventanales, una alfombra azul marino y una consola sobre la que descansaban varios ordenadores portátiles, con diferentes ventanas abiertas. Aquel espacio irradiaba poder y control, y en cierto modo, era un reflejo de su padre.

Él estaba sentado, escribiendo algo en un cuaderno. Era zurdo, como ella. A Sonnet siempre le había gustado que los dos fueran zurdos.

—He venido a despedirme —le dijo.

Él sonrió y se puso en pie.

—Seguro que tendrás que recoger muchas cosas y hacer el equipaje.

—Sí, tú lo sabes bien.

El tono de voz de Sonnet hizo que al general se le borrara la sonrisa de los labios.

—¿El qué?

—Todo lo que es necesario hacer con tal de sacarme del país.

A él se le escapó una carcajada.

—¿Por qué me da la sensación de que has venido a reprocharme algo?

—Porque he venido a eso. Tú amañaste la concesión de la beca en ambas ocasiones, solo para librarte de mí durante la campaña.

—Estás muy bien cualificada para ese trabajo. Quienes han ganado esa beca en el pasado lograron el reconocimiento mundial.

Sonnet se recordó que su padre era un político, y un político muy bueno. No estaba dispuesto a admitir nada. En vez de aceptar la responsabilidad de lo que había hecho, estaba intentando halagarla. Su padre había tramado un plan para enviarla al extranjero y no tener que responder preguntas sobre el pasado. Después, cuando ella había renunciado a la beca, había intentado que se comprometiera con Orlando para que fuera más respetable. Eso también había fallado, así que él había vuelto a aferrarse a la solución de la beca. Sonnet debería haber sabido que aquel puesto no se lo hubieran ofrecido nunca por el solo mérito de su cualificación.

—En realidad, no quiero discutir. Solo quiero que sepas que tengo otros planes. Tú eres un candidato maravilloso, y sin duda, saldrás elegido, pese a lo que digan sobre tu pasado tus oponentes. Eso no me preocupa en absoluto.

—Sonnet.

—Ya está. Ahora, te dejo. Veo que estás ocupado.

Se sintió liberada de una forma extraña. No iba a permitir que su padre la manipulara más. No podía estar siempre bajo su influencia. A su manera, su padre le tenía afecto, pero aquello era muy limitado. Su amor por ella estaba siempre condicionado a que consiguiera metas muy altas, a que sus logros estuvieran reconocidos con una corona de laurel.

Por hábito, miró los mensajes del teléfono móvil. Tenía uno de Zach: *Tu amigo Orlando fue quien filtró el vídeo. Pregúntaselo.*

Ella metió el teléfono en el bolso, lentamente.

—En cuanto al vídeo...

Él frunció el ceño.

—Como ya te he dicho, Orlando se está ocupando de ello.

—Querrás decir que Orlando se ocupó de ello. ¿Por qué no le preguntas quién lo filtró?

—¿Qué estás diciendo?

—Que fue él. No sé cómo, pero creo que sé por qué.

—Él nunca haría algo tan perjudicial para mi campaña.

—A no ser que le esté haciendo un favor a Delvecchio.

Era muy probable que Orlando quisiera ponerse de parte del ganador, y ahora que Delvecchio iba por delante, él había podido cambiar de lealtades fácilmente. Porque, para un tipo como Orlando, la lealtad era algo relativo.

—Eso es absurdo.

—Entonces, seguro que no te importará preguntárselo.

—Muy bien, lo haré. Pero son imaginaciones tuyas, Sonnet.

—Pregúntaselo.

—He dicho que lo haré. Cuanto antes dejemos atrás todo esto, antes podremos seguir avanzando. Supongo que sigues pensando en aceptar la beca.

Ella estuvo a punto de echarse a reír. Su padre, simplemente, no lo entendía.

—No. Tengo otros planes.

—Mira, me parece que te has disgustado por algo, pero no permitas que los niños de Bután sufran por ello. Te necesitan, Sonnet. Tú has sido elegida por un motivo, y esto puede abrirte muchas puertas.

Aquella era la misma perorata que llevaba oyendo desde que había conseguido una plaza en la Universidad Americana y él la había tomado bajo su protección. Sonnet tenía que admitir que su padre era persuasivo, como cualquier buen político.

Claramente, la beca sería un importante triunfo personal, y una forma de conseguir que su padre se sintiera orgulloso, pero ya estaba cansada de vivir para su padre.

—Siempre lo he planeado todo y, en cierto modo, eso ha sido mi fracaso —le confesó—. Estaba tan ocupada haciendo planes y cumpliéndolos que se me olvidó quién soy. Perdí mi camino. Solo espero poder encontrar el camino para volver a casa.

—Estás en casa —dijo él—. Tu madre está bien. Ese era tu objetivo cuando volviste a Willow Lake a cuidar de ella. Ahora tienes que volver a tomar el rumbo correcto.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —replicó ella, y se fue hacia la puerta—. Buena suerte con las elecciones. Siempre has tenido mi voto.

## C A P Í T U L O 24

Cuando volvió al apartamento, Sonnet hizo una pasada final por las habitaciones, moviéndose como un fantasma por aquel lugar en el que había vivido durante los pasados cinco años. Se había liberado de todo, de su padre, de su carrera, de la vida que creía que debía llevar. La antigua Sonnet hubiera tenido pánico ante la idea de vivir sin un plan preestablecido. Ahora, sin embargo, se sentía liberada, aunque emocionada y nerviosa, por el hecho de estar ante una página en blanco.

También estaba triste. Había dejado a Zach. Y él le había permitido que lo hiciera. Se acercó al vestíbulo y tomó el montón de cartas que le habían llegado por correo. La mayoría eran folletos publicitarios de cosas que nunca iba a comprar, pero entre todos los sobres había uno de su madre, que incluía un disco plateado sin etiquetar. La letra de Nina era segura y firme, y su mensaje era breve.

*Zach no te lo contó todo. Aquí tienes un vídeo que le pedí que hiciera, para mí, y para mi familia. Había cosas que quería dejar grabadas por si no conseguía curarme. No podría haber superado esto sin ti, nena. Has estado a mi lado incluso cuando yo no sabía que te necesitaba. Te quiero más de lo que puedo expresar con palabras.*

A Sonnet le temblaba la mano mientras metía el disco en el ordenador. En la pantalla, apareció un plano de su madre, sentada en el porche de su casa, con los árboles al fondo, movidos por el viento. Era el comienzo de un vídeo precioso en el que se narraban la enfermedad y el embarazo de su madre. Había secuencias largas y cortas de la trayectoria vital de Nina, acompañadas por algunas de sus cosas favoritas, como la música y la naturaleza, sus opiniones sobre el mundo, e incluso una clase de cocina y unos cuantos detalles sobre la gestión de la casa que había aprendido al dirigir el hotel. Había historias familiares que Sonnet ya conocía, y otras, bastantes, que eran

totalmente nuevas para ella. Nina fue sincera durante la grabación. Era ella misma, una mujer divertida y sensible. Había un par de secuencias que la mostraban completamente desesperada y aterrorizada, amoratada y agotada a causa de la quimioterapia, con los labios agrietados. Y había también una secuencia del posoperatorio, que resultaba brutal de ver. Su madre lo había puesto todo delante de la cámara. No se había guardado nada. Sonnet se imaginó cómo debía de haberse sentido Zach mientras lo grababa.

Como todo el trabajo de Zach, el vídeo era sensible y honesto. Él había estado trabajando todo el tiempo con Nina, y no había dicho ni una sola palabra al respecto.

Al final, su madre aparecía completamente exhausta y demacrada, con un chal, sin maquillaje. Tenía una sonrisa trémula, pero todavía llena de esperanza.

—He estado pensando en todas las bendiciones de mi vida—dijo—, y he perdido la cuenta. Vaya problema, ¿eh? Pero me ayuda a darme cuenta de que no importa lo que pase. Si todo terminara dentro de un momento, seguiría siendo una privilegiada. Estoy completamente calva y embarazada de ocho meses, y solo tengo un pecho. Y esta mañana, Greg me ha dicho que estoy muy guapa. Es un milagro, ¿verdad? En realidad, el milagro no es que dijera eso. Es que hizo que me lo creyera.

A Sonnet se le empañaron los ojos. Lo que estaba diciendo su madre era muy evidente, pero al mismo tiempo, muy difícil de entender. Lo que había experimentado Nina era terrible, pero en aquel momento, Sonnet entendió de verdad lo valioso del hecho de verse al límite de la desesperación. Solo había unas cuantas cosas que de verdad importaban: la familia y los amigos. La comprensión y el amor desinteresado.

Aquel día, Zach había hecho el pago final de la devolución de lo que su padre había robado al pueblo de Avalon, y se acercó a la pastelería Sky River a celebrarlo, y a esperar a la última persona a la que hubiera creído que iba a ver allí: a su padre.

Matthew Alger había conseguido la concesión de la libertad condicional.

A Zach, todo le parecía completamente surrealista. Era irónico que trabajar en un proyecto sobre el pueblo al que su padre había robado le hubiera dado la capacidad de restituir por completo el dinero. Una gran chica en un pequeño

pueblo había resultado ser un gran éxito para la productora. Se quedó allí sentado, escuchando los sonidos familiares de la pastelería, la música que salía de los altavoces, el murmullo de las conversaciones, los silbidos y los gorgoteos de la máquina de café. Un par de trabajadores de la pastelería, con dos mandiles blancos, salieron del obrador portando una altísima tarta nupcial rodeada de flores. La tarta llevaba un mensaje escrito con azúcar: *El comienzo de todo*.

Buena suerte, pensó Zach, mirando su teléfono móvil. No estaba seguro de haber hecho lo mejor al poner a Sonnet sobre aviso con respecto a Orlando Rivera. Zach sabía que estaba en lo cierto. Perla Galetti, su ayudante durante la grabación del programa y experta en cuestiones informáticas y digitales, había encontrado la dirección ISP del ordenador desde el que se había volcado el vídeo a la red. Para ser tan listo, Rivera no entendía que en Internet no había nada que fuera anónimo de verdad.

Sonnet no le había devuelto la llamada, ni había respondido a aquel mensaje. ¿Se habría enfadado con él? ¿O se había marchado ya a Bután, a salvar a los niños del mundo? Demonios. Ojalá se diera cuenta de que había niños que la necesitaban en su mismo pueblo. Sin embargo, seguramente eso no era ni exótico ni prestigioso.

—Parece que te iría bien un poco de ánimo —le dijo Glynnis, y le llevó un kolache recién hecho y una taza grande de café.

—Estoy contento —dijo él—. Estoy más contento que unas pascuas.

—Sí, claro —respondió ella. Le dejó la nota sobre la mesa y siguió con su trabajo.

Él recordó algo que había dicho Nina en uno de sus monólogos: que con respecto a algunas cosas, uno no puede elegir, pero que hay muchas cosas sobre las que sí. Como la felicidad. Como el hecho de concentrarse en lo positivo.

Y a Zach le estaban ocurriendo muchas cosas positivas. Los ejecutivos y los críticos no podían dejar de hablar de *Big Girl, Small Town*, y el programa tenía unas magníficas cuotas de pantalla. El impacto que había hecho Jezebel, su buena conexión con los niños y la rara yuxtaposición de un icono urbano como ella con la belleza de Willow Lake eran irresistibles. Incluso se hablaba de premios, porque, pese a que el programa tenía una intención comercial, también transmitía un mensaje de esperanza y de recuperación de uno mismo a través de las buenas obras.

Zach tenía muchas ofertas, y se vio obligado a contratar a un agente para gestionarlas todas. Por primera vez en la vida, podía elegir el programa y pedir una cantidad. En la industria lo consideraban un profesional experto y muy demandado. Había recibido propuestas para trabajar en Los Ángeles, Vancouver, Austin, Nueva York... Nueva York.

Se imaginó a sí mismo yendo a ver a Sonnet y diciéndole que quería estar con ella, fuera donde fuera. Sin embargo, las cosas no funcionaban así. Si no conseguían encajar sus vidas, ni siquiera el amor podría salvarlos. Jezebel le había dicho que había un motivo por el que permanecía anclado a Willow Lake, y él no podía dejar de pensar en ello. No se trataba de falta de oportunidades, sino de que, en el fondo, Willow Lake era su hogar.

Sonó la campanilla de la puerta. Zach no tuvo que levantar la cabeza para saber que era su padre.

Matthew Alger entró en la pastelería. Estaba pálido y caminaba con timidez, como si estuviera palpando el camino a oscuras. Llevaba unos pantalones y una camisa nuevos, todavía con las arrugas de los dobleces de la tienda, aunque llevaba los mismos zapatos gastados y el reloj de muñeca que tenía al ingresar en prisión. No parecía que nadie lo hubiera reconocido al entrar al local. La gente lo había olvidado, pensó Zach. Todo el mundo estaba absorto en sus propios problemas.

—Por fin, lo conseguí —dijo Matthew, extendiendo los brazos—. Conseguí la libertad condicional.

—Pues sí —dijo Zach. Se levantó y le tendió la mano—. Siéntate. ¿Te apetece un café?

Estuvieron sentados un rato, tomando café, viendo ir y venir a la gente, como si no hubiera pasado el tiempo. Eran solo un tipo y su hijo que hablaban del tiempo, del equipo de béisbol local, de lo deliciosa que estaba la tarta de ruibarbo y fresas que había pedido Matthew.

—Así que has grabado un programa de televisión que ha sido todo un éxito —le dijo a Zach, después de que su hijo le pusiera al día sobre *Big Girl, Small Town*—. Es estupendo, Zach. Todo marcha sobre ruedas, entonces.

—Sí, eso parece.

—Pues no, no lo parece. ¿Qué es lo que te pone triste?

—Sonnet Romano —murmuró Zach.

—Vaya, me acuerdo de ella. Siempre fue una chica muy estudiosa. Se veía que iba a llegar lejos. Y además, muy guapa.



Entonces fue cuando se abrieron las compuertas. Zach se lo contó todo a su padre: su reencuentro en la boda de Daisy, el verano que habían pasado trabajando juntos y el hecho de que, por mucho que lo intentara, no podía sacársela de la cabeza.

Matthew sonrió de oreja a oreja.

—Estás enamorado. Me alegro.

—No va a salir bien. Ella sigue su propio camino, y yo sigo el mío. Ella siempre ha querido marcharse de aquí, viajar por todo el mundo y hacer un trabajo centrado en las labores humanitarias. Y yo... yo no me veo haciendo ese tipo de vida.

—Debes intentarlo —le dijo su padre—. Yo tuve un gran amor en mi vida: tu madre. La aparté de mí, y no me di cuenta de lo que había perdido hasta que fue demasiado tarde.

—No me lo habías contado nunca.

Matthew se encogió de hombros.

—Te lo cuento ahora. Tal vez puedas aprender de mis errores. Si quieres a Sonnet Romano, haz lo que tengas que hacer para estar con ella. Si tienes que seguirla por medio mundo para estar con ella, hazlo. Pero no dejes que se vaya.

—Lo estás simplificando demasiado.

—Tú eres el que lo está complicando demasiado —respondió su padre—. Demonios, mientras ella está por ahí, trabajando en sus proyectos internacionales, tú podrías estar con ella, filmando.

—Eso no es exactamente lo que quería hacer.

—El amor es un compromiso, y parece que este merece la pena.

Zach terminó su café y pagó la cuenta.

—Te has vuelto más listo en la cárcel.

—He tenido mucho tiempo para leer. Prométeme que lo vas a pensar, hijo.

—Sí, lo pensaré.

—Bueno, yo no sé qué voy a hacer —dijo Matthew—. Me han concertado una cita con un asesor laboral para averiguar qué trabajos puedo desempeñar.

—Las cosas te van a ir bien —dijo Zach.

—Espero que vengas a verme de vez en cuando. Podemos jugar al cribbage.

—Eso me parece muy bien.

## C A P Í T U L O 25

Sonnet volvió a Willow Lake para ocuparse de un asunto que tenía inacabado. Zach. Le asustaba mucho ir a verlo y decirle lo que sentía, pero si no le decía la verdad, se arrepentiría para siempre. De su propia madre había aprendido los beneficios que podía proporcionar el hecho de tener valentía emocional.

Aquella temporada que había pasado en Avalon había sido un regalo inesperado, pero no se había dado cuenta de su significado hasta que había intentado volver a su vida anterior. En Willow Lake había encontrado un espacio vacío que antes había llenado con prisas y trabajo para intentar ser la hija que pensaba que quería su padre. Esa temporada había sido un respiro, un descanso que necesitaba sin saberlo. Llevaba mucho tiempo sintiéndose mal, como si no fuera ella, intentando seguir un camino que no había elegido, intentando convencerse a sí misma de que había tomado las decisiones adecuadas. En realidad, se había refugiado en el caos del trabajo y de la ciudad para evitar pensar en las cosas más importantes de la vida, como encajar en la propia existencia, y no en la de otro. Había invertido demasiado tiempo persiguiendo el sueño de su padre, y se había olvidado de tratar de hacer realidad los suyos.

Todo había cambiado, no obstante. Se sentía completamente distinta; estaba impaciente por conocer el futuro, y algo nerviosa, pero no asustada. El hecho de saber que por fin había elegido bien por los motivos correctos le proporcionaba una sensación de paz. Aunque descubriera que Zach se había marchado, o que no quería lo que ella esperaba que quisiera, ella ya siempre tendría la tranquilidad de saber que su futuro se basaba en sus propias elecciones. Podía empezar a salvar el mundo desde allí, en aquel momento, con niños como los que habían ido a Camp Kioga. No necesitaba recorrer el mundo para encontrar a niños que la necesitaran.

Su lugar estaba allí, al menos por el momento, cerca de su madre y de su hermanito. En cuanto a Zach, no sabía lo que iba a pensar él de su gran

cambio. Pronto lo averiguaría.

Y de cualquier modo, siempre sentiría gratitud hacia él, porque Zach había estado a su lado en los momentos en que más lo había necesitado, cuando estaba confusa y también cuando tenía una actitud difícil. Esperaba que siguiera allí, ahora que ella se había dado cuenta de que era hora de abrirse y confiarle sus sentimientos, y decirle que sí a cosas que antes le parecían imposibles. Estar con Zach le recordaba que la vida era bella, que el amor y la aventura eran posibles incluso cuando el momento era duro o terrorífico. Ellos dos juntos podían tener algo mágico, y debía decírselo.

Le había enviado un mensaje de texto preguntándole si estaba en el pueblo. Después del éxito que había tenido *Big Girl, Small Town*, ¿quién sabía dónde podía estar? Él había sido un elemento clave en el éxito del programa, y eso le había abierto las puertas de muchas productoras. Había la posibilidad de que estuviera yéndose a la Costa Oeste, o a cualquier parte del mundo.

Por suerte, estaba en Avalon. Le había contestado a su mensaje diciéndole que podían quedar en Blanchard Park. Sonnet intentó descifrar el significado de que Zach hubiera elegido aquel lugar a la orilla del lago, que era parte de la vida de los dos, de la historia que compartían. Siempre se habían reunido allí, desde que eran lo suficientemente mayores como para que les permitieran cruzar la calle sin la supervisión de un adulto. Iban al parque del pueblo a nadar en verano, a patinar en invierno, a navegar cuando tenían dinero para alquilar un bote. ¿Quería verla allí porque el lago era especial para ellos?

¿O porque era el sitio más adecuado para decirle adiós?

Sonnet estaba eufórica por aquella sensación de riesgo, pero no tenía miedo. Después de ver lo que había pasado su madre, entendía lo que era tener miedo de verdad. Se quedaría destrozada si Zach la rechazaba, pero ese miedo no le iba a impedir que le hablara de sus sentimientos. Para eso no hacía falta ser muy valiente.

Él ya la estaba esperando cuando llegó. Sonnet vislumbró su figura alta a contraluz, y vio que los últimos rayos de sol se le reflejaban en el pelo rubio. Era tan guapo que con solo verlo se le aceleró el pulso.

—Hola —le dijo, sin poder quitarse la sonrisa de la cara.

Él se giró hacia ella.

—Hola.

—Me alegro de que hayas querido verme —le dijo Sonnet—. Vamos a dar un paseo.

Recorrieron el paseo a orillas de lago mientras anochecía y comenzaban a salir las primeras estrellas. No había nadie más. Estaban solos, y aquella era una sensación maravillosa. Si tenía que vivir toda su vida con una persona, quería que fuera con él. Y aquel pensamiento le dio coraje.

—He venido porque tengo algo que decirte. Tú no tienes por qué responder, ni decirme nada a mí. Es solo... algo que necesito decirte porque, si no lo hiciera, sería una cobarde, y ya estoy harta de tener miedo.

Él se quedó mirándola con horror, como si fuera a confesarle que tenía una enfermedad de transmisión sexual, o algo por el estilo.

—Eh... De acuerdo. Te escucho.

—Lo que ocurrió en la boda de Daisy no fue un error debido al alcohol. Tal vez no me diera cuenta en ese momento, pero fue algo que cambió el rumbo de mi vida. Empecé a enamorarme de ti esa noche, Zach, y el amor que siempre había sentido por ti se convirtió en algo más... profundo. Era tan intenso que me asusté y me alejé. Sin embargo, alejarme de ti no ha servido de nada. No he podido olvidarte. Así que he venido a decirte que te quiero, Zach. Y no como amigo, sino como la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Él se quedó inmóvil, con una expresión indescifrable.

—Siento habértelo dicho así —dijo Sonnet, intentando que no se le cayera el alma a los pies—. Si tú no sientes lo mismo, lo entiendo. No te culpo por no querer estar conmigo.

—Mira —la interrumpió él—, ¿por qué no dejas que yo mismo te explique lo que siento?

—Ah. Sí, claro. Lo siento —balbuceó Sonnet, al darse cuenta de que se había adelantado.

—A mí no se me dan muy bien las palabras —dijo él—, pero desde que recibí tu mensaje he estado pensando en lo que necesitaba decirte.

Sonnet se preparó. Lo mejor era estarse quieta y escuchar, por una vez.

—Estaba viendo un vídeo online —siguió explicando Zach—, sobre unos granjeros chinos que cultivan sandías, y que les echan demasiados químicos para acelerar su crecimiento.

Ella frunció el ceño. Zach siempre estaba viendo vídeos de cosas raras, y los almacenaba en la cabeza.

—Interesante, pero, ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—Estoy intentando explicarme, ¿de acuerdo? El caso es que las sandías empiezan a explotar. Explotan porque han crecido demasiado deprisa. Algunas

veces, a mí me parece que mi corazón es una de esas sandías que está a punto de estallar, porque se ha hinchado demasiado.

—Oh, Zach —dijo Sonnet, que empezó a temblar—. No vuelvas a decir que no se te dan bien las palabras.

—Es la mejor forma que se me ocurre de describir cómo tengo el corazón. Yo también estoy enamorado de ti. Y tienes razón en lo de la boda de Daisy. Esa noche ocurrió algo, y los dos lo percibimos. Esa noche lo cambió todo. Yo esperaba que el efecto desapareciera, pero no sucedió. Este es ese tipo de amor que va a crecer y a soportar el tiempo, y a seguir creciendo hasta que se convierta en el amor inalterable e incondicional que la gente siempre quiere encontrar, pero que solo encuentran unos pocos.

—Oh, Zach. ¿De verdad? Oh, Dios mío... Yo tenía miedo de que tú no sintieras lo mismo que yo...

—Deberías habérmelo preguntando antes de sacar conclusiones.

—Ya lo sé. Lo siento —murmuró Sonnet. Quería acariciarlo con toda su alma. Quería abrazarse a él y no soltarlo nunca—. ¿Y ahora qué?

—Eh, mira —dijo Zach, señalando a algo que brillaba a la orilla del agua.

—Vaya, alguien ha debido de tirar una botella —respondió Sonnet. Se acercó y la recogió—. Por lo menos, tenía buen gusto con el champán. ¿Eh? Tiene un mensaje dentro —añadió, y alzó la botella contra la luz. Recordó al instante cuándo había sido la última vez que había encontrado una botella con un mensaje en el lago—. Puede que sea la que nos encontramos la noche de la boda de Daisy.

—Deberías mirar lo que dice.

—No, debería lanzarla al lago y continuar esta increíble conversación contigo —dijo ella. «Estoy enamorado de ti». ¿Lo había oído bien? Estaba empezando a pensar que se lo había imaginado. Sandías que explotaban y amor incondicional...

—Abre la dichosa botella —le dijo Zach.

Ella se la dio.

—Ábrela tú. Yo no quiero fisgonear en los asuntos de otras personas.

—Por el amor de Dios, Sonnet, ¿puedes abrirla?

—No quiero que termine esta conversación.

—No va a terminar, hazme caso.

La expresión de Zach la dejó asombrada. En sus ojos vio ternura y sinceridad, y se dio cuenta de que él siempre la había mirado así. Él la

miraba, veía quién era y la quería. Con las manos temblorosas, le quitó el corcho a la botella y sacó un rollo de papel. El tubo esbelto estaba sujeto con un elegante anillo de diamantes.

—Se me ha puesto la carne de gallina —susurró.

—No tengas miedo. Vamos, lee la nota.

Ella desenrolló el papel y reconoció al instante la letra de Zach. Solo había dos palabras: *Cásate conmigo*. En el reverso de la hoja había otra: *Por favor*.

A Sonnet se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Zach...

—No llores. Vamos, pruébate el anillo.

Era un anillo de oro, con un solitario muy brillante. Sonnet se lo entregó a Zach.

—Pónmelo tú, Zach —le pidió con un susurro—. A mí me tiemblan demasiado los dedos.

Él le besó el dorso de la mano. Después le deslizó el anillo en el dedo.

—Me queda perfectamente —dijo Sonnet.

—Tu madre me dijo cuál era tu talla.

—¿Mi madre? ¿Ella lo sabe?

Zach asintió.

—Sí. Y sí, le parece un plan fantástico.

Zach tenía un plan. Sonnet se estremeció aún más.

—Esa botella, la que encontramos la noche de la boda... ¿también la pusiste tú?

—Pues sí. Tú debías encontrarla.

—Oh, Dios. Por favor, dime que no había un anillo de diamantes dentro.

Zach se rio suavemente.

—No, solo una nota.

—¿Y qué decía?

Él volvió a reírse y la tomó en brazos, y después se inclinó para susurrarle algo al oído.

—De acuerdo, de acuerdo. Se me ha puesto el vello de punta sobre la carne de gallina.

—Eso es buena señal —dijo él—. Pero hay un problema. No me has dado ninguna contestación.

Sonnet sintió una enorme felicidad. La respuesta había estado escrita en su corazón desde siempre, y por fin se daba cuenta de que podía decir lo que

siempre había querido decir. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó al mismo tiempo que susurraba la respuesta contra sus labios:

—Sí.

## **QUINTA PARTE**



## LISTA DE BUENOS PROPÓSITOS (LA ÚLTIMA, DE VERDAD)

√ Enamorarme de verdad

*Ser profundamente amado por otro te da fuerza, mientras que amar a otro profundamente te da valor.*

LAO TZU

# E P Í L O G O

Pocos momentos antes de que comenzara la boda, Sonnet Romano se estremeció de nerviosismo.

—Mamá —dijo, mientras se acercaba a la ventana, que encuadraba una maravillosa vista del lago—, ¿y si lo fastidio todo?

Nina se volvió hacia ella, y su silueta esbelta quedó recortada a contraluz. Estaba maravillosa; llevaba un vestido de seda de color dorado. Todavía tenía el pelo corto, y para la ocasión, le habían hecho un peinado muy elegante con algunos adornos de flores. La cirugía reconstructiva le había devuelto la figura, y pese a la fatiga de tener un bebé de nueve meses, estaba resplandeciente.

—No vas a fastidiar nada —dijo Nina—. Vas a estar fabulosa. Estás guapísima con el vestido de novia, has memorizado todo lo que vas a hacer y a decir, y este va a ser el mejor día de tu vida. Todo está listo. Solo tenemos que esperar a que lleguen los invitados.

Se oyeron unos grititos en la habitación contigua, donde estaban terminando de arreglarse las acompañantes de la novia. Daisy era la madrina de honor, por supuesto, y Sonnet les había pedido a sus hermanastras, Kara y Layla, que participaran también. El hijo de Daisy, Charlie, iba a llevar las arras, y se tomaba muy en serio la tarea. Se había empeñado en ponerse no solo esmoquin, sino también chistera.

Sonnet sintió un arrebató de emoción. Iba a casarse con el amor de su vida. Aquello era un sueño hecho realidad, pero mejor aún. Zach había llegado a su vida cuando ella ni siquiera sabía que lo necesitaba. Había tardado un poco en poder escuchar a su propio corazón; con todo el esfuerzo que le había dedicado a su carrera profesional, se había alejado de sí misma y de lo que deseaba de verdad. En aquel momento, sin embargo, sabía perfectamente lo que necesitaba, y no era una lista de amigos y de logros importantes. Era construir una vida junto a Zach, su mejor amigo, el amor de su vida, el guardián de los secretos más profundos de su corazón, la única persona con la

que iba a compartirlo todo.

Ojalá pudiera controlar los nervios. Se paseó de un lado a otro, notando la caricia del tul en las piernas.

—No sé si necesito ir al baño otra vez.

—No, no lo necesitas. Acabas de ir, y es un verdadero rollo con ese vestido.

Su madre tenía razón. El vestido tenía una falda maravillosa, con tantos adornos y capas como la altísima tarta nupcial de la pastelería Sky River.

Antes de aquella noche maravillosa junto al lago, ella nunca hubiera imaginado que iba a ser una novia de cuento, desde la diadema hasta los zapatos de satén adornados con cuentas de cristal. Se había imaginado a sí misma casándose con un vestido elegante y sencillo que pudiera ponerse más veces, en una ceremonia discreta en el ayuntamiento del pueblo.

Sin embargo, estar enamorada con tanta pasión y tanta alegría le había dado alas a su corazón, y también a su imaginación. Lo quería todo: un vestido con el que casi no pudiera atravesar las puertas, una ceremonia a la luz de las velas y una fiesta para su familia y sus amigos con la banda Inner Child tocando en directo. La misma Jezebel iba a hacer una actuación sorpresa. Y, lo más importante, el novio que había cambiado su vida.

Se reunió con su madre junto a la ventana.

—Parece que no va a dejar de llover.

—Tengo entendido que casarse con lluvia trae buena suerte.

—Eso es agradable —dijo Sonnet.

Se le aceleró el corazón al ver que los invitados comenzaban a llegar por el camino y entraban en el pabellón rústico que había bajo ellas. Los paraguas iban abiertos como flores bajo la lluvia. Con emoción, vio a toda la gente que había acudido a compartir aquel día con Zach y con ella: Kim y Bo Crutcher, que les habían dado tan buenos consejos, Olivia y Connor Davis, que habían decidido organizar un programa de campamentos para niños de la ciudad en Camp Kioga, y Jezebel, que apareció con un sencillo pero fabuloso vestido de color azul oscuro, más como una diva que como una estrella del pop.

—Ahí está mi padre —dijo Sonnet, y el pulso se le aceleró un poco más.

Laurence Jeffries, con su porte militar, caminaba hacia el pabellón. En vez de paraguas, su padre llevaba un abrigo azul marino y un sombrero de oficial del Ejército. Unos pasos atrás, lo seguía un ayudante. La gente se dio cuenta de su presencia, y Sonnet oyó un murmullo de conversaciones entre los que le

rodeaban.

—Bueno, tengo que admitir que es bastante cool tener a un senador de los Estados Unidos en mi boda.

Pese al intento de Delvecchio, y de Orlando, de manchar la reputación de Laurence, su padre había ganado las elecciones con ventaja. Los votantes habían elegido al candidato con más capacidad de liderazgo y mejores ideas, en vez de fijarse en el pasado. Orlando, que hubiera debido acompañar al general a Washington, había sido despedido. Sonnet y su padre habían mantenido, desde entonces, una relación cordial, aunque distante.

—Es un senador muy guapo —dijo su madre—. Me recuerda a Denzel Washington. ¿Cómo reaccionó cuando le dijiste que yo te iba a acompañar al altar, y no él?

—Le pareció bien. Creo que lo entiende.

Hubo un tiempo en el que Sonnet se habría sentido obligada a cumplir con la tradición de que el padre acompañara a la novia al altar, porque no habría querido desairarlo. Sin embargo, había aprendido a estar más contenta en su propia piel. Su padre era un hombre brillante, pero no era sabio. Su madre siempre había estado con ella, en todos los momentos de su vida, así que era más apropiado que ella hiciera los honores.

—Me alegra que haya venido, porque sé que es importante para ti —dijo Nina.

—El padre de Zach también va a venir —le recordó Sonnet—. Espero que no sea demasiado embarazoso para él.

Desde que había salido de la cárcel, Matthew Alger vivía en el cercano pueblo de Phoenicia. Trabajaba de profesor de contabilidad, precisamente él, en un colegio pequeño, y estaba reconstruyendo su vida. Zach iba a verlo una vez a la semana para jugar al cribagge.

Un relámpago iluminó el cielo, y los invitados caminaron más apresuradamente hacia el pabellón.

—Me pregunto si esto también se considera de buena suerte —murmuró Sonnet.

—Es una suerte que no prefirieras celebrarlo al aire libre —dijo Nina.

—Sí, es cierto.

—Además, el pabellón está precioso. ¿Lo has visto?

—Olivia no me ha dejado entrar. Quiere que me lleve una sorpresa.

Conociendo a Olivia, que tenía un gusto exquisito, Sonnet sabía que la

decoración sería fantástica. Su única colaboración había sido elegir los colores, el naranja fuerte de los Cheetos y el azul de un limpiador de ventanas. Por su parte, después de haber filmado más bodas de las que era capaz de recordar, Zach solo había hecho una petición: que la comida y la fiesta fueran fantásticas. Y Sonnet estaba segura de que iba a ser así.

—Buena idea —dijo Nina—. Estoy impaciente por verte la cara cuando entres. Tu sonrisa es el sol para mí. Ven aquí, hija.

Nina abrió los brazos, y Sonnet se dejó abrazar con agradecimiento por su madre.

—Esto es maravilloso —dijo—. ¡Cuánto me alegro de haber vuelto! Detestaba el motivo por el que tuve que venir, porque tú te pusieras enferma, pero me siento muy feliz por todo lo que ha ocurrido mientras estaba aquí.

—Yo me curé, y nació tu hermano, y tú te enamoraste. A mí me parece perfecto.

—Y a mí también. Pensaba que iba a estar en el extranjero, salvando al mundo.

—Hay muchas maneras de hacer eso —dijo Nina—. Los campamentos que vas a dirigir en Camp Kioga van a cambiar la vida de muchos niños, como sucedió el verano pasado.

—Solo que nada de grabaciones, por favor.

—Zach tiene otros planes para la cámara.

—Vamos a conseguir que funcione, mamá —dijo Sonnet.

—Nunca lo he dudado.

La ventana se había empañado, así que Sonnet limpió una parte con la mano.

—Zach acaba de llegar. Mira, mamá.

Sonnet seguía sintiendo un cosquilleo en el estómago cada vez que lo veía, pero aquel día fue algo especial. Era el hombre más alto de todo su grupo de amigos. Todos iban apresuradamente hacia las puertas del pabellón.

Llevaba un esmoquin negro y se movía con elegancia. El pelo rubio flotaba tras él. Sonnet no podía quitarle los ojos de encima.

—¿Por qué no lo vi? —le preguntó a su madre—. Mientras crecíamos, y mientras íbamos juntos al colegio y al instituto, ¿por qué no me di cuenta de que era mi futuro?

—Porque los seres humanos somos complicados, ¿no crees? Algunas veces tardamos en ver lo que hemos tenido delante de las narices durante todo el tiempo.

—Y entonces, estuve a punto de perderlo —prosiguió Sonnet—. Me asusté, y estuve a punto de echarlo todo a perder. No me dejes hacer nada parecido nunca más, mamá.

—No me preocupa eso. Vosotros dos vais a estar muy bien juntos.

—Me acuerdo de estar aquí mismo antes de la boda de Daisy, pensando que él no tenía lugar posible en mi futuro. He estado intentando entender cómo es posible que mi amigo del colegio se transformara en un príncipe azul, pero me he dado cuenta de que la que ha cambiado he sido yo, y no él.

—Me parece que voy a bordar otro cojín —dijo Nina, y se echó a reír al ver la expresión de Sonnet—. Es una broma. Quizá.

Olivia y Daisy ayudaron a Sonnet a bajar las escaleras hasta la antesala que había junto al salón principal. Las acompañantes de la novia atravesaron una por una la puerta doble y empezaron a caminar por el pasillo central hacia el altar. Sonnet no podía ver lo que estaba sucediendo, pero sabía que Zach había elegido personalmente a un cámara, un chico que acababa de salir de la escuela de cine, para que lo grabara todo.

Unos minutos después, Sonnet se quedó de nuevo a solas con su madre. La ceremonia estaba a punto de empezar. Oyó murmullos de emoción y una música suave. Iba a casarse. Cuando saliera de allí, sería una persona distinta.

Miró a su madre.

—Bueno, ¿qué? —le preguntó—. ¿Salgo y me caso?

Nina sonrió.

—Este es el mejor momento para hacerlo.

—Pues vamos —dijo Sonnet, y respiró profundamente. Entonces, le apretó suavemente la mano a Nina, y añadió—: Mamá, me alegro de que estés aquí.

—Y yo también —dijo Nina, con los ojos llenos de lágrimas.

—No irás a ponerte sentimental, ¿no? —le preguntó Sonnet, con un nudo de emoción en la garganta.

—Sí, nena. Sí. Mi increíble y fabulosa hija va a casarse. Me da vueltas la cabeza. Espero que no se me olvide nada de lo que tengo que decir y hacer.

—Claro que no, mamá —le aseguró Sonnet—. Tú siempre estás a la altura de la situación.

—Eso me suena.

La música se convirtió suavemente en la canción que había elegido Sonnet para hacer su entrada en el pabellón. Eddie Haven, el cantante de la banda, empezó una versión acústica y dulce para acompañar a Nina y a Sonnet hacia

el altar.

—Vaya —dijo Sonnet—. Va a suceder de verdad, mamá. Por fin.

—Sí —dijo Nina—. Por fin.

Hicieron una pausa para respirar profundamente una vez más. Por la ventana se veía el lago, y una neblina plateada que suavizaba los colores de los árboles y del jardín. La pura belleza del lago entre las colinas le encogió el corazón. Estaba en casa, de verdad.

Nina la tomó de la mano y, juntas, atravesaron la puerta.

## Agradecimientos

Quisiera darle las gracias a Judy Hartstone por su generosidad, y a la adorable Jolie, de mi parte, y también de parte de la asociación PAWS de Bainbridge Island.

Winston Churchill dijo: «Cuando estés atravesando el infierno, sigue adelante». La vida puesto muchas zancadillas mientras escribía este libro, y estoy muy agradecida a mi familia y a mis amigos por el apoyo que me han dado. Vosotros sabéis quiénes sois, así que no os haré pasar vergüenza diciéndoles vuestros nombres a un montón de desconocidos.

La escritura de un libro puede ser un proceso muy solitario. Es como gritar a las profundidades de un pozo con la esperanza de que alguien te oiga. Muchas veces es algo así. Gracias a Dios, tuve a mis primeras lectoras, compañeras y escritoras como yo: Elsa Watson, Sheila Roberts, Lois Faye Dyer, Kate Breslin y Anjali Banerjee. También tengo el privilegio de trabajar con las mejores de este campo, Lindsey Bonfiglio, de Beyond Novel, mi editora Margaret O'Neill Marbury y el equipo de MIRA Books, y Meg Ruley y Annelise Robey, de Jane Rotrosen Agency. Para alguien que se gana la vida con las palabras, esto muy difícil de admitir: no tengo palabras.



Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)